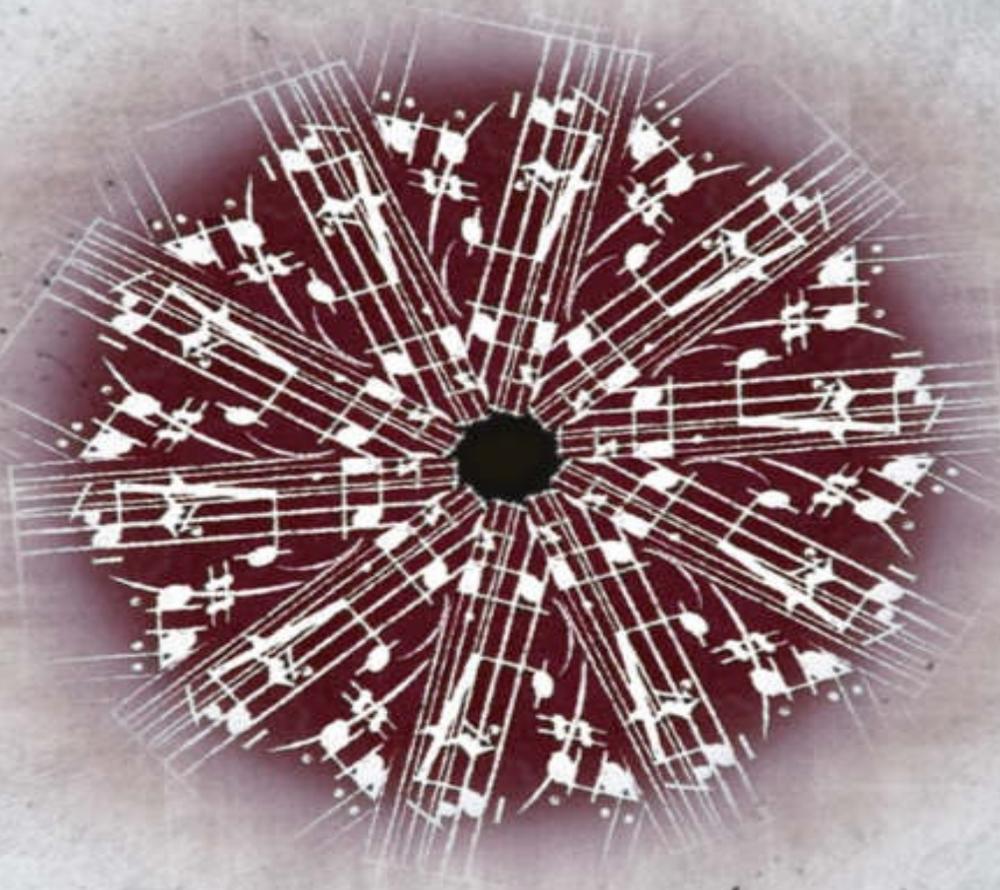


RÉQUIEM

et origen



DAVID J. JONES

RÉQUIEM

"Todo mal tiene su origen"

Trilogía Dementia [1]



DAVID J. JONES

Réquiem

Trilogía Dementia I



David J. Jones

Réquiem

Trilogía Dementia I

David J. Jones

David J. Jones

Réquiem

©2018 David J. Jones

Registro intelectual: 1803136124065

A mi buen amigo y
consejero, Daniel
Salomón Romeu. Sin tus
ánimos y tu energía esta
novela no hubiera
existido.
Gracias.

***Prefiero una locura
que me entusiasme a
una verdad que me
abata.***

(Christoph Wieland)

1. Un viaje sin retorno.

La historia está llena de grandes personajes, y algunos de ellos están predestinados a dejar su impronta a través de colores en sinuosas pinturas, o incluso en aromas capaces de embriagar los sentidos. Pero solo uno lo hará a través de la música: Ludovico Vesnitti, que –muy a nuestro pesar– dejará la suya en forma de mortal melodía. En 1785 se representó por primera vez su grandiosa –y oscura– obra, y fue en honor de una de las familias más adineradas de Praga, los Schaldi. En esa época, Europa estaba viviendo una revolución musical, y cualquiera que mostrase grandes dotes artísticas era considerado un diamante en bruto; y el don de Ludovico era único. Si creen que entre las líneas de este relato van a encontrar una historia de superación, en cierto modo la encontrarán. Pero también asistirán a un espectáculo lleno de luces y sombras, y descubrirán el origen de todo mal.

∞∞∞∞∞

A las afueras de Praga, una chimenea funcionaba incansablemente para mantener caliente la casa. Los inviernos eran duros y se requería gran cantidad de leña, que había que ir almacenando durante todo el año. No tenían problemas en este aspecto: el padre de la criatura trabajaba como jardinero para los Schaldi, una familia de las más adineradas de Praga, y durante todo el año guardaba los troncos y malas hierbas que arrancaba de los jardines y zonas recreativas que rodeaban la mansión.

Nuestro protagonista nació con gran interés y habilidad para con los ruidos. Eran raras las ocasiones en las que se veía a Florian llorar, y no era de extrañar, ya que invertía todos sus esfuerzos en crear un vacío sonoro a su alrededor donde el silencio pudiera asentarse, permitiéndoles a los sonidos expresar cada uno de sus embriagadores matices. No importaba si era el ruido de un puchero hirviendo o los repiqueteos de los utensilios de cocina, para él cualquier sonido era una explosión de sensaciones. Durante sus primeras semanas de vida se albergaban serias dudas sobre su estado de salud, ya que solo se le escuchó llorar en el momento de su nacimiento.

El rasguído de la cuchilla contra la piel era rítmico y enérgico. Adeline se dedicaba al curtimiento de pieles; era un negocio duro y agotador, pero les aseguraba unos ingresos mínimos. En esa época trabajaba especialmente con la piel de conejo, la cual tenía sus ventajas: eran animales fáciles de cazar en el campo y nunca escaseaban; y además se

vendían bastante bien en el mercado local. Lo peor de la elaboración era el raspado, un proceso extenuante que debía hacerse en el suelo. Una fría mañana, mientras Adeline estaba colgando las piezas de piel en la cuerda de secado y el pequeño Florian aguardaba en su cuna al abrigo de la chimenea, este pronunció sus primeras palabras:

–¡Canta!

Adeline se quedó perpleja. Miró al pequeño asombrada, preguntándose si era posible lo que estaba ocurriendo o si era fruto de su imaginación.

–Hijo... –La voz se le volvió escurridiza y tímida.

–Y la... casa de bosue...

Es difícil explicar el sentimiento que la abordó por dentro: una mezcla de miedo, emoción y desconexión con la realidad. La criatura solo tenía cinco meses y ningún niño –que hasta entonces se conozca– había aprendido a hablar a esa edad. En ese mágico instante permanecieron madre e hijo mirándose el uno al otro por largo rato, intentando contar las estrellas que brillaban en sus ojos. Fue a partir de aquí cuando nuestro brillante compositor empezaría a reinventar el concepto de la música, transformando el ruido más ronco en la nota más divina jamás escuchada por el hombre.

Transcurrió el tiempo y Florian cumplió quince años. Para esa edad ya había aprendido los secretos de la curtiduría, a labrar los terrenos y a preparar las trampas de caza, sin olvidar los rudimentos de cómo elaborar panes y tiernos quesos. Llegaron las primeras heladas, y el frío aire se colaba por las grietas que se abrían en la fachada de la casa.

Cierto día Florian abrió los ojos perezosamente cuando el sol aún no había salido. Al estirarse, los pies le asomaron por debajo de las mantas. Sintiendo el frío de la mañana, se estremeció bajo ellas. Era un chico reservado, pero con una fuerza y vitalidad sorprendentes. Siempre estaba saltando de un sitio a otro, riendo y silbando, atento a cada nuevo sonido que llegaba a sus oídos.

–¡Hijo, tienes el desayuno preparado!

La voz de su madre para él era especial. Lo despertaba todas las mañanas a la misma hora y le infundía energía para afrontar la jornada. Saltó de la cama hábilmente y se acercó al piannino que había construido con su padre hacía un año. Se paró ante él y acarició las cuerdas con la punta de los dedos, sintiendo cómo las notas acariciaban su alma. Recordaba cada detalle del día en que lo habían fabricado, y de cómo su padre traía a casa las cuerdas rotas que tiraban los Schaldi. El rostro de Adeline asomó a través de la cortina que separaba las habitaciones de la sala principal.

–Buenos días, hijo mío. –Una amplia sonrisa acompañó a sus palabras.

–Buenos días, madre... Ya iba a vestirme.

–No te preocupes. Hoy es tu cumpleaños y puedes tardar lo que quieras en reunirte con tu padre. Te he preparado tu plato preferido: gachas dulces con tocino.

Los ojos se le iluminaron al percibir el aroma que llegaba de la cocina. Cogió los pantalones de la silla y se los puso dando saltitos mientras corría a la mesa. Por lo general, era un plato que rara vez hacían, ya que el azúcar y el tocino eran dos alimentos que tenían un alto precio en el mercado y las ganancias familiares no daban para determinados lujos. Cuando se terminó el desayuno, cogió el paquete de encima de la

mesa, que contenía las provisiones para pasar el día de trabajo. Su madre siempre le preparaba una porción generosa de pan y queso, junto con un par de manzanas frescas que siempre se comía antes de llegar a los campos de caza. Se disponía a salir por la puerta cuando Adeline lo agarró del bajo de la camisa.

–Pasa un buen día, hijo, y no trabajes mucho. ¡No queremos que se nos acomode tu padre! –bromeó dándole beso en la frente.

Florian asintió esbozando una sonrisa.

El día estaba nublado y un velo de niebla cubría los páramos, y el rocío que cubría el prado parecía un manto de diminutos y relucientes diamantes que se rompían al ser pisados; era difícil caminar sin tropezar continuamente por culpa de los socavones que se ocultaban bajo ese mágico efecto. Estaban pasando por una época muy húmeda, y las constantes lluvias provocaban que los caminos se anegaran de barro y charcos; para él no había nada peor que trabajar con los pies mojados. No poder ver bien por culpa de la niebla no le afectaba lo más mínimo, ya que con los años había aprendido a explotar su sentido del oído para guiarse: era capaz, si se concentraba, de escuchar a grandes distancias los sonidos más sutiles. Florian se detuvo un momento en el camino para contemplar el entorno que le rodeaba, cerró los ojos y guardó silencio. Se concentró en escuchar los sonidos de fondo, los más lejanos, hasta que, poco a poco, una sensación de sopor se apoderó de él y el tiempo se detuvo en su mente. Las aves que sobrevolaban los campos quedaron suspendidas en el cielo, y las ramas de los árboles que se veían azotadas por el viento se movían a una velocidad casi inapreciable. Incluso una gota de rocío se ralentizó en el aire antes de caer al suelo. Los sonidos llegaban a él con nitidez, con una precisión y calidad jamás escuchada por nadie; tal era el don que poseía que era capaz de escuchar el frágil aleteo de una mariposa. A través de la niebla que cubría el bosque percibió el vals al que jugaban azada y aliento, el alma de la tierra al quebrarse por una pala y el sollozo de la cebolla al ser arrancada de su madre tierra. Con la eficacia y suavidad de una brújula, Florian centró su atención en un punto exacto al otro lado de la espesura. No muy lejos de allí se estaba labrando la tierra. Emprendió el camino sin albergar duda alguna y atravesó dos arboledas. La figura de su padre empezó a ser visible cada vez con mayor nitidez, hasta que sus miradas se encontraron. Geremi dejó caer la azada a un lado y se sacudió el barro de las manos.

–Buenos días, hijo. Has llegado algo tarde, pero en buen momento. ¿Traes agua? –preguntó.

El joven echó mano al fardo que llevaba y, asintiendo, se lo entregó.

–Tome, padre, también hay algo de pan, fruta y queso. Madre lo preparó para ti...

Sabía que no era del todo cierto; las provisiones eran para ambos, pero admiraba de tal manera el trabajo que hacía su padre que todo era poco para lo que se merecía. Geremi abrió el pistón de la bota y bebió hasta saciar su sed, y acto seguido se la ofreció a su hijo para que él también bebiera.

–Hoy terminaremos pronto, no vamos a poner ninguna trampa... –Las palabras le salieron con pesadez—. Has crecido, y cuesta tanto aceptarlo como tomar consciencia de lo rápido que pasan los años en esta vida. –Posó sus manos sobre los hombros del

niño—. Ahora eres todo un hombrecito, algo innegable, y será mejor que te muestre lo que te vas a encontrar fuera de esos bosques; la vida puede ser muy cruel, hijo, y no siempre te lo pondrá fácil. A pesar de ello, nunca te rindas.

—Se lo prometo, padre —respondió despreocupadamente.

—Bien, te diré qué haremos: vamos a recoger todas las cebollas, las meteremos en los sacos y los llevaremos a casa. Mañana cargaré las pieles, la carne y el resto de la mercancía en el carro, e iremos a la ciudad a venderlas. Mañana vendrás con tu madre y conmigo a la ciudad; ya es hora de que conozcas sus calles. Y cuando hayamos terminado, iremos a casa del conde Schaldi. Le he hablado mucho de ti y quiere conocerte.

Geremi sonrió al ver cómo los ojos del niño se abrían de par en par.

Había llegado el momento. Podía imaginárselo de mil y una maneras, pero ninguna haría justicia a lo que le ocurriría al día siguiente. Por fin saciaría esa sed de observar, oler y escuchar el ritmo al que latían las calles de la Praga.

○○○○○

Llegados a esta etapa en la vida de nuestro joven Florian, comprobaremos que lo que le ocurrirá sería de vital importancia. El mundo se abrirá a sus sentidos y, tanto para él como para nosotros, la música se transformará en gran parte de su identidad. Lamentablemente... vivimos en un mundo donde no existe un orden divino, y seremos testigos de cómo lo más humano puede transformarse en odio, donde una viva melodía —por desgracia— pueden tornarse réquiem. La vida cambiará para Florian; su don adquirirá su máximo potencial, pero eso llevará implícito perder gran parte de su humanidad.

○○○○○

A la mañana siguiente, Florian no fue el primero en levantarse. Su madre estaba preparando el desayuno, y su padre, que llevaba fuera al menos dos horas, ya estaba terminando de cargar el carro.

—Buenos días, mi dulce niño. ¡Hoy es un gran día! —exclamó—. Come todo lo que puedas, porque la jornada será larga y vas a necesitar fuerzas. No me gustaría tener que traerte en brazos... —bromeó.

El joven muchacho se sentó a la mesa a comer, pero parecía tener más hambre de respuestas que de comida. No sabía a ciencia cierta cómo sería la ciudad, y su imaginación, como un caballo cabalgado por la impaciencia, le ofrecía miles de variantes. Tal vez las calles estuviesen llenas de comercios, de aromas en el aire que jamás imaginó que pudieran existir. Y lo que más le obsesionaba era descubrir melodías que hicieran vibrar su alma.

—Madre, ¿cómo son las calles? ¿Cómo es la ropa que llevan? —La curiosidad del

joven parecía no tener fin—. Me gustaría ver la ciudad entera. ¡O mejor aún!, ¿cree que en algún día podríamos a vivir allí?

—Para nosotros ya es un poco tarde, hijo. Pero tal vez tú, si aprendes bien los oficios, puedas vivir allí y... formar una familia

Florian se quedó callado, pensativo.

—Pero... ya sé los oficios... Además, sé componer música —dijo coquetamente.

—Creo que lo que te hemos enseñado nosotros no es suficiente; aunque sé que eres un chico muy inteligente, y que conseguirás todo lo que te propongas.

Cuánto veía de ella en él: sus ilusiones de niñez, sus ansias por coronar la vida y alcanzar sus sueños... Tal vez pudiera lograr aquello que ella no consiguió. A lo mejor la vida sería agraciada con uno de ellos, para variar....

—Bueno, veo que ya estamos casi todos preparados. —Geremi apareció por la puerta sacudiéndose el polvo de la camisa—. El carro está preparado, así que si estáis listos, será mejor que vayáis montando, no vaya a ser que me vaya sin alguien... —dijo mientras le revolvió alegremente el pelo a Florian— Mientras voy a cambiarme de camisa. ¡No os vayáis sin mí!

Aunque viejo y con múltiples reparaciones, denotaba robustez y firmeza. Por lo que le habían contado, ese carro llevaba con ellos desde que eran bien jóvenes. Gracias a él habían realizado incansables viajes, y había resistido muy bien al barro y al frío. El asiento central estaba reservado para su padre; maniobrar el carro desde un extremo era imposible: las cuerdas de tirado se ladeaban, provocando que el pobre animal fuera desviando su rumbo continuamente. Adeline echó una última ojeada a la casa desde el asiento para asegurarse de que todo estaba cerrado; no sería la primera vez que, durante su ausencia, algún ladrón intentase entrar. El carro comenzó su marcha con paso firme. La impaciencia de Florian iba in crescendo a cada metro que avanzaban las ruedas; a cada paso que daba la vieja burra, él se acercaba más y más a su sueño. Ya habían recorrido gran parte del camino, y el tiempo estaba siendo bastante considerado, merced a la ausencia de lluvias; suficiente espesa era ya la niebla, que no les permitía ver con claridad a más de un metro y medio.

—Madre, casi no se ve nada. No nos habremos perdido, ¿verdad? —preguntó Florian revolviéndose en su asiento—. ¿Cómo es posible que la burra sepa por donde va? ¡Si yo no veo nada!

Geremi pasó un brazo por sus hombros al tiempo que profería una carcajada.

—Esta burra ha realizado este camino cientos de veces, y en todas ellas ha sabido llevarme a buen destino. Aunque ahora que lo pienso..., tu madre va con nosotros, y no tengo seguro que dos mujeres al timón sean una garantía para ninguno de nosotros—dijo guiñándole un ojo a Adeline. Llegaban a la parte más alta de la colina, donde, de haber buena visibilidad, ya se podría divisar la ciudad de Praga—. Allí delante, pasado el bosque que se encuentra bajo la colina, está la ciudad.

A pesar de que le señalaba con el dedo la dirección, Florian no era capaz de ver nada a través de la niebla. Comenzaron a descender lentamente. Al final del camino se divisaba la entrada del último bosque que había que cruzar para llegar a la entrada de la

ciudad. El sendero se estrechaba considerablemente, y Florian no tenía muy claro si el carro sería capaz de entrar por ahí. Recorrieron la mitad del camino en silencio, hasta que el carro paró en seco y los tres vencieron hacia delante. Adeline se sujetó a tiempo al travesaño lateral del carro. Pero Geremi, al pasarle el brazo por delante a su hijo para que no saliera despedido, se golpeó el pecho con el mástil de guía. Los tres se miraron asustados.

–Florian, ¿te encuentras bien? –preguntó Adeline con la voz agitada mientras miraba a su esposo, que tenía la mano sobre su torso—. Geremi... –su rostro mostraba una profunda preocupación.

–Sí, tranquila. Solo ha sido un golpe, no tiene importancia. ¿Estamos todos bien?

Florian, asustado, asintió con la cabeza.

–Veamos qué ha sucedido..., pero creo que hemos encallado en un barrizal bastante inoportuno... –pronosticó mientras bajaba del carro.

La integridad del rodal estaba bien, y no parecía haber daños. Las ruedas no habían sufrido desperfectos a simple vista, pero estaban sumergidas en un profundo hoyo. Florian clavó la mirada en un punto preciso del bosque, un inconfundible sonido centró toda su atención; las ramas no se partían solas. Geremi se agachó para verificar cuánto se habían hundido en el barro.

–¡Pero qué demonios...! No solo es profundo, sino que hay muchas piedras de gran tamaño. –Geremi sacó una del agujero y la alzó.

–Padre..., madre... Creo que no estamos solos –dijo recorriendo con la mirada las arboledas.

Geremi no tuvo tiempo de reacción, un brazo le aprisionó el cuello desde atrás y tiró de él con gran fuerza, haciéndole imposible respirar. Adeline se giró y profirió un grito al ver que un bandido retenía firmemente a su esposo; tenía la cara cubierta desde el cuello hasta la nariz. A pesar de ello eran apreciables las marcas de viruela que cubrían su rostro.

–Vaya, vaya... Parece que habéis encallado en un buen lodazal. Tal vez os convendría algo de ayuda... ¡Qué buena suerte habéis tenido de que pasáramos por aquí! –exclamó.

Florian se agarró con fuerza a su madre cuando tres individuos más emergieron de la arboleda.

–Sería una pena echar a perder la mercancía. Menos mal que aún quedamos gente... honesta, siempre dispuesta a ayudar a los más necesitados. ¿Cierto, chicos? –dijo uno de los últimos en aparecer.

Los cuatro mantenían su identidad oculta tras sus pañuelos a excepción de uno, que además llevaba cubierta la cabeza. Florian había detectado una frecuencia de voz y un timbre especial en él. Geremi intentó zafarse nuevamente de su opresor, pero la falta de aire y la fuerza con la que le aprisionaba el cuello lo mantenía reducido. Los asaltantes rodearon a madre e hijo, acorralándolos en sus asientos. Dos de ellos les sujetaron por el brazo y los tiraron al suelo. Adeline se levantó y comenzó a correr hacia su hijo, pero a pocas varas de distancia uno de los asaltantes le agarró del pelo y tiró de ella con brusquedad, provocando que volviera a caer al suelo.

–¡Madre! –Las lágrimas afloraron en sus ojos—. ¡Suéltala, no te ha hecho nada!

–¿Qué os parece, chicos? ¡Ahora resulta que el niño va a tener más cojones que sus padres!

Los cuatro rompieron a reír.

–Cómica situación... Pero no nos desviemos de nuestro cometido, queridos amigos. Veamos qué cargan en el carro nuestros invitados... ¿Algo interesante? ¿Oro tal vez?

El cabecilla rodeó el carro, observándolo con minuciosidad y moviendo cada fardo con gran habilidad.

–Piel de conejo bien curtidas..., quesos tiernos..., algo de lana..., cebollas... No es lo que esperábamos, pero es mercancía de calidad. Nos darán un generoso puñado de monedas en el mercado–.

Los cuatro se miraron entre regocijos.

–Lleváoslo todo, pero dejad a mi mujer y mi hijo libres. Dejad que se marchen –exigió Geremi con voz ahogada a los cuatro asaltantes.

–¿Y si te dijera que no es esa nuestra idea? Para empezar, después de que uno de mis chicos se dejara las manos cavando ese barrizal, no tenía pensado dejar este carro de mercancías aquí. En lo que respecta a vosotros... Bueno, confórmate con saber que yo solo hago lo que mis clientes quieren.

Todo pasó muy deprisa y no hubo tiempo de reacción para ninguno de los presentes. Florian se liberó de los brazos del hombre que le retenía y saltó enfurecido contra el vocal del grupo, arrancándole el pañuelo que le cubría la cara y provocando un profundo arañazo en su rostro. Su identidad quedó al descubierto, mostrando a una mujer de cabello rojizo, facciones duras y piel curtida.

–¡Maldito niño, me has...! –se palpó la herida

–¡Maldita seas tú y los tuyos! ¡Déjanos marchar! ¡No os hemos hecho nada! –gritó Florian—. Eres odiosa... !Un monstruo!

La mujer que orquestaba todo, y que les había traído la desgracia, guardaba silencio, observando despiadadamente al pequeño. Miró unos segundos a su compañero y, con un gesto, le dio la orden; no le hicieron falta palabras, un golpe ronco se produjo cuando la roca golpeó la cabeza de Geremi. La vista se le empezó a nublar. La sangre le cubría medio rostro y, tras un agónico gemido, cayó inerte en el suelo. Por unos segundos el tiempo pareció detenerse para Adeline y su hijo.

–Vosotros, atadle las manos al crío. Y el otro extremo de la cuerda al árbol más cercano. Pero dejadle suficiente margen para que llegue hasta aquí, no quiero que pierda detalle –ordenó la mujer a sus compañeros.

Adeline recibió una fuerte patada en el flexo de la pierna que provocó que cayera de rodillas al barro. La mujer pelirroja se acercó a ella y le tiró del pelo hasta que esta quedó con la mirada puesta en el cielo.

–Venga, renacuajo, corre con tu madre. ¡Vamos! –exclamó.

Florian corrió hacia ella tan rápido como pudo, pero tropezó con una piedra y cayó nuevamente al suelo. Con dificultad se volvió a levantar y reanudó la carrera; delante estaba su madre, su cómplice y alma, y no podía soportar verla tirada en el suelo con todo ese miedo nutriéndose de su vitalidad.

–Venga..., ahí está tu hijo. ¿No quieres ayudarlo? –preguntó la mujer.

Un golpe en la espalda empujó a Adeline hacia delante.

Florian continuó corriendo hacia su madre, hasta que la tensión de la cuerda le impidió acercarse más y cayó de espaldas en el camino. Se arrodilló a escasos milímetros de sus manos; casi podía sentir la punta de sus dedos rozarle la mejilla. Un nuevo tirón de pelo obligó a Adeline a volver a mirar el cielo.

–¡Vaya, chicos! ¡Pero mirad que sorpresa! ¡Si mamá tiene un colgante precioso!
–Los ojos de la mujer se iluminaron por la codicia. Sujetó el colgante sobre su mano y lo miró atentamente, oteando y tasando mentalmente su valor–. Por este colgante me darían un buen pellizco..., pero me gusta. Estoy segura de que me va a quedar mejor a mí que a ti. –De un tirón se lo arrancó del cuello y se lo guardó en el bolsillo mientras se situaba tras el muchacho–. ¿No le vas a decir a tu madre cuánto la quieres? –le preguntó

Florian sentía la maldad que envolvía cada palabra que salía de su boca; cada bocanada de aire puro que tomaba ese monstruo se convertía en podredumbre en su interior, exhalando sobre ellos todo tipo de miserias. Por las venas de ese demonio de cabello rojo corría el peor de los venenos: el odio. La mujer caminó alrededor de ellos un par de veces más, incitando a madre e hijo a tocarse, mostrándoles con descaro cómo disfrutaba viéndoles así. Finalmente, se detuvo tras Adeline.

–¿Sabes? Me da la impresión de que no eres buena madre... Tienes a tu hijo delante, desesperado, y muerto de miedo, y no eres capaz de hacer nada por él... No mereces tener hijos; eres una pésima madre. Vergüenza, vergüenza de ti, y vergüenza de madre.

Las palabras resonaron en la cabeza de Adeline una y otra vez, mellando su cordura y haciendo que se cuestionara a ella misma. Florian sentía que no podía más; dentro de él su alma se debatía en una feroz guerra. La pesadilla solo era la puerta de bienvenida, el terror las pequeñas piedras del camino y, el final del todo, era la esencia de la oscuridad. Adeline extendió todo lo que pudo la mano hacia su hijo en un último intento desesperado por tenerle cerca.

–Mí niño..., sé valiente. Tu padre y yo te...

Las palabras no terminaron de emerger de su boca cuando el filo de un cuchillo recorrió el cuello de Adeline, salpicando de sangre la cara del niño. Florian contempló catatónico cómo los ojos de su madre dejaban de emitir el brillo de la vida y todas las estrellas de sus ojos se apagaban lentamente. Su inocencia quedó anulada, y todo lo que era por dentro desapareció dejando en su interior un extenso vacío. Adeline cayó al suelo mientras se ahogaba con su sangre, emitiendo un sonido que él jamás sería capaz de olvidar: el sonido de la propia muerte.

La roca le golpeó brutalmente la cabeza y el intenso dolor le dejó semiinconsciente en el suelo, nublándole todos los sentidos. Los sonidos se distorsionaban, y las imágenes que bombardeaban su mente eran delirantes. El rostro de la mujer pelirroja apareció ante sus ojos con una malévolamente sonrisa; parecía querer decirle algo, pero un zumbido en su cabeza lo mantenía doblegado. Los cuatro individuos le rodearon.

–Parece que aún sigue con vida... No le has dado con suficiente fuerza, hay que rematarle –dijo la mujer.

Los tres hombres se miraron, pero ninguno de ellos quiso dar el primer paso.

–Está... moribundo, señora... –dijo uno de ellos mientras le golpeaba en la pierna

con la punta de la bota

–No os pago para dejar... “moribundos” en el bosque. Y a menos que queráis acabar cómo él, más os vale que hagáis lo que os digo –les advirtió, mientras uno de ellos se pasaba con inquietud la mano por el cuello.

No dejaba de darle vueltas en su cabeza. Solo era un niño de campo, hijo de una familia de simples granjeros, y no parecía tener nada de especial a simple vista...; ¿de qué le tenía miedo? El sonido de unos cascos contra el suelo se escuchó a lo lejos, alertando de la inminente llegada de personas no deseadas.

–Bien, supongo que esto ya es algo personal entre tú y yo... –susurró

Con la poca lucidez que quedaba en su moribundo cuerpo vio cómo la mujer cogía una roca del suelo y la levantaba por encima de su cabeza para coger el máximo impulso posible; sabía que su momento había llegado, y que en cualquier momento caería sobre él, sumiéndole en una oscuridad total. Una voz grave parecía querer abrirse paso a través del zumbido de su cabeza, pero ya no era capaz de diferenciar qué era real y que no. En esos momentos una cálida sensación de calma comenzó a envolverle, al mismo tiempo que el dolor desaparecía, decidió cerrar los ojos para no volverlos a abrir. O eso pensaba él...

∞∞∞∞

Esta fue la última vez que supimos de la inocencia del joven. De aquí en adelante su visión del mundo será muy distinta, y lo que hasta entonces había sido un don divino ahora se tornará siniestro y vengativo. Le arrebataron su familia, su vida y su alma, y todo lo acabaría reclamando.

Primavera

2. Un lobo entre el rebaño

Cuando Florian despertó, las cortinas estaban cerradas y entraba muy poca luz en la habitación. Poco a poco la vista se le fue acostumbrando a la oscuridad, hasta que pudo percibir la silueta de los muebles. Sentía un fuerte dolor en la cabeza que le comenzaba en la nuca y se acababa extendiendo hasta el pecho. Se pasó las manos por ella y tocó el vendaje que se la cubría; estaba mojado y le tapaba el lado izquierdo de la cara, dejándole descubierto únicamente el ojo derecho. Se encontraba desorientado y no sabía cómo había llegado allí; no reconocía aquella habitación. Estaba tumbado en una cama grande y mullida, arropado con sábanas de algodón, y una estructura de madera tallada que había sobre su cabeza dejaba caer desde las esquinas una cortina de tela muy fina. Cada vez que intentaba recordar qué había sucedido, una ráfaga de imágenes le bombardeaba la mente; imágenes desordenadas que no le permitían recordar el orden en el que había sucedido todo. Sus recuerdos se mezclaban con un intenso dolor, uno que procedía de lo más profundo de su ser. Con el ojo descubierto, observó la enorme habitación. Los muebles eran lujosos, y aunque había poca luz podía percibir los colores crema y los exquisitos acabados del mobiliario. Las sillas tenían detalles dorados en los reposabrazos, y las paredes lucían frescos con una gran variedad de colores. Mientras miraba su entorno con detenimiento, una figura, que hasta entonces había estado inmóvil a los pies de la cama, se movió ligeramente, y Florian centró su vista en ella. Poco a poco fue dándose cuenta de que no estaba solo.

–¿Quién eres? –la sequedad de garganta quebró su voz–. ¿Dónde estoy?

La figura se alzó sobresaltada al escuchar sus palabras.

–Hola. No te asustes... Estás en mi casa, y aquí estás a salvo.

La silueta del joven se acercó unos pasos con las manos al frente.

Era un chico no mucho más alto que él y, por su voz, no debía de ser mucho más mayor.

–Qué ha... –no pudo terminar de pronunciar la frase, un episodio de dolor se apoderó de la cabeza de Florian. Toda la habitación comenzó a darle vueltas y la visión se le nubló. Vio cómo el chico salía corriendo por la puerta y llamaba a alguien, pero sus sentidos empezaban nuevamente a jugar con él; sabía que esa partida ya estaba perdida. Florian no paraba de estremecerse en la cama. Dolorido, no dejaba de pronunciar el nombre de sus padres; estaba reviviendo una y otra vez los peores momentos de su vida, y sentía que caía a un abismo sin fondo, una caída libre a lo más profundo de sus pesadillas. Y allí estaba el demonio con cabello de fuego, observando como Florian se intentaba sujetar desesperadamente a las paredes de su juicio. Cuanto más caía, más oscuridad le invadía, y más le sonreía su némesis desde lo alto.

–“Mala madre... Eso eres. Vergüenza..., vergüenza..., vergüenza...”.

La voz no paraba de repetirle las últimas palabras que la mujer que le había dicho a Adeline antes de arrancarle la vida. Florian intentaba gritarle al monstruo que le atormentaba, pero su garganta no emitía sonido alguno; en ese “inferno” el sonido no existía.

–Florian, despierta. Florian...

La voz llegó a él como un eco, hasta que finalmente despertó. Estaba empapado en sudor, desorientado y extremadamente tembloroso. Dos fuertes manos sobre sus hombros le mantenían contra la cama.

–Tranquilízate... solo es una pesadilla, ¿me oyes? –La voz del hombre era grave y potente.

Su respiración comenzó a ser más pausada, y parecía que volvía en sí poco a poco.

–¡Madre, padre! ¡La mujer! –gritó mirando nerviosamente a su alrededor.

–Florian, tranquilo. Estamos solos... Estás en un sitio seguro, y aquí no hay ninguna mujer.

–¿Dónde estoy? –balbuceó.

–Ven, Incorpórate un poco –dijo el hombre mientras le ayudaba a sentarse en la cama–. Estoy seguro de que tienes muchas preguntas que hacer, y créeme que te daré todas las respuestas que estén al alcance de mi mano, pero lo primero es lo primero. ¿Cómo te encuentras?

–Bueno..., me duele... la cabeza –dijo Florian mientras se miraba con detenimiento el cuerpo–. ¿Por qué... llevo un vendaje en...?

–Te pondré al día –le indicó recostándose en la silla–. Soy el señor Schaldi, Aleksander Schaldi; tu padre trabajaba aquí arreglando los jardines y las cuadras. Y como ya imaginarás..., esta es mi casa. En cuanto a lo que os sucedió... Os encontraron en el camino del bosque; estabas inconsciente, y sangrabas mucho. Pensaban que estabas muerto, pero cuando se acercaron a vosotros se dieron cuenta de que aún respirabas. Parece ser que una buena pedrada en la cabeza no es suficiente para acabar contigo. ¿Recuerdas qué os sucedió? ¿Pudiste verle la cara a alguno?

–Íbamos de camino a la ciudad cuando nos tendieron una emboscada. Recuerdo que eran... cuatro, y uno de ellos era una mujer con el cabello rojo. Atacaron primero a mi padre, y luego a mi madre y a mí –empezó nuevamente a agitarse.

–Tranquilo, estás en un lugar seguro –le recordó con voz suave y pausada.

–Recuerdo que... dijeron que seguían órdenes.

–Te diré todo lo que sé, pero tienes que tranquilizarte. El comandante Kurt y su ayudante el señor Werner estaban realizando una ronda de inspección por los caminos de acceso a la ciudad; escucharon voces y fueron a investigar. Últimamente ha habido varios asaltos en los caminos, todos a mercantes, y están patrullando los accesos para intentar localizar al grupo que los está perpetrando. Cuando llegaron al lugar, vieron el carro en el camino, y a ti y a tus padres en el suelo. Pero... había únicamente tres hombres allí. ¿Estás seguro de que había una mujer?

–Sí, señor. Era pelirroja, y recuerdo que la herí en la cara. Al resto... no llegué a verles la cara.

–Bueno. Estuviera o no, consiguieron escapar. Cuando se acercaron, el comandante reconoció a tu padre, y dio por sentado que tú eras su hijo; luego te trajeron aquí.

–Mis padres... ¡Ellos mataron a mis padres! –exclamó.

–Verás..., Florian. Es un milagro que te encontraran con vida; si hubieran tardado un poco más en llegar... –razonó Aleksander–. Te prometo que daremos con quien lo hizo, y rendirán cuentas ante la justicia por lo que le han hecho a tu familia. Pero ahora tienes que ser fuerte y recuperarte.

Ahora entendía las palabras de su padre. La vida podía ser muy cruel, pero cumpliría su promesa de ser fuerte; y fuese cual fuese el precio por encontrar a los culpables, él estaría dispuesto a pagarlo. Florian se dio cuenta de que un joven le observaba en silencio desde el marco de la puerta. Se quedaron mirando en silencio durante unos segundos, hasta que Aleksander se dio cuenta de la presencia de su hijo.

–Ese de ahí es Tonio Schaldi, mi hijo –dijo señalando al joven de la puerta–. Ha estado pendiente de ti desde que llegaste...; no se ha movido de esa silla hasta que has despertado. Tonio, ven por favor. Saluda a tu invitado. –Era un chico más bien delgado, su cabello era de color dorado y lo llevaba recogido con una cinta de terciopelo rojo, dejando a la vista las suaves facciones de su rostro. Tenía la piel tersa y clara, y los pómulos rosados por el rubor le conferían una abrumadora belleza. Era un chico..., pero sus labios, su piel, y su mirada, parecían jugar sutilmente con la ambigüedad. ¿Era ese joven de delicados rasgos su ángel guardián? Tonio se acercó tímidamente a la cama y saludó a Florian esbozando una sonrisa juguetona.

–Tonio, este es Florian.

El joven muchacho asintió alegremente sin apartar la mirada de él.

–Estoy seguro de que os llevaréis bien –sonrió–. ¿Tienes hambre?

–Un poco, señor.

–Perfecto, eso es buena señal. Voy a decirle a Llona que te prepare algo para comer y que te lo suban a la habitación. Tonio se quedará contigo haciéndote compañía, por si necesitas ayuda.

Tonio se sentó a un costado de la cama, envolviendo a Florian en un agradable aroma; olía a verbena, a hierba fresca recién cortada. Estaba seguro de que si cerraba los ojos su imaginación podría llevarle de nuevo a los prados, a su casa. Pero había algo en Tonio que no era capaz de describir, algo tan intenso y sutil que lo mantenía cautivo en su mirada.

–Hola. Creo que no hace falta que me presente. Mi padre ya se ha encargado de hacer los honores...

–Sí, eso parece. –El pulso se le aceleró–. Yo quería... Bueno, quería darte las gracias por...

–No hay de qué. Cuando te trajeron tenías peor aspecto, la verdad. Aunque ahora no creas que estás mucho mejor... –Ambos se rieron tímidamente–. Siento mucho lo que te ha pasado, espero que encuentren a los culpables pronto.

–Gracias –contestó mientras se acomodaba mejor en el respaldo de la cama–, yo también. Aunque no recuerdo con nitidez todo lo que ocurrió...

–Es normal, ya verás cómo poco a poco vas recordando más cosas. Mi madre dice que todo lo almacenamos en la cabeza, y que cuando creemos que hemos olvidado algo en realidad está jugando a las sombras con nosotros.

–¿Tu madre está...?

–¿En casa?

Florian asintió en silencio.

–¡Claro, casi siempre está aquí! –respondió jocosamente, dándole a entender que no podía ser de otra manera–. Se puede tirar semanas preparando una celebración o un recital, y cuando se ha celebrado se pone a preparar el siguiente. ¡Así es ella, siempre al servicio de la música!

Florian no había visto ninguna celebración. Su padre le había hablado varias veces de las fiestas que se celebraban en la casa de los condes Schaldi, eventos de muy alto nivel donde nunca faltaba gente reputada de todo el país, manjares y música.

Dos golpecitos sonaron en la puerta y una muchacha joven entró rápidamente en la habitación casi sin reparar en Florian, dejando una bandeja en la mesita que había al lado de la cama. Anne era una chica bastante hermosa. Sin embargo, lo que dios le había dado en belleza lo había escatimado en determinadas cualidades.

–Buenos días, señorito Tonio. Su padre me manda con la bandeja de comida para... –miró a Florian esperando a que este le dijera su nombre.

–Florian –dijo Tonio–, se llama Florian. Ella es Anne –le indicó a este–. Es la ayudante de Llona, nuestra cocinera.

–Encantada, señorito Florian. Espero que tenga hambre; a Llona no le gusta que le devuelvan los platos con comida. Le puedo asegurar que se pone insoportable –dijo en voz baja mientras le sonreía–. Bueno, no puedo entretenerme. Hay muchas cosas que hacer en la cocina. Espero que se recupere pronto. ¡Ah, señorito Tonio! –Se dio la vuelta antes de salir de la habitación–. Su padre me ha pedido que le diga que cuando su invitado termine de comer le acompañe a su despacho. Tiene que curarle la herida, o... se le infectará.

Los dos se quedaron contemplando cómo salía por la puerta a toda prisa.

–Es una chica muy eficiente, y muy guapa. Pero siempre anda tropezando con todo por la casa. Ya lo verás por ti mismo –sonrió, acercando la bandeja al regazo de Florian–. Pues... ¡hora de comer!

Tonio destapó la bandeja y los ojos de Florian se iluminaron al ver el plato de jamón de pavo con pasas. El olor de la carne recién asada le penetró por la nariz, engatusando su cerebro y despertando su apetito. El seco cauce que se extendía por su boca volvía a cobrar vida, transportando un torrente de saliva a cada yermo rincón de su paladar. No necesitó mucho tiempo para devorar toda la comida del plato.

–Vaya... ¡Pues sí que tenías hambre! –exclamó Tonio al ver la voracidad con la que había dado cuenta al plato.

–Sí... Tenía mucha hambre –respondió tímidamente mientras se limpiaba la boca con la servilleta–. Estaba todo muy bueno...

–Bueno, será mejor que bajemos y te curen esa herida.

Tonio se levantó de la silla y se acercó a la ventana. Al correr las cortinas, la luz del sol

entró en la habitación, bañándolo todo de claridad y realzando los vivos colores de los murales. La vista de Florian tardó unos segundos en acostumbrarse nuevamente a la luz. Miró la habitación fascinado, contemplando la riqueza de los colores de las paredes, el rojo intenso de los frescos y el brillo dorado que emitían los embellecedores de mesas y sillas; esa era la vida de la aristocracia, el ejemplo visual perfecto de riqueza y ostentación. Se le erizó el vello del cuerpo al contemplar su alrededor. Nunca hubiera imaginado que llegaría a ver algo así. Sin embargo, ahora estaba allí, y era todo muy real.

Tonio le sujetó del brazo y le ayudó a sentarse en el borde de la cama. Aún sentía un ligero vahído. Apoyó los pies en el frío suelo y se levantó lentamente.

–Si notas que te mareas, dímelo. No vaya a ser que acabemos los dos en el suelo –le advirtió.

–Creo que puedo mantenerme en pie yo solo...

Tonio, con reservas, le soltó lentamente.

Sentía como si las piernas le fueran a fallar en cualquier momento. Así comenzaban todos sus sueños, todas sus pesadillas. Caminó hasta la puerta escoltado por Tonio, que iba atento a cualquier tambaleo que pudiera dar. Se acercó al pasamanos de la escalera frente a la puerta y se sujetó a ella con firmeza. Ante él se extendían largos pasillos llenos de habitaciones, cada una con un reluciente pomo dorado en su puerta. Las paredes pintadas en tono pastel reflejaban la luz del sol, confiriéndole a la sala una elegancia divina. Al asomar la cabeza por el pasamanos observó que estaban en una segunda planta, y que la escalera semicircular que se ceñía al lateral de la pared aún subía un nivel más. En la planta más baja se erguía elegantemente un pequeño sofá circular, coronado en el centro por un atractivo jarrón de flores de múltiples colores. A sus oídos llegaba el rumor de voces que provenían de algún punto de la casa; estas rebotaban en las paredes y se fundían con la luz, bañándolo todo uniformemente. Sentía cómo los sonidos se expandían por el aire, dividiéndose en millones de hebras sonoras capaces de llegar a cualquier lugar desde miles de puntos diferentes a la vez. El corazón se le aceleraba cada vez que una voz o un ruido llegaba a él de aquella forma tan inverosímil.

–¿Bajamos? –preguntó poniéndole la mano en su espalda.

–Sí, Perdón.

Tonio percibió que a su invitado no le supuso gran esfuerzo bajar las escaleras. En la planta de abajo varias mujeres iban a toda prisa de habitación en habitación con plumeros y sábanas limpias. Él las observaba con curiosidad mientras avanzaba por el pasillo camino de las siguientes escaleras. Trabajaban a un ritmo sorprendente, y cada vez que se cruzaban con alguna, esta les esquivaba con gran habilidad. Continuaron descendiendo por las escaleras hasta desembocar en una gran sala repleta de sinuosas columnas blancas que se alzaban hasta la planta más alta. El pequeño sillón circular que había visto desde la segunda planta ahora le revelaba la verdadera magnitud de su tamaño; ahí se podían sentar al menos veinte personas. Florian miró por el hueco de la escalera y se quedó ensimismado viendo la espiral que formaba hasta llegar a la última planta.

–Esta es la planta baja. Y ahí, al final del pasillo, está la sala de mi padre. Venga, vamos. No le gusta que le hagan esperar.

De camino al estudio, Tonio detuvo a Florian frente a una sala que tenía la puerta entre abierta, poniéndose un dedo sobre los labios.

–Esa mujer de ahí es mi madre... Y con quien está hablando es Jaroslav, uno de sus abanderados. Es su preferido –susurró.

–¿Qué es... un abanderado? –preguntó con curiosidad

–Es... como uno de los sirvientes para las fiestas. Pero a esos se les permite hablar con los invitados. Jaroslav lleva muchos años al servicio de mi familia, y mi madre confía tanto en él que lo considera más su asistente personal que sirviente. Bueno. Espera ahí, que voy a decirle a mi padre que ya estás aquí.

Florian aprovechó que Tonio se había ido para volver sobre sus pasos y ver nuevamente a la señora Schaldi. Se quedó en el marco de la puerta observándoles detenidamente. Era una mujer bajita y robusta, pero la peluca blanca que portaba en la cabeza –de gran tamaño–, con plumas, flores, y demás abalorios la hacían a la vista más alta de lo que era. Tenía la piel muy blanca, con los pómulos muy rosados y un lunar negro sobre el labio. El vestido era elaborado –e increíblemente grande–, la circunferencia de la falda era enorme y le cubría por completo los pies. Los rasgos de su cara, y su forma de moverse, le conferían un aspecto de refinada elegancia. Jaroslav asentía repetidamente con la cabeza mientras la condesa, encolerizada, hacía aspavientos. Esta le hizo un gesto con la mano, y Jaroslav desapareció del campo de visión de Florian. Se sentó en un sillón y abrió un abanico floreado con el que comenzó a darse aire; era evidente que la conversación la había agitado bastante. Florian la miraba atentamente. Cuando la señora Schaldi giró la cabeza hacia él, sus miradas se cruzaron; sus ojos eran fríos y profundos. Florian tenía la sensación de que no le gustaba. Notaba la desaprobación y el repudio que expresaban los rasgos de su rostro al escrutarle. La condesa se levantó malhumorada del sillón y se dirigió hacia él, cuando, por sorpresa, la mano de Tonio se posó sobre su hombro.

–Tranquilo, que soy yo. ¿Estás bien? –dijo mirándole de arriba abajo.

–Sí, perdón. No me lo esperaba. –El corazón le latía a gran velocidad–. Estaba pensando en...

–Entiendo. Vamos, mi padre quiere verte.

No podía evitar girar la cabeza para ver si la señora Schaldi aparecía por aquella puerta. No hubiera sabido cómo reaccionar si en ese momento la hubiera tenido delante; su recta apariencia y su gélida mirada le intimidaban. Había algo en aquella mujer que le hacía sentir incómodo, pequeño.

Tonio abrió la puerta de la sala y Florian entró tímidamente tras él. Era una habitación amplia, con varios escritorios llenos de papeles y documentos. Las cortinas caían desde el techo y dejaban a la vista las grandes y hermosas vidrieras de las ventanas; la luz entraba a raudales por ellas, y lo cubría todo de claridad. En uno de los escritorios estaba el señor Aleksander, revisando minuciosamente una pila de documentos; estaba tan concentrado que ni se dio cuenta de la presencia de los dos jóvenes.

–Padre... Ya estamos aquí.

–¡Oh! Perdonad, esto me va a volver loco... –dijo mientras alzaba la vista y los miraba sonriente–. Me alegra ver que tienes fuerzas para caminar sin ayuda. Por favor –se levantó de su asiento mientras señalaba una de las sillas que tenía delante–, toma asiento.

Florian miró a Tonio, y este asintió con la cabeza.

–Venga, ¿a qué esperas? –le animó

El asiento era mullido y estaba tapizado con cuero blanco, el cual había sido curtido con alguna técnica especial que él desconocía. Era la silla más cómoda y bonita que jamás había visto. Aleksander cogió un par de algodones que estaban sobre la mesa y los metió dentro de un cuenco con agua.

–Bueno, vamos a ver cómo va esa herida... –Y con delicadeza comenzó a quitarle el vendaje.

ooooo

En algún lugar de Praga...

–¡Sigue vivo, es que no lo entiendes! –vociferó el hombre de la levita negra–. ¡Os pagamos precisamente para que no sucediera esto!

–Pero mi señor..., le golpeamos dos veces. Si nos quedábamos, corríamos el riesgo de que nos vieran.

–¿¡El riesgo de que os vieran!? ¡Si casi os pillan allí mismo, casi os atrapan! –le reprochó–. No está contenta, ¿sabes? –comenzó a dar vueltas a su alrededor, observándolo de arriba abajo–. ¿Sabes qué sería capaz de haceros? No queráis ni imaginarlo...

–Le golpeamos tan fuerte como pudimos... Y le puedo asegurar que corrimos más riesgo del necesario; tuvimos suerte de que no nos atrapara el comandante...

–Muy bien... Os lo voy a advertir por última vez... –dijo con mirada desafiante–. Una oportunidad más; ini dos, ni tres, solo os da una oportunidad más –exclamó–. Díselo a tus compañeros.

Se acercó al hombre hasta que este pudo sentir su aliento.

–Como algo salga mal esta vez..., seréis vosotros los que acabaréis con la cabeza abierta –amenazó.

–¿Y ella, señor? –preguntó cautelosamente el asustado hombre.

–Mejor que os mantengáis alejados de ella. Eso si tenéis un mínimo aprecio a vuestra vida... –contestó mientras salía de la habitación dando un portazo.

3. Un escondite para el alma

Florian se miraba minuciosamente en el espejo; jamás lo había hecho, y le resultaba asombroso observar cada parte de su ser reflejado en el cristal. “¿Así soy...?”, pensó. Era un chico atractivo, con el cabello liso y negro, y su amplio torso estaba muy desarrollado, fruto del esfuerzo físico que había soportado desde que era joven al trabajar en el campo; era fuerte y robusto, curtido en tierras salvajes.

–Bueno, parece que esa cicatriz te va a acompañar durante el resto de tu vida –dijo Aleksander.

Se pasó la mano por la herida mientras observaba el grotesco cariz que esta le confería. Cada vez que se mirase a un espejo, allí seguiría estando, recordándole una y otra vez el pasaje más oscuro de su existencia.

–Parezco... ¡Soy un monstruo! –exclamó.

–No eres ningún monstruo, Florian. Es solo una herida. Y eso no te convierte en ningún engendro–intentó animarle el conde–. Con un poco de paciencia, y vigilando que no se infecte, pasará desapercibida con el tiempo.

–Aunque se fuera del todo seguiría viéndose –le reprochó mientras se retiraba el pelo de la frente.

Tonio se acercó a él observando su reflejo en el azogue.

–Florian... Creo que el problema no es la herida de tu cabeza, sino la que tienes dentro, en tu pecho –sus manos rodearon los hombros del atribulado muchacho–. Da lo mismo lo grande que sea la brecha de tu rostro: si no curas la que tienes abierta en tu interior, no conseguirás encontrar paz alguna.

–Encontraré la paz cuando halle a la mujer que me ha hecho esto, cuando pague por lo que me ha arrebatado. Solo así encontraré la paz de la que me hablas. Y esta marca me lo recordará cada día. –Los ojos se le humedecieron mientras pasaba sus temblorosos dedos sobre la herida.

–Eres un joven impertinente y desconsiderado... Deberías agradecer lo que estamos haciendo por ti. En esta casa no entra cualquiera, y, al fin y al cabo, tú estás bajo nuestro techo. Reconsiderar tu postura sería lo más inteligente que podrías hacer.

Florian se sobresaltó al oír la voz. La señora Schaldi apareció tras él, mirándole fijamente con hostilidad. Sentía la necesidad escapar de aquella habitación, como el ciervo que se ve acorralado por el lobo; sin salida, sin opciones.

–Florian, te presento a mi esposa, la señora Schaldi.

La mujer rodeó a Florian sin apartar la mirada de él y se colocó al lado de Aleksander.

–Estoy al corriente de lo que te ha sucedido, y quiero que sepas que lamento lo que

os ha pasado a tu madre y a ti. No teníais culpa de nada –dijo la condesa.

–¿Culpa? –preguntó desconcertado.

–Culpa de nada. Nadie ha hecho nada. Y mucho menos como para merecer la muerte –intervino Tonio–. Tuvisteis mala suerte, únicamente.

–Sabían sobradamente de los robos que se estaban produciendo en el bosque. ¿Quieres decir que la insensatez ahora se llama “mala suerte”? –rebatió–. Tomar una mala decisión no te exime de culpa, y menos aún cuando le cuesta la vida a tu familia.

–Por favor, amor mío, no seas tan dura con el chico. Suficiente ha pasado ya como para que se lo pintemos todo de negro –le rogó Aleksander, cogiéndole cariñosamente las manos–. Tiene que ser horrible ver morir a tus padres...

–En eso estoy de acuerdo –respondió mirando de arriba abajo al muchacho–. Y por ello tampoco le culparé si decide cometer alguna locura.

“¿Cometer alguna locura?”, pensó. ¿Por qué había culpado a su padre? Ella no tenía ningún derecho a juzgarle por lo que había sucedido; no lo conocía, no sabía cómo era. Él nunca les habría puesto en peligro.

–Tonio, ¿serías tan amable de acompañar a nuestro invitado fuera? Estoy seguro de que le gustarán nuestros jardines. Y un poco de aire fresco no le vendrá mal –dijo mientras se giraba hacia su esposa–. Tu madre y yo tenemos... ciertos asuntos que tratar.

Tonio asintió alegremente.

Caminaron por el pasillo hasta el recibidor, donde dos grandes puertas talladas custodiaban la entrada a la casa. Al abrir el aire fresco le golpeó la cara, sintiendo por unos segundos la sensación de paz y libertad que le había abandonado en el bosque. La entrada a la mansión era voluptuosa, llena de jardineras copadas de margaritas y rosas que desprendían al ambiente un agradable aroma. Florian bajó las escaleras y se quedó allí parado durante unos minutos, observando la ciudad que se alzaba a la lejanía. Hacía frío, pero no le importaba.

–Esta es la entrada a la casa, ¿te gusta?

–Sí. ¿Aquello es la ciudad? –señaló con el dedo.

–Exacto. Estamos en la parte más alta, por lo que disfrutamos de las mejores vistas de toda Praga –contestó orgulloso–. Desde aquí se puede ver la iglesia, el mercado, y... Bueno, todos los edificios altos del casco. ¿Continuamos?

–Sí –contestó sin apartar la mirada del horizonte.

Caminaron por el lateral oeste de la casa. Florian iba mirando todo con detenimiento, mientras Tonio le iba señalando dónde se encontraba la entrada a las cocinas, las cuerdas y el almacén de la leña. El terreno que rodeaba la vivienda era muy extenso, tanto, que el muro que delimitaba las propiedades no era visible desde allí. Un laberinto formado por rosales gigantes se erguía exuberante en mitad del terreno, cubriendo el jardín de perlas rojas, blancas, y amarillas.

–Este es el orgullo de mi madre, el laberinto de rosas –le señaló–. Es fácil perderse en su interior... Mi madre suele organizar para las fiestas algún juego ahí dentro.

–¿Juegan a perderse? –pregunto extrañado.

–Bueno, no solo es perderse. También hay una persona con la misión de atraparte; tú tienes que intentar que no te cojan, claro. Es divertido, más aún porque se suele jugar en las fiestas de disfraces. ¿Alguna vez has visto a un caballo perseguido por un cisne? Te aseguro que es muy gracioso. –Florian no terminaba de encontrar mucho sentido al juego. ¿Tener que huir de alguien mientras estás perdido? ¿Y disfrazado? No sabía de las costumbres de la gente rica, pero empezaba a darle un nuevo significado a su concepto de extravagancia–. Ahora que mencionamos a los cisnes, vamos a ver el estanque.

–¿Tenéis un estanque? ¿Aquí? –preguntó con cara de asombro.

–Sí, claro. Es bastante grande, y tiene un pequeño puente que se adentra en el agua y va a dar a una pérgola con asientos. Está al final del laberinto. Vamos –le animó Tonio.

Caminaron durante cinco minutos entre dos muros densos y altos. Florian no era capaz de ver nada a través de ellos; ni tan siquiera la luz era capaz de atravesar su espesura. Al salir del pasillo, el lago estaba a escasos metros. El agua permanecía en una calma sobrecogedora. Apenas había ondulaciones sobre la superficie y, como le dijo Tonio, allí estaba el puente, adentrándose en las aguas.

–Es... precioso. Jamás lo hubiera imaginado –titubeó asombrado.

–Esto no es nada. Mira, ven. –Tonio le agarró de la mano y tiró de él para que le siguiera.

Desde la pérgola, la perspectiva de su alrededor era sobrecogedora, sentía como si en cualquier momento el suelo se fuera a abrir bajo sus pies y una masa de agua lo fuera a engullir. Florian giró sobre sí mismo un par de veces para contemplar toda la extensión de agua que lo rodeaba.

–No mentía, ¿verdad? –dijo mientras tomaba asiento en uno de los bancos.

Florian negó con la cabeza.

–Ven, siéntate. Entramos los dos.

Florian se sentó a su lado sin dejar de contemplar el horizonte del estanque. Durante unos minutos ambos guardaron silencio.

–Mi padre quiere que te quedes con nosotros –le reveló.

–Yo... –no sabía que responder, aquello le pilló desprevenido. Aún tenía la casa de sus padres. Pero aunque volviera a su hogar... seguiría estando solo–. No sé qué decir.

–Él quiere que ocupes el puesto de tu padre. Al fin y al cabo, él te enseñó a hacer todo lo que hacía aquí. Además, no estarás solo –dijo mientras posaba su mano encima de la de Florian.

Un escalofrío le recorrió la espalda al sentir el calor de la mano de Tonio sobre su piel. ¿Por qué se sentía así? Una sensación de vahído se apoderó de su mente y cuerpo. Sentía como si miles de mariposas aletearan en su sexo, despertando de su sueño al deseo que habitaba dentro de él. ¿Por qué Tonio? ¿Qué tenía que le excitaba tanto?

–Pero no tenéis huerto, ni tenéis que cazar para llenar los pucheros. No sé cómo podría servirlos... –consiguió responderle entre tanta vorágine de sensaciones–. Un cazador... no es lo que necesitáis.

–Bueno, los jardines están llenos de liebres que se comen las raíces de los rosales. Y mi madre detesta que se lo echen a perder. Además, alguien tiene que ayudar a Pabels a recoger leña.

–¿Tu madre también quiere que me quede? –preguntó con ciertas reservas.

–Siendo sinceros... Mi madre se opuso rotundamente. Pero las dotes de negociador de mi padre al final acabaron haciendo mella en su compasión, y accedió a que ocuparas el puesto de ayudante de Pabels.

Florian estaba convencido de que no le gustaba a la condesa; lo sabía desde el primer momento en el que sus miradas se cruzaron. Ahora sus dudas se habían despejado del todo.

–¿Siempre es... tan seria? –Florian pensó bien sus palabras para no incomodar a Tonio–. ¿Nunca sonríe?

–Mi madre no siempre fue así –suspiró–. Yo tenía un hermano mayor; se llamaba Albert. A mi madre siempre le ha fascinado la música, y mi hermano lo tenía todo para triunfar en ella; gozaba de un oído fuera de lo normal. Toda melodía que escuchaba era capaz de representarla, ya fuera al piano o con el violín. Al principio no daba clases, no le hacía falta, pero más tarde mi madre decidió que había que aprovechar su talento, y contrató al mejor compositor y músico de Praga, el señor Pascal Giacometti. Al poco tiempo ya era capaz de componer obras de una calidad inmejorable; incluso hacía rectificaciones en las composiciones del señor Giacometti. La fama de las fiestas de mi familia se extendió por toda Praga, y recibíamos solicitudes de invitación antes de que se celebrara alguna. La gente rogaba poder asistir a ellas para deleitarse con las obras de Albert. Pero la cosa empezó a ir mal. –El tono de su voz adquirió un matiz melancólico–. Su salud empezó a resentirse. Comenzó a tener fiebres nocturnas y... Al principio creían que era un resfriado, pero la cosa fue empeorando y, a pesar de procurarle a los mejores médicos del país, Albert acabó... falleciendo.

Florian podía sentir el dolor de Tonio dentro de él. A él le habían arrebatado a su familia, y a Tonio la vida le había robado a su hermano. En ese momento entendió qué les unía de forma invisible con tanta intensidad.

–Lo siento, yo... –se sentía culpable por hacerle recordar un pasaje tan doloroso.

–No te preocupes, ya hace dos años de eso. Ahora soy yo quien va a clases de música. Mi madre quiere que siga los pasos de Albert, y todos los días viene el señor Giacometti a darme dos horas de clases; una de piano y otra de violín.

–Mi padre me construyó un piano. Bueno, nosotros lo llamábamos “piannino”, porque era muy pequeño; apenas tenía tres filas de teclas, pero para mí eran suficientes. Estuvimos durante seis meses fabricándolo con la madera que íbamos talando del bosque y las cuerdas rotas que se traía de aquí cuando alguna se os rompía –le confesó.

–¿En serio? ¿Sabes tocar? –le respondió sin poder disimular su excitación.

–Sí, aprendí yo solo. También componía mis propias melodías.

Tonio estaba fascinado con su nuevo amigo. Por fin tenía a alguien con quien hablar. Además, tenía su misma edad y sabía algo de música. Podía notar como la sensación de soledad con la que convivía desde la muerte de Albert se iba disipando poco a poco.

–Ven, te voy a enseñar dónde estudio música. ¡Te va a encantar! Tenemos un piano enorme en el centro de la sala. Es nuevo y está recién afinado.

–Pero... –Florian no pudo terminar la frase. Tonio le agarró de la mano y tiro de él para que se levantara.

Ambos corrieron agarrados de la mano a través del laberinto de rosales. Tonio le miraba continuamente mientras reía feliz. Fueron la deliciosa sensación del aire fresco, el olor a lluvia y la mirada de Tonio el detonante para que su corazón volviera a latir. Volvía a haber una pequeña luz en su alma; un minúsculo y titilante brillo entre tanta oscuridad. ¿Significaba eso que aún quedaba algo de humanidad dentro de él? Ahora veía que no todo le fue arrebatado. Mientras quedasen ascuas, siempre podría volver a surgir la llama de una esperanza ya marchita.

Las puertas del Gran Salón se abrieron de par en par, mostrando un gran piano en el centro de la sala de paredes nacaradas. Florian no daba crédito a la belleza de aquel robusto instrumento. Su madera, pulida y barnizada, reflejaba el brillo de las velas que pendían de los apliques de las paredes. Aquello era como un sueño para él; un sueño fabricado con madera de la más elevada calidad y de una elegancia digna de observar por muy pocos. Tonio extendió los brazos en mitad de la habitación, mostrándole orgulloso la sala donde impartía sus clases de música. Estaba disfrutando al ver la cara de asombro de este, y sentía que había conseguido disipar gran parte de la niebla que cubría ser.

–Esta es la sala de música. Aquí es donde practico y doy clases todos los días.

–Es... increíble –respondió estupefacto.

–Y aquí está. Este es el piano del que te hablaba –Tonio levantó la pequeña tapa dejando al descubierto las teclas–. ¿Te gusta?

Florian ya no prestaba atención a lo que le decía Tonio; se sentía atrapado por la poderosa fuerza que ejercía el piano sobre él. Las teclas de marfil blanco le llamaban en un lenguaje secreto, uno que solo él parecía entender. Se acercó tímidamente él y acarició su suave madera, experimentando en su interior una explosión de sensaciones. Sentía que aquel instrumento y él podían ser uno al mismo tiempo, una perfecta fusión entre inspiración y catalizador.

–Es... precioso –dijo con voz queda.

–Sabía que te gustaría –le respondió mientras jugaba coquetamente con su coleta.

Florian sentía la necesidad irrefrenable de pulsar aquellas teclas, liberando así el sonido mágico que se escondía entre sus cuerdas. Acercó el dedo con suavidad al Do sostenido [Do#], cuando la voz de la condesa resonó con fuerza en toda la sala, haciendo, del que podría ser el más bello sonido, el aviso de un peligro inminente.

–¡Ni se te ocurra tocar ni una tecla de ese piano! –exclamó antes de que los dedos de Florian lo rozaran–. Nunca vuelvas a entrar en esta habitación. Ni con mi consentimiento ni sin él –añadió.

Florian retiró la mano rápidamente y miró tembloroso a Arieta.

–Discúlpele, madre –intervino Tonio–. Fue idea mía traerle a la sala. Le conté que doy clases y pensé que era buena idea enseñarle dónde las daba.

–Me da lo mismo de lo que hayáis hablado. A partir de ahora es un sirviente más de la casa y, como tal, no tiene ningún derecho a ir por donde le plazca. Y qué decir de tocar nuestras pertenencias.

–Pero madre... –no tuvo tiempo de terminar la frase.

–¡Aquí no hay peros que valgan! –vociferó la condesa–. Quiero que te marches ahora mismo a tus aposentos. El señor Giacometti está al caer y tienes que estar preparado para cuando llegue. En cuanto a ti, joven descarado, márchate a las cuadras, donde está Pabels esperándote. A partir de ahora será como tu sombra. Harás todo lo que te mande. Y por tu propio bien espero que te limites a tus labores en esta casa; sería una lástima que además de vivir con tus desgracias, las cuales me traen sin cuidado, acabaras en la calle sin nada que llevarte a la boca.

Tonio salió por la puerta mirando entristecido a Florian, el cual observaba asustado a la condesa.

–Lo siento, señora Schaldi –titubeó.

–Deberías saber que no me importa lo que sientas –dijo acercándose a él–. Creo que lo mejor habría sido que no hubieras resistido con vida ese día.... Veremos si estoy equivocada o no.

La condesa se paró en la puerta con la mirada al frente, sin mirar a Florian a la cara, mientras le hacía un gesto para que saliera de la habitación y se dirigiera a las cuadras.

Pabels era un hombre delgado y poco agraciado. Le faltaba parte de la dentadura, y eso le hacía aún más grotesco. Estaba apilando en una esquina de la cuadra montones de heno para los caballos. Florian se acercó tímidamente a él sin saber muy bien qué decir.

–Hola. ¿El señor Pabels?

Molesto, se giró para ver quién le interrumpía.

–Vaya, así que tú eres el hijo de Geremi –respondió mientras lo observaba con atención–. Tienes... sus mismos ojos, por lo que veo. Espero que también sepas la mínima parte de lo que sabía hacer él... –Florian asintió sin saber muy bien lo que debía responder a eso–. Qué, ¿te vas a quedar ahí mirando como un pasmado? –continuó–. Coge un rastrillo de ese armario y ponte a apilar heno, que no tenemos todo el día.

–Sí, señor. Disculpe –respondió nervioso, uniéndose a la faena.

Durante los siguientes días Florian ayudó en las tareas de acondicionamiento de las cuadras, sacando y apilando montones y montones de fardos de heno, limpiando los excrementos secos de los caballos, y reparando los comederos que estaban más deteriorados. Los días se le hacían largos y pesados, y aunque la comida no era nada del otro mundo, ni se acercaba por asomo al pavo con pasas que le habían servido el día que despertó; acababa tan agotado que todo le sabía bien. Trabajar con Pabels no era una tarea sencilla. Siempre estaba pendiente de qué y cómo hacía las cosas. Le llamaba la atención, y le corregía continuamente en todo. Los días comenzaban a las seis de la mañana con dos golpes fuertes en la puerta y una voz clamando su presencia en la parte lateral oeste de la casa; incluso había días en que ni le permitían desayunar porque había que preparar la comida de los caballos de los Schaldi y acoplar el carro a la estructura de montura. Esos eran los peores días, cuando los Schaldi tenían alguna cita temprana y debían partir al alba, ya que era Arieta quien se aseguraba personalmente de que todo estuviera al nivel de sus exigencias. Así era su nueva vida, o al menos la que creía que le había tocado vivir por designio. Al fin y al cabo, tenía trabajo, una cama y

comida a diario; por no decir de la compañía de Tonio, que, aunque cada vez más escasa, le daba un motivo para seguir adelante. No había superado la muerte de sus padres, y dentro de él seguía creciendo el deseo de venganza, pero la capacidad que poseía Tonio de sublevarle el corazón era lo que le hacía olvidar por largos ratos su lucha interior. Florian había dejado de preguntarse qué le depararía el futuro, había aceptado su destino como un mandato incuestionable y ya imposible de cambiar.

∞∞∞∞∞

La vida de nuestra joven promesa había cambiado, y mucho; volvía a estar en un mundo ausente de vibrantes sonidos. Y gracias a ello el don que había crecido dentro de él estaba confinado, escondido entre los recovecos de sus recuerdos más oscuros. Pero el mal siempre encuentra una salida, y el suyo estaba a punto de encontrarla. Florian era una bomba latente, y como comprobaremos, quien pensaba que era su mayor tormento acabaría siendo el culpable de prender la mecha que lo haría detonar. Vivimos en una época en que la música no siempre amansa a todas las fieras.

∞∞∞∞∞

Florian se había levantado antes de que llamaran a su puerta para despertarle. Había sido una noche despejada, y el frío se hacía notar más de lo habitual para esas fechas. Se levantó de la cama y se acercó a la ventana para contemplar la calma que reinaba fuera. El brillo de la luna bañaba los rosales, reflejando los leves rayos de luz sobre los pétalos de las flores blancas, haciendo parecer a estas como si de miles de luciérnagas se trataran. Florian alzó la vista al cielo para contemplar la luna. Allí estaba, exuberante en el cielo, y brillando con intensidad por encima de las miles de estrellas que la rodeaban. Así debía de sentirse su amor secreto, radiante y lleno de gloria. ¿Era su luz la que le animaba a salir de aquella habitación día tras día? Sentía cómo su deseo hacia él le hacía girar a su alrededor, sumergido en una vorágine desenfadada de pasiones secretas tan intensa como la gravedad que rige el cielo. Ansiaba poder decirle que le deseaba, que perdía la razón por probar el dulce néctar de sus labios. Pero no era posible, al menos mientras siguiera siendo Tonio Schaldi y él un simple sirviente.

Una voz que resonó tras la puerta le pidió que se despertara y bajara al cobertizo. Florian hizo un gesto de desdén y le respondió con dejadez, indicándole que enseguida bajaba.

La brizna de hierba que le rozaba los tobillos le hacía cosquillas. Cientos de hojitas escarchadas le acariciaban la piel provocándole pequeños escalofríos por el cuerpo. Las puertas de cobertizo estaban abiertas de par en par, y Florian se acercó hasta allí para

reunirse con Pabels. Cuando entró en el cobertizo encontró apilada de cualquier manera un montón de madera, travesaños y muebles rotos, todos ellos dañados y retorcidos por la humedad. Se acercó con cuidado para no tropezar. Para su sorpresa, en el centro del cobertizo y sepultado por un alud de escombros, reposaba un viejo piano. Tenía una de las patas partidas y estaba vencido hacia un lateral. La madera parecía estar resistiendo a duras penas las inclemencias del tiempo, pero parecía guardar con integridad la caja de resonancia. Con cuidado levantó la tapadera que custodiaba las teclas y observó con alivio que estaban todas; amarilleadas y quebradas, pero al fin y al cabo estaban todas, y cada una en su posición correcta. Lo contempló con detenimiento mientras el pulso se le aceleraba más y más al ir acariciando aquel regalo del cielo.

–Muy bien, muchacho, veo que has bajado rápido –dijo Pabels apareciendo tras él.

–Sí, hoy me he despertado un poco antes.

–Bueno. Sal de ahí y ven a ayudarme. Hay que guardar todos los muebles rotos que hay en la entrada. Y debemos darnos prisa, la señora quiere todo recogido antes de la hora de la comida. Florian asintió con la cabeza sin apartar la mirada del piano.

–No te encariñes mucho de él... Sus días de gloria terminaron hace mucho tiempo.

–Pues parece estar aún servible...

–Muchacho..., verás. Aunque este viejo trasto aún sea capaz de emitir algún sonido, recuerda que a la señora no le gusta que toquen sus cosas. Así que por tu bien..., mejor que te mantengas alejado de este trastero.

Florian asintió con resentimiento, aceptando, aparentemente, el consejo de Pabels. Cuando finalizó el día, dejó caer su cuerpo sobre la cama, exhausto. Les había llevado varias horas tirar todos los muebles. Seguidamente se había encargado de podar la zona exterior del laberinto, y por la tarde había retirado las trampas para las liebres y preparado la siguiente partida. A pesar de lo atareado que había sido, no lograba quitarse de la cabeza aquel viejo piano. Se levantó de la cama y retiró las cortinas de la ventana desde donde podía ver el cobertizo; era superior a él; la fuerza con la que se veía atraído por aquel tesoro era inexplicable, casi mística. No paraba de recordar la recomendación que le había hecho Pabels; lejos de seguirlas, decidió bajar al encuentro de su mayor deseo: revivir a aquel titán durmiente.

Abrió la puerta con cuidado y bajó las escaleras con sigilo, pendiente de cualquier ruido que pudiera escucharse. Lo último que quería era que le sorprendieran en su escapada nocturna. En la casa todos se habían retirado ya a sus aposentos y no debería encontrarse con nadie, ni en los pasillos ni en el exterior. Aunque ahí debía tener más cautela, ya que Pabels dormía en una caseta anexa a la mansión. La noche era fría, pero en el estado de excitación en el que se encontraba casi no lo percibía. Cuando logró llegar al cobertizo abrió la puerta con sumo cuidado para no hacer ruido. Una vez dentro, la tensión de su cuerpo desapareció. Respiró aliviado y dio gracias por que no le hubiera visto nadie. Las grietas que se abrían en las paredes del cobertizo dejaban entrar levemente la luz de la luna, que se proyectaba sobre el piano y lo rodeaba de una claridad celestial. Se acercó a él despacio, sintiendo la misma mezcla de lujuria y pasión como la que Tonio le provocaba. ¿Era ese el bálsamo para saciar su deseo de poseerle bajo la luz de la luna? Ahora lo veía claro, ambos eran capaces de tocar las fibras de su

quebrado corazón, reparándolo aunque solo fuese durante un breve instante.

Florian cogió una caja de madera y la puso bajo la pata rota del piano, estabilizando así su inclinación. Se sentó sobre otra frente a él y levantó con cuidado la tapa; las teclas relucían blancas, y ya no parecían estar tan envejecidas, sino listas para catalizar la pasión del músico.

Empezó a pulsarlas, liberando sus tonos en el aire, dejándolos flotar libremente con toda su pureza. La inspiración de Florian parecía no tener ya límites. Cada acorde que tocaba era mejor que el anterior, y así sucesivamente. La melodía era perfecta, clara y profunda, y solo él sabía expresar de aquella manera tan etérea los sentimientos; por fin su don había encontrado una vía de escape. Pero tristemente este no vendría solo.

Durante las siguientes noches, Florian siguió con sus escapadas nocturnas. Tocaba todos los días hasta altas horas de la noche; era su deseo, su droga. Le era indiferente si solo podía dormir un par de horas hasta que Pabels llamara a su puerta. Podía soportar trabajar lidiando con el agotamiento, pero lo que no podía era volver a cerrar la puerta que había abierto a su creatividad. Según avanzaban los días, iba demorándose más en bajar por las mañanas, haciendo que Pabels empezara a preguntarse el motivo de tal cambio en su puntualidad. Florian intentaba dar las mejores excusas que se le ocurrían, pero su tutor era más listo de lo que podría haber previsto. La noche siguientes Pabels decidió hacer guardia cautelara desde su dormitorio, observando por la ventana a la hora a la que el muchacho apagaba la vela de su dormitorio. No tardó mucho tiempo en observar cómo la figura del joven salía por la puerta de la casa sigilosamente, para acabar entrando dentro del cobertizo. Había descubierto su secreto, y eso no le dejaba muchas opciones.

Al día siguiente, cuando Florian bajo las escaleras, se encontró a Pabels y la señora Schaldi enfrascados en una conversación que parecía de máximo interés para ella, que miraba seriamente a Pabels mientras le hablaba. Ambos cortaron la conversación cuando se dieron cuenta de la presencia del muchacho.

–Creo que últimamente se te... pegan las sábanas.

–Lo siento, mi señora. El trabajo es duro y acabo muy cansado al final del día – Florian intentó excusarse.

–Pues el trabajo no va a menguar porque te quedas más tiempo del debido en la cama –le recriminó Pabels–. Así que venga, el trabajo espera.

–Sí, señor. Con su permiso, señora...

Durante toda la mañana sintió un nudo en la garganta. No era la autoridad que mostraba la condesa lo que le intimidaba, sino haber visto a Pabels hablando con ella. No había oído nada de la conversación, pero sabía que, por su seguridad, a partir de ese momento debería ser más cauteloso en sus excursiones nocturnas.

Ese mismo día esperó a que la noche avanzara más para escabullirse. Se esforzó en hacer menos ruido, y quedó satisfecho cuando llegó a la entrada de la casa. Asomó la cabeza por la puerta y, al no ver a nadie, comenzó su camino hacia el cobertizo. En efecto, allí fuera no había nadie, pero a veces las apariencias engañan, y estas pueden

pasar una grave factura. Desde la ventana de su dormitorio, Arieta observaba cómo Florian corría sigilosamente por el jardín. Cerró la cortina airadamente y cogió del colgador la bata, que se puso a toda prisa mientras bajaba las escaleras con cuidado. No paraba de preguntarse cómo era posible que ese joven insolente y desagradecido se atreviera a campar a sus anchas por sus tierras en mitad de la noche, desafiando descaradamente sus órdenes; era inadmisibile. Se encontraba a unos metros de la puerta del cobertizo cuando empezó a llegar a sus oídos la melodía que salía de su interior. No podía dar crédito a lo que estaba presenciando, no solo había desobedecido sus normas, sino que además osaba a vulnerarlas en todos los sentidos. Cuando apenas había llegado a la puerta, la música que salía de aquel lugar empezó a envolverla, hipnotizando sus sentidos en un remolino de caricias. “¿Qué... ser es capaz de crear tan dulce música?”, susurró. Apoyó las manos sobre la puerta y se quedó escuchando tan magnífica composición; cada nota que se fugaba por las grietas de la estructura la dejaba sin respiración, sin aliento. Florian continuaba tocando, poseído por algo que no parecía pertenecer a ese mundo. Los recuerdos de su familia bombardeaban su mente, y esta, a su vez, guiaban sus largos y estilizados dedos sobre las teclas, dando como resultado una armoniosa melodía capaz de transmitir lo que él sentía a todo aquel que la escuchara. Arieta giró sobre sí misma y se reclinó sobre la puerta intentando recobrar el aliento. ¿Qué genio era capaz de maniar los sentidos de semejante forma? Allí permanecieron por largo tiempo, ella sentada sobre el suelo mojado y con la mano en el pecho, divagante y respirando entre jadeos, y Florian absorto del mundo que le rodeaba, transformando sus recuerdos en una melodía pura y cristalina. Esa noche ambos tenían algo en común: por sus mejillas las lágrimas fluían en libertad.

Al día siguiente Florian se despertó sobresaltado por los gritos al otro lado de la puerta. Pabels parecía reclamar su presencia lo más rápido posible en el exterior. El joven se vio extrañado por tal urgencia, que superaba con creces la que era habitual. Cogió los pantalones, se los puso rápido y, cerrando la puerta tras de sí, bajó las escaleras. Cuando llegó a la entrada de la casa, Pabels estaba esperándole.

–¿A qué tanta prisa? ¿Qué sucede? –preguntó.

–La señora te ha reclamado. Y con urgencia.

–Pero... ¿ocurre algo?

Arieta apareció tras ellos. En su rostro se dibujaba una sonrisa de satisfacción, algo que no era lo habitual ni mucho menos.

–Parece que hoy va a ser un gran día, ¿no creéis? –Su actitud le hacía sentir más incómodo de lo habitual. Presentía que algo iba a suceder–. Dentro de poco voy a celebrar una fiesta que será recordada en Praga por mucho tiempo, y he encargado mobiliario nuevo a la altura de las expectativas. Por lo cual vamos a necesitar más espacio para guardar los trastos que no nos sirven –tras aquellas palabras se quedó callada, reflexionando–. El trastero se nos ha quedado pequeño. Además está viejo e inservible, así que...

Las puertas de la entrada se abrieron y Florian se quedó sin aliento; no podía creer lo que está viendo, era imposible. Cayó de rodillas en la puerta mientras las lágrimas

corrían sin control sobre sus mejillas. ¿Qué significaba aquello? El mismísimo infierno había surgido de la tierra para devorar una de las cosas que más apreciaba entre aquellas paredes; podía ver el reflejo de la desolación en aquel resplandor. Por unos instantes creyó posible que de allí emergiera su némesis, el demonio de pelo rojo. Pero al girar la vista hacia la señora Schaldi, y ver su expresión de satisfacción, se dio cuenta de que había otro en su vida, y estaba mucho más cerca.

–Lo siento, muchacho. Yo... –dijo Pabels con voz triste mientras le ponía la mano sobre el hombro.

4. La venganza no arde

Las llamas consumían el cobertizo con voracidad. La luz del fuego se fundía con el alba e iluminaba el rostro de Florian, que observaba con impotencia cómo la única vía de escape que había encontrado en aquellas propiedades se incineraba inevitablemente. Pabels miraba con dolor el rostro del joven, que yacía a sus pies entre sollozos. Se sentía culpable por haber delatado al muchacho, pero no le había quedado más remedio que contarle a Arieta sus incursiones nocturnas; no podía poner su trabajo en riesgo por guardar silencio. Ya le había advertido de que, si no quería tener problemas, lo mejor era que se mantuviera alejado de aquel cobertizo.

–¿Pabels?

–Mi señora, ¿no cree que...?

–¿Pabels? –insistió la condesa.

–Como desee –respondió mientras Arieta emprendía camino al exterior.

Pabels se agachó y cogió por el brazo a Florian, animándole a que se levantara del suelo.

–Vamos, chico. Aún tenemos que terminar de quemar el resto de cosas.

Florian se levantó y lo acompañó al exterior, donde Arieta les esperaba con impaciencia.

Caminaron los tres hasta la parte trasera del cobertizo, donde, para alivio de Florian, el desgastado piano aguardaba sano y salvo de las devastadoras llamas. La señora Schaldi se acercó a Florian esbozando una sonrisa, augurándole que su retorcido plan aún no había terminado.

–Espero que no le hayas cogido demasiado cariño a este viejo trasto...

–No... Por favor. Todo menos el piano –le rogó sin poder contener las lágrimas.

–¿Vas a decirme lo que debo o no de hacer con lo que es de mi propiedad? Veo que tu osadía no tiene límites. Decidiste saltarte las reglas de esta casa. Mis reglas. ¿Nunca te enseñaron qué pasa cuando se juega con fuego?

Florian miró a Pabels buscando ayuda, pero este guardó silencio mientras observaba con la cabeza gacha cómo la condesa aplicaba su desmedido castigo.

–Pabels. Dele la antorcha.

No quería hacerlo. Pero tampoco podía contrariar a su señora, y, más aún, siendo testigo de lo que era capaz de hacerle a aquellos que la desobedecían. Apesadumbrado, tomó el listón del fuego y se lo acercó al muchacho para que lo cogiera.

–Quémalo.

–No –contestó.

–He dicho que lo quemes. Ahora –le exigió.

–Muchacho, haz lo que te dice la señora. Quémalo.

Florian miró a ambos sin dar crédito a lo que le estaban obligando. ¿Qué clase de castigo era ese? Daba igual lo que pudiera decir, Arieta quería ver cómo le prendía fuego, y hasta que satisficiera su retorcido deseo aquello no terminaría nunca. No tenía más alternativa. Cogió el listón que le ofrecía Pabels y lo acercó al instrumento, que comenzó a arder rápidamente; podía oír cómo la madera se retorció entre las llamas. La mano de Arieta se posó sobre su hombro.

–La próxima vez, antes de romper las reglas de esta casa, piénsatelo dos veces.

Jaroslav se acercó a la condesa, mostrando una clara indiferencia ante lo que estaba sucediendo. Él era la serpenteante cola de la quimera que habitaba entre las lujosas paredes de aquel palacio. Daba igual dónde pudiera esconderse, su mortuorio veneno siempre estaría acechante, oculto tras cada puerta, cada cuadro, y en cada sombra.

–Señora –dijo este–, ya está todo listo.

Arieta asintió y volvió a mirar a Florian, que seguía contemplando con horror cómo las llamas devoraban todo a su paso.

–Joven, acompáñenos –le ordenó.

Florian asintió en silencio y caminó tras ellos, dejando atrás la descontrolada hoguera. Dentro de la casa avanzaron en silencio por las escaleras hasta llegar a la tercera y última planta. Aquella era totalmente diferente al resto. Allí el polvo se acumulaba por las esquinas y se amontonaba sobre los barrotes de la barandilla. La alfombra que cubría el suelo estaba deshilachada y llena de agujeros, y había perdido todo su color, dándole un aspecto siniestro al pasillo. La única ventana que había al final del corredor dejaba entrar tenuemente la luz, otorgándole el desagradable matiz lúgubre y melancólico de una vida en decadencia. Aquella era la parte olvidada de la mansión, el cementerio de la luz, donde lo que no tiene un valor en esa vida estaba destinado a ocupar allí su lugar. Arieta le hizo un gesto con la cabeza a Jaroslav, y este abrió la magullada puerta. El aire viciado y putrefacto que salía de aquella sala hizo que se le revolviere el estómago. En esos momentos solo era capaz de formularse una única pregunta: ¿qué planes tenía para él aquel cruel ser?

–Adelante –le ordenó de mala gana.

Florian entró con miedo. Tenía la sensación de que algo acechaba entre las sombras, impaciente, ansioso por probar su tierna carne. El cuarto abarcaba toda la planta superior, y una vela que reposaba sobre un viejo escritorio la iluminaba tenuemente. De repente, la puerta se cerró a su espalda sin previo aviso.

–¡Abridme! –gritó aporreando la puerta–. ¡Sacadme de aquí!

–No vas a salir de esta habitación hasta que aprendas a seguir las normas de esta casa –dijo Arieta desde el otro lado–. Hasta que así sea, esta será tu nueva habitación; aislado del resto como los salvajes.

Florian buscaba con las manos temblorosas el pomo de la puerta, palpando cada centímetro de esta. En el punto donde debería estar había un pequeño agujero rodeado por una placa metálica. No había pomo, por lo que no tenía forma de salir de allí.

–¿Por qué me hace esto? ¿Por qué...? –sollozó .

Las lágrimas empezaron a brotar en sus ojos. La sensación de soledad que le

acompañaba desde la muerte de sus padres se hizo más grande y poderosa, materializándose ante él en forma de un calabozo viejo y polvoriento en la última planta de aquella mansión.

–Espero que aprendas bien la lección. Y cuanto antes. Mi paciencia tiene un límite, y tú ya casi lo has rebasado.

El sonido de la llave al girar dentro de la cerradura resonó en la oscura habitación; le habían dejado allí encerrado a su suerte. Aquellas dos personas eran capaces de hacer cualquier cosa sin importarles nada ni nadie. Florian escuchó cómo los pasos de ambos se alejaban de la puerta; se marchaban entre risas dejándole con la única compañía de una vela medio consumida, el viejo escritorio y una deteriorada cama que ya poca comodidad era capaz de ofrecer. Sucumbido por la desesperación, se apoyó contra la puerta y se deslizó hasta el suelo entre lágrimas. Sus peores recuerdos volvieron a resurgir con fuerza en su mente, proyectándose imaginariamente sobre cada pared de aquella habitación: la vida extinguiéndose en los ojos de su padre, el filo del cuchillo segando el cuello de su madre, la mujer de cabello rojizo riéndose de él, y el fuego devorando el viejo piano. Qué era aquel nuevo lugar si no el espejo de sus peores desgracias. La tristeza de Florian se canalizó en un grito agónico y desesperado que resonó por toda la habitación; era el sonido de una brecha abriéndose en lo más profundo de su ser, una fisura que ya nunca se volvería a sellar. Se levantó y caminó hasta la cama, donde se tumbó y, haciéndose un ovillo, decidió cerrar los ojos.

∞∞∞∞

Como ya os dije, cada suceso en la vida de nuestro brillante compositor moldeará su frágil inocencia. Al igual que él, podríamos pensar que aquella habitación sería su celda; o mejor dicho, una sala de confinamiento rebosante de... llamémosle injusticia. Pero nada más lejos de la realidad, porque como acabaremos comprobando aquella oscura habitación se transformará en el “sancta sanctorum” de una de las mentes más excepcionales para la música.

∞∞∞∞

Una suave voz de le despertó de su sueño. Al abrir los ojos, la luz de la vela iluminaba grácilmente el rostro de Tonio, que lo observaba de cerca desde el lateral de la cama.

–Buenos días... ¿Cómo estás? –le preguntó mientras miraba con detenimiento la habitación.

Florian se frotó los ojos con las manos mientras se sentaba en la cama.

–¿Qué haces aquí? –sus palabras fueron tajantes.

–¿Cómo que qué hago aquí...? Desde ayer no te he visto por ningún lado, y me

pareció raro. Pregunté en las cocinas si te habían visto por alguna parte, pero nadie sabía nada de ti, y Pabels no dejaba de darme excusas. Mi padre está reunido, así que le pregunté a mi madre y me dijo que no te encontrabas bien y que te habías retirado a tu nuevo cuarto a descansar.

Florian sintió una profunda indignación.

–No quería que te molestase, así que decidí escabullirme y subir.

–Ella me encerró aquí...

–¿En...cerrado? Pero si estaba... abierta –dijo con escepticismo mientras volvía la cabeza y miraba la puerta.

–No. Lo que te han contado es todo mentira, tu madre y Jaroslav me encerraron con llave para que no pudiera salir.

–Florian, por favor. Sé que mi madre puede ser... estricta, pero de ahí a encerrar a alguien...

–¡Te repito que fueron ellos! –exclamó–. ¿¡Crees que me lo estoy inventado!?

Tonio se puso nervioso al ver su reacción.

–Creo que estás llevando esto al límite...Y sinceramente, no creo que sea necesario que me hables en ese tono... Te recuerdo que he sido yo quien se ha preocupado por ti y ha ido preguntando a todo el mundo de esta casa dónde te habías metido –le reprochó.

–¡Tu madre me ha hecho esto! ¡Me ha encerrado aquí!

La mano de Tonio golpeó su pómulo provocando un silencio incómodo en la habitación.

–Lo...

–Fuera... ¡Fuera! –gritó con la mano en la mejilla.

–Lo siento... N-no sé qué me ha pasado, no quería...

–¡Que te marches de mi habitación! ¡No quiero volverte a ver! ¡No quiero volver a veros a ninguno! –continuo gritándole con los ojos vidriosos.

–Pero... –Tonio no pudo terminar la frase. Florian comenzó a empujarle con rabia hacia la puerta mientras él intentaba cubrirse.

Cuando ya estaba fuera de la habitación, cerró de un golpe la puerta, apoyándose contra ella para evitar que volviera a entrar si lo intentaba. Pasaron unos segundos hasta que dejó de escuchar ruido al otro lado de la puerta; se había marchado. Con la mano en el pecho, comenzó a llorar al darse cuenta de lo que había hecho. ¿Qué culpa tenía Tonio de todo aquello? Acaso no había sido el único que se había preocupado por él como para ir en su busca? Arieta le había dado una versión de los hechos que se alejaba de la realidad; siendo su madre... era lógico que él la creyera a ella antes que a él. ¿Cómo podía haber tratado así de mal a la persona por la que sentía tan intenso amor? Se sentía avergonzado, ruin. Ya no sabía si sería capaz de volver a mirarle a la cara. Secándose las lágrimas del rostro, pensó que lo mejor que podía hacer era aceptar los nuevos cambios que se habían producido en su vida. Al fin y al cabo, era mejor irse acostumbrando a su nueva habitación y a que su relación con Tonio había retrocedido inevitablemente; aceptarlo y avanzar era mejor que quedarse allí lamentándose. Salió de la habitación en silencio y, cerrando la puerta tras de sí, emprendió camino en busca de Pabels. La vida continuaría, y esta lo haría con o sin él.

Durante las siguientes semanas no le dirigió palabra alguna a nadie de la casa, excepto cuando era estrictamente necesario. No quería inmiscuirse en ningún asunto, porque las conversaciones, a veces, son capaces de implicarte en determinadas situaciones que nunca acaban bien; y eso lo tenía ya muy aprendido. Las ocasiones en las que se cruzaba con Tonio este le miraba buscando una respuesta, un gesto, o algo que le diera a entender que se encontraba bien, pero él siempre apartaba la mirada. No sabía a ciencia cierta si lo que sentía era culpa o vergüenza, pero fuera cual fuera la razón siempre apartaba la vista y seguía con sus obligaciones. Los días continuaron pasando y, a pesar de que el tiempo lo cura todo, el odio que había crecido dentro de él hacia Arieta seguía tan fresco e imperecedero como el primer día. Cada noche que entraba por la puerta de aquella habitación una sensación incómoda y extraña se apoderaba de él, una mezcla de angustia y de “*vendetta*” no satisfecha; algún día alguien le enseñaría a aquella mujer que la vida es como una pluma atrapada en una corriente de aire. Y que las bofetadas, a veces, se dan por las dos caras.

Era sábado. La voz de Pabels resonó al otro lado de la puerta de su habitación, y Florian le respondió de mala gana mientras se desperezaba entre las sábanas.

–¡Ya voy, ya voy...! No es necesario tanto golpe...

–¡Venga, arriba! –le respondió con impaciencia.

Cuando bajó al recibidor se encontró reunido a todo el servicio de la casa, desde Llona y Anne, que eran las responsables de las cocinas, hasta a los abanderados y demás. Se mantenían agrupados en torno a Jaroslav, que parecía estar dándoles instrucciones. En silencio se acercó a ellos y se colocó tras Pabels.

–Hoy la señora celebra una merienda con su círculo más íntimo de amigas. Necesitamos que esté todo listo a media tarde –anunció, mientras todos asentían–. Llona y Anne, os encargaréis de hornear los pasteles. Y no olvidéis preparar los dulces de leche: viene la señora Pellegrini y no pueden faltar a la mesa.

–¿Necesita que nosotros hagamos algo? –preguntó Pabels.

–Procurad que no falte leña en las cocinas. Y dejad preparado para mañana el carruaje, el conde tiene una reunión. –Sus ojos se posaron fijamente sobre Florian–. Y que nadie pase de las puertas de la cocina... Espero haber sido claro y conciso.

Florian asintió en silencio con la cara roja al ver que el resto del personal le miraba.

–¡Muy bien, a trabajar todo el mundo! –añadió.

El grupo se dispersó rápidamente, y él siguió los pasos de Pabels.

La mañana era fresca y húmeda, ya que había estado lloviendo toda la noche. Por suerte, la leña se almacenaba en las cuerdas entre paja, evitando así que esta se mojara. Durante toda la jornada, Pabels no le dejó descansar ni un momento, y ya empezaba a tener los brazos doloridos de cargar los pesados troncos hasta la puerta trasera de la cocina. Florian aprovechó que Pabels se detuvo unos minutos para tomar aire para hacerle una pregunta que llevaba días rondándole la cabeza.

–Pabels... Quería...

–Dime, muchacho –le respondió sin dejar de bajar madera de la pila.

–¿Cómo supo la señora Schaldi lo del cobertizo?

Pabels se quedó helado con la pregunta que le acababa de formular; durante esos días había rogado al cielo por que el tema no saliera. Se sentía un necio por haber pensado que el chico no acabaría preguntando tarde o temprano sobre ello. ¿Qué podía hacer? Lo más sencillo era decirle que él no sabía nada al respecto, pero... ¿qué pasaría con su conciencia? Durante esos días había soportado lo que para él era la pesada carga del remordimiento. ¿Cómo pudo ser tan ingenuo al pensar que, sabiendo cómo era la condesa, no llevaría el incidente al extremo? Ahora él se encontraba en una situación incómoda e innecesaria, ya que por una parte quería decirle la verdad a Florian, y expiar así su pecado, pero por otra no quería defraudarlo. Contra todo pronóstico, le había cogido cierto aprecio.

–Verás, joven... –El ruido de los caballos interrumpieron sus palabras–. Parece que este no es el momento de hablar de ello, empiezan a llegar los invitados –añadió con un escueto suspiro mientras se giraba hacia la entrada de las propiedades. Florian no le respondió, estaba atento al camino de entrada por el cual, segundos después, entrarían los carruajes. El primero lo hizo con paso grácil, tirado por cuatro exuberantes caballos blancos; podía ver la musculatura de sus patas contrayéndose en cada zancada. El elegante carruaje era considerablemente grande, y su estructura lucía intrincados grabados en dorado y azul. Las ventanillas laterales estaban cubiertas por unas cortinillas de terciopelo rojo, alejando a su ocupante de la mirada de curiosos. Minutos después, tras ese carruaje comenzaron a llegar el resto de invitados–. Vamos, chico, hay que apresurarse. Parece que las señoras han decidido llegar antes de tiempo –dijo Pabels, sacando así al muchacho de su ensimismamiento.

–Sí, perdón.

Hicieron varios viajes más del establo a las cocinas, donde Llona y Anne trabajaban a un ritmo frenético. Sobre la mesa central de la cocina, las bandejas de plata estaban colmadas hasta el borde de pasteles de limón y crema, mantecados de Gorknuls y decenas de pastelillos de dulce de leche que aún humeaban; el aroma que impregnaba el aire de la cocina era la prueba más evidente de la maestría que corría por las venas de la cocinera. Florian dejó el último madero al lado de la lumbre mientras observaba el ir y venir de los abanderados con las bandejas. Estos iban vestidos con un elegante traje de servicio que consistía en una camisa blanca con chorreras, un ceñido chaleco punteado, y pantalones de terciopelo blanco que solo les cubría las delgadas piernas hasta las rodillas. Los calzones se extendían hasta el interior de los zapatos, que, a pesar de ser negros, relucían esplendorosamente con la luz. Lo que más llamó su atención eran las pomposas pelucas que cubrían sus cabezas, que eran Incluso más blancas que el talco que cubría sus rostros.

–¡Vamos, vamos, apártate a un lado muchacho! –dijo Llona esquivándole.

Florian se retiró a un lateral, mientras el ritmo del personal de la cocina parecía ir en aumento.

–Anne, ¿has sacado la última hornada de panecillos?

–¡Sí, lo tengo aquí! –respondió nerviosamente mientras alzaba la bandeja.

–¡Pues tráela aquí! ¿¡A qué esperas, niña!? –exclamó.

Anne se dirigía a la mesa con la bandeja en alto, cuando la puerta de servicio se abrió y el gato se coló velozmente en la cocina.

–¡Por dios! –vociferó Llona, poniéndose las manos sobre la cabeza–. ¡Que alguien coja a ese maldito gato y lo saque de aquí!

Florian se agachó para atraparlo, cuando Anne, que seguía su camino con la última remesa, tropezó con él, provocando que la bandeja saliera volando por los aires y los panecillos se desperdigaran por el suelo de la cocina. Los gritos de Llona se escucharon en la sala de convite, interrumpiendo la animada conversación de los comensales, que, ante el revuelo que salía de la cocina, empezaron a murmurar. La condesa le hizo un gesto a Jaroslav mientras intentaba calmar a sus agitadas invitadas.

Anne se encontraba recogiendo los panecillos del suelo cuando Jaroslav apareció por la puerta de servicio.

–¿¡Se puede saber qué está sucediendo aquí!? –exclamó enfurecido

–¡La niña esta, que no sabe hilar pie derecho con izquierdo! –contestó secándose el sudor de la frente con un pañuelo–. ¡Madre mía, que desastre! ¡Qué desastre!

Jaroslav se giró para mirar a Anne, que aún seguía recogiendo acaloradamente los últimos trozos.

–Lo... siento. Yo... –titubeó–. El gato entró y Florian se agachó para cogerlo. Y entonces...

–¡Vale ya! –le interrumpió Jaroslav abruptamente mientras se acercaba lentamente a Florian–. No podía ser de otra manera, ¿verdad? ¿Siempre tienes que estar metido en todos los alborotos?

Sentía miedo de aquel hombre, de lo que sería capaz de hacerle sin rendirle cuentas a su conciencia.

–Quiero que salgas de aquí inmediatamente –añadió quitándole al gato de los brazos–. Vete a tu dormitorio. Y escúchame bien, no quiero verte por ninguna parte, ¿me has entendido? A menos, claro está, que tu intención sea que la condesa se... moleste.

Florian entendió aquellas palabras como una amenaza más que como un aviso; eran una declaración abierta de guerra, si osaba a molestar a Arieta Schaldi... habría consecuencias impredecibles.

–Sí, señor –respondió cabizbajo.

–Perfecto... ¡Ahora que todo el mundo continúe con su trabajo! ¡Hay mucho que hacer aún! –exclamó saliendo por la puerta con el animal en brazos.

Se quedó por unos minutos en mitad de la cocina sin poderse mover; sentía una sensación extraña, como si toda su fuerza vital se hubiera esfumado de su cuerpo dejando una carcasa de frágiles huesos y temblorosa carne.

–¿¡Vamos, muchacho, no has oído a Aleksander!?

–¿Ese gato... es el de la señora Schaldi? –preguntó haciendo caso omiso a lo que le acababa de decir la cocinera.

–Sí. Es bastante raro, ¿verdad? Dicen que se lo trajeron del este de Europa. Siempre

está alardeando de él –respondió Anne detrás de él–. ¿Por qué?

–No, nada. Solo era por... Será mejor que me marche antes de que vuelva Jaroslav.

La luz de la vela iluminaba el cuerpo de Florian, que yacía sobre la cama con la mirada perdida. Había pasado tiempo desde que entró por primera vez en aquella habitación, y ya no la consideraba una cárcel, sino todo lo contrario. El silencio que dominaba aquel lugar se había transformado para sus sentidos en una membrana impermeable que le mantenía aislado de la realidad, de la vida que le había asignado algún despiadado dios. Se sentó a los pies de la cama alejándose de la luz, difuminándose así su figura en la oscuridad de la sala, allí donde se esconden los secretos de los mortales. ¿Qué habría sido de él si sus padres aún vivieran? ¿Sería como había imaginado antes de que todo aquello sucediera? No..., sabía que aquellas preguntas ya no merecían la pena ser respondidas; el momento para las respuestas había pasado hacía mucho tiempo. Ahora debía preocuparse de él y de su seguridad, de sobrevivir. Si la vida se había propuesto transformar su existencia en una vorágine descontrolada de dolor y desgracias, él se encomendaría en la flagrante lucha contra aquel perverso sino. Se encontraba solo en el mundo, rodeado de acechantes bestias de empolvada tez que lo único que querían era que se doblegara ante ellos. En eso se había convertido su supervivencia, en un juego de poder y riqueza. Estaba atrapado en aquel macabro tablero, y si no le quedaba más remedio que participar lo haría con sus propias reglas.

Florian avanzó hasta la puerta de la habitación y la abrió con sumo cuidado. Hacía horas que la gente se había marchado, y el personal ya se había retirado a sus aposentos. Asomó la cabeza con cautela para asegurarse de que todo el mundo dormía y, al ver que era así, salió de la habitación cerrando la puerta tras de sí, adentrándose en la oscuridad de la casa.

Al día siguiente se despertó sobresaltado por el alboroto en los pasillos. Rápidamente, se puso la ropa y se asomó a la barandilla; la gente corría escaleras abajo mientras los gritos desgarradores continuaban resonando por la casa desde algún punto del exterior. Florian bajó a toda prisa y, mezclándose con el personal, se acercó en silencio hasta el grupo, donde a base de empujones consiguió ponerse en primera fila. Algunas mujeres salían corriendo entre arcadas, otras apartaban la mirada con el horror dibujado en sus caras, y los que conseguían mantener la mirada fija sobre aquello lo hacían durante escasos segundos.

–¿Qué está sucediendo aquí?

La voz de la señora Schaldi irrumpió tras el grupo de personas que se reunían en torno al carruaje, y haciéndose hueco entre el personal se acercó para ver qué era lo que estaba perturbando la paz de su hogar. El silencio se impuso en aquel demencial escenario hasta que de la garganta de la condesa emanó un grito desgarrador.

5. Un rostro para la demencia

Todo el mundo observaba impotente cómo Arieta, con el rostro pálido, gritaba descontroladamente entre lágrimas; varios abanderados la sujetaron a tiempo antes de que cayera al suelo. No podía dejar de mirar. La cabeza y piel del gato colgaba del portavelas frontal del carruaje, dejando un reguero de sangre que goteaba por la blanca estructura. Al animal le habían sacado los ojos y le habían metido horizontalmente un palo en la boca para forzar una delirante y alegre mueca. El infierno había abandonado temporalmente su hogar, y ahora se encontraba frente a Arieta dedicándole su mejor sonrisa, una que él esperaba que no olvidase nunca y la persiguiera cada noche al cerrar los ojos.

El tumulto de personas se dividió para abrir paso al señor Schaldi. Exaltado por los gritos, salió por la puerta de la mansión para ver qué estaba sucediendo. Tras él se abrían paso el teniente Kurt y su ayudante, el señor Werner, quienes habían llegado a la mansión a primera hora de la mañana para atender determinados asuntos con el conde.

–¡Santo dios...! –exclamó al ver el cadáver mutilado–. ¿Qué clase de broma de mal gusto es esta?

–Creo que esto es algo más que una broma de mal gusto, Aleksander –respondió Werner mientras intentaba mantener la sangre fría.

–Arieta..., amor mío, levántate. ¡Que alguien la acompañe dentro! –solicitó dirigiéndose al grupo de empleados que se reunía alrededor de la condesa.

Inmediatamente dos abanderados la ayudaron a emprender camino al interior de la casa.

–Señor Aleksander, esto es sin duda algo más que un acto de vandalismo. Supera los límites de una chiquillada... –Kurt quiso asegurarse de que el conde estaba clasificando correctamente el nivel de aquel atroz suceso.

–No puedo creerlo –espetó–. ¿Qué monstruo sería capaz de hacer algo así...? ¿Y en mis propiedades?

–Teniente, lo mejor será decirle a la gente que se aleje de aquí y que entremos para hablar de ello. Este no es el mejor lugar para hacerlo –intervino Werner mirando a su alrededor.

–Sí... Tal vez tengas razón. ¡Por favor, que todo el mundo vuelva a sus obligaciones! –solicitó con voz altiva y autoritaria–. ¡Nosotros nos encargaremos de esto!

Florian, que aún no se había repuesto de la sorpresa que le había provocado la presencia del teniente y su ayudante en la casa, no podía apartar la mirada de ellos. El corazón le latía con fuerza, no sabía si era por el miedo a que lo pudieran descubrir o porque que aquella situación en sí le estaba brindando el dulce manjar de una excitación

suicida. Werner, tapándose la nariz con un pañuelo, descolgó del carruaje la cabeza del felino con la ayuda con una vara.

–Muchacho –la voz del Kurt centró su atención–, es mejor que tú también entres.

–Pero señor, yo...

–Hazme caso, muchacho –le aconsejó mientras le ponía la mano sobre el hombro–.

El señor Werner y yo nos ocupamos de esto.

Florian miró a Werner, que ya había dejado sobre el suelo los restos del animal y parecía estar observando con curiosidad sus manos. Extrañado por el comportamiento del ayudante del teniente miró con disimulo qué era lo que estaba llamando la atención a este: tenía las mangas de su camisa salpicadas de diminutas gotas de sangre. Al darse cuenta de ello puso las manos tras de sí con ágil disimulo, esperando así que no se formulara en aquel momento ninguna pregunta respecto al origen de estas.

–Señorito Florian... Solo una pregunta –dijo Werner.

–No es el momento, Werner –interrumpió Aleksander tajantemente.

–Tiene toda la razón, será mejor que pasemos dentro. El conde ha de ir atender a su esposa –razonó el teniente. Aliviado momentáneamente por no tenerse que enfrentar a la fatídica pregunta de por qué tenía restos de sangre en su camisa encaminó a paso ligero hacia la cocina, donde seguramente estaría el resto del personal preparándose para desayunar.

Todos se encontraban sentados en la mesa, comiendo porciones pequeñas de pan mientras mantenían la cabeza gacha. Nadie había articulado palabra desde que se sentaron, como si de aquella manera se pudiera eludir el comienzo de aquella mañana. Florian, que se encontraba en uno de los extremos de la mesa, tampoco había probado bocado. Miraba conmovido el rostro de todos sus compañeros, cuando Anne decidió romper aquel incómodo silencio con unas palabras tranquilizadoras:

–Pues si os soy sincera, a mí me tranquiliza mucho que tanto el teniente Kurt como el señor Werner se encontraran aquí esta mañana. Son las máximas autoridades, y estoy convencida de que darán con el responsable.

–¡Oh, por dios, muchacha! ¿No te has dado cuenta todavía de la magnitud de los hechos? –le recriminó Lloná exaltada por la imprudente confesión de la chica–. ¡Ha sucedido dentro de las propiedades! Y por si no te has percatado de ello..., hoy ha sido el gato de la señora, pero mañana podría ser el pescuezo de alguno de nosotros –continuó mientras el resto de la gente compartía su miedo entre murmullos.

–Pues sigo pensando que podemos estar tranquilos. El señor Werner es un hombre de máxima valentía y determinación; Praga jamás ha tenido a un hombre con tanto talento entre sus filas, siempre al servicio de la seguridad de la ciudad –le rebatió mostrando de forma altiva y firme su optimismo.

–Estoy seguro de que tanto el teniente Kurt como el señor Werner sabrán dar con el culpable –intervino Pabels, que hasta entonces no se había pronunciado.

–Sin duda alguna, Pabels –contestó Lloná alzando la cabeza de su plato de comida–. Y en eso, Anne, no puedo estar más de acuerdo contigo. El señor Werner es un luchador a su causa, y sabiendo de donde viene no puedo estar más de acuerdo.

–Perdón... –interrumpió Florian, que sentía gran curiosidad por saber a qué se referían con la historia de Werner—. ¿Qué historia? Si se puede preguntar, claro.

Llona dejó el trozo de pan que tenía entre las manos y se giró hacia él, quien la observaba tímidamente preguntándose si su pregunta había sido demasiado entrometida.

–El señor Werner tuvo una infancia muy desafortunada...

–Casi tanto como la tuya, Florian. Aunque él no llegó a conocer a sus padres –intervino Anne.

–Vivía en, al menos como queremos recordarlo aquí –Llona asintió mientras miraba al resto–, la Casa de las Flores: Vülstëin.

–¿Vülstëin? –preguntó Florian, que sentía cómo la curiosidad crecía por momentos dentro de él.

–Calla, muchacho. Y escucha –le recomendó Pabels.

–Gracias, Pabels –dijo acomodándose en la silla–. Como iba diciendo, el señor Werner vivía en la que en su día fue la Casa de las Flores, un lugar donde las familias que no tenían recursos suficientes para criar a sus hijos podían llevarlos. La casa estaba al mando de los monjes alistas; ellos se encargaban de gestionar los recursos de la institución, y la militancia del mantenimiento del edificio ya que era de su propiedad. Los monjes tenían casi todo el control de la institución y de todos aquellos niños que acababan abandonados a sus puertas. Era sencillo para todo el mundo: las familias con dificultades tenían un lugar donde dejar sanos y salvos a sus hijos, y los monjes adoctrinaban a los niños bajo su ferviente tutela para que más adelante, a la edad de dieciséis años, se ordenaran como monjes en la orden.

–¿Y cómo es que el señor Werner no es... un monje? –interrumpió Florian impacientemente.

–Pues la cosa es que años después de su ingreso –continuó relatando–, y tras vivir durante unos años allí, la rebelión que azotó las calles provocó que cientos de personas alzaran armas contra la militancia. Por desgracia, y como ya imaginarás, la Casa de las Flores, que era propiedad de esta, no estaba exenta del peligro que suponía una turba enfurecida; poco después del comienzo de dicha rebelión, Vülstëin fue asediada por el pueblo. Gran parte de los monjes fueron quemados vivos, otros decapitados, y los que lograron escapar de la orden no creo que llegaran muy lejos. En lo que respecta a los niños que vivían allí... por desgracia casi todos corrieron la misma suerte.

–¡No todos! –apuntó exaltadamente Anne.

–Cierto niña, cierto. No todos –aclaró la enjuta cocinera–. El señor Werner, y gracias a dios, no solo consiguió escapar vivo de allí, sino que durante años logró sobrevivir en las calles de Praga. Más tarde, en mitad de una contienda que se produjo en los barrios bajos de la ciudad, el teniente Kurt estuvo a punto de perder la vida a manos de un bandido.

–¡Fue el señorito Werner quien lo salvó! –exclamó Anne.

–¡Santo dios, niña! ¿No te han enseñado a mantener la boca callada y a no interrumpir cuando los demás hablan? –espetó Llona–. Bien. Como nuestra querida e impertinente Anne ha dicho, el señor Werner redujo al bandido antes de que este le

clavara un cuchillo por la espada al teniente. Dada la valentía que había demostrado, y de que no tenía ni oficio ni beneficio por aquel entonces, el teniente le encaminó por la senda de la ley y el orden y le nombró su ayudante, hasta la fecha. También sobrevivió el director de la institución. Si mal no recuerdo... se llamaba Hope –añadió–. Después de la masacre fue el único de los pocos supervivientes que continuó viviendo en lo que queda en pie de Vülstëin.

–Buen hombre, sí...–murmuró Pabels.

–Le cortaron la lengua durante los altercados. Ya era mayor cuando ocurrió aquello, así que o ya falleció o tiene que estar a punto –Llona se santiguó disimuladamente.

Florian escuchó atentamente con la boca abierta la historia que rodeaba a Werner, al que a partir de ahora iba a mirar con otros ojos, con los ojos con los que se mira a una persona que ha superado con honor y agilidad los obstáculos de la vida; quería saber más sobre él, sobre cómo se enfrentó a tales designios.

–Es increíble... ¿Pero entonces qué es? ¿Monje o militante? –preguntó desconcertado.

–Ciudadano respetable. Siempre del lado de la ley, por supuesto –le respondió Pabels.

–Mi Werner... Perdón –rectificó apresuradamente mientras se le ponían las mejillas rojas–, el señor Werner es muy valiente, y estoy más que convencida de que con él al mando podemos estar tranquilos. Os lo dije, ¿o no?

–Nos ha quedado claro, niña –respondido condescendentemente Pabels.

–¿No corría el rumor de que tenía un hermano pequeño? –preguntó una de las sirvientas.

–Bueno. Hay muchos rumores –respondió Llona.

–¿Qué rumores? –quiso saber Florian.

–Nada a lo que se pueda dar crédito y veracidad, chico –dijo Pabels recostándose en la silla.

–En su día corrió el rumor de que el señor Werner tenía un hermano pequeño y que fue dejado también a las puertas de Vülstëin. Por lo que se rumoreaba, cuando el señor Werner escapó, lo hizo con su hermano en brazos; se dice que lo dejó a las puertas de la casa de los Vladenko, una familia que entonces tenía recursos suficientes para poder criarlo. Pero como hemos dicho... son solo chismorreos y fábulas. Seguramente, para dar a la historia del señor Werner más aires de heroísmo que de realidad –dijo convenientemente Llona.

–¿Ese no era el terreno en el que estaba interesada la condesa? –pregunto Anne.

–Creo que ese es otro burdo rumor que corre por las calles de Praga –aclaró Pabels–. Solo un rumor.

–La verdad es que es un rumor que invita a ser creído –intervino Llona, pensativa–. Sabemos las ganas que tenía la señora de abrir una cámara de música en la ciudad cuando el señorito Albert, que en paz descansa –susurró mientras se volvía a santiguar–, estaba finalizando sus estudios.

–¿Una cámara? –pregunto Florian.

–Sí. Por aquellos entonces la señora estaba interesada, entre otras propiedades, en la

de la familia Vladenko. La mujer había fallecido y solo quedaban en las tierras el padre y su hijo pequeño. Tras la muerte del señorito Albert, las ideas de la cámara parecieron ser abandonadas por la señora; y es de entender. No me imagino el dolor que ha de sentirse..., construir una grandiosa cámara de música para tu hijo, y que de la noche a la mañana este ya no esté. Yo no tendría fuerzas para entrar en ese edificio.

–Pues no me dirás que no es casualidad que estuvieran interesados justamente en las propiedades de la familia que se rumoreaba que acogió al niño –atajó Anne en voz baja.

–Muchacha, la casualidad no siempre es buena. Y cuando quiere jugar con los mortales lo hace de formas, como poco, racionales –contestó Pabels masticando su último pedazo de pan.

–Bueno, ya es hora de ponerse a trabajar y dejar de darle a la lengua, que la casa no se mantiene sola –anunció Llona a todos los presentes mientras se levantaba de la silla y se alisaba las arrugas del uniforme–. ¡A trabajar todo el mundo, venga!

A pesar de ser primavera, la temperatura al alba seguía siendo bastante baja, y los primeros rayos de sol que quebraban el oscuro cielo no eran capaces de derretir la fina capa de agua cristalizada que cubría el suelo; Florian deseaba ya la llegada del verano. Deseaba oler el campo, las flores, y tumbarse bajo el cielo azul como lo hacía con su madre; ya no estaría a su lado para volver a hacerlo, pero con cerrar los ojos e imaginarla para él era suficiente.

–Muchacho. ¡Muchacho! –insistió Pabels al ver que Florian permanecía de pie con los ojos cerrados en mitad del jardín, alejado del mundo real.

–Sí, disculpa –se excusó–. No he dormido muy bien y...

–Pues ya es hora de ir despertando. Tienes que llevar madera a las cocinas: Llona le tiene que hacer un caldo de conejo a la señora. Luego encárgate de revisar todo lo de fuera.

–Carne... –susurró mientras se le ponía la cara pálida.

–Sí, muchacho, sí. Un caldo. ¡Tampoco es nada del otro mundo!

–Me..., mejor me doy prisa –respondió nerviosamente mientras salía corriendo hacia los establos.

–¡Muchacho, que no se te olvide la madera! –dijo en voz alta mientras veía extrañado cómo el joven había arrancado a correr–. Es raro..., pero trabaja bien. Muchachos... –sentenció en voz baja mientras esbozaba una sonrisa.

Florian recogía rápidamente los troncos de la pila del establo; ni el esfuerzo ni las prisas le estaban devolviendo el color a su rostro, seguía pálido, Inquieto. “Cómo puedo haber sido tan tonto...”, se dijo a sí mismo. La presencia inesperada del teniente y su ayudante le había hecho pasar por alto lo más importante: el cuerpo del gato aún seguía escondido entre los rosales del lago. En cualquier otra situación hacer desaparecer el cuerpo del animal sería fácil, pero con Kurt y Werner buscando pruebas por las propiedades era cuestión de tiempo que dieran con los restos del animal; ya había levantado las sospechas de Werner con las manchas de sangre de su camisa, y si encontraban los restos del animal entre los rosales todo apuntaría hacia él; tenía que evitarlo a toda

costa. Apresuradamente, dejó la leña en la puerta de las cocinas mientras gritaba en voz alta a Anne y a Llona, que ya la tenían fuera. No esperó ni a que le contestaran desde dentro, salió a toda prisa rumbo a los rosales, deseando que nadie hubiera metido todavía las narices allí.

Los jardines permanecían en calma. Florian respiró aliviado al ver que no parecía haber nadie, solo una inquietante calma. Se agachó a los pies de un rosal blanco que se alzaba exuberante mientras observaba su alrededor, oteando el terreno por si había alguna mirada indiscreta sobre él. Cuando se sintió lo suficientemente seguro, comenzó a escarbar en la base del tronco, hasta que un trozo de carne manchada de tierra asomó en el suelo. Él seguía escarbando con energía a pesar de la cantidad de ramas seca y llenas de espinas se le estaban clavando en la piel, cuando el sonido de unas pisadas lejanas le alertaron. No perdió tiempo en mirar tras de él para ver quién se acercaba. Tenía que volver a cubrir con tierra el cuerpo del animal lo más rápido posible. Con las dos manos, y de forma enérgica, empezó a empujar la tierra al interior del hoyo. Estaba terminando de sepultar lo que parecía ser una de las patas cuando la voz de Werner le dejó paralizado.

Los jardines permanecían en calma. Florian respiró aliviado al ver que no parecía haber nadie, solo una inquietante calma. Se agachó a los pies de un rosal blanco que se alzaba exuberante mientras observaba su alrededor, oteando el terreno por si había alguna mirada indiscreta sobre él. Cuando se sintió lo suficientemente seguro, comenzó a escarbar en la base del tronco, hasta que un trozo de carne manchada de tierra asomó en el suelo. Él seguía escarbando con energía a pesar de la cantidad de ramas seca y llenas de espinas se le estaban clavando en la piel, cuando el sonido de unas pisadas lejanas le alertaron. No perdió tiempo en mirar tras de él para ver quién se acercaba. Tenía que volver a cubrir con tierra el cuerpo del animal lo más rápido posible. Con las dos manos, y de forma enérgica, empezó a empujar la tierra al interior del hoyo. Estaba terminando de sepultar lo que parecía ser una de las patas cuando la voz de Werner le dejó paralizado:

–Hola, Florian.

–H-hola, señor Werner –respondió entrecortadamente mientras se levantaba del suelo e intentaba mantener la calma.

–Vaya, le veo... atareado. ¿Arreglando los rosales? –preguntó mientras miraba con curiosidad la tierra revuelta que había tras él

–Sí..., bueno. A la señora le gusta que sus plantas estén cuidadas.

–Pues testigo soy de que no se te da nada mal, muchacho.

–Gracias, señor Werner –respondió orgulloso mientras mostraba tener molestias en las manos.

–Vaya..., estás sangrando. Déjame ver –le tomó las mano y observó las diminutas heridas–. Supongo que este es el precio a pagar por tener unos rosales perfectos... Toma –dijo metiéndose la mano en el bolsillo y sacando un pañuelo de tela–, límpiate con él. No hace falta que me lo devuelvas.

–G-gracias, señor. Pero es un pañuelo de tela, no puedo aceptarlo –contestó–. Además están grabadas sus iniciales en él...

–No te preocupes por eso, Florian. Tengo más pañuelos. Venía a decirte que estamos reunidos en el despacho del señor Aleksander y que nos gustaría que fueras un momento. Tenemos... que hablar contigo.

–¿Conmigo, señor? –empezó a ponerse nervioso

–Así es.

–Déjenme que me vaya a cambiar –dijo mientras se miraba la ropa llena de tierra–, no tardaré.

–Así sea, pues. Te esperamos en el despacho –se empezaba a alejar hacia la casa–. Por cierto, Florian... Ten cuidado con la sangre, hay manchas que no salen bien de la ropa y son capaces de seguirnos a todas partes. Hazme caso y mantente alejado de ellas.

Sintió como le daba un vuelco el corazón al oír aquellas palabras. Estaba claro que sospechaba de él, pero mientras no le diera pruebas sobre lo que había hecho..., este no tendría forma alguna de acusarle. Ahora debía reunirse con ellos en el despacho de Aleksander, pero luego tendría que deshacerse definitivamente del cuerpo.

–La facción está controlada, no creo que un par de revueltas puntuales vayan a enturbiar mucho la firma de contratos. Al fin y al cabo, fue la oportuna decisión que tomó la que, para sorpresa de muchos, trajo nuevamente la calma a las calles de nuestra ciudad.

–Sí, pero le recuerdo que también provocó la muerte de gente inocente, mi buen amigo Kurt.

–Aleksander... Nuestra misión era garantizar la seguridad, y coincidirá conmigo en que controlar a una turba enfurecida no es fácil. Y menos aún como para garantizar la protección de todo el mundo.

–Lo sé... Pero aún tengo la sensación de que podríamos haberlo hecho mejor –respondió posando la mirada en el exterior desde la ventana.

Aleksander dejó de hablar cuando notó la presencia de Florian. Caminaba despacio y con la cabeza baja, preguntándose si había interrumpido en mal momento la conversación.

–Veo que ya se ha cambiado de ropa. Pasa y toma asiento, por favor –le animó Werner, que sin previo aviso había aparecido tras él. Aleksander aprovechó aquella interrupción para recostarse en un sillón. Hecho un amasijo de nervios, Florian se sentó en una silla frente al teniente Kurt, que mascullaba le algo en voz baja a su ayudante.

–Me alegra ver que te encuentras bien, y que la vida te trata de igual manera –reconoció Kurt.

–Gracias, teniente.

–Florian... –intervino Aleksander–. Te hemos llamado porque el teniente y el señor Werner quieren hablar contigo.

–¿Conmigo, señor? –Un nudo se formó en su garganta–. No...

–Puedes estar tranquilo... –le tranquilizó Werner–. Tenemos noticias sobre los asaltantes que...

–¿Cómo? –interrumpió sobresaltado–. ¿Han encontrado a los culpables?

–Vamos por partes, Florian –dijo Kurt–. No queremos empezar sin pedirte disculpas

antes.

–¿Disculpas?

–Verás... El día que os encontramos en el bosque escuchamos gritos... – Werner intentaba explicarse, pero la delicadeza de la conversación parecía incomodarle lo suficiente como para no saber elegir las palabras adecuadas-. La cosa es que...

–Lo que quiere decir el señor Werner –intervino Kurt-, es que ese día escuchamos los gritos; no sabíamos de dónde provenían, y guiarse solo por el sonido en mitad de un bosque no es nada fácil. Nos dividimos para cubrir más superficie, pero, aun así, cuando llegamos, ya era demasiado tarde.

–Pero no entiendo... –dijo confundido.

–Fue culpa mía –confesó Werner finalmente-. Creí que sabía de dónde provenían. Estaba tan seguro que... –suspiró- envié al teniente por el lugar equivocado y yo cogí el camino contrario. Cuando nos encontramos en el supuesto lugar de los hechos no había nadie.

–Nos habíamos equivocado de lugar –aclaró Kurt.

–Me equivoqué, Florian –sentenció-. Si hubiera prestado más atención, o si... Si no me hubiera equivocado, posiblemente tus padres aún seguirían con vida.

Florian observaba en silencio cómo Werner se confesaba; sentía la necesidad de redención camuflada entre sus palabras, algo que por fin le liberara de su culpa.

–Debe dejar de culparse –dijo Aleksander-. Usted hizo todo lo que estuvo en su mano; ambos lo hicieron. Cualquiera persona está en disposición de perderse en el bosque, y más en una situación así. Estoy seguro de que –se giró hacia a Florian-, dadas las circunstancias ya expuestas, nuestro joven muchacho entiende perfectamente la situación. ¿Cierto, Florian?

–Sí, señor. Si no llega a ser por la celeridad con la que actuaron, yo no estaría aquí –reconoció.

–¿Ve, Werner? Deje de atormentarse en balde. Por otra parte, y cambiando la dirección de esta conversación, le diré que hace unos días detuvimos a uno de los miembros del grupo que os asaltaron.

–¿¡Cómo dice!?! –Su cara cambió radicalmente, mostrando a todas luces la sorpresa que le había producido la noticia-. ¿Dónde está? ¿Dijo algo de la mujer?

–Tranquilo, Florian. Deja que te lo expliquen –le aconsejó el conde.

–Sí.

–Hace una semana nos llegaron rumores de que se estaba realizando una subasta ilegal en un local de los barrios bajos. Como ya imaginarás –continuó Kurt-, la probabilidad de encontrar a los bandidos que están asaltando los caminos del bosque era alta, ya que fácilmente podrían vender ahí su botín sin levantar sospecha alguna. Se actuó con la máxima rapidez.

–¿Y... qué pasó? –quiso saber

–Pues que atrapamos a uno de ellos –añadió Werner.

–Hubo bastantes forcejeos; allí había más gente de la que imaginábamos. La mayoría escaparon, pero conseguimos reducir a uno de los dos hombres que parecían estar al mando de la organización de la subasta. El señor Werner –continuó relatando Kurt

mientras señalaba a su compañero— salió tras el que había huido; yo me quedé allí con el otro.

—¿Y ella? ¿Estaba ella? —pregunto impaciente y sobrecitado.

—No. Lo siento —le respondió Werner.

—Bueno. Lo cierto es que si bien no tenemos pruebas sólidas para demostrar que dicha mujer exista —dijo Kurt mientras tomaba asiento en un sillón—, y no es que se esté poniendo en duda tu palabra, Florian, pero hace falta algo más que un recuerdo borroso para poder juzgar a alguien, podríamos decir que la reacción de ese hombre fue bastante... reveladora.

—Esta parte te interesa —le susurró Aleksander.

—En el rato que estuve allí con él —prosiguió Kurt—, le pregunté, entre otras cosas, por la mujer. Realmente, no lo formulé con una pregunta, sino como una afirmación, como si ya supiéramos de seguro sobre su existencia.

—¿Y?

La impaciencia desbordaba a Florian.

—Pues tardó en responder, y como ya era de esperar su respuesta fue la de negar su existencia —expuso Kurt, que veía la frustración en el rostro del joven—. Pero fue antes. Fue antes de que contestara cuando me reveló con su silencio que estaba mintiendo.

—Tardó mucho, Florian. Tardó tanto tiempo en responder a la pregunta del teniente que en ese momento supimos que habíamos dado en el clavo —añadió Werner con la intención de animarle.

—¡Se lo dije! ¡Existe! —exclamó emocionado—. ¡Se lo dije, señor!

—En ningún momento dudamos de tu palabra... —le reconoció Aleksander.

—Teniente Kurt, yo... —empezó a decir titubeante—. ¿Cree que podría verle? Quiero decir, ¿puedo estar cara a cara con él?

—Pues lamentablemente no, Florian. Verás... —Werner se aclaró la garganta—. Días después de su encarcelamiento en el calabozo, y tras varios intentos frustrados de sonsacarle información... No sé cómo decírtelo, la verdad.

—¡Por dios, Werner! Tu indecisión es digna de ser revisada. ¡Y con máxima urgencia, mi querido amigo! —exclamó Kurt—. Lo que quiere decirte es que, días después de haberle encarcelado, apareció muerto.

—¿¡Muerto!?! —exclamó desmoralizado.

—Sí. Se había clavado un pequeño puñal en el pecho; pequeño, pero suficiente como para perforarle el corazón —prosiguió Kurt—. Descartamos el asesinato, ya que no encontramos indicios de que forzaran la cerradura del calabozo.

—Por otra parte, es imposible que nadie entre allí sin ser visto; no hace falta decir de que todos nos conocemos... —puntualizó Werner.

—No te preocupes, Florian —se apresuró a decir Aleksander al ver que las esperanzas del muchacho se desvanecían por momentos—. Esto solo ha sido la prueba que necesitábamos para confirmar la existencia de esa mujer de la que hablas. Sea cual sea el verdugo, la muerte le ha llegado a ese hombre, así que en cierto modo la justicia se ha hecho. Además, aún queda pendiente atrapar al resto, y ten por seguro que pagarán por ello. ¿Lo entiendes, no?

–Sí..., señor –respondió con palpable resignación.

–Bueno. Dado el desagradable acontecimiento que se ha producido hoy aquí – continuó Aleksander–, el viaje de mi esposa y mío se ha suspendido, por lo que enviaré a Jaroslav con un comunicado a la tienda de trajes para que dejen guardado el pedido hasta dentro de unos días. Momento en el que tú, Florian, pasarás a recogerlo.

–¿Cómo, señor? –dijo sorprendido por lo que acababa de anunciarle–. Yo... nunca he estado en la ciudad, y...

–Me consta –atajó Aleksander mientras ponía sus manos sobre los hombros del muchacho–. Y por ello quiero que seas tú quien vaya a recoger el pedido; es hora de que conozcas la ciudad, tal como quería tu padre. Pabels y Jaroslav te acompañarán para mantenerte a salvo.

–Eso es importante, chico. Protección. Al menos hasta que todo el asunto de tu familia se aclare –matizó Kurt.

–Teniente, si no le resulta un inconveniente, me gustaría acompañar a Jaroslav a la ciudad. Quiero revisar nuevamente el calabozo, por si algo se nos pasó por alto – intervino Werner.

–Me parece bien; proceda si así lo cree oportuno. Florian, gracias por reunirte con nosotros. Espero tener noticias para ti lo antes posible –le agradeció el teniente. Era más que evidente que el chico había estado a la altura de la situación.

–Gracias, teniente. Señor, si no me necesitan para nada más... debería volver al trabajo.

Aleksander le respondió asintiendo con una sonrisa.

La simple idea de visitar la ciudad le producía una mezcla de emoción y melancolía; después de tanto tiempo, por fin iba a conocer sus calles y rincones. A pesar de la emoción que eso evocaba en él, le resultaba imposible evitar el recuerdo de su padre; aquel momento le pertenecía a él, y solamente a él. Florian se agachó hasta que las aguas del lago le devolvieron su imagen. Durante unos minutos se quedó mirando la cicatriz que le recorría parte del rostro, como si esta fuera a desaparecer entre la superficie, o como si por arte de magia esa marca pudiera ser transferida a su reflejo. Se pasó la mano por esta, palpando su relieve como si de un cifrado oculto se tratara, uno que solo pudiera ser desvelado con el contacto de su fría piel. Una lágrima cayó sobre el agua provocando una reacción en cadena de pequeñas ondulaciones que deformó levemente su imagen. Le resultaba irónico. Él tenía la libertad de un mundo bajo sus pies, de senderos sin explorar, y su reflejo, que permanecía atrapado tras la fina capa de agua, disfrutaba de mayor paz y serenidad que él. Poco a poco, las aguas se fueron calmando hasta que volvió a reflejar su cara con nitidez, solo que esta no era la de él, sino la del rostro de la mujer de rojo. Con furia golpeó la superficie del agua, revolviendo así el fango del fondo y enturbiando las aguas. Hoy había recibido dos buenas noticias: una era que el teniente Kurt había dado veracidad a su declaración sobre la existencia de la mujer, y la otra que dentro de unos días iría a la ciudad, un lugar donde no solo había vida y secretos ocultos, sino también un monstruo, uno al que ansiaba dar caza.

Se levantó y retrocedió unos pasos para contemplar el lago, cuando cayó en la cuenta

de la solución a su problema: si aquellas aguas iban a guardar sus reflexiones y secretos, también habría hueco para uno más, uno del que extrañamente resultaba sentirse orgulloso. Werner había partido a la ciudad, así que en lo que restaba de día podía estar tranquilo, no husmearía en los rosales. En cuanto al resto de habitantes de la casa, no le preocupaba: estaban demasiado atareados como para poder encontrar nada. Esperaría a la noche cuando todos estuvieran dormidos, entonces podría moverse a sus anchas.

El cielo estaba cubierto por un brillante manto de estrellas. A pesar de ser primavera, y de que los cielos nocturnos empezaban a ser cristalinos y traslucidos, las bajas temperaturas azotaban sin piedad todo lo que estaba a su alcance. Florian se mantenía a orillas del lago observando fijamente el reflejo de la luna sobre el agua mientras los grillos coreaban con su rítmico canto desde la oscuridad. Sentía cómo la fría brisa jugaba y hacía cabriolas entre sus mechones. Era divertido, casi relajante. Se agachó para coger el cuerpo inerte y putrefacto del gato; habían pasado solo veinticuatro horas desde que lo enterró, pero los insectos y las lombrices ya habían empezado a deleitarse con su carne haciendo acopio de esta a buen gusto. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie se encontrara escondido tras las sombras. Ya había bajado la guardia en su momento y había pagado caro su error; no podía suceder lo mismo esta vez. Tardó cinco minutos hasta que se dio por satisfecho y consideró que aquel lugar era lo suficientemente seguro para hacerlo. Con energía, arrojó por los aires el cuerpo del animal hacia el interior del lago. El sonido del cadáver al caer al agua se escuchó más de lo que hubiera querido, pero estaba alejado de la casa, por lo que creía casi imposible que alguien lo pudiera escuchar. Cuando las aguas se calmaron, observó con frustración que el cuerpo del animal se mantenía a flote en la superficie; no se había hundido como él tenía pensado que sucedería. Estaba demasiado lejos como para poder alcanzarlo. La distancia era tal, que ni con la ayuda de una vara hubiera sido posible acercarlo a la orilla; tampoco podía dejarlo allí, a la vista de cualquiera que pudiera visitar el lago. Debía cogerlo, aumentar su peso, y volverlo a lanzar. Se quitó las zapatillas y se agachó para recoger una pesada roca que había en la orilla, suficiente como para asegurarse de que el cuerpo del gato no volviese a la superficie. Poco a poco, fue adentrándose en el agua, reprimiendo estoicamente la necesidad de soltar un alarido por su baja temperatura. Cuando llegó a él, lo agarró con firmeza y pasó alrededor la cuerda con la que se ataba los pantalones, uniendo por la otra parte la roca y realizando un apretado nudo. Nadó agua a través unos metros más para asegurarse de que la profundidad era la mayor posible, y una vez llegó al punto donde creía que era el mejor sitio soltó el cuerpo. Aguardó allí unos minutos para asegurarse de que no volvía a flote. Y así fue. Con la ropa empapada y tiritando apretó la marcha; necesitaba llegar a su cuarto cuanto antes, quitarse la ropa mojada, y meterse en la cama para coger calor. El frío se había transformado en miles de agujas invisibles que se clavaban en su piel hasta llegar a sus huesos, provocándole un dolor intenso por todo el cuerpo. Cerró la puerta de su habitación con cuidado de no hacer ruido y se acercó a la silla que había al lado del viejo escritorio, donde depositó la ropa mojada una vez se la quitó. No recordaba que hubiera tanta distancia entre el lago y la casa. Entre espasmos se metió en la cama, arropándose

con todo lo que tenía a mano que le pudiera dar un mínimo de calor. Estaba congelado. La incursión no había sido como esperaba, pero al menos su secreto estaba a salvo. Ya podía descansar con tranquilidad.

–Florian, hijo mío...

–¿Madre? –respondió mientras se sentaba en la cama–. Madre, ¿eres tú? ¿Dónde estás?

–Estoy aquí, mi vida. ¿No me ves?

–¡Mamá, no te veo! –le dijo a la voz de su madre. La vista se le empezó a nublar y, tras un leve mareo, se volvió a recostar entre murmullos.

La “nada” rodeaba la cama, y allá donde mirara solo había espesura; aún seguía escuchando los ecos de la voz de su madre. Estaba inmóvil en la cama, como si unas manos invisibles le mantuvieran retenido contra esta en contra de su voluntad. De la oscuridad comenzó a emerger un rostro: era la cara de Adeline. Esta flotó hasta que se puso frente a él, en silencio, sin articular palabra ni mostrar expresión alguna. Únicamente le observaba.

–¡Madre! –gritó justo antes de que esta comenzara a disiparse entre una volátil nube de humo–. ¡Madre, no! ¡Espere! –No podía hacer nada; su rostro seguía desapareciendo lentamente–. No se vaya... No se vaya, Madre. La... ¡La necesito!

El espeso humo pareció responder a los ruegos de Florian. Lentamente, como si el tiempo empezara a retroceder, comenzó a redibujarse el rostro; solo que parecía no estarse reconstruyendo el de su madre, si no el de una vieja amiga. La imagen de la mujer de rojo se materializó ante él, que seguía sin poder moverse de la cama. Esta se le acercó hasta que estuvo a escasos centímetros de él y, con una sonrisa dibujada en los labios, se pronunció:

–Dime, hijo mío. Mi pequeño hombrecito...

–¡Tú no eres mi madre! –gritó revolviéndose en la cama.

–¿Cómo que no, Florian? Mírame... ¿No me reconoces, hijo mío? –seguía insistiendo la mujer, que había adoptado la voz de Adeline.

–¡Márchate, aléjate de mí! –continuó gritando con fuerza–. ¡Acabaré encontrándote, y te mataré con mi propias manos! ¡Te mataré, te mataré, te mataré! ¡Lo juro!

–Florian. ¿Me oyes? ¿Me oyes, muchacho?

No paraba de gritar las mismas palabras mientras se retorció en la cama con el cuerpo empapado en sudor.

–Tonio, quédate con Pabels vigilándole. Yo voy a pedir unas toallas mojadas y a enviar un comunicado al médico –ordenó Aleksander.

–De acuerdo, padre.

Cuando Aleksander salió por la puerta, Tonio se acercó a Florian, que había dejado de gritar y ya solo gemía y murmuraba cosas inaudibles.

Seguía sumido en la “nada”, ausente de lo que ocurría a su alrededor con la única compañía de aquel rostro cambiante que se había propuesto atormentarle hasta la locura. A pequeños intervalos le mostraba la imagen distorsionada de la mujer de rojo, cambiando sus rasgos fugazmente hasta transformarse en la imagen de Tonio. No sabía

qué era real y qué no, solo tenía claro que aquel maquiavélico ser le había ido a visitar para atormentarle, para acabar con la poca cordura que quedaba en él.

–No contesta, Pabels. Tampoco despierta –sentenció desalentadoramente.

–Tranquilo, señorito Tonio. Ya han ido a buscar al médico –puso la mano en la frente de Florian–. Dios mío... está ardiendo. ¡Llona, dese prisa por dios! –gritó–. Tonio...

–¿Sí, Pabels?

–Creo que es momento de que esperes fuera...

6. Ciudad de muerte y espejismos

Un punto de luz comenzó a formarse entre la oscuridad, engullendo y cubriéndolo todo de una claridad cegadora. La voz del rostro cambiante empezó a ser cada vez más lejana, volviéndose tan solo un sórdido eco apenas audible. De la intensa luz comenzó a dilucidarse una silueta que se iba acercando lentamente a él; a cada paso que daba la figura, esta se iba haciendo más nítida y difuminada, hasta que la cercanía le mostró la identidad de quien se ocultaba tras ella; era Tonio, ataviado con un traje de gasa blanca y con el cabello recogido con una cinta roja. El pulso se le volvió a acelerar, pero de una forma diferente; ese palpitante era especial.

–T-tonio... –suspiró

–Florian... –le respondió la celestial imagen mientras se acercaba más y más a él.

La figura, que se encontraba apenas a medio metro, se venció hacia delante y acercó su rostro a escasos centímetros del suyo. Mientras observaba los delicados rasgos de Tonio, la idea de que la oscuridad anterior no había sido otra cosa más que el beso de la muerte se confirmaba: el cielo había acudido en su auxilio con la forma de lo que más amaba.

–Florian, vuelve... –susurró.

La imagen permaneció ahí, a escasos centímetros de él, cuando la claridad se comenzó a disipar y reveló la presencia de otras figuras más lejanas.

–Tonio, ¿dónde estoy? –preguntó con un hilo de voz.

–Estás en casa, Florian –respondió aliviado al ver que poco a poco recobraba la consciencia–. ¡Padre, parece que vuelve en sí! –añadió girándose hacia el resto.

Aleksander y Freud, exaltados por la noticia, se acercaron a toda prisa a la cama para ayudar a Florian a despertarse.

La habitación y el escaso mobiliario recuperaron su nitidez; su visión había recobrado la normalidad. Ante él estaban Aleksander, un hombre enjuto y regordete al que no reconocía, y Tonio, que a pesar de no ir ataviado con la ropa de hace unos minutos le seguía resultando abrumadoramente atractivo.

–Florian, ¿nos escuchas? –le preguntó Freud–. ¿Sabes dónde estás?

–Yo... ¿Qué ha pasado? –respondió antes de que un ataque de tos le dejara sin aire durante unos segundos

–Este es el doctor Freud, ha venido a curarte –le anunció Aleksander mientras le tomaban la temperatura.

–Parece que la fiebre está remitiendo... Será mejor que guarde cama unos días y que no coja frío.

–Gracias, Freud. Le estaremos eternamente agradecidos por lo que ha hecho por

nosotros. Venga, le acompaño. –Aleksander le puso la mano en la espalda y le acompañó hacia la salida–. Tonio...

–No se preocupe, padre. Me quedaré aquí con él –atajó.

–Gracias, hijo.

Retiró con cuidado la ropa mojada de la silla y se acercó a Florian, que permanecía tumbado en la cama, empapado de sudor, observando en silencio cómo se sentaba junto a él.

–¿Cómo te encuentras?

–Me duele todo el cuerpo... Y tengo frío.

–Normal. En esta casa no acostumbramos a bañarnos por la noche en el lago. Y menos con el frío que hace –le contestó esbozando una sonrisa.

–Sí..., supongo que no fue una buena idea.

–Te encontró Pabels. Como no bajabas a los establos, decidió venir a buscarte, y al ver en el estado en el que te encontrabas bajó rápidamente para avisar a mi padre –le explicó mientras Florian volvía a sufrir un ataque de tos–. Hemos estado muy preocupados. No recuerdo haber visto a mi padre así desde que Albert... –apartó la vista con melancolía.

–¿Le ocurrió esto también?

–Sí. Así comenzó todo –asintió con tristeza.

–No era mi intención preocuparos.

–Si... ¡Si te pasara lo mismo, no me lo perdonaría! ¡No lo soportaría!

Las lágrimas comenzaron a surcar sus mejillas.

Florian se sorprendió ante aquella confesión.

–No podría hacerte eso. Yo...

–Lo sé. Pero no hables, ahora no... –su excitación iba en aumento.

–Pero... –no pudo terminar la frase. Los labios de Tonio se posaron sobre los suyos, sellando con pasión cualquier hueco libre por el que pudiera escaparse la magia del momento.

Florian permaneció durante varios segundos sin poder reaccionar, hasta que se dejó llevar por la sensación frenética que le producía el dulce calor de su suave piel. Aquel momento lo había soñado muchas veces, y cada una de ellas de manera diferente a la anterior, pero ninguna reflejaba con tanta claridad y fulgor la esencia de la que se acabó haciendo realidad. Tonio separó los labios de los suyos lentamente y se detuvo a escasos centímetros, observándole con un brillo especial en los ojos.

–No hables, Florian –susurró–. Ahora no, amor...

–¿Se puede? –rezaron por sorpresa desde la puerta.

–Sí. Adelante, Anne –respondió Tonio mientras se levantaba de la silla y se retiraba a un lado para que pudiera dejar sobre la mesa la bandeja.

–Buenos días, Florian. Le traigo un poco de caldo. Espero que le guste –la depositó con cuidado.

Al escuchar la palabra “caldo” se le revolvió el estómago. De alguna manera, su subconsciente había ligado aquella palabra al gato destripado; aquel había sido el punto de partida de aquella sobrenatural visita. Si la demencia tenía múltiples formas, había

elegido la peor de sus caras.

–Gracias, Anne. Pero... no tengo mucho apetito ahora mismo –intentó excusarse cortésmente.

–Pues me va a perdonar las formas –se podía ver el desacuerdo en su cara–, pero el doctor ha dicho que debe tomar un buen caldo caliente, y hasta que se lo termine yo no voy a moverme de aquí.

–Yo que tú le haría caso –le aconsejó Tonio, procurando no reírse de la cara de asco que estaba poniendo Florian–. No hay nada más peligroso que Anne con un puchero de sopa.

–Agradezco sus... exageradas observaciones, señorito –contestó mientras le dedicaba una disimulada mueca–. Como queremos que se recupere, se va a ir incorporando y yo le iré dando cucharadas.

–Yo voy a aprovechar a bajar a comer algo –se disculpó ante ellos mientras le lanzaba una mirada de complicidad–. Luego vuelvo a ver cómo te encuentras.

Florian, que era consciente de que poco tenía que hacer ante la testarudez de la muchacha, se acomodó contra el cabecero de la cama y aguardó la primera cucharada. El caliente líquido descendió por su garganta proporcionándole una sensación de calidez que difícilmente sería capaz de describir más que de elixir fortificante. El frío que se había alojado dentro de su cuerpo durante la noche comenzaba a extinguirse. Anne le iba marcando el ritmo en silencio, sirviendo la siguiente cucharada cuando apenas había terminado de tragarse la anterior. La miraba con detenimiento; era una muchacha de una belleza singular y, ahora que estaba muy cerca de ella y podía analizar con detalle cada rasgo de su rostro, se daba cuenta de que su hermosura iba más allá de lo exultante. Mientras la muchacha preparaba la siguiente cucharada, él sacó el brazo de debajo de la manta y la extendió para acariciar su tez. Cuando ella alzó la vista, no esperaba encontrarse con los dedos de Florian; de un sobresalto se echó para atrás, derramando el caldo sobre él.

–¡Qué susto me ha dado! –exclamó–. ¡Mire cómo lo hemos puesto todo!

–Perdón, Anne, ha sido culpa mía... –dijo avergonzado.

–¿Pero qué pretendía? ¡Encima no sé si llevo un paño para limpiar todo este cristo!

Se quedó en silencio durante unos segundos mientras ella rebuscaba en su bolsillo del delantal. El nerviosismo de la muchacha parecía ir en aumento cada vez que sacaba la mano vacía de un bolsillo. Florian miró a su alrededor para ver si había algo que pudiera usar para limpiar y, al pasar la vista por la ropa mojada, recordó el pañuelo que le había regalado Werner.

–Anne, mi pantalón. En mi bolsillo. –Ella se acercó al montón de ropa y metió la mano en el bolsillo sin saber muy bien qué buscaba–. Debería tener un pañuelo –añadió.

Sacó el trozo de tela y lo extendió; se quedó durante unos segundos mirándolo en silencio con cara de sorpresa, con fascinación.

–Es... ¡Es el pañuelo del señor Werner! –afirmó excitada.

–Me lo dio el otro día. ¿Cómo sabes que es de él?

–¿Ve estas iniciales? –señaló con el dedo.

Florian las miró con detenimiento.

–W. L. Werner Lucent –explicó Anne–. Son sus siglas.

–Lucent...–murmuró

–Sí, Lucent. Es el apellido de su padre –continuó–. A diferencia de nosotros, o incluso del señorito Tonio, él solo tiene un apellido.

–¿Por qué?

–Uno de los requisitos para poder entrar en la Casa de las Flores era ese, despojarte del apellido materno. Supongo que... –se quedó pensativa unos segundos– estará relacionado con los preceptos o algo.

–Werner Lucent... –volvió a susurrar.

–Bueno, lo que tengo claro es que no vamos a limpiar el destrozo con este pañuelo; es demasiado bonito y delicado –dijo mientras lo volvía a doblar y lo dejaba sobre la mesa–. Voy a bajar a por un trapo y subo. ¡Y ni se le ocurra moverse de esa cama! –gruñó mientras salía por la puerta

Florian se quedó sentado con la vista puesta en el pañuelo; su modelo tenía rostro, tenía nombre, y ahora también un apellido. Era todo lo completo que podía llegar a ser, en ese aspecto él también se sentía completo.

∞∞∞∞

En algún lugar de Praga...

15 de marzo de 1784.

No podéis volver a fallar; otra vez no. Debemos actuar rápido y con máxima discreción; en unos días irá a la ciudad, a nuestro hogar. Un afortunado suceso ha provocado esta magnífica oportunidad, Así que no la desperdiciemos; no lo vamos a tener fácil, ya que irá escoltado. Por lo que tendremos que ingeniárnosla para separarle de sus acompañantes y acabar con él.

Un error. Tan solo un error, y todos acabareis a orillas del rio como postre para las ratas. Me encargaré personalmente de ello.

∞∞∞∞

El niño guardaba silencio mientras doblaba la carta y se la metía en el bolsillo de su chaqueta.

–Repítame qué tienes que hacer.

–En cuanto pueda escaparme, buscaré en las tabernas al hombre de la cara rara y le

daré la carta. Si no está en ninguna, tengo que buscarle por las casas de mujeres. Luego... –empezó a dudar–. Luego tengo que ir a buscarla y decirle que no puede salir de casa hasta que todo haya pasado. Que tú ya la avisarás –añadió.

–Eres un joven bastante inteligente, ¿sabes? –No podía dejar de sonreír.

–Gracias... –respondió mientras se ponía rojo.

–Venga, mejor que vayas para casa antes de que ese gruñón se dé cuenta de que no estás. –Sus dedos recorrieron tiernamente la mejilla del chico.

–Sí, voy.

Durante los cuatro días siguientes, Tonio le estuvo haciendo visitas al dormitorio de forma clandestina, donde el único lenguaje que se empleaba era el de los labios y las caricias. Arieta ya se había repuesto del incidente y, aunque parecía no tener sospechas de que había sido él el autor de la barbarie, se personaba en silencio frente a la puerta para verificar que seguía en su dormitorio, lugar donde no podría darle problemas. A los dos días de estar enfermo, Aleksander le hizo una visita para ver qué tal se encontraba, pero más allá de interesarse únicamente por su salud mantuvieron un largo debate sobre si estaba en condiciones o no de acudir a la ciudad; a pesar de los argumentos de Aleksander, él acabó ganando la batalla dialéctica. Acudiría a la ciudad como habían acordado desde un principio.

La fiebre parecía haber remitido, pero cualquier esfuerzo que hiciera más allá de caminar desembocaba en un fuerte dolor de pecho y serias dificultades para respirar. Por aquella condición en su salud no estaba realizando sus labores rutinarias con Pabels, únicamente se limitaba a estar en las cocinas al calor de los fogones y ver cómo Anne y Llona preparaban la comida; lo máximo que hizo fue aprender a pelar patatas, algo que sucedió rápidamente. Su habilidad con el cuchillo era llamativa, tanto que Llona tuvo que reconocer que estaba sorprendida. Florian acabó enfrascado en una explicación sobre las similitudes que había entre pelar patatas y retirar del interior de la piel de un conejo la carne fijada. Ese fue el día en el que Anne le pidió que le confeccionara un mullido bolso de piel.

Florian se despertó con sudores aquel día. Aleksander había encargado días atrás que subieran una estufa a su habitación, en la nunca debería faltar carbón candente; había momentos en la noche en los que el calor era insostenible. Se levantó de la cama despacio para no agitarse mucho y se acercó a la silla donde tenía doblada la ropa limpia para aquel prometedor día. Bajó las escaleras a paso ligero, y una vez llegó a la planta baja de la casa tuvo que sentarse unos minutos en el sillón redondo para reponerse del esfuerzo y coger algo de aire. “No sería capaz de atrapar ni a una liebre tullida”, se dijo a sí mismo. Tras varios minutos de reposo, se levantó y comenzó a caminar hacia la entrada. Una vez allí cogió aire y, asiendo firmemente los pomos, comenzó a girarlos para abrir las puertas, cuando la voz de Aleksander sonó tras él.

–Marcharse sin despedirse es un gesto poco educado, ¿no crees?

Florian se giró sorprendido.

–Pensaba que estaría fuera, señor Aleksander.

–La educación tiene un valor incalculable hoy día. Ahí fuera –se acercó hasta ponerse a su lado y acto seguido abrió las puertas–, la educación, el respeto, y los valores morales son tesoros codiciados por muchos, desconocidos para otros –agachó la cabeza para mirarle–, y temidos por cualquier hombre culto que se precie. En cualquier caso, la educación te abre muchas puertas.

No sabía qué le quería dar a entender con aquellas palabras.

En el exterior Pabels terminaba de acoplar los arneses a los caballos, y Jaroslav, tan recto e inexpresivo como siempre, aguardaba en silencio junto a la puerta del carruaje. Florian y Aleksander bajaron las escaleras de acceso y, una vez llegaron al carruaje, Aleksander le paró.

–Recuerda que no debes alejarte. Tampoco bajas la guardia. Y si te encuentras mal, no dudes en decírselo a ellos y regresad; no estás en condiciones de hacer heroicidades.

–Entendido, señor.

Aleksander se acercó a los dos hombres que aguardaban en la puerta del carruaje a su orden de partida.

–Escuchadme bien: confío plenamente en ustedes, caballeros. Velen en todo momento por su seguridad, pero sobre todo por la de Florian –Extendió la mano señalándole–. Cualquier cosa extraña que vean, por poco sospechosa que sea, regresen. La ciudad estará a rebosar de gente, ya que hoy hay mercado, así que extremen la cautela.

Ambos asintieron.

–Tú primero, muchacho –dijo Pabels mientras le abría la puerta y extendía el brazo para marcarle la entrada.

Florian tomó asiento al lado de la ventanilla; la cortinilla de terciopelo estaba corrida, tapando cualquier imagen panorámica que se pudiera ver desde ahí. Con cuidado la corrió, dejando entrar la luz y la brisa fresca de la mañana. Estaba sorprendido por la cantidad de espacio que había en el interior; visto desde fuera no hubiera apostado a que en su interior entraran dos hileras de mullidos asientos, y menos aún que hubiera suficiente espacio entre esos para estirar las piernas. Pasó las manos por los bordados y ribetes de la tapicería; la calidad de aquellos tejidos era visiblemente excepcional. Jaroslav se sentó en su misma fila, junto a la ventanilla del otro extremo, y Pabels en frente de él. La voz de Aleksander dándole la orden de partir al cochero fue la señal de que su esperado viaje había comenzado. Al poco de empezar a moverse el carruaje, Florian asomó la cabeza por la ventanilla, observando cómo el conde y la enorme mansión se iban haciendo más y más pequeños.

A mitad de trayecto, Jaroslav le pidió secamente que corriera las cortinas, a lo que Pabels añadió que, por seguridad, era mejor no llamar la atención. Durante el trayecto ninguno de sus acompañantes articuló palabra; Pabels se mantenía pensativo, con la mirada fija en un punto del suelo, y Jaroslav miraba continuamente el exterior a través de una rendija en la cortina.

Su impaciencia por llegar crecía por momentos. Hubiera deseado poder compartir aquel momento con sus padres, poder ver sus caras de alegría cuando comprobaran cómo su hijo se convertía en un hombre y pisaba por primera vez la ciudad. Pero ya no

estaban, nunca más estarían.

El carruaje comenzó a aminorar la marcha, y las voces de la gente del exterior le anunciaron que ya habían llegado. El primero en salir fue Jaroslav, que les indicó que esperasen dentro hasta que él comprobase que era un lugar seguro para bajar. Minutos después ponía por primera vez los pies en la ciudad de Praga.

Los edificios eran enjutos y compactos. De algunas ventanas asomaban mujeres atareadas en colgar ropa mojada, y los bajos de las viviendas lucían carteles informativos sobre los servicios que se daban en ellos: curtidurías, tabernas, carnicerías, dispensarios...; había un sinfín de ellos. La gente, cargada con sacos llenos de hortalizas, fruta y cereales, abarrotaban la calle. El sonido de los caballos que se abrían paso a través del gentío acompañaban a los lamentos de gallinas y cerdos, que, atrapados en jaulas de madera, esperaban agónicos el fatídico desenlace de su vida. Los tres caminaron entre la multitud a paso ligero, y Jaroslav, que veía cómo él se despistaba viendo todo a su alrededor, no le quitaba ojo de encima. Él se imaginaba las calles de otra forma, con empedrado o algo similar, pero la realidad era otra: el barro se acumulaba por todas partes, y los baches del terreno estaban llenos de agua que desprendía un insoportable olor a heces; si en Praga había elegancia, debía de ser en otra parte. Aun así, la ciudad le seguía mostrando una fascinante paleta de contrastes. Caminaban entre gente desaliñada que pedía limosna y caballeros pudientes que lucían elegantes trajes e iban ataviados con llamativas pelucas de color marfil. Desde la entrada a los oscuros callejones, mujeres de dudosa moralidad le piropeaban y agasajan entre besos al aire, intentando que cayera embelesado como el pez que se deja llevar por un cebo seductor. El hedor del aire, una vez habituado su olfato, solo era la esencia de la viva ciudad que se abría paso ante él. Durante la travesía por la calle principal todo eran distracciones para Florian. Pabels, que veía que el joven estaba caminando a paso lento, no tuvo reparo en llamarle la atención:

–Muchacho, aprieta la marcha, o no llegaremos nunca al mercado.

Él asintió sin decir palabra, acelerando el paso considerablemente.

–Creo que la plaza está desbordada de gente –vaticinó Jaroslav al ver el tapón de transeúntes que se agolpaba al final de la calle, esperando para entrar–. Tenemos que ir a la otra punta; por aquí va a ser imposible abrirse paso. Será mejor que bordeemos la plaza por aquella calle –señaló con el dedo.

Los dos acataron las órdenes sin poner objeciones.

Caminaron durante diez minutos por la estrecha vía hasta que esta desembocó en una pequeña plaza en la que, aunque no tan atestada de gente, abrirse paso también iba a ser difícil. Los puestos se extendían por todos los rincones formando un laberinto de mesas, donde sus vendedores ofrecían a pleno pulmón todo tipo de artilugios y especias. A diferencia del escenario que le había ofrecido la ciudad a su llegada, aquella plaza le proporcionaba otro totalmente diferente, una más elegante y lujosa. La gente que se encontraba allí era en su mayoría pudiente, de un nivel y clase que dejaba en evidencia su estatus social. Desde el centro de la plaza podía ver la plaza Mayor que se habían visto obligados a rodear; tal era la diferencia de clase entre el público que acudía a ambas

plazas que creía poder ver la línea imaginaria que las separaba, como si dos corrientes de agua a diferente temperatura compartieran el mismo espacio. Pabels se detuvo ante un puesto con todo tipo de verduras. El vendedor ofrecía a sus compradores la garantía de la mejor calidad al precio más bajo del mercado. Jaroslav se acercó con curiosidad.

–¿Algo que le interese? –preguntó

–Llona me pidió que le comprara patatas frescas –respondió Pabels mientras oteaba detenidamente el montón que había apilado sobre la mesa.

–Algunas tienen buena pinta. No creo que estén mucho mejor las que venden en la plaza mayor –concluyó mientras tomaba una con la mano y la apretaba detenidamente para probar su tersura.

Florian observaba con curiosidad todo alrededor mientras sus dos guías hacían sus valoraciones, cuando una débil melodía llegó a sus oídos. Aquella corriente de tonalidades se filtró por sus canales auditivos hasta llegar a su cerebro, envolviendo y embelesando sus sentidos.

Lentamente, como si aquella melodía le fuera marcando la ruta, emprendió camino en busca de su origen; atrás quedaban Pabels y Jaroslav, mientras él se adentraba entre el tumulto de gente en busca del nacimiento de aquel canto de sirena. Las notas le guiaron fuera de la pequeña plaza, arrastrándole por una corta callejuela que desembocó en una plaza mucho mayor; en el mismo estado que la anterior. Entre regateos y hurtos disimulados, la gente se agolpaba alrededor de los puestos y sus vendedores. A pesar de ello el canto de sirena llegaba a él ahora de una forma más esquiva pero potente. Se detuvo en el centro del mercado y observó su alrededor minuciosamente: los edificios, cada ventana abierta, sus esquinas y bajos...; había demasiado alboroto como para poder localizar el punto exacto desde donde se estaba originando aquella delicada melodía. Cerró los ojos durante unos segundos y respiró profundamente, conteniendo el aire en sus pulmones. Lentamente exhaló, al tiempo que abría los ojos y el tiempo se detenía ante él.

El paso de la gente se ralentizó, como si la vida hubiera delegado de seguir avanzando en las líneas del tiempo. El cabello de las mujeres se quedó suspendido en el aire, como la estela que dejan las estrellas fugaces, volátil e inerte en el firmamento. La transacción de un vendedor se paralizó antes de concluir, y las monedas quedaron suspendidas en el espacio- tiempo entre la mano de este y la de su comprador; la melodía seguía llegando a sus oídos mientras el resto de ruidos se perdían hasta ausentarse totalmente de aquel lugar. El canto de sirena, ahora plenamente audible y claro, y las hebras vibrantes que dibujaba al viajar por el aire le indicaban de forma reveladora e inequívoca cuál era el camino que debía seguir para llegar hasta ella. Florian centró la vista y el oído en una calle llena de tiendas; en algún punto de aquella arteria se encontraba el origen.

Comenzó a caminar entre la paralizada gente con suavidad hasta llegar a su entrada. La tienda lucía un escaparate sinigual. Las violas de gamba brillaban bajo la luz de múltiples velas, encargadas de iluminar cada rincón de aquel delicado comercio. Frente a aquel lugar cerró por un momento los ojos, centrando la atención de sus sentidos en

aquel abrazo melódico y dejando acariciar su quebrada alma por aquellas sanadoras vibraciones.

La voz de Jaroslav y Pabels llegaron a él entre el caótico ruido de la plaza; había demasiada gente y ahora no podía ubicarles.

–¡Florian! –seguía gritando con todas sus fuerzas Jaroslav–. ¡Florian, dónde estás!

–Tenemos que encontrarle –se apresuró a añadir Pabels muy nervioso–. Ha sido culpa nuestra...

–No es momento para lamentarse –espetó–. Debemos encontrarle. Y cuanto antes.

La muchedumbre se agolpaba a su alrededor. Giraba sobre sí mismo con el corazón acelerado intentando encontrarles por alguna parte; escuchaba su llamada, pero no conseguía verlos. Entre todo el jaleo de la plaza, una mujer cercana a él comenzó a gritar desgarradoramente, cuando un hombre tropezó de frente contra él dejándole forzosamente un objeto en el pecho que instintivamente asió antes de que se le cayera al suelo. Se giró hacia el hombre, pero este, que iba ataviado con una capucha, comenzó a gritar mientras le señalaba.

–¡Aquí! –gritó a pleno pulmón–. ¡Ha sido él! ¡Lo he visto con mis propios ojos!

No conseguía verle la cara, pero algo en él le resultaba familiar.

–¡Él ha matado a mi marido! ¡Asesino! –vociferó la mujer entre lágrimas.

Toda la gente a su alrededor se giró para mirarle. No entendía qué estaba pasando.

–¡Mirad, tiene el cuchillo en sus manos! –siguió gritando el encapuchado.

Perplejo, miró el objeto que le había dado aquel hombre: entre sus manos manchadas de sangre reposaba el arma.

–Pero él me lo ha... –titubeo mientras algunos hombres de acercaban lentamente a él–. ¡Yo no he hecho nada! ¡Él me lo ha...!–. Se quedó en silencio cuando se disponía a señalar al encapuchado, que había desaparecido con la misma habilidad con la que apareció.

–No te muevas, muchacho... –comenzó a decirle uno de los hombres más cercanos a él.

–Yo no... he hecho nada, señor. Ha sido el hombre de... –intentó explicar. Se sentía perdido y sobrepasado por aquella situación.

–¡Que no escape! –gritó la desconsolada mujer–. ¡Atrapen al asesino!

Los hombres seguían acercándose lentamente a él. Conforme se sumaban al acto, veía cómo iban cercándole el paso y bloqueándole las posibles vías de escape. El cuchillo se deslizó de entre sus manos y cayó al suelo empedrado, provocando que cientos de destellantes chispas salieran disparadas al aire. Los hombres casi le tenían rodeado cuando la voz de Jaroslav sonó tras ellos.

–¡Corre, muchacho, corre!

Florian no tardó en reaccionar; giró sobre sí mismo a toda prisa y salió corriendo entre la muchedumbre, abriéndose paso entre empujones. No perdió tiempo en mirar atrás, debía huir y encontrar un lugar seguro donde esconderse. Debía salir de allí, y cuanto antes.

Continuó su huida a través de las sinuosas calles de la ciudad, esperando hubiera despistado a sus perseguidores con sus esquivos cambios de dirección. Sentía una

sensación de quemazón en el pecho y el oxígeno le empezaba a faltar. Agotado, miró tras él para ver si aún le seguían, pero la calle estaba vacía. Los había despistado. Exhausto y dolorido, se apoyó en unos barriles junto a una puerta para reponerse del esfuerzo. Seguidamente se arrodilló en el embarrado suelo; necesitaba descansar y recuperar el aliento.

–Hola, muchacho...

Florian alzó la vista lentamente para ver quien se dirigía a él. Su rostro perdió todo color.

–¿Te acuerdas de nosotros...? –añadió.

Sus temores y fantasmas se materializaron en aquel preciso instante. Frente a él se encontraban dos de los hombres que les habían asaltado en el bosque, dándole la bienvenida con la misma fría y calculadora mirada que aquella fatídica mañana.

Velozmente, se levantó del suelo y empezó a correr a toda prisa calle arriba hasta llegar a la plaza principal. Ignorando los avisos de su propio cuerpo, continuó la huida entre la multitud, girando la cabeza continuamente para ver si los dos matones le ganaban terreno. Mientras continuaba con su difícil carrera por la supervivencia, uno de los perseguidores se desmarcó de la ruta, sorprendiéndole segundos después a veinte metros frente a él, cortándole el paso.

–No hagas esto más... difícil, muchacho –le avisó el hombre con la cara llena de marcas.

Florian giró la vista para ver dónde se encontraba el otro individuo que le perseguía; estaba unos metros más atrás mirándole con una sonrisa de victoria.

Un burro que cargaba una carreta con cebollas cruzó entre el asaltante y él. Con las fuerzas que aún quedaban en su afectado cuerpo, propinó una patada en el vientre del animal, provocando que este se defendiera con una cox y golpeará la carreta. Las cebollas se esparcieron por el suelo y, aprovechando el alboroto que había creado el animal, salió corriendo de allí. Un gran número de personas se tiraron al suelo a coger todas las que les cupieran en los bolsillos, entorpeciendo el paso al asaltante que se encontraba al otro lado del gentío. El otro bandido continuó su persecución sin demora, acercándose cada vez más a él. Florian se giró y se encontró con que el hombre no solo estaba a punto de alcanzarle, sino que tenía la mano extendida hacia él y sus dedos estaban prácticamente rozándole. En el último momento hizo un hábil cambio de dirección y se metió entre dos puestos de hortalizas al tiempo que le propinaba una patada a uno de ellos, desestabilizando la estructura y provocando que todo cayera al suelo; le había cortado el paso a tiempo, pero no duraría mucho.

Continuó su carrera por las calles hasta que se aseguró de que nadie le seguía. Cuando la eufórica sensación empezó a desaparecer de su cuerpo, el pecho comenzó a propinarle fuertes investidas, las cuales le hacían perder el equilibrio durante largos segundos. Intentaba respirar serenamente, pero los pulmones no eran capaces de coger todo el oxígeno que demandaba su cuerpo ante aquel esfuerzo. “No estás en condiciones de hacer heroicidades”. Las últimas palabras de Aleksander se abrieron paso en su exhausta mente. Escondido entre dos pilas de cajas de madera, aguardó en silencio a que su cuerpo decidiera si recuperarse o desfallecer, cuando una voz familiar comenzó a

emanar por la ventana que había a dos metros sobre él. La voz le era familiar, pero no podía creer que se tratara de la misma persona. Movi6 unas cuantas cajas bajo la ventana y se subi6 a ellas con gran dificultad. No conseguía ver qui6n se encontraba en el interior de aquella casa, pero aquella voz era difícil de olvidar.

–¿Y me lo dices ahora, en el último momento? –preguntó exaltada–. ¡Deben de estar cerca!

El joven hizo amago de contestar, pero la mujer levantó el dedo y este automáticamente calló.

–He de salir de aquí cuanto antes. Y será mejor que tú hagas lo mismo.

Florian escuchó cómo los pasos se alejaban de la ventana, y decidió bajarse de las cajas y ocultarse tras ellas nuevamente. La puerta de madera al otro lado de donde él se ocultaba chirrió al abrirse, y una figura encapuchada salió de ella calle arriba. Asomó la cabeza cautelosamente, pero el dolor que sentía en el pecho y que le provocaba vahídos le hacían moverse con desafortunada torpeza. Se tuvo que apoyar contra las cajas para no caer al suelo, y el sonido que emitieron estas se escuchó por toda la calle, provocando que la misteriosa persona se diera la vuelta alertada; por suerte se había vuelto a ocultar a tiempo. La figura avanzó a paso ligero hasta el final de la calle, cuando se paró para entablar conversación con alguien y esta se retiró la capucha.

–Hola de nuevo, muchacho...

Sin aliento ni fuerzas, y sufriendo continuos mareos, Florian perdió toda esperanza de sobrevivir al escuchar nuevamente aquella voz. Lentamente se giró y alzó la mirada.

–Este barrio es nuestra casa, la ciudad entera es nuestro hogar; no es buen sitio para jugar al escondite con nosotros –sentenció.

Él se encontraba exhausto, y sentía cómo las fuerzas y el aliento le estaban abandonando, cuando la fuerte mano del hombre le rodeó el cuello y comenzó a apretar mientras lo tendía en el suelo. Florian intentó forcejear inútilmente contra él. La visión se le empezaba a nublar al tiempo que el oxígeno de su cuerpo empezaba a agotarse; iba camino del abismo, y aquella tosca y desagradable cara sería la última que vería. Todo lo simple de aquel proceso, la muerte, se empezó a distorsionar en un enjambre de voces y susurros. Todo se volvía oscuro y claro al mismo tiempo; ese era el color de aquel viaje que había comenzado a emprender en brazos de la carpa. El delirante rostro cambiante se materializó fantasmalmente ante sus ojos y comenzó a transmutarse como aquella noche, recreando la cara de todos aquellos a los que conocía: Pabels, Llona, Tonio, Arieta y finalmente la de Werner. “La muerte sea contigo”, le susurró esta última.

Los sonidos de un crujido y un lamento llegaron a sus oídos, y, como el telón al finalizar un acto, el rostro se desvaneció lentamente.

–¡Florian, reacciona, por favor! –Pabels no dejaba de moverle.

–Aún sigue vivo –se apresuró a decir Jaroslav posando la palma de su mano sobre la nariz de Florian–. ¡Corra, Pabels, vaya a pedir ayuda!

–Sí –comenzó a correr calle abajo.

–Aguanta, muchacho...

Jaroslav tomó su nariz con los dedos y la selló, y con una gran bocanada se la inyectó a través de la boca. Tras varias repeticiones comenzó a toser y a coger aire

dificultosamente por él mismo; aún tenía la visión borrosa, y se encontraba muy aturdido. La voz que había escuchado era igual que la de la mujer del bosque, pero la que había visto parecía ser otra. Tenía el pelo corto y negro, y recordaba a su némesis con un cuerpo más esbelto y no tan enjuto y redondo. Un fuerte dolor pecho volvió a apoderarse de su frágil cuerpo, avisándole de que dentro de unos minutos volvería a perder el conocimiento.

–Florian, cálmate. Respira –dijo Jaroslav mientras le giraba con cuidado y le volvía a poner bocarriba.

Dos hombres robustos llegaron al lugar de los hechos junto a Pabels y Werner, que en su desesperada huida por buscar socorro había entrado en la primera taberna que encontró solicitando ayuda a voces, donde Werner disfrutaba de un trago espirituoso. Con la poca fuerza que le quedaba, comenzó a señalar a la mujer mientras balbuceaba. Pabels miró en la dirección que le indicaba el muchacho, pero al no entender qué le decía este volvió a centrarse en él.

–Está delirando –Jaroslav miró con preocupación a los presentes–. Hay que llevarle a casa cuanto antes.

Por el agotamiento físico y las intensas ráfagas de dolor, Florian acabó sucumbiendo al desfallecimiento. Para él, aquel acto había llegado a su fin.

7. El prelude de una traición

Los rayos de sol que entraban por la ventana incidían en la cara de Florian, que, deslumbrado, abrió los ojos protegiéndose con la mano su cegadora luz. Conocía la habitación donde se encontraba, era la misma en la que despertó por primera vez en aquella mansión. No recordaba cómo había llegado hasta allí, pero tenía el vago recuerdo de haber visto a Pabels y a Jaroslav; lo que no tenía tan claro era si había escuchado realmente la voz del señor Werner o si solo fue fruto del pánico y las alucinaciones. Algo desorientado, se percató de que aún llevaba la misma ropa, por lo que metió su mano en el bolsillo del pantalón y sacó el pañuelo que le había regalado Werner, el cual se había guardado cuidadosamente antes de partir rumbo la ciudad. “Mi talismán...”, se dijo a sí mismo.

Dos golpecitos le indicaron que alguien le observaba desde la puerta. Era Arieta.

–Veo que se ha... despertado –empezó a decir mientras entraba lentamente al dormitorio–. Ha dejado a la muerte nuevamente en un... “*impasse*”.

Arieta se acercó silenciosamente a la ventana y, observando con detenimiento el exterior, centró la vista en la franja quemada donde Florian había prendido fuego al viejo piano.

–La ley debe ser como la muerte, que no exceptúa a nadie –continuó en voz queda–. El barón Montesquieu no podía estar más equivocado –se giró hacia Florian.

–¿Por qué dice eso, señora? –dijo desconcertado, provocando con su pregunta que la condesa suspirara enérgicamente.

–Un niño criado entre barro..., pocilgas..., y embarrados caminos... –Arieta acercó la mano y comenzó a acariciarle la mejilla con suavidad–. Qué habrá visto dios en ti... Debe de ser algo de gran valor para que te proteja con tanto fervor. ¿Cómo era...? –se quedó pensativa unos segundos–. Ah, sí... “Engendro”.

Florian echó la cabeza para atrás instintivamente cuando la condesa comenzó a deslizar los dedos por su cicatriz.

–Hasta ellos disfrutaban de la benevolencia de nuestro Señor... –murmuró.

Aquellas palabras le dolieron más que nunca. Aguardó en silencio observando cómo ella seguía dibujando sobre su piel la trayectoria de la profunda cicatriz.

–Espero que no agote toda la misericordia del Señor...; a los demás aún nos queda enfrentarnos al juicio final –dijo mientras caminaba hacia la puerta–. Mi esposo quería subir a verte, pero creo que estás en suficiente buen estado como para bajar a su despacho.

La sensación de ahogo había desaparecido y solo sentía molestias en las articulaciones; para él también era una grata sorpresa encontrarse así después de lo

sucedido.

–Señora Schaldi, ¿cuánto tiempo he dormido? –se apresuró a preguntar antes de que esta saliera de la habitación

–Un día –contestó secamente–. El mismo tiempo que ha estado paralizada por ti esta casa –añadió sin darse la vuelta–, demasiado.

Aleksander estaba sentado a la mesa, donde decenas de carpetas se apilaban unas sobre otras sin orden alguno. Sobre estas, el polvo se había ido acumulando a lo largo del tiempo, prueba de que habían permanecido allí por un largo periodo. Florian aguardó en silencio unos segundos, observando con detenimiento la serenidad que transmitía Aleksander mientras trabajaba; sin duda alguna, la fama de hombre tranquilo y con temple no había sido mal infundada. En silencio, dio dos pasos al frente, lo que fue suficiente para que el conde notara su presencia.

–La forma que tiene tu cuerpo de recuperarse es... asombrosa, joven –dijo mientras le ofrecía tomar asiento en uno de los sillones–. Ya van dos veces, y en ambas has salido con vida por muy poco –añadió.

–Por muy poco, señor Aleksander –respondió sentándose.

–Cierto. Y por eso todo esto me preocupa más todavía. Parece que esta vez casi consiguen su cometido, y si estás aquí fue por la rápida intervención del Jaroslav.

–¿Él me salvó, señor?

–No solo él –se aclaró la garganta–. Pabels buscó ayuda; fue vertiginosamente rápido. Werner se encargó de traerte en caballo hasta aquí.

Un hormigueo le recorrió la columna al escuchar aquel nombre.

–Entonces... era real. Estaba allí –murmuró.

–Por suerte –añadió–. ¿No lo recuerdas?

–Algo recuerdo... Pero es muy confuso–suspiró.

–¿Qué es lo que recuerdas?

–Aquella mujer comenzó a gritar..., no entendía nada. Y luego el encapuchado... Recuerdo que chocó conmigo y me puso en las manos el cuchillo. La gente empezó a pensar que yo había matado a aquel hombre...

–Muy astuto... –pensó en voz alta

–Fue aquel hombre, fue él quien empezó a acusarme. Yo le decía a la gente que no había sido, pero no me creyeron. Cuando volví la vista había desaparecido.

–Curiosa forma de crear el caos necesario –respondió Aleksander, adoptando una postura pensativa–. “Suelta un lobo entre el rebaño y ellas solas se dispersarán...”, se dijo a sí mismo mientras apoyaba la cabeza sobre los pulgares–. ¿Recuerdas algo más?

–Regresaron, señor Aleksander. Regresaron a terminar lo que dejaron pendiente –el pulso se le aceleró al ser consciente de que la muerte no descansaría hasta alcanzarle.

–¿Estás seguro de que eran los mismos? –preguntó–. ¿Recuerdas cuántos eran?

–Dos, señor. No podría olvidarlos después de...

–Te alegrará saber que el señor Werner, en su heroica misión por mantenerte a salvo, remató a tu agresor –dijo apresuradamente, esperando que aquella información sirviera de bálsamo para el joven.

–¿Está... muerto?

–Sí, Jaroslav le golpeó con fuerza en la sien. Pensaban que estaba muerto, pero cuando intentaban reanimarte el señor Werner se dio cuenta de que este estaba intentando huir; se arrastraba en silencio por el suelo –añadió–. Hubiera sido mejor haberle dejado con vida, así se le podría haber interrogado. Pero dadas las circunstancias y la agitación del momento... –se levantó del asiento y caminó a la ventana, posando su vista en el exterior–. Sobre ella lamento decirte que seguimos sin saber absolutamente nada –continuó con tacto.

Florian guardó silencio. Recordaba la voz que escuchó, y recordaba perfectamente la mujer que vio; si era ella, había cambiado lo suficiente como para confundirle. Lo más inteligente que podía hacer en ese momento era guardar en secreto aquella información, ya que, de ser la mujer de rojo, quería ser él quien aplicara su propia justicia.

–No he vuelto a verla, señor –contestó tras unos minutos de silencio.

–Hasta que todo esto se esclarezca, será mejor que evitemos ponerte nuevamente en peligro. Es necesario que no vuelvas a la ciudad. Debes permanecer bajo la seguridad de este techo.

La frustración al oír las palabras de Aleksander desvanecieron toda esperanza de poder salir de aquellos terrenos que formaban la mansión de los condes Schaldi.

–Lo entiendo, señor –dijo Florian, intentando no mostrar su claro desacuerdo.

–Bien. Puedes regresar a tu dormitorio para descansar...

–Pero me encuentro bien, señor. Había pensado volver a mis obligaciones –contestó disconforme.

–No puedo permitir eso; al menos aún. Entiendo que tengas ganas de volver a tu rutina, pero no es aconsejable que cojas frío –añadió–. ¿Sabes? Creo que puedes serme de ayuda ahora mismo si así lo quieres. –Se apartó de la ventana y se puso tras su escritorio–. ¿Ves todos esos archivos?

Florian miró la pila de polvorientos papeles que había sobre la mesa.

–Son partidas de apropiación de terrenos incautados. En la otra ala de la casa está el archivo, así que podrías irlos clasificando; eso me quitaría mucho trabajo.

–S-sí, señor –respondió a regañadientes al ver aquella tarea como el culmen del aburrimiento.

–¡Perfecto! –exclamó acercándose a él y alborotándole el pelo–. ¡A archivar se dijo, joven Florian!

El tiempo continuaba su ritmo, solo que más despacio de como le hubiera gustado a él. Hacía al menos dos horas que había dejado a Aleksander trabajando en su escritorio, y él ya había perdido la cuenta de los viajes que había hecho a la habitación de archivo cargado con los pesados fardos de papel. Una estantería de madera noble era la encargada de albergar, por sectores y familias, las resoluciones de apropiación irregular de terrenos. Y aquella estantería no era la única de la habitación: otras de igual tamaño forraban cada pared de la sala, dándole un aspecto imponente y claustrofóbico. Agotado, dejó caer al suelo el fardo, que levantó una molesta nube de polvo. Se agachó y, con la ayuda de un abrecartas, rasgó la cuerda que lo mantenía todo empaquetado, cuando

sintió una extraña sensación en la nuca.—El silencio te hace... extremadamente atractivo. No necesitó darse la vuelta para saber quién le estaba susurrando al oído. Su cuerpo se estremeció por unos instantes.

—No deberías estar aquí, podrían verte —respondió, conteniéndose por no girarse y abrazarlo.

Tonio le volteó con arrebatada pasión, dejando entre ellos una diminuta separación.

—Lo sé. Pero es esa sensación de riesgo la que rompe los grilletes que me mantienen alejado de ti —le susurró.

—Átame a mí con esos grilletes entonces, déjame la carga de esa penitencia —susurró él también.

—¿¡Señorito!?! —La voz de Jaroslav comenzó a escucharse cerca—. ¡Deje de comportarse como un niño, su profesor le espera!

—Esta tarde, después de comer. En el laberinto. Solos tú y yo —le dijo mientras se alejaba y salía por la puerta—. ¡Ya voy, Jaroslav!

Florian sentía cómo el corazón le palpitaba con intensidad; era tan dulce y atrevido al mismo tiempo... Si quería acudir a aquella cita secreta debía terminar de archivar los documentos cuanto antes; de lo contrario, comería muy tarde y posiblemente Tonio se cansaría de esperar y se marcharía. Con avidez comenzó a colocar en la estantería fajos enteros de papeles, cuando al buscar hueco libre para los restantes vio el desgastado nombre en una de las estanterías: “Vülstëin”.

Empujado por la curiosidad, pasó sus delgados dedos por la superficie de los tomos, acariciándolos con delicadeza y dejando senderos sobre la capa de polvo que los cubría. Con cuidado cogió uno de ellos, en cuya portada citaba: “Declaraciones y hechos antes del alzamiento”. Con cuidado, Florian abrió el documento y comenzó a leerlo; no entendía nada de lo que ponía. Quien lo redactó no disponía ni de buen pulso ni de buena caligrafía. Él tampoco escribía muy bien, pero al menos una de las cosas que le había enseñado su padre era a hacer las letras grandes y claras. Continuó pasando las hojas en silencio, hasta que el sonido de unos pasos en la lejanía le avisaron de que alguien se acercaba. Al cerrar con rapidez el archivo, un papel cuidadosamente doblado cayó al suelo de entre las hojas. Con rapidez, lo cogió al tiempo que se giraba y se lo guardaba en el bolsillo, sin haberle dado tiempo a dejarlo todo nuevamente en su lugar.

—¿Florian? —dijo Aleksander observándole desde la puerta. Se acercó lentamente a él al ver el documento que tenía entre las manos—. Uno de los momentos más oscuros y desconcertantes por los que ha tenido que pasar Praga —dijo en tono lúgubre mientras lo tomaba de sus manos—. Todos pasamos por él. Vülstëin... —dijo para sí mismo.

—No era mi intención hurgar en los archivos, señor —comenzó a excusarse—. Vi el nombre y... el señor Wern...

—Veo que ya te han informado...

—¿Es verdad? —preguntó cautelosamente—. ¿Él vivía en la Casa de las Flores?

—Sí, así es —afirmó mientras dejaba la carpeta en su sitio—. Y como veo que te suscita tanto interés, te daré el mejor consejo que te podrán dar nunca: no te creas todo lo que oigas.

—¿Usted... podría hablarme de ello? Quiero decir... —La curiosidad empezó a trastear

con su lengua.

–¿La verdad? ¿A eso te refieres? –Florian asintió enérgicamente–. Bueno. Hagamos un trato –propuso acercándose a la puerta de la habitación–. Ayúdame con unas cosas en el despacho cuando termines, y en cuanto disponga de algo de tiempo te contaré lo que quieres saber.

Aleksander se marchó, dejando en Florian tantas ganas de que le contara toda la historia como de terminar rápidamente de archivar los documentos que le quedaban. Con un resoplido miró los fardos que le quedaban en el suelo; aún había unos cuantos, pero no le llevaría mucho tiempo organizarlos. Se agachó dispuesto a cortar el siguiente cordel, cuando el sonido de la hoja plegada que se había escondido en el bolsillo sonó, recordándole que aún la tenía guardada. Con cautela se asomó al pasillo para asegurarse de que no había nadie que pudiera sorprenderle como había hecho el conde. Durante unos instantes dudó si era buena idea leer su contenido, pero dado que era cuestión de tiempo que le revelaran toda la historia de Vülstëin, hacerlo no supondría nada malo. Con cuidado desplegó la hoja.

Vülstëin, 8 de enero de 1778. Por su ilustrísimo regente, Hope Trish.

A mi estimado Señor Schaldi. Conde de Schaldi y miembro de la Cámara.

Mi querido amigo, que la fe de nuestro señor se apiade de mí por estas palabras.

Si bien es conocida mi determinación entre estas paredes, creo estoy ante una situación, como poco, difícil, en la que moralmente me encuentro en completa disposición de ejercerla. Hasta el momento, los intentos por bloquear los tratados con nuestro aliado francés mediante la palabra y el razonamiento han sido inútiles, por lo que creo que lo que tengo que contarle nos será de utilidad. La Casa de las Flores es bien conocida por el fervor y la dedicación de sus monjes en aceptar y seguir los mandatos de nuestro queridísimo señor. Pero un oportuno descubrimiento entre las paredes de esta santa institución ha hecho que dichos valores, de alta estima para Francia, se vean totalmente destruidos. ¡Es nuestra salvación, mi querido amigo! ¡La salvación para Vülstëin!

Si hacemos que el escándalo salga a la luz, y que llegue de forma correcta a oídos de los franceses y al resto de la Cámara que los apoya, esta se verá obligada a desestimar el tratado. Habremos salvado a Praga y a nuestra comunidad de la traición que se oculta tras él. Sospecho que sabe que conozco su secreto, y por ello, y por el súcubo que le tiene cegado, creo mi vida corre peligro. Es demasiado arriesgado revelarle en estas líneas la identidad de esa rosa de envenenadas espinas, por lo que ruego se reúna conmigo dentro de dos días para poder entrar en detalles. Debido a mi precario estado de salud, esta carta le será entregada a manos de un hermano de confianza. Espero que lo entienda. Tenga presente que, si algo malo me ocurriera, nuestro secreto siempre permanecerá a salvo en el calor familiar de nuestra señora la Virgen

María.

Mis oraciones por usted. Por Praga.

Hope T. H.

Florian volvió a plegar la hoja con cuidado. Aquel testimonio, lejos de saciar su superficial curiosidad por Vülstëin, había desencadenado un alud de preguntas e incertidumbres. Todo apuntaba a que la Casa de las Flores no era la sacra institución que parecía ser. Y aquella carta lo dejaba claro.

–¡La edad causa estragos! –exclamó Aleksander mientras dejaba el fardo de carpetas frente a la puerta del armario–. ¿Me imaginas sin dentadura?

Florian se detuvo tras él, sonriendo por el buen sentido del humor del que estaba haciendo gala. Llevaban varios viajes hechos desde el despacho hasta el enorme armario que había al final del corredor norte, donde Aleksander iba archivando los tomos según su criterio. Si bien para él era más de lo mismo en lo que refiere a su anterior tarea, esta contaba con un jugoso aliciente difícil de eludir: para llegar del despacho al armario debían atravesar el corredor pasando frente a todas las habitaciones, incluida en la que Tonio estaba recibiendo su clase habitual de piano. A Aleksander le gustaba escuchar a su hijo tocar mientras trabajaba, por lo que uno de los requisitos indispensables que debía acatar Giacometti era el de mantener siempre la puerta abierta. Cada vez que pasaban frente a la habitación, Florian se paraba unos segundos para observar al profesor, ya que era realmente extravagante. Lucía una peluca perfectamente peinada, la cual iba fijada y reforzada con una cinta carmesí de una extensión considerable. Las chorreras del cuello de la camisa le caían alborotadas por el pecho como si de hojas de coliflor se trataran, y los que nacían en la parte alta de las mangas eran tan largas que le cubrían en su totalidad las manos, dejando únicamente al aire la punta de sus dedos. A pesar de la extraña corpulencia que le aportaba el volumen de todos aquellos detalles de la ropa, el fino y ceñido pantalón que llevaba dejaba a la luz unas piernas fibrosas y delgadas. Era curioso ver cómo aquel hombre, tan menudo y laxo, podía ser, musicalmente hablando, tan exigente. Tonio repetía una y otra vez la pieza a petición de su profesor, el cual, aunque satisfecho con su resultado, insistía una y otra vez en que perfeccionara su técnica, ya que según él le faltaba lo que denominaba: “*la sua magistrale essenza*”. Florian, que había prestado plena atención a la melodía y, que con suma habilidad había desenhebrado cada matiz de aquella pieza, había encontrado el origen de dicha ausencia.

–¡No, no, y no! ¡Vuelva a empezar, señorito Tonio! –exigió altivamente–. Debe escuchar más allá de la melodía. Debe sentir... su fuerza, su “*essenza*”. El palpar de las notas, ¡sientálas!

Tonio asintió en silencio, acomodando nuevamente las manos sobre el teclado.

–La pieza está mal –dijo tímidamente.

El extravagante hombre se giró exaltado hacia la puerta al escuchar tan osada valoración.

–¿Y... se puede saber quién es usted para valorar de tal manera esta composición?

–M-me llamo Florian, señor.

–Señorito... Florian. Dígame, ¿qué le hace pensar que una composición del ilustrísimo Pascal Giacometti está mal? –comenzó a acercarse a él agitando la batuta en el aire.

–No sé quién es ese hombre, señor –mintió–. Pero sí sé que el ritmo es el correcto, y que el fallo está en algunas notas, señor; están descompasadas.

–¡Yo soy el ilustrísimo Pascal Giacometti –respondió alzando las manos teatralmente–. ¡Conocido y reconocido en toda Europa por mis sublimes composiciones!

Florian lo observaba en silencio.

–Pues bien, señorito... descaro. Si cree que puede mejorar lo inmejorable...

Giacometti, con un falso gesto de cortesía, le señaló el asiento del piano.

Dudó durante unos segundos de si era correcto aceptar aquella contienda. La condesa le había prohibido acercarse a aquel piano y, si por alguna casualidad le veía, no sabía qué podría llegar a hacerle.

–Florian –intervino Tonio mientras se retiraba del asiento y se lo ofrecía.

–Pero... si tu madre me ve... –dijo en voz baja acercándose a él para que Giacometti no le escuchara.

–No está, tranquilo.

Giacometti, con aires de grandeza, se sentó en el sillón esperando, con toda seguridad, el fracaso del muchacho. “Nadie conoce esta obra”, pensó. Florian tardó unos segundos en valorar bien la situación; finalmente aceptó a ejecutar él mismo la pieza.

Las cuerdas comenzaron a vibrar; Florian tocaba las teclas con suavidad, acariciándolas. Cada nota era lanzada suavemente al cielo, y el sonido de esta, sufriendo durante su recorrido una transmutación etérea y celestial, se fundía con la luz de la habitación bañando cada rincón con una perfección sobrenatural. El rostro de Giacometti comenzó a tornarse soporífero cuando su propia melodía, elevada a la máxima potencia de la creación, comenzó a filtrarse por cada poro de su cuerpo. En algo tenía razón: aquella obra no la conocía nadie, ya que la había compuesto especialmente para Toni Schaldi y no se había representado en ninguna parte. Pero Florian, aquel chico que se sentaba al piano frente a él, no solo la estaba tocando sin haber visto antes aquella partitura, sino que la estaba representando con los ojos cerrados y, además, la había mejorado hasta niveles incomprensibles para su experimentado conocimiento; sin duda aquel muchacho rompía las leyes de la naturaleza.

Tonio, absorto, miraba cómo Florian parecía encontrarse bajo la influencia de algún ser, uno que guiaba diabólicamente sus manos y dedos transformando aquella melodía en una oda a la divina perfección. Nunca hubiera imaginado que él sería el hombre capaz de doblegar la desmedida soberbia y los aires de grandeza por los que era conocido el gran Pascal Giacometti; no solo había conseguido derribar los inexpugnables muros tras los que protegía su frágil autoestima, sino que con la misma dulce esencia con la que estaba transformado su propia composición había llegado a quebrar su impenetrable orgullo.

Florian apretó con suma delicadeza la última nota, sosteniéndola en el tiempo y dejando que su sonido marcara el dulce final a su representación. Abrió los ojos lentamente y, dejando escapar un suspiro, sintió cómo parte de su esencia también escapaba de dentro de él. Cuando alzó la vista encontró que tanto Tonio como el señor Giacometti intentaban respirar desafortunadamente mientras las lágrimas recorrían sus mejillas, como si estuvieran debatiéndose en duelo contra un incorpóreo ente, quien, con arrebatada pasión, les intentaba robar el alimento primordial del que se nutre el cuerpo: el aire.

–Florian... –la voz de Aleksander le sorprendió; este se encontraba apoyado contra el marco de la puerta mirándole con fascinación, sin terminar de dar crédito a lo que acababa de presenciar.

–Señor Aleksander, no era mi intención... –miró nerviosamente a cada uno de ellos. Sobrepassado por aquella situación, y convencido de que había cometido un fatal error, salió corriendo de la habitación con la incipiente amenaza de las lágrimas en sus ojos. Aquella sensación, aquella necesidad de huir, no era desconocida para él. Necesitaba salir de allí.

El sol se alzaba en lo más alto del cielo azul, y los rayos que caían sobre su piel le proporcionaban un calor agradable y reconfortante. Allí fuera, frente al sereno lago, decidió sentarse y calmar sus agitadas ideas. Era consciente de que no solo había interrumpido la clase de música de Tonio, sino que también había osado, y de forma consciente, cuestionar la propia obra de Pascal Giacometti; si bien era cierto que consideraba que aquella obra se podía mejorar, ahora hubiera decidido guardar silencio. Aleksander, desde la puerta, había sido testigo de su terrible error de principio a fin. “He perdido su confianza...” pensó. Estaba seguro de que si el conde, o alguno de los allí presentes, le decían algo a Arieta, las represalias serían devastadoras. Y no valdría una justificación por su parte, porque para Arieta no existían las justificaciones; fueran ciertas o no, todo acto de rebeldía debía ser fuertemente castigado. Estaba mirando relajadamente la superficie del agua cuando la voz de Tonio sonó tras él, provocándole un electrizante hormigueo por la columna.

–Te he buscado por todas partes...

Florian no hizo ademán de girarse, permaneció en silencio con la vista perdida en las ondulaciones del agua. Tonio se acercó a él con cierta preocupación y se sentó a su lado, posando también su mirada en la superficie del lago. Ambos guardaron silencio durante unos minutos.

–Lo que has hecho es... –comenzó a decir.

–Un error –le interrumpió–. Solo ha sido eso, un error.

Tonio, sorprendido por aquella respuesta, se giró para mirarle.

–¿Error? Te puedo asegurar que eso no ha sido un error –le corrigió–. Los errores no suenan así.

–Arieta no puede enterarse de esto, de lo que he hecho –Florian le cogió las manos–. Si llega a enterarse, o si escucha rumores...

–No, no, no... No te preocupes por eso. Escúchame, lo que has hecho ahí dentro ha

sido... ¡espectacular! –exclamó eufórico.

Las palabras de reconocimiento de Tonio le animaron un poco.

–Jamás hemos oído algo así. Es más, mi padre quiere hablar contigo.

–Debo de haberle decepcionado...

–¿¡Decepcionado!?! –contestó exaltado–. Ven. Vamos –añadió mientras se levantaba del banco sin soltarle las manos–. Iré contigo.

Florian no se sentía preparado para enfrentarse a aquella situación, pero saber que Tonio iba a estar a su lado le daba fuerzas para aguantar lo que pensaba que iban a ser unas duras palabras por parte de Aleksander. Le pidió ayuda, y él le había dejado solo a mitad del trabajo, era de esperar que estuviera, como mínimo, ofendido.

Cuando llegaron a la puerta de la sala de música, Pascal Giacometti, que aún seguía recostado en el sillón, parecía estar en mitad de un debate en voz baja con Aleksander. Tonio golpeó el marco de la puerta para anunciar su presencia.

–Y es mi última palabra –le dijo Aleksander a Giacometti, dando así por finalizada la conversación.

Florian se mantenía tras Tonio, algo que le hacía sentir más seguro frente lo que le pudiera pasar dentro de aquella habitación. Giacometti clavó su mirada en él según entró por la puerta, observándole con la misma cara con la que se observa a una especie desconocida, temerosa y curiosa a la par.

–Siéntate, por favor –le recibió Aleksander señalando uno de los sillones.

Florian tomó asiento con inseguridad, adelantándose a Tonio y dejando su escudo atrás.

–Estaba archivando los documentos mientras oía el piano de fondo. Lo primero que pensé es que era el señor Giacometti enseñando a Tonio su nueva obra, pero cuando me di la vuelta para coger los papeles que llevabas no estabas. –Todos guardaban silencio mientras hablaba–. Sorpresa la que me sobrevino cuando fui en tu busca y me encontré que eras tú quien estaba tocando aquella pieza; no el señor Giacometti ni Tonio, ¡sino tú! –exclamó–. ¡Que se me lleve el alma el diablo si me esperaba eso de ti, Florian!

Ninguno de los presentes articuló palabra. Giacometti seguía observándole con la misma cara, y Tonio, extrañamente, mostraba una mueca de satisfacción; aquello era lo que más le desconcertaba.

–Discúlpeme, señor Yo... –titubeó.

–¿¡Disculparteí? –Aleksander miró al resto como si aquella respuesta no solo le pareciera desmedida a él–. ¡Talento! Eso es lo que es muchacho, ¡talento! Y no uno cualquiera –continuó–. El talento no tiene que ser perdonado, ¡sino explotado! –añadió mientras se agachaba para estar a la altura del muchacho–. Lo que has hecho es..., ah... –suspiró–. No sé cómo lo has hecho, pero jamás he escuchado nada capaz de hacerme estremecer de esta forma. Ni tan siquiera... –su voz tornó melancólica

Florian sintió con aquellas palabras que el asfixiante peso de su miedo se evaporaba fugazmente.

–No sé qué decirle, señor Aleksander. Yo...

–Simplemente, no tienes que decir nada. ¡Simplemente! –intervino Tonio

enérgicamente.

–Esta familia, esta casa, todo lo que nos rodea lo hace con la música corriendo por sus venas. Y tú, Florian, tienes un... –se quedó pensativo unos segundos–. No sé cómo definirlo, la verdad. La cuestión es que lo que tienes no se puede desaprovechar. De ninguna manera –añadió poniéndose en pie–. Por ello vas a unirse a las clases de música.

Aquella noticia hizo que se le helara la sangre.

–¿Voy a...?

–El señor Pascal Giacometti nos va dar clases, a los dos juntos –intervino Toni alegremente.

Florian no daba crédito a los que estaba escuchando.

–Exacto –afirmó Aleksander–. A partir de mañana te unirás a las clases de Tonio. Y el señor Pascal... –continuó mientras le echaba una mirada reprochadora al profesor– coincidirá conmigo en que es un auténtico honor potenciar ese talento.

Giacometti asintió artificialmente como si no tuviera otra opción que aceptar aquella orden.

–Solo una pregunta –intervino–. ¿Quién...? ¿Cómo has aprendido? Quiero decir..., eres de familia...

–¿De campo, señor? –atajó Florian, al ver que Pascal parecía no encontrar las palabras exactas–. Mi padre me hizo algo parecido a un piano, señor; no me enseñó nadie.

Giacometti, abrumado, se dejó caer contra el respaldo del sillón al escuchar su respuesta. “Che mi rubano l'anima”, dijo en voz baja.

–¡Más sorprendente si cabe! ¡No se diga más entonces! –exclamó animadamente Aleksander dándole uno amistoso golpecito en el hombro.

–Te lo dije, te estabas preocupando en balde –dijo Tonio acercándose a él alegremente.

–Yo voy a continuar con mi trabajo. Pero tú, Florian, te dejo libre durante todo el día de cualquier obligación; coge fuerzas para mañana –le anunció el conde justo antes de desaparecer por el corredor.

El sol calentaba cada vez con más intensidad según se acercaba la tarde. Curiosamente, la comida de aquel día había sido más copiosa y variada de lo habitual, ya que Llona estaba probando nuevas recetas y, hasta darse por satisfecha, prefería ensayarlas para que el personal le diera su opinión. Pastel de oca, emparedado de res, sopa de pichón y fresas especiadas a la miel, un auténtico banquete; Florian estaba viviendo aquel día en un sueño.

Paseando entre los rosales, las ganas de que no acabara aquel día era un deseo imperecedero en su mente. Pero ¿qué importancia podía tener solo aquel día en concreto si, de ahora en adelante, iba a recibir clases de música con Tonio? “Allá donde estéis, sentíos orgullosos”, pensó mientras dirigía su mirada al cielo azul.

Florian continuó su relajado paseo, cuando unos ruidos que provenían de detrás de la pared de rosales llamó su atención; dio la vuelta al muro con sigilo. En el suelo, un

conejo, atrapado en una de las trampas que él había puesto allí, se debatía ya sin fuerzas contra el cordel que lo tenía preso. Lentamente se agachó e inmovilizó al agotado animal, sujetándole por el cuello y desenredando el cordel de su pata.

–Hoy también es tu día de suerte... –dijo en voz baja segundos antes de que este saliera huyendo. “Conejo con suerte”.

Gracias al suceso con el animal recordó la promesa que le hizo a Anne, cuando esta, emocionada, le rogó que le confeccionara un bolso de piel; llevaba tiempo sin curtir. Tal vez había llegado el momento de volver a escuchar el sonido del cuchillo rasgando piel. Con ojo y criterio comenzó a buscar palos robustos y flexibles para construir un pequeño caballete donde mantener estirada a piel. Una vez satisfecho, marchó animadamente a su dormitorio, donde pasaría el resto de su día libre construyéndolo, a la espera de que el sueño le marcara la hora de acostarse.

Al día siguiente se despertó con los inconfundibles golpes de Pabels en su puerta; en otras circunstancias desearía poder disfrutar un rato más de la comodidad de su cama, pero sus ganas por empezar las clases le hacían difícil competencia a la pereza. Se bajó de la cama enérgicamente y se vistió a toda prisa. “No te pongas nervioso. Y sobre todo presta atención”.

–¡Vamos, muchacho, el señor Schaldi te espera fuera!

“¿El conde me espera?”, se preguntó extrañado. No recordaba que Aleksander le hubiera citado en ningún momento. Pensó que sería para recordarle a qué hora empezaban las clases, pero él sabía que solían comenzar a media mañana, y recién estaba comenzando a amanecer. Podría haber imaginado cualquier motivo, pero ninguno como el que encontraría minutos después al frescor de la mañana.

El robusto animal se erguía majestuoso frente a la puerta de la casa, y Aleksander, ataviado con una cómoda vestimenta, le daba los buenos días a Florian a lomos del exuberante caballo; su cara de asombro al ver aquel animal fue difícilmente disimulable. Se quedó parado en las escaleras de la entrada observando al animal y al señor Aleksander, que ofrecían una elegante y caballeresca imagen.

–¿Te gusta? –le preguntó extendiendo los brazos.

–Es precioso, señor –contestó mientras bajaba las escaleras y se acercaba a ellos.

–Opinión sincera la de un muchacho de campo; vosotros sabéis apreciar mejor que nadie a estos animales... –palmeó el lomo del caballo–. Padres de pura sangre; lo mejor que se puede esperar de un animal.

Florian miraba con fascinación tanto a jinete como a caballo.

–¿Te enseñó tu padre a montarlos?

–No, señor. Nosotros teníamos una mula; era la que se encargaba de tirar del carro.

En ese momento, por el lateral de la casa, apareció Tonio a lomos de un caballo de menor tamaño, sujetando con firmeza las riendas de otro de igual tamaño que le seguía tras él. Aunque el paso del caballo de Tonio era lento, su mente hizo que le viera entrando al galope con los rayos del sol jugando entre su cabello; su deseo hacia Tonio creció con aquella ilusoria visión.

–Buenos días –dijo mientras guiaba con suavidad a su caballo, situándolo al lado del de su padre.

Florian solo fue capaz de responderle con una sonrisa.

–Este es tu caballo –apuntó mientras señalaba al animal que guiaba su hijo.

–¿Mi... caballo?

–Exacto –intervino Tonio–. Le dije a mi padre que ya que vas a dar clases de música conmigo..., ¿por qué no de caballo también? –Le costaba creer lo que estaba oyendo–. Coincidió conmigo en que disfrutar de la compañía de alguien, más o menos de mi edad, sería bueno para mí.

–Y viendo tu talento innato con el piano, quién sabe... Lo mismo lo tienes también para montar un pura sangre –añadió Aleksander.

–G-gracias, señor. No sé qué decir, la verdad.

–Pues no digas nada entonces. Empieza por subir al caballo.

Florian se acercó con precaución al animal, el cual le dio la bienvenida con un ruidoso resoplido.

–¡Síguenos! –exclamó mientras se marchaba al galope junto a su hijo–. ¡Tal vez hagamos de ti un caballero de buena clase!

Trotaron durante una hora alrededor de las propiedades. Le costó varias vueltas cogerle el truco a las riendas, y otras tantas más hasta atreverse con seguridad a forzar la marcha del animal hasta el galope. Si hubiera querido, podría haberles adelantado, pero era una satisfacción para él poder contemplar a Tonio dirigir su caballo; era como en los cuentos de caballeros y princesas que le contaba su madre, en los que el valiente jinete acaba conquistando algún dolido corazón. Aquel era su príncipe, la cura para su aflicción. Empezaba a sentirse uno más en aquella casa. Parecía que el destino se había cansado de una vez para siempre de truncar su existencia; se sentía grande y poderoso, simplemente vivo.

Día tras día, y semana tras semana, Florian montaba cada mañana aquel caballo en compañía de Aleksander y Tonio. Aleksander le elogiaba continuamente por su destreza al caballo, mientras Tonio le regalaba sonrisas imperecederas y guiños ocultos; pero las clases de música fueron, sin duda alguna, más de lo que podría esperar cualquiera. A pesar de sus miedos por si la señora Schaldi se enteraba de ellas, acabó sabiendo que Aleksander había mantenido una conversación larga y tendida, a la par que acalorada, con Arieta. No le sorprendió en absoluto su negativa cuando se lo contó Tonio, pues ya era sabido que ella no le toleraba y que cualquier ademán, por parte de quien fuera, de que él se alejara de su estatus de sirviente no era bien recibido; a pesar de ello, la última palabra, y según Tonio eso era muy raro, la tuvo Aleksander. Florian supo en aquel momento que el atributo de dialogador del conde había llegado a su punto más álgido. Las clases habían aumentado de duración; Giacometti les impartía tres horas diarias y sin descanso. El recelo de Pascal hacia él fue en aumento día tras día a medida que él aprendía algo nuevo. Durante esos primeros momentos Giacometti hizo gala de la severidad por la que era conocido impartiendo clase, pero según Florian aprendía y

expandía su talento la actitud Giacometti iba menguando, como si su don le asustara.

Bastantes semanas después de empezarlas, y ya bien entrada la primavera, ya era capaz de tocar y componer complejas piezas musicales; aquella capacidad de asimilar los múltiples conceptos de la música hacían que la mente de Giacometti poco a poco perdiera su rumbo. Aleksander solía visitarlos durante las clases, recostándose en el sillón y deleitándose con su soberbio talento. Y Tonio, arrastrado cada vez más adentro en las aguas del encanto de Florian, acabó rindiéndose a sus pies. “Es la materia que forma *la sua magistrale essenza*”, se repetía Giacometti a sí mismo día tras día cada vez que le escuchaba tocar. Su música se escuchaba por toda la mansión, como si sus dedos fueran capaces de transformar el aire haciendo vibrar sus corrientes, transformando el éter en una melodía capaz de impregnar todo allá donde hubiera oxígeno. Había alcanzado su máximo potencial; él mismo se había transformado en música.

Aquella noche Florian se encontraba en su dormitorio perfeccionando a la luz de una vela el caballete que había construido para poder curtir la piel con la que le haría el bolso a Anne, cuando unos golpes en su puerta le anunciaron que alguien había subido con el propósito de verle. Extrañado, se levantó de la silla y fue a abrir la puerta.– Buenas noches, señor Aleksander. ¿Ocurre algo?

–Siento presentarme a estas horas, Florian. ¿Podemos hablar?

–Por supuesto, señor. Pase, no se quede ahí.

Sentía curiosidad por saber por qué motivo había subido a hablar con él a aquellas horas de la noche; debía de ser importante si no podía esperar al día siguiente.

Aleksander entró en la habitación y lo observó todo con detenimiento, reparando en el escaso mobiliario.

–¿Y dices que aquí te encuentras cómodo? –preguntó sorprendido.

Florian miró a su alrededor, extrañado.

–Sí, señor. Tengo todo cuanto necesito.

–Chico de simpleza práctica, sin duda –repuso acercándose a la mesa–. ¿Esto qué es?

Pasó los dedos sobre la pequeña estructura de madera que había sobre esta.

–Es un caballete.

–¿Como el de los pintores?

–Más o menos, señor. Solo que este no sirve para pintar, si no para curtir.

–Entiendo... Bueno, cosas del gremio, supongo –dijo tomando asiento en la única silla que había en la habitación–. Ya ha pasado un par de meses desde que comenzaste las clases de música, y he de reconocer que no hemos visto nunca, ni yo ni las paredes de esta casa, a alguien con semejante talento.

No pudo evitar ponerse rojo al escuchar aquellas palabras; en boca del señor Schaldi adquirirían un galón de honor difícilmente superables.

–Gracias –respondió abrumado.

–Por ello, y porque soy consciente del innato don que posees, quiero que participes en la fiesta de verano que vamos a celebrar dentro de unas semanas.

–Pero, señor Aleksander, los sirvientes no pueden acudir a las fiestas; únicamente si

eres abanderado. Y yo no lo soy.

Aleksander asintió, confirmando lo que Florian acababa de exponerle.

–Lo sé, soy consciente. Fui yo quien puso esa norma –añadió en voz baja con cierto aire cómico–. ¿Y si te dijera que no irías en calidad de sirviente? –Florian se quedó en silencio, pensativo–. ¿Y si te dijera que tampoco irías en calidad de abanderado? –continuó.

–Perdóneme, señor, pero no sé en calidad de qué más se podría acudir si no eres ni abanderado ni...

–Músico, Florian. Músico. O para ser más exactos, como compositor.

–¿Compositor, señor? –Un escalofrío le recorrió el cuerpo provocando que el vello de los brazos se le erizara

–Exacto. No solo tienes un don magnífico para tocar, sino que también compones tus propias piezas; y no es necesario aclarar que son de una calidad insuperable. Se habla bastante de un joven... Ludwig Van Beethoven creo recordar, de Bonn. Dicen que es un prodigio al piano.

–¿Beethoven? –repitió pensativo–. No he oído hablar de él, señor. No sé quién es.

–Es un niño, Florian. Y parece ser que su arte está centrando toda la atención de los países vecinos –añadió–. Mi esposa solicitó su honorífica presencia en varias de nuestras fiestas, pero la respuesta es siempre la misma: “Aún es demasiado joven, y se debe a su casa y familia”. Pero al margen del talento que pueda tener ese chico, el cual como no hemos tenido oportunidad de comprobar y, por lo tanto, de dar crédito, creo que tú superarías con creces la fama que se ha erguido alrededor de él.

Florian escuchaba sorprendido las palabras del conde; sí le estaba haciendo tal oferta quería decir que, de alguna manera, Arieta había accedido previamente a ello, algo que no le daba buena espina.

–Por lo cual, y llegados a este punto, quiero que compongas una pieza para piano y violín exclusivamente para la fiesta.

–¿¡Yo!?! –exclamó.

–Sí, tú –respondió Aleksander–. Y quiero que te esfuerces al máximo. Aunque creo que no te será necesario –añadió con una sonrisa.

Florian no podía creer que aquello fuera cierto, que estuviera ocurriendo realmente.

–No le defraudaré, señor Aleksander.

–Eso espero, porque habrá muchísima gente. Familias de una reputación e influencia soberbia.

–Se levantó de la silla y comenzó a caminar hacia la puerta–. Así que cuento contigo, ¿no?

Florian, rojo de vergüenza y con las palabras ahogadas en su garganta, asintió con la cabeza, dando así por aceptada aquella imprevista oferta. Aleksander estaba saliendo de la habitación cuando paró en seco justo antes de abandonarla.

–Pediré que te suban un piano a la habitación –dijo dándose la vuelta y mirando el amplio espacio que ofrecía la habitación–. Así podrás trabajar cómodamente y sin distracciones –añadió segundos antes de desaparecer por el corredor.

Florian permaneció sentado en la cama durante largo tiempo intentando asimilar

aquella nueva ventura. Sentía que flotaba, que navegaba a lomos de una nube por el reino de los sueños, contemplando desde las alturas la base de sus logros. Era consciente de que se encontraba a las puertas de un nivel superior, de una clase social que no era la suya; no había nacido para ella, pero eso no quería decir que no estuviera capacitado. Estaba decidido a conseguir la llave de la de la nobleza, fuera cual fuere el precio.

Horas más tarde el piano ya había reemplazado al polvo en la parte central de la habitación. Cuatro velas ofrecían su luz mortecina a la causa, iluminando angelicamente la habitación desde los laterales del atril. Nunca hubiera imaginado que su vida fuera a tomar aquel inesperado rumbo, y mucho menos que llegaría a poder disfrutar de su música, del piano y del silencio en el ático de una gran mansión. Con una pluma y un pentagrama, sentado frente al piano, sentía que sus desgracias primero se congelaban en el aire, para seguidamente evaporarse como el agua. No solo componía la pieza perfecta para la celebración de los condes de Schaldi, sino que también estaba creando inconscientemente la cura definitiva para la pena y el dolor; aquella pieza sería capaz de eliminar temporalmente el dolor de un afligido corazón. Un rasguído interrumpió su concentración. Florian miró tras él y vio cómo una hoja de papel se colaba entre el suelo y la puerta. Con curiosidad se acercó y la cogió; el aroma que desprendía aquella nota le era familiar, y sin ninguna necesidad de abrirla ya sabía quién era el misterioso mensajero. Respiró hondo, captando cada matiz de aquel aroma. “Tonio...”. Con impaciencia regresó al piano, donde podría leerla a la luz de las velas.

Mi deseo se ha vuelto irrefrenable. Algo me posee, algo difícil de explicar. Ardo en deseo por tomar tu cuerpo y hacerlo parte de mí, solo mío. Tortura la que me aflige, esa de tenerte tan cerca y no poderte acariciar, besar. Ayúdame a acabar con este tormento y reúnete conmigo en el calor y la oscuridad de mi cama; solos tú, yo, y nuestra ardiente pasión. Te espero a medianoche, cuando todos se hayan acostado. Toca tres veces para saber que eres tú, amado mío, quien viene a saciar mi trémula sed.

Por cierto. Enhorabuena.

XXX

Florian plegó nuevamente la nota entre suspiros. El corazón le latía a un ritmo frenético, transportando su sangre como un torrente por sus venas y recorriendo todo su cuerpo, irguiendo su sexo hasta límites insospechados; esa noche se reuniría con Tonio en el calor de su dormitorio, y solo estarían ellos y su ardiente pasión. Aún quedaban horas para aquel momento, pero sabía que desde ese mismo instante el tiempo se dilataría, convirtiendo esas pocas horas en decenios; su vida se encontraba en un punto en la que las sensaciones empezaban a tomar el control de su subsistencia. A él no le importaría proclamar al mundo entero su amor por Tonio, pero sabía que aquello no solo estaba mal visto, sino que estaba penado. Por lo que si quería mantenerle a salvo debía guardar silencio y borrar todo rastro que condujera a cualquiera hasta aquel romance. Tomando aquella declaración de amor por el extremo, acercó la nota a la

llama de una de las velas. Rápidamente, el fuego se apoderó de ella, envolviéndola en una bola de fuego; esa noche no sería el único fuego que se originaría entre las paredes de aquella casa.

Florian golpeó suavemente tres veces en la puerta. La habitación contigua era la de los condes, por lo que no quiso arriesgar y los golpes no fueron perceptibles para el oído de Tonio. Volvió a golpear tres veces, pero esta vez con algo más de fuerza; el sonido, aunque sutil, se escuchó en todo el pasillo. La puerta se abrió solo un poco, y al ver que nadie salía a recibirle la abrió del todo.

Tonio se encontraba tumbado en la cama con el torso al aire, cubierto por unas finas y elegantes sábanas. Un gran número de velas iluminaban grácilmente la habitación, bañando con su claridad su cuerpo; daba la sensación de que era algún dios griego, uno capaz de suplantar a Eros, dios de la pasión carnal. A los pies de la cama una enorme alfombra de piel de oso rodeada de velas encendidas cubría el suelo, revelando su propósito. Florian cerró tímidamente la puerta tras él. Cuando se giró se encontró el rostro de Tonio a escasos centímetros de él; mientras cerraba la puerta él se había levantado a toda prisa y se había acercado. No tuvo tiempo de articular palabra, ya que los labios de Tonio se posaron sobre los suyos, iniciando así un torbellino de pasión que no encontraría fin.

–Te deseo... –le susurró mientras le ponía el dedo sobre los labios para que no dijera nada–. No es noche para hablar. Esta noche solo dejaremos espacio al lenguaje del deseo –añadió, mientras le tomaba la mano y le guiaba hasta la alfombra.

La chimenea de la esquina había sido meticulosamente encendida horas antes, por lo que la temperatura de la habitación era agradable. No podía apartar la mirada su torso imberbe, que mostraba su musculatura juvenil en cada movimiento que hacía. Tonio comenzó a desabrocharle la camisa, provocando en él una excitación antes no descubierta; Florian acabó lanzándose con desenfreno a sus labios. Ambos, bajo el control del calor de sus cuerpos en contacto, sintieron cómo su sexo se endurecía.

–Quiero ser tuyo –susurró–. Necesito que me... poseas.

Tonio se le quedó mirando unos instantes.

–¿Es lo que deseas? –le preguntó acariciándole la mejilla.

Asintió.

Con suavidad Tonio se desabrochó el cordel de la cintura de su holgado pantalón, dejándolo caer hasta los tobillos, descubriendo todo su potencial; bastaron unos segundos para que Florian tomara posición y comenzara a saborear su embriagador néctar. Embestidas desenfrenadas sucedieron a aquel acto, sonsacando de lo más hondo de Tonio gemidos y sollozos. No podía parar, se sentía manipulado por sus ardientes deseos de atesorar cada fluido de él. Llegando casi hasta el punto de no retorno, apartó su miembro de su boca y, tomándole de los brazos, lo alzó nuevamente ofreciéndole un intenso beso. Con suma delicadeza, como si de una frágil joya se tratara, le ladeó, invitándole a que se tumbara bocabajo en la mullida manta. Entre juegos de lengua y suaves azotes, Tonio provocó que la excitación alcanzara un nivel superior; con suma suavidad entró en él. Embestía ahora con fuerza, transformando la delicada pasión en

un rítmico golpeteo, aplastándole las nalgas contra sus caderas. Florian había conseguido lo que tanto ansiaba: sentirle dentro. Quedó exhausto y satisfecho cuando los gemidos de Tonio le anunciaron que la semilla de este ya se encontraba en su interior; aquella era su mágica visión del deseo y la pasión.

Agotados, permanecieron abrazados sobre la caliente manta, en un enjambre de piernas entrelazadas, caricias, y susurros.

–Ha sido... insuperable –dijo sofocado.

–¿Acaso ya habías...?

–¡Por supuesto, tonto! –respondió con una suave carcajada–. ¿Acaso tú no?

–No, la verdad. Tú has sido el primero que... –contestó Florian tímidamente

–No te preocupes, no es nada de lo que avergonzarse. –Tonio comenzó a jugar con su cabello–. Las mujeres te ofrecen ciertas artes, igual de satisfactorias, hay que decir. Pero no sustituyen la pasión de un hombre. –Florian fue consciente en aquel momento de que no solo otros habían sentido el calor de su piel, sino que sus gustos abarcaban por igual tanto hombres como mujeres–. Las fiestas de mi madre ofrecen un abanico infinito de oportunidades. Y más aún cuando los invitados se dejan llevar por el duende.

Con aquellas palabras empezó a vislumbrar el peligro que suponían las fiestas para la preservación de su amor. “Las fiestas de mi madre ofrecen un abanico infinito de oportunidades”.

–Tú siempre me amarás a mí, ¿verdad? –preguntó con inseguridad–. Quiero decir... Tu piel..., tu calor..., tu deseo... Dime que me amarás eternamente como lo haces ahora, y que nunca me traicionarás –añadió.

–¡Pues claro! –exclamó–. ¿Acaso crees que cualquiera puede suplantar a esta gran promesa de la música? Seré tuyo, siempre, y por siempre. –Comenzó a acariciarle con dulzura el pecho–. Y hablando de música... enhorabuena. Me he enterado de la proposición que te ha hecho mi padre. –Florian se limitó a sonreír–. Va a ser grandioso, y dará mucho que hablar. Solo espero que la fama no haga que seas tú quien me cambie por otra persona...

–Eso nunca pasará –sentenció.

–Me alegra escucharte decir eso. Algún día deberás componer una pieza para recordar esta pasión. ¿Lo harás? ¿Pondrás toda tu alma por estremecer mi piel, mis huesos y mi corazón?

–Te compondré la mejor obra de toda la historia. Mi existencia moldeará el pentagrama para llegar a tu corazón, y que así puedas sentir el amor que siento por ti.

–Con ansia la esperaré entonces... –Le besó con dulzura la frente–. Aún es pronto, así que si quieres... podemos quedarnos un rato más aquí, dándonos calor.

Florian sonrió y se acomodó en su regazo, disfrutando de la placentera sensación que ofrecía su compañía. Había sido una velada que jamás olvidaría, jamás.

El embellecedor de madera de la pared seguía abierto, mostrándole a la persona que los espiaba una visión directa de todo lo que había acontecido entre las paredes de aquella habitación. Aunque ambos querían que aquel acto fuera totalmente privado y secreto, la forma que eligió Tonio de hacer que Florian anunciara su llegada al dormitorio no fue la

más correcta, puesto que llamaron la atención de alguien, alguien con mucho interés en todo lo que sucedía en aquella casa. El sonido del embellecedor al encajarse nuevamente en su lugar alertó a Florian, que centró su mirada en el lugar de donde creía que había escuchado el ruido.

–¿Pasa algo? –preguntó extrañado

–He oído...

–No te preocupes... Las casas antiguas también tiene derecho a quejarse... –dijo al tiempo que le volvía a poner la cabeza en su pecho.

–Sí..., supongo que sí...

Ambos permanecieron largo tiempo tumbados; creían que a salvo, pero “creer” es un arma de doble filo. Lo que sucedió esa noche era su secreto, un secreto que quedaría entre los tres.

8. Secretos e intenciones ocultas

Durante las siguientes noches, y de forma alterna, Florian visitaba en la clandestinidad a Tonio, quien le recibía sensualmente sobre la alfombra de su habitación. El amor y el afecto se forjaban a gran velocidad entre caricias y besos, dejando como remanente el dulce aroma almizclado del sexo desenfrenado. Florian, al haber dejado sus ya improductivas clases de música, disponía de más tiempo para perfilar los últimos detalles de su obra, con el único inconveniente de que aquel cambio había significado pasar menos tiempo junto a Tonio. Ciertamente, era algo a lo que le daba mucha importancia, ya que aquellas valiosas horas sin su compañía se veían recompensadas a altas horas de la noche; en cierto modo, necesitaba eso: tiempo. Tiempo para definir y asegurarse de que su obra estaría a la altura de las expectativas de Aleksander. Era su debut, la llave para alcanzar un nivel superior.

La cocina estaba rebosante de vida. Llona preparaba lo que creía que era la receta definitiva de los nuevos platos para la fiesta. A pesar de no haber sido anunciada de forma oficial, todos sabían que estaba a punto de celebrarse. Sorprendentemente, Anne había avanzado en sus intentos de no ser tan zopenca a la hora de hacer las cosas; ya no se le caía nada de las manos, y solía apartarse con antelación de la trayectoria de los demás, evitando así una catástrofe asegurada. Por ello, y por los reconocimientos de Llona hacia esta en público, Florian pensó que ese momento era el más indicado para entregarle el bolso que había confeccionado para ella. Se acercó a ella escondiéndolo tras de sí para que no lo viera, intentando borrar la sonrisa de su cara, la cual parecía resistirse a desaparecer de su rostro. En ese momento la puerta de la cocina se abrió, dando paso a un Jaroslav tan adusto y serio como siempre.

–Dejen sus tareas de lado por un momento. El señor Aleksander solicita la presencia de todo el personal en el comedor –anunció.

Todo el personal allí presente empezó a murmurar entre sí, generando un sonido turbio.

–Ahora –añadió secamente al ver que nadie se movía.

Como si de una manada de corderos se tratase, todos comenzaron a caminar organizadamente hacia el comedor. A Florian no le sorprendió lo más mínimo la reacción de su compañeros. Si algo tenía claro sobre Jaroslav, era que, por encima de todo, no le gustaba tener que repetir las cosas dos veces. Así que, como sabía que era mejor no enfadarle, se guardó el bolso de Anne en la cinturilla del pantalón y se unió al resto de sus camaradas.

Arieta se encontraba sentada en el extremo más alejado de la mesa, observando con detenimiento y frialdad a cada uno de los allí presentes. Aleksander, por su parte, lucía una alegre expresión, algo que era de agradecer por todos ya que la presencia de Arieta era, como poco, intimidante para cualquiera. Florian optó por quedarse tras el resto de sus compañeros: prefería no entrar en el campo de visión de la condesa y evitar así su molesto escrutinio.

–Gracias a todos por venir –alzó la voz el conde–. Hoy es un gran día y, aunque como ya os habréis percatado la mayoría por el tejemaneje de Llona en la cocina, estamos ultimando los preparativos para la fiesta de verano. A pesar de la evidencia, quería hacéroslo saber personalmente y de forma oficial. –La gente empezó a murmurar animadamente al recibir la noticia–. Debéis saber que esta, a diferencia de otros años, no contará solo con la asistencia de un gran número de condes y reconocidas figuras de la política, sino que también se abrirá la ceremonia nocturna con un concierto de máxima exquisitez.

El discurso de Aleksander se vio irrumpido por la agitada entrada de Tonio a la sala, quien se había retrasado por indiferencias con su vestimenta.

–Lo... siento –dijo al ver como todo el mundo le miraba en silencio.

Avergonzado, atravesó el salón y se sentó al lado de su madre.

–Como os iba diciendo antes de que mi querido hijo me interrumpiera... –continuó Aleksander, guiñándole un ojo a Tonio–, la fiesta de verano de este año trae novedades. La primera es que durante la noche todos podréis asistir a la fiesta. –Aquella noticia creó nuevamente un revuelo de murmullos y caras de sorpresa entre los presentes–. ¡Por favor..., sé lo que estáis pensando! Que si no habéis escuchado bien, o que se trata de una broma. Pero no es así –aclaró para calmar a la sobrecitada servidumbre–. Son muchos años al servicio de la familia Schaldi, y sé de sobra que no es la regla que impera en esta sociedad, pero los tiempos avanzan. Ahí fuera, Europa y el mundo entero evolucionan, y no veo motivo alguno por el que tampoco lo hagamos nosotros y nuestros convencionalismos. Dicho esto, han de saber que durante la primera parte de la fiesta todo el mundo deberá estar atento a las necesidades del evento y su correcto desarrollo, y será por la noche, a partir del concierto de apertura, cuando ya estén servidos todos los comensales, el momento en que todos podréis vestiros para la ocasión y tomar asiento durante la cena en la mesa que se les asignará. No toleraré ninguna actitud negativa por parte de nadie que pueda echar a perder el evento, incluido ustedes. –Su tono de voz se tornó serio y claro con aquellas últimas palabras–. ¿Alguna duda?

Ninguno de los presentes daba crédito a lo que acababa de anunciar Aleksander.

–S-señor Aleksander –dijo tímidamente Anne–. Pero nuestra vestimenta... –suspiró–. Ninguno de nosotros dispone de ropa adecuada. Como nunca hemos asistido a ninguna fiesta, pues...

El murmullo del resto del personal se unió a la muchacha.

–Soy consciente de ello. Por lo presente os digo que no debéis preocuparos por ello. Jaroslav –Aleksander señaló al imperturbable hombre– se encargará de tomar nota de vuestras tallas. Me encargaré personalmente de proveeros de la ropa adecuada para el evento; tómenlo como parte del... cambio.

La cara de sorpresa se hizo unánime en el rostro de todos. Un alud de agradecimientos no tardó en aflorar en el apacible salón.

–Para terminar, es un honor poderos comunicar personalmente que será Florian –añadió Aleksander, posando la mirada en él– quien, tras un duro trabajo, inaugure el concierto de la noche. –Florian sintió un escalofrío por todo el cuerpo al escuchar las palabras del conde. El murmullo de sus compañeros al recibir aquella noticia no le ayudó en nada para calmar el nerviosismo que le sobrevino–. Parece ser que su joven compañero de trabajo tiene un entendimiento nada habitual con la música. Y por ello, y por no desaprovechar ese... don, le pedí que compusiera una pieza a la altura del evento. Y así ha sido, ¿no?

Las miradas de todo el mundo se centraron en él.

–S-sí, señor Aleksander –contestó, desviando la mirada hacia Tonio buscando, como ya era habitual, algo de apoyo.

–Muy bien. Expuestas todas las condiciones sobre la fiesta..., espero que todo transcurra con la mayor fluidez posible y que todos disfrutemos al máximo de la velada. Pueden volver a sus quehaceres.

–Aún no –intervino agresivamente Arieta, que había guardado silencio hasta el momento–. Quiero que sepan que yo no estoy conforme con este cambio ni con la imagen que vamos a dar a nuestros invitados. Si bien he accedido a la petición de mi esposo, que me ha disuadido con insistencia, no quiere decir, ni por remoto que sea, que yo esté de acuerdo con ello. No pienso permitir ninguna afrenta por su parte. Piénsense muy detenidamente cada uno de sus actos antes de efectuarlos, porque cualquiera que sea, lo más mínimo, caeré sobre ustedes con la máxima dureza creada por dios. –Ante aquellas palabras un nudo se instaló en la garganta de los allí presentes–. No olviden que son sirvientes. Y seguirán siéndolo, siempre –añadió al tiempo que se levantaba de la silla y emprendía camino hacia una de las puertas del Gran Salón.

–¡Muy bien, es hora de volver a sus obligaciones! –exclamó Jaroslav, que dio por finalizada la reunión tras el aviso de Arieta

Poco a poco, todos abandonaron la sala entre cuchicheos y reacciones de alegría. Florian sabía que el peso de la condesa podía ser asfixiante si se lo proponía, pero no eran aquellas palabras de sobre aviso lo que más le perturbaron, sino que no había dicho nada al respecto sobre el asunto de que él fuera el encargado de dar apertura al concierto; algo seguía sin darle buena espina, y más aún después de que ella no expusiera su disconformidad sobre tal hecho. Si Arieta tenía algo en mente, no lo descubriría hasta que fuera demasiado tarde. Esa era su retorcida forma de hacer las cosas. Pero, ¿y si se estaba equivocando? ¿Era posible que Arieta hubiera desistido de su propósito de arruinarle la vida en aquella casa? ¿Habría cambiado algo dentro de ella? Tenía serias dudas, y eso era lo que ahora más le inquietaba: esa peligrosa incertidumbre.

En las cocinas los empleados se arremolinaban en torno a Llona, que intentaba calmar a sus sobreexcitados compañeros. Al formar parte del personal más veterano de la casa, todas las preguntas iban dirigidas a ella, y aunque no era conocida por su paciencia

parecía estar haciendo gala del límite de sus posibilidades.

–¡Calmaos todos, por dios! –exclamó

–Pero Llona, ¿qué vamos a hacer? –preguntó una de las sirvientas.

–¿¡Cómo que qué vamos a hacer!?! –intervino Pabels–. ¡Pues no dejarnos ver durante la celebración!

–¿Cómo? ¿No vamos a asistir, a pesar de estar invitados por el señor Schaldi? –preguntó confundida.

–Exacto. Es nuestra obligación velar por la ceremonia, y no servir solo durante la mitad de la velada. ¡Somos sirvientes! –espetó Pabels–. En mis años de servicio jamás he visto algo así, y en eso creo que estaremos de acuerdo. Arieta no ha podido ser más clara con su declaración de disconformidad.

–Bueno, Pabels, tampoco es para ponerse así –le reprochó Llona, agitando la cabeza a modo de reprimenda–. Es cierto que nos debemos a los condes, pero como dice Aleksander: Europa está cambiando.

–¿Y qué me quiere decir con eso? –preguntó desafiante, acercándose unos pasos a la enjuta mujer.

–¡Qué diablos, puede que sea esto lo que necesita el mundo! –exclamó mirando a su alrededor–. A esta vieja casa tampoco le vendría mal un cambio, ni a sus paredes ni a nosotros.

Para muchos de los presentes la proposición de Aleksander no había sido lo más sorprendente, lo que verdaderamente lo estaba siendo era que Llona, una mujer clásica, rigurosa, y de convicciones estaba rebatiéndole a Pabels la regla elemental que todos creían que ella jamás abandonaría: el concepto de sirviente en su más estricto significado.

Mientras se debatían aquellos dos pesos pesados, Florian se percató de que Anne, ajena a la conversación, estaba apoyada en la mesa con la mirada fija en algún punto del suelo. Extrañado por el comportamiento de esta decidió acercarse.

–¿Te encuentras bien, Anne?

–S-sí –respondió mientras alzaba la cabeza para mirarle–. Es solo que...

–¿Sí?

–¿¡Y si lo estropeo todo!?! –exclamó.

–No... No estropearás nada, Anne –dijo posando con suavidad su mano sobre el hombro de la atribulada muchacha.

–¿Cómo estás tan seguro de ello? –preguntó entre sollozos.

Florian se quedó en silencio unos segundos. Sabía que debía contestarle algo, pero la cosa era el qué. Anne era conocida por su deficiente destreza, por lo que decir algo que rebatiera esa verdad era tema arduo.

–¿Sabes por qué? –esbozó una sonrisa–. Porque yo estaré a tu lado en todo momento, para ayudarte.

–¿Me estás diciendo que tú...? –comenzó a sonrojarse.

–Exacto. ¿Quieres ser mi acompañante en la fiesta, Anne?

La propuesta de Florian la dejó paralizada; ningún chico le había propuesto nunca una cita. Años atrás, cuando su madre aún vivía, le martilleaba la cabeza día tras día con

que jamás se le acercaría un hombre a pedirle propuesta si no espabilaba; si en este momento su madre siguiese con vida le hubiera gritado un “te equivocabas”.

–¡P-por supuesto que sí! –exclamó mientras se lanzaba sobre él y le daba un apretado abrazo.

–¡Bien!, ¡perfecto! Entonces... –añadió mientras se metía las manos bajo la camisa–, creo que te vendrá bien esto.

Florian se sacó el bolso de piel que le había confeccionado y se lo puso entre las manos.

–¡Es... el bolso que me prometiste! –exclamó mientras lo giraba y lo miraba detenidamente.

–Así es. Una promesa es una promesa. Y estoy seguro de que estarás guapísima con él el día de la fiesta.

–¡Gracias! –le agradeció la muchacha entre más abrazos y estrujones.

Florian intentaba contestarle, decirle que no era nada, pero le estaba apretando con tanta fuerza que no era capaz de llenar los pulmones para coger aire y hablar.

–Gracias, gracias, gracias. No sé cómo agradecértelo...

–Dejarme coger aire sería un buen comienzo... –bromeó.

–¡Ups...! Perdón, Florian. Es la emoción... –contestó al tiempo que le soltaba.

“Tú mejor no abracés a nadie durante la fiesta...”, se dijo a sí mismo.

–Bien. Entonces nos veremos ese día... –sus palabras se vieron interrumpidas por Jaroslav, que entró en las cocinas entre aquel revuelo solicitando nuevamente su presencia en el Gran Salón.

–¡Florian! –su enérgica voz acalló al desafortunado personal–. Al Gran Salón, ahora. Te reclama el conde.

Florian se disculpó ante su compañera y tomó camino hacia la puerta en silencio.

Aleksander se encontraba sentado en la mesa disfrutando junto a Tonio de un bol de fruta fresca. Cuando entró en la sala, Aleksander fue el único de los dos que se levantó a recibirle, pues Tonio parecía estar enfrascado en una contienda con un racimo de uvas que se resistía a soltarse del resto de la parra.

–Gracias por venir, Florian.

–¿Quería verme, señor?

–Sí. Toma asiento, por favor –le indicó ofreciéndole una silla–. ¿Cómo va tu obra? –quiso saber.

–Bien, señor. Solo me queda perfilar algunos detalles –contestó acomodándose en el mullido asiento. Aleksander tomó su característica postura de poner los dedos bajo la barbilla; era un gesto muy habitual en él cuando tenía que pensar en cómo hacer algo o dejarlo de hacer.

–Bien..., bien. ¡Perfecto! –exclamó–. Supongo que esos tres días son críticos para ti, una cuenta atrás. –Florian desviaba disimuladamente la mirada cada dos por tres para ver a Tonio, su Tonio–. Entonces tu prioridad en esos tres días es la obra...

–Supongo que sí, señor.

Aleksander volvió a enfrascarse en sus pensamientos.

–Cámbiate de ropa, nos vamos –dijo poniéndose en pie.

–¿Cambiarne, señor? ¿Dónde...?

–Nos vamos a ver al señor Davensfer –contestó.

Tonio levantó automáticamente la cabeza al escuchar aquel nombre.

–¿Vais a la ciudad? –preguntó incrédulo.

–¿A la ciudad? –repitió Florian desconcertado.

–Exacto. Debemos procurarte un atuendo a la altura de la situación, no te podemos presentar... con estas ropas, ¿no crees? –Pellizcó la hombrera de su deshilachada camisa.

–P-pero señor... La última vez que...

–No te preocupes, esta vez irás conmigo. Además, a donde vamos estarás seguro. El barrio alto de Praga es, a plena luz del día, el lugar más seguro de la ciudad, créeme –dijo de camino a la puerta.

–Pero padre... –intervino

–¡No se hable más! Es mi última palabra, Tonio –sentenció Aleksander–. Florian, ve subiéndote a ponerte algo de abrigo, nos vamos.

Florian y Tonio se quedaron allí sentados en silencio mirándose el uno al otro sin saber qué decir. La orden de Aleksander había sido contundente; tanto, que ni las palabras osaban a emanar de sus gargantas.

–Será mejor que no le hagas esperar... –terminó diciendo.

Florian no dijo nada, se limitó a devolverle una amplia sonrisa. Se levantó de la silla y, con la emoción corriéndole por las venas, se dirigió a toda prisa rumbo a su habitación.

Los caballos pastaban tranquilamente en las cuadras cuando llegó. Aleksander mantenía una conversación con Pabels sobre los niveles de reserva de heno: ante la previsión de asistentes a la fiesta, albergaba ciertas dudas sobre si serían suficientes para alimentar a tal cantidad de animales.

–¿Señor? –intervino delicadamente.

Ambos cortaron la conversación y se giraron hacia él.

–Bien..., ya estás aquí –dijo Aleksander–. ¿Está todo listo, Pabels?

–Sí, mi señor.

–Perfecto.... Gracias.

Aleksander se acercó a él mientras observaba sus vestimentas.

–Creo que vamos a tener que trabajar bastante esta... –dijo en voz alta al ver la imagen que ofrecía Florian con la desgastada ropa que llevaba puesta. Florian, rojo de vergüenza, se miró de arriba abajo.

–Bien, hora de partir.

Florian se posicionó en el lateral de uno de los caballos de la cuadra, que era con el que salía a cabalgar por las mañanas.

–Hoy no iremos a caballo.

–¿No, señor?

–Venga, vamos a la entrada de la casa.

Dentro del carruaje, Aleksander iba enfrascado entre las líneas de su cuadernillo de notas. Él lo observaba en silencio, preguntándose cuáles eran los quehaceres de un hombre de bien y de poder; sabía que el conde se dedicaba a la política y a los acuerdos de extranjería, pero más allá de lo emocionante que parecía relacionarse con otros países y otras culturas, debía de ser aburrido estar todo el día con los ojos metidos entre documentos y contratos. Si algún día él tenía la oportunidad de elegir el destino de su futuro laboral, desde luego no se mantendría alejado de la música; es más, la propia música sería su trabajo y su vida. Tenía la perspectiva de que Aleksander era un hombre que parecía disfrutar de su trabajo, pero como ya había descubierto en varias ocasiones las apariencias... a veces engañan.

El traqueteo de las ruedas sobre el suelo empedrado le anunciaron una vez más que habían llegado a la ciudad. Y fue ese traqueteo, ausente en su anterior visita a la ciudad, la que le confirmó que no habían entrado por la misma puerta que la última vez; fuera no se escuchaban más que conversaciones en un lenguaje refinado y sereno, algo muy distinto a su anterior visita a aquellas calles. Con curiosidad corrió un poco la cortina de la ventanilla y, sin creerse lo que sus ojos estaban viendo, se dio cuenta de que aquella faceta de Praga era de la que tanto había escuchado. Aleksander bajó el primero, y Florian, fascinado por aquel mágico mundo que se abría ante él, siguió sus pasos. Toda la calle estaba empedrada, ofreciendo a la vista el meticuloso trabajo con el que habían sido encajadas y ensambladas cada una de ellas. Los edificios ya no eran tan adustos y desaliñados como los que había visto la vez anterior, sino que se erguían imponentes, luciendo grandes poyetes en sus ventanas y elaboradas filigranas blancas sobre las fachadas de color crema. De las ventanas no asomaban mujeres vociferando ni tendiendo ropa mojada; de aquellas ventanas emanaban voces jubilosas, alegres conversaciones entre mujeres que parecían entenderse a base de coquetas risas; el aroma de aquella calle era dulce, afrutado. Florian se paró un momento para olfatear el aire y adivinar qué podía ser aquella grácil fragancia que lo impregnaba el ambiente.

–Perfume.

–¿Cómo, señor?

–Lo que hueles. Es perfume –le aclaró Aleksander sin apartar la vista del frente.

“Perfume”, se repitió así mismo.

Mirara donde mirara todo era clase. Las mujeres abarrotaban las calles ataviadas con trajes voluminosos, algo que ya había visto con anterioridad en la forma de vestir de Arieta. Empolvadas hasta el cuello, caminaban en pequeños grupos, inmersas en conversaciones y cuchicheos. Algunos hombres con los que se cruzaban las agasajaban cortésmente flexionando ligeramente la rodilla en postín de beneplácito, y ellas, recelosas y abrumadas, se escondían entre ahogadas risas tras unos elaborados y coloridos semicírculos plegables, los cuales, en momentos puntuales, agitaban enérgicamente para proporcionarse un poco de aire fresco. Florian ya los había visto antes, justo el día que conoció a Arieta, mientras mantenía la acalorada conversación con Jaroslav en aquella habitación de la planta baja de la mansión.

Durante buen rato continuaron calle abajo, y para su sorpresa no tuvieron que abrirse paso a través de la abundante gente, ya que todos caminaban de forma relajada y se ofrecían el paso los unos a los otros entre disculpas y miradas de complicidad. Los escaparates de las tiendas brillaban esplendorosos. Tras sus cristaleras, las tiendas ofrecían todo tipo de lujos y artículos de necesidad. Los elegantes trajes, perfectamente estirados, pendían de finas y resistentes cuerdas que los hacían suspenderse en el aire ante el público como una obra de arte. Allá donde girase la cabeza veía carteles que rezaban todo tipo de reclamos: “La moda más actual, con la máxima elegancia”, o “La dama elevada a la máxima categoría”. Y eso solo en las tiendas de ropa, ya que la calle ofrecía un sinfín de productos, cada cual más extravagante que el anterior: “Esencias la Lacrimosa”, “Stuven Keng: maestro de tocados”, o el que más llamó la atención: “*Le grand mort*”, que era una tienda que ofrecía ataúdes y ceremonias con una elegancia superior. Aquella faceta de Praga era, sin duda, todo lo que cabría esperar de una ciudad en auge.

Continuaron su camino hasta llegar a una plaza de proporciones antes no vistas por él. En ella la gente se sentaba en mesas y sillas bajo los soportales, disfrutando de brebajes reconfortantes entre interesantes conversaciones. La plaza contaba con una gigantesca escultura central, un ángel que se alzaba hasta el cielo señalando con su dedo a todo aquel que pasara bajo su implacable mirada. Cuando pasaron frente a él, Florian se detuvo unos instantes a contemplarlo. “Ya sabes lo que hice, ¿verdad?” pensó.

–Nunca entendí el propósito del escultor que no ve como opción poner una estatua de un arcángel en una plaza –dijo Aleksander alzando la vista hacia la implacable escultura.

–¿Siempre es un ángel?

–Arcángel. Es un arcángel, Florian. Supongo que esta imponente figura le recuerda a la gente que, aunque ocultes tus pecados al mundo, el Señor siempre sabrá de ellos. –A Florian aquellas palabras le provocaron una sensación de inquietud. ¿Perdonaría el Señor su secreto, oculto bajo las aguas del lago?–. Continuemos. Donde vamos está ahí enfrente –retomó el paso.

El sonido de la campanilla resonó en la tienda. Dentro de ella Florian se sentía en un carnaval. Esta, a pesar de ser grande, tenía tantos artículos apilados en las estanterías de las paredes que era inevitable sucumbir a la sensación de ahogo. Las pelucas y los tocados se apilaban organizadamente unas sobre otras, mostrando una asombrosa variedad al gusto de cada cliente. Al igual que en las tiendas que había visto hasta el momento, aquella también ofrecía una gran diversidad de engalanados vestidos, solo que en esta los únicos que vendían eran para hombre. Florian tardó un poco en habituarse al intenso olor a talco que había en el ambiente, el cual se dejaba ver en suspensión entre la luz de las velas que iluminaban el establecimiento. Estaba a punto de preguntarle a Aleksander si realmente todo aquello era necesario cuando un hombre, enjuto y engalanado, apareció tras la cortina roja de detrás del mostrador.

–¡Pero qué orgullo para mí es el de contar una vez más con su presencia, conde

Schalldi! –exclamó–. ¡Dígame en qué puedo ayudarle, mi reputado amigo!

–Buenos días, mi buen amigo Davensfer. Venimos para... –Aleksander le señaló con disimulo.

Florian, anonadado por la apariencia de aquel hombre, le miró asombrado. Ciertamente, Davensfer era un hombre menudo, ¡pero vaya hombre! Sobre su pequeña cabeza reposaba una enrevesada peluca coronada por una especie de barco con sus velas desplegadas. El bigote, que lucía recortado en la parte central, ponía el broche final sobre unos labios pintados de rojo intenso. “Eso sí que es extravagante...” pensó Florian.

–¡Santo dios! –exclamó Davensfer al ver el aspecto del muchacho– Sí, sí, sí... Ya se a lo que se refiere.

Florian estaba a punto de intervenir para decirle a Aleksander que todo aquello no era necesario, cuando Davensfer salió por el lateral del mostrador y comenzó a girarle para verle mejor. Viendo el aspecto de aquel hombre no quería acabar como él.

–¿Tiene algo para él? –preguntó

–Bueno... –Davensfer se quedó pensativo unos segundos–. Creo que podremos hacer algo con este muchacho –añadió esbozando una estrambótica sonrisa.

En cuestión de minutos el mostrador se cubrió de casacas de diversos colores, pantalones a juego, zapatos, cordeles y talcos de diferentes intensidades. Florian no paraba de hacer visitas a la sala de probado, donde, entre estirones, empujones, y golpes, se iba probando uno a uno los trajes elegidos por Davensfer. Una cantidad ingente de zapatos pasaron por sus pies: relucientes, de tela, estampados, rígidos, con adornos navales, ribeteados... Pensaba que lo peor ya había pasado, hasta que el dependiente comenzó a estamparle en la cara, una y otra vez, esponjas cubiertas de talco. Entre impacto e impacto Florian intentaba coger aire, pero era complicado, ya que con cada impacto se liberaba alrededor de él una nube de polvo. Con la cara bombardeada en varios tonos de blanco, no pudo evitar poner cara de pesadez cuando Davensfer indicó que era el momento de elegir una peluca para él; Aleksander tampoco lo pudo hacer al ver la cara de Florian, que hacía muecas cuando el dependiente se giraba; estaba disfrutando con aquella escena. Una tras otra, las pelucas fueron pasando por su cabeza. Las pequeñas eran evidentemente menos pesadas, pero a Davensfer no terminaban de convencerle. Su lema era: “La elegancia requiere un esfuerzo, y la mejor clase tiene su peso”. Entre sudores y chorretones, Florian aguantó con dignidad peluca tras peluca. Y cierto era que no se podía quejar por variedad, porque por su cabeza pasaron todo tipo de estilos: recogidos, de tirabuzón caído, estilo francés, adornados con cuentas y plumas..., todo un amplio abanico de tendencias. Davensfer tomó la última y se la encajó en la cabeza, y, acto seguido, el insistente hombre y Aleksander se miraron el uno al otro con un gesto de satisfacción. Florian tomó aquel aspaviento como el final de su tortura.

–Muy bien, señor Florian. Creo que hemos conseguido... salvarle.

Las palabras de Davensfer le sonaron catastróficas.

–Se lo agradezco, mi buen amigo –intervino Aleksander–. Ha estado a la altura de las expectativas.

–No hay de qué, conde. Siempre a su servicio –hizo una reverencia.

Florian veía como se agasajaban después de haberle hecho pasar por aquel calvario. “¡Y para colmo se sienten orgullosos!”, pensó.

–¿Ha escuchado hablar de mi nuevo perfume? –continuó Davensfer.

–Pues no, la verdad que no.

–Espere un momento. ¡Estoy seguro de que le sorprenderá!.

Florian, que veía que la sed de vender del dependiente era insaciable, y que la cosa parecía que se iba a alargar aún más, decidió pedirle permiso a Aleksander para salir de allí.

–Disculpe, señor. Creo que necesito tomar algo de aire, ¿podría esperarle fuera?

Aleksander se pensó unos segundos la propuesta.

–Bueno... Pero no te alejes, ¿de acuerdo?

–Sí, señor.

–*¡Stravaganzza!* ¡El nuevo perfume italiano! –exclamó Davensfer mientras aparecía nuevamente tras la cortina con un pequeño bote de líquido amarillento.

El aire fresco golpeó la cara de Florian, espabilándole y sacándole del embotamiento que había sufrido por culpa del aire viciado de la tienda. Fuera de aquella tienda frenética, el ritmo de las calles era más sereno y relajado. Las mujeres seguían sentadas en las mesas con sus pasteles y sus brebajes, disfrutando de una agradable mañana. Caminó hacia el interior de la plaza, fundiéndose en un delicado baile con la gente que circulaba; era agradable la sensación que otorgaba la civilización.

–¡Vamos, muchacho! –dijo el anciano, antes de que al joven se le cayera la jaula de las gallinas y estas se escaparan por el recinto.

Florian se quedó mirando. Estaba tan ensimismado observando a la gente y las tiendas que no se había percatado de que en aquella plaza, aparentemente rodeada de lujosas construcciones, albergaba entre sus edificios una vieja casa de tamaño considerable. En sí no tenía relevancia el tamaño de la casa, o que estuviera rodeada de por una parcela de grandes proporciones, pero sí que esta hubiera aguantado en pie al crecimiento de los edificios colindantes; aquella casa era sin duda una de las más privilegiadas. Se encontraba en un lugar enclave, desde donde se podía controlar todo lo que ocurría en la plaza. Con paso lento empezó a acercarse a la puerta de la castigada casa. El niño continuaba con sus intentos por atrapar nuevamente a todas las gallinas que habían escapado, cuando Florian se agachó rápidamente al paso de una por entre sus piernas y la cogió. La miró con detenimiento a la cara, y por alguna extraña razón entendía el miedo que veía dibujado en sus ojos; la gallina no era la única que conocía cuál iba a ser su fatal destino. Levantó la vista antes de entrar en el corralillo de la entrada y se paró en seco al leer el cartel de la entrada: “Casa Vladenko”. Había escuchado ese nombre antes. Aquella era la casa en la que vivía la familia Vladenko, quienes, según los rumores, daba cobijo al hermano del señor Werner. De ser cierto, ¿era aquel joven el hermano de Werner? ¿Podría ser cierto aquel rumor?

La intriga empezaba a apoderarse de él cuando el joven se le quedó mirando. Realmente la cara de aquel chiquillo le recordaba a Werner, pero eso no significaba que

fuera realmente su hermano. También cabía la posibilidad, y era la más probable, de que se estuviera condicionando él solo debido a su admiración hacia él. Descubrir que aquella era la verdad sobre la juventud de Werner solo alimentaba su perspectiva –y las irrefrenables ganas– de que su ídolo fuera aún más grande. No podía entrar allí sin más, ofreciendo un repertorio de preguntas, así que devolver la gallina que reposaba en sus brazos era la clave para entrar con un propósito creíble.

–Hola. Creo que esto... te pertenece.

El joven muchacho se quedó mirándole, con la duda dibujada en su rostro.

–S-sí, señor. Se me han escapado –respondió mientras señalaba a todas las gallinas que aún seguían correteando a su alrededor.

–Entonces creo que será mejor que cierre esta puerta –Florian cerró la puertecilla oxidada de la entrada.

–Gracias, señor –El joven se acercó a él y tomó de sus brazos a la gallina, que entre cloqueos parecía estar maldiciendo la traición de su salvador.

–No hay de qué –respondió con una amistosa sonrisa–. ¿Vives aquí?

El joven le miró extrañado en silencio.

–¿Vives solo?

–No. Mi padre está en casa.

–Es curioso... ¿Cómo puede mantenerse en pie una casa así en el centro de una plaza rodeada por grandes edificios? –añadió mientras miraba a su alrededor–. Debe de ser difícil rechazar las... desorbitadas ofertas que os habrán ofrecido por ceder este preciado terreno.

–No se la vamos a vender, señor. Mi casa no está en venta –intervino malhumoradamente el joven.

–No..., no tengo intención de comprar tu casa, pequeño...

–Markus. Markus Vladenko, señor.

–Markus... –repitió en voz baja, pensativo–. ¿Cómo se llama tu padre, Markus?

–Creo que... debo marcharme. Yo...

–¿Cómo se llama tu padre, Markus...? –Inconscientemente, agarró con fuerza al niño por el brazo.

–M-me... hace daño, señor –se quejó el niño.

–¡Markus Vladenko! ¿iSe puede saber dónde te metes!?

Florian alzó la vista al oír la voz del hombre, quien con ayuda de un bastón iba tanteando el terreno del exterior de la casa.

–M-me tengo que ir, señor. Por favor –le rogó.

–¿Ese es tu padre? –preguntó con asombro mientras le soltaba el brazo.

–Sí, señor.

–¿Es... ciego?

–Sí –respondió mientras empezaba a alejarse de él disimuladamente.

Florian sintió cómo, lejos de despejar la duda, se creaban otras nuevas en su mente. Aquel muchacho tenía ciertos rasgos que le podían hacer pensar que era el hermano de Werner, pero curiosamente también guardaba cierta similitud con aquel hombre de edad avanzada. Aquel muchacho no parecía que le fuera a dar más respuestas de las que

ya le había sonsacado. Florian observó cómo padre e hijo volvían a entrar en la casa entre una acalorada conversación. Dándose por vencido, se giró y emprendió camino de retorno a la tienda, donde seguramente Aleksander aún seguía bajo el influjo de su dependiente. Ahora no le extrañaba que Arieta Schaldi estuviera interesada en aquel terreno, pues alzar una cámara de música en un emplazamiento así sería su mayor logro, y un gran honor, tanto para Albert como para Praga.

A mitad de camino, mientras se dirigía a la tienda de Davensfer, se cruzó con Aleksander, que estaba buscándole nerviosamente.

–¿Se puede saber dónde te habías metido!? –exclamó con preocupación.

–Estaba viendo la plaza, señor Aleksander.

No tenía pensado decirle que había estado con el niño de la casa Vladenko, por mucho que este apretara para sonsacarle información.

–¡Te dije que no te alejaras! ¿Sabes lo peligroso que es!?

–Discúlpeme, por favor. Yo..., no quería preocuparle.

Aleksander, que se había percatado de su desmedida reacción, tornó la voz calma y serena; al fin y al cabo, la plaza no era un lugar donde alguien quisiera buscarse problemas mayores por un niño. De ser así, un centenar de personas hubieran sido testigos; y por suerte un asaltante suele tener, al menos, dos dedos de frente como para saber qué lugares no son los más idóneos para cometer una locura.

–No... Florian, perdóname tú a mí. Lo único que más me importa ahora es tu seguridad.

Las disculpas de Aleksander le anunciaron que no sería difícil mantener a salvo el origen de su escarceo, ya que seguramente este no le avasallaría a preguntas.

–No pasa nada, señor... –No pudo terminar la frase cuando los brazos del conde, sin previo aviso, le rodearon en un abrazado silencioso. Florian permaneció incrédulo e inmóvil ante aquella reacción: no se esperaba un gesto así.

–Mejor será que volvamos a casa. Con algo de suerte Llona habrá preparado emparedados de manzana para merendar –dijo mientras le soltaba.

–De acuerdo, señor.

–No hace falta que me llames “señor” cuando estemos solos. Tú solo llámame Aleksander, ¿de acuerdo? –le indicó con una sonrisa en los labios

–Sí, señor... –Guardó silencio-. Perdón. Sí, Aleksander.

Aquella petición le extrañó tanto como lo que le iba a costar no dirigirse a él por su título de señor.

–Bien... eso es. Poco a poco. Ya trabajaremos más adelante tus excesivos “perdones” –añadió en tono burlón-. Venga, volvamos al carruaje.

Florian giró la cabeza y miró una vez más el emplazamiento la casa Vladenko. Sin duda, era una guerrera excelente, aguantando los embistes del dinero y la codicia de los que más deseaban su localización. Pero hasta los guerreros más osados tienen secretos.

Caminaron por la misma calle por la que habían llegado. Aunque Florian ya había pasado varias horas rodeado de su peculiar gente de poder, no podía evitar mirarlos con llamativa curiosidad; hasta algunas mujeres parecían agasajarle escondiendo su melosa

mirada tras los abanicos, algo que le parecía delicadamente erótico, aunque incomparable con el arte que tenía Tonio para esas cosas. Una vez subieron nuevamente al carruaje, la espera fue corta, ya que el cochero había mantenido a los caballos en movimiento y por ello la partida fue inmediata. Durante el trayecto, Florian iba enfrascado en un agitado mar de preguntas: ¿Y si el niño le había mentado? ¿Y si era el hermano de Werner? ¿Acaso el parecido con el hombre que decía que era su padre era la prueba indiscutible de que todo era realmente un rumor inventado? Y de ser él realmente el hermano de Werner, ¿por qué había estado interesada la condesa en aquel terreno si sospechaba que era propiedad del hermano de Werner? Sin duda, eso hubiera sido una ofensa para el ayudante del teniente. Lo más probable es que ella supiera que no era su hermano, de ahí que no le importara en absoluto. Lo meditó durante largo rato, llegando a un callejón sin salida en el que lo más lógico compartía espacio con la intuición. Los hechos creaban una realidad plausible, pero su intuición la destruía. Y así, la una se superponía a la otra, destruyendo cualquier punto final al asunto.

–¿Te ha gustado?

Aleksander interrumpió sus pensamientos.

–¿Cómo, señor?

Florian abrió los ojos de par en par al darse cuenta que había vuelto a decirle “señor”.

–La ciudad, que si te ha gustado...

–Sí, Aleksander. Es preciosa –contestó.

–Sí... Una ciudad llena de posibilidades. Praga posee un halo de magia difícilmente descriptible.

Florian agradeció la iniciativa del conde de romper el silencio hablando de Praga, pues le brindaba la mejor excusa para sacar información sobre algo que llevaba tiempo queriendo saber.

–Aleksander..., ¿qué ocurrió en Praga?

–¿A la rebelión, te refieres? –Él asintió en silencio–. Tienes una curiosidad sin límites... –dijo en un tono que a Florian le desconcertó–. Muy bien, te lo contaré. Pero antes tienes que prometerme que no se hablará más de este asunto. Pertenece a un pasado... difícil, y la gente aún lucha día tras día por olvidarlo.

–Se lo prometo, señor.

–Pues... como lo hagas de igual manera que me has prometido no llamarme “señor”..., lo vamos a tener difícil –bromeó. Florian se quedó callado al escuchar la observación de Aleksander. Al final, acabaron sonriéndose el uno al otro–. Verás, han pasado bastantes años de aquello. Francia era una de las mayores potencias vecinas y, como tal, cualquier tratado con un país con liquidez te asegura un impulso sustancioso para el crecimiento de la región. La fe y la iglesia tienen un valor incalculable para el ser humano, y en política es un fuerte precursor del diálogo y del entendimiento. Praga tiene la palabra del señor muy aferrada a sus raíces –se acomodó en el asiento–, y siempre que se ha cerrado un tratado ha sido por eso mismo, por la fe. Este país siempre ha sido conocido por su unidad, por ser pionero en sus estrategias monacales vanguardistas para con el pueblo. Y fue eso mismo lo que animó a Francia a ofrecer tratado político-eclesiástico a Praga.

–¿Tratado? –preguntó con curiosidad.

–Exacto. Un acuerdo, para que lo entiendas –aclaró–. Praga tenía algo que valoraba y preciaba Francia.

–¿Vülstëin? –intervino

–¡Chico listo! –exclamó–. Eso mismo, Vülstëin. O como era conocida: la Casa de las Flores –añadió.

–¿Y qué tenía de especial?

–La Casa de las Flores ofrecía una salvaguardia para sus ciudadanos, fuertes creyentes en su mayoría. Cuando una familia tenía serias dificultades para criar a su bebé, fuera el motivo por el que fuera, porque la Casa de las Flores nunca hacía preguntas, acudían a sus puertas para dejarlo bajo la protección de los monjes. Ellos se encargaban de alimentarlos y de darles un futuro enfocado y definido. La palabra del señor era aquel destino –Florian se acomodó en el sillón del carruaje, expectante–. El perfecto equilibrio entre Praga, sus ciudadanos, y la fe eran codiciados por Francia, y por lo tanto fue ese el motivo del acuerdo. Francia ofrecía reformar y ampliar el ya algo deteriorado monasterio. Eso significaría que ese delicado equilibrio se reforzaría y, además, se vería respaldado por una gran cantidad de... –se quedó callado unos segundos, pensativo–. Vamos a dejarlo en que esa nueva institución sería increíblemente solvente.

–¿Fe y dinero? –pregunto Florian, sorprendido por el interés de la iglesia por el dinero.

–Sí... Dos conceptos que no suelen compartir asiento en la mesa de nuestro señor –Alzó las manos dando a entender que él también lo veía como una extraña mezcla–. La cosa es que Francia envió a sus mejores diplomáticos a Praga para realizar una visita al monasterio, y, tras la visita a este, parecieron acabar incluso más interesados que al principio. El acuerdo era sencillo y claro en apariencia: Praga vería cómo su monasterio era renovado, mostrando así una nueva fuerza, y Francia ampliaba el número de monjes con una partida proveniente de un convento muy aferrado a la casa papal del rey de Galia.

–Y... ¿qué pasó?

–Pues que, como todo en esta vida, lo que importa es coger posiciones, aun cuando haya que dar de lado a los creyentes. Una de las condiciones de los franceses era la de reducir, casi en su totalidad, el número de niños que ingresaban en la orden, que principalmente eran los hijos de familias de clase baja.

–¿Ya no admitirían más bebés? –preguntó con cierta incredulidad.

–No exactamente –aclaró–. El requerimiento de Francia era el de solo aceptar hijos provenientes de familias de un alto estatus social y, por consiguiente, con influencia. De todos los que formábamos la cámara de consejo solo dos estábamos en contra de aquella barbarie selectiva, ya que era tirar por tierra la esencia de Vülstëin.

–Entiendo... ¿Quién más se negaba? –quiso saber Florian.

–El ilustrísimo director del monasterio, el señor Hope Trish, y yo; parece ser que al resto les daba igual aquella condición. Pero el señor Trish y yo sabíamos que al pueblo no le iba a gustar nada aquella decisión. Ante nuestra evidente disconformidad sobre

aquella barbarie, y de exponérsela de la forma más clara posible, Francia y el resto de la cámara de Praga decidió seguir adelante, pero sin decirle al pueblo nada de aquel nefasto condicionante.

–¿Entonces... estalló la rebelión?

–Sí..., y no –Aquella respuesta le confundió ligeramente–. No estalló porque Francia o nosotros dijéramos algo.

–¿Hope? –intervino

–Hope, tampoco. Pero sí se originó en la Casa de las Flores –aclaró Aleksander–. Las comunicaciones con Vülstëin se hacían mayormente a través de mensajeros de confianza, los cuales eran puestos por la cámara de Praga; de alguna manera, la cual aún se desconoce, la información se filtró desde dentro del monasterio a la ciudadanía, y esta, que sabía que el monasterio era propiedad del país y no de los monjes, se alzó en rebelión para evitar tal atentado a sus tranquilas vidas.

–Pero el monasterio y usted estaban intentando impedirlo...

–Ciertamente –se alisó las arrugas del pantalón–. Pero eso era algo que el pueblo no sabía, así que la Casa de las Flores recibió el duro ataque del pueblo. Ciertamente, fue la última en ser atacada, ya que el pueblo se reveló primero en el centro de la ciudad aprovechando que estaban los franceses de visita. Pero seguido de eso..., Vülstëin recibió con fuerza toda la irá que había acumulado la muchedumbre en el amotinamiento del centro de la ciudad. Y así acabó todo, una mancha de sangre que aún atormentan a la ciudadanía.

–¿Atacaron el monasterio sabiendo que era él quien les estaba dando un salvoconducto para criar a sus hijos? –preguntó sorprendido.

–Lamentablemente; así es la triste naturaleza del ser humano. Los franceses, después de ver aquel panorama, suspendieron el tratado. Praga se había librado de aquella traición para el pueblo. Sin embargo, les costó su bien máspreciado: la Casa de las Flores. Ya no había nada que proteger, porque ellos mismos lo habían destruido. Esa es toda la historia, la triste verdad.

–¿Todos murieron? ¿Es eso cierto?

–Casi todos. Algún monje supongo que conseguiría escapar, y que encontraría refugio en alguna parte. Pero el resto... –Guardó silencio durante unos segundos. Florian podía ver la tristeza en su rostro–. Sabemos que el señor Werner escapó con vida, y en lo que respecta a Hope... –se pasó la mano por los labios instintivamente

–¿Qué le pasó?

–Recibí una carta una noche antes del amotinamiento en la que decía que tenía que contarme algo con urgencia, pero justo en ese momento se alzó el pueblo, y cuando llegué... era demasiado tarde.

–¿Murió?

–No. Mucho peor. Le cortaron la lengua, posiblemente para que no hablara. Después de eso perdió... la razón. Se volvió loco.

Florian saboreó cada palabra de aquel relato. Ahora sabía todo lo que había ocurrido tras ese conocido tratado. Si bien pensó el día de la biblioteca que tras aquella conversación se despejarían las dudas de su cabeza, ahora habían surgido otras con

mayor fuerza. El señor Trish había encontrado la forma de parar aquel tratado, y el hecho de que alguien le cortara la lengua solo quería decir que querían asegurarse de que guardara silencio. Aleksander había omitido de su relato el asunto del escándalo, y dudaba mucho de que fuera a contárselo en otra ocasión; tampoco podía decirle nada al respecto, ya que de aquella manera él sacaría a la luz que realmente sí que había hurgado en los documentos del archivo, algo que negó ante él aquel día. Si quería saber más al respecto, tendría que ser él mismo quien buscara respuestas.

El carruaje paró bruscamente haciendo que sus ocupantes se tambalearan en sus asientos. El relincho de los caballos, sumidos en un estado de excitación, alarmó a Aleksander, quien con cierto nerviosismo se temió lo peor.

–No te muevas –le dijo en voz baja.

El movimiento del carro delataba que los caballos se encontraban cada vez más agitados. Aleksander corrió un poco la cortina de su venta para mirar al exterior, cuando una mano apartó la cortina del todo, mostrando la cara del asaltante.

–No se asusten, señores –dijo Werner al ver la cara de sorpresa de ambos.

–¡Santo dios, Werner! –exclamó–. ¿Cree que es buen lugar para abordar así un carruaje?

Florian intentaba recobrar el aliento.

–Creo que después de ver la cara que han puesto... no, señor Aleksander.

–¿Qué le trae por aquí? –quiso saber

–El señor Kurt me envía para darle un mensaje. Fui a la casa, pero allí me dijeron que había salido a la ciudad, así que cogí el camino más probable teniendo en cuenta a donde se dirigía –explicó Werner.

–Bien, pues ya que nos ha encontrado, usted dirá.

–El teniente solicita su presencia en las dependencias, señor. Y si se permite mi humilde opinión, creo que es urgente.

Aleksander miró a Florian pensativo.

–Bueno... ¿Podría llevar a Florian con usted a casa?

–Claro, señor. Le llevaré inmediatamente en mi caballo.

–Florian, siento este cambio repentino de planes –dijo Aleksander volviendo la vista hacia él.

–No pasa nada, señor.

–Puede que me demore para la cena. Y quiero que hoy te sientes a la mesa con nosotros –Florian asintió estupefacto–. Muy bien. En marcha, señorito Florian –intervino Werner.

Durante el camino de regreso, no intercambió palabra con Werner. Se mantenía concentrado en agarrarse con fuerza a la cintura de este, intentando no caer del caballo por sus continuos movimientos. El trayecto le pareció una eternidad, pero sabía que jamás había tardado tan poco en llegar a la casa; y es que esa era la ventaja de ir a caballo: la rapidez.

Durante la tarde permaneció en su habitación rematando los cabos sueltos de su obra para la fiesta. Pese a que era bastante tarde, Aleksander no había llegado aún de su

reunión con el teniente, por lo que supuso que el tema por el que le había reclamado debía de ser importante. Seguramente, no era el único que lo esperaba esa noche con impaciencia, pues desde hace unas horas emanaba de la cocina olor a comida recién hecha, y mantenerla caliente requería que Llona y Anne no se despistaran ni un minuto del fuego; si se reavivaba demasiado, podía llegar a quemarse la cena. Ante la impaciencia de la llegada del conde, y de un apetito voraz, Florian decidió tomarse un descanso y bajar a esperar allí su llegada.

La casa se sumía en un silencio ciertamente incómodo. Como había bajado con unas zapatillas de tela, no producía ningún ruido al caminar, haciendo que su presencia fuera desapercibida mientras no hablara. Con tranquilidad bajó las escaleras camino al recibidor, cuando unos gemidos casi inaudibles que salían de una puerta mal cerrada llamaron su atención. Con cuidado se acercó a la puerta y, conteniendo el aliento, posó la mirada en la ranura.

–Oh..., me abruma... Esto es...

Arieta se encontraba recostada en un gran sillón, abanicándose enérgicamente y con gran parte del corsé desabrochado, mostrando gran parte de sus voluminosos pechos.

–Deseo. Ardiente fascinación por su... sensualidad –los dedos de Werner acariciaron suavemente el escote de Arieta.

–No me nuble el juicio..., señor Werner. Ambos sabemos que no comparto sus métodos –intervino entre gemidos.

–Y ambos también sabemos qué es lo que más desea... Y yo puedo conseguírselo... –respondió mientras hundía la cara en sus senos–. Crea en mi palabra, como creo yo en la suya.

Arieta comenzó a alcanzar un estado de excitación que la obligaba inconscientemente a poner los ojos en blanco.

–Será suyo. Todo ello será suyo –continuó Werner–. Si usted me promete que estará bajo su protección y cuidados, podrá cumplir su sueño. Sean cuales sean los medios...

–Sí... eso es, sí... –susurró la condesa.

–¿Me lo promete, mi deseo ardiente?

–Sí... Oh..., señor Werner. Puede contar con ello –gimió.

–Será suya... Como siempre ha deseado.

No daba crédito a lo que estaba viendo. Arieta mantenía una relación en secreto con Werner, quien, con las mismas ganas que ella, tomaba cada milímetro de la piel de esta y la devoraba en mordiscos de pasión. Florian se alejó de la puerta en silencio y decidió bajar a la entrada antes de que le descubrieran, ya que de ser así estaría en una situación realmente comprometida y complicada. En el silencio de la noche se sentó en el sillón circular, frente a la puerta de entrada, donde intentaba dar sentido a la apasionada conversación de los amantes ocultos. La incertidumbre volvió para hacerle compañía, instalando en su joven mente nuevos interrogantes: ¿Qué métodos no compartía la señora Schaldi? ¿Y a quien tenía que proteger?

El sonido del carruaje anunció a la casa que Aleksander ya había llegado. Florian se levantó y se dirigió a la puerta con la intención de recibirle, cuando este, que había sido

más rápido que él, apareció por la puerta.

–Siento la demora. Debéis de estar hambrientos en casa –dijo al tiempo que dejaba la casaca en el colgador.

–Un poco, señor –le respondió tímidamente.

–Bueno. ¿Qué te parece si coges tu ropa nueva del carruaje y subes a tu habitación para ponértela?

–¿¡Ahora, señor!?! –exclamó

–Sí, ahora. ¿Qué mejor momento para estrenarla, ¿no?

–Pero... –la voz de Florian denotaba que no le hacía mucha gracia la idea

–Póntela y dejaré que bajes sin esa tediosa peluca. ¿Te parece buen trato?

Florian sintió alivio al escuchar el trato que le proponía Aleksander.

–De acueeeerdo –contestó desganadamente. Esa era la mejor oferta que podría esperar.

–¡Señor Aleksander! –intervino Werner desde lo alto de las escaleras

Ambos se giraron al escuchar su voz.

–¿Aún aquí? –le preguntó Aleksander, al que le parecía extraño que Werner aún estuviera en la casa

–Sí, señor conde. No me sentía cómodo sabiendo que la condesa estaba sola y usted tardaría en llegar a casa. Así que decidí quedarme hasta que llegara.

–Agradezco el detalle, mi buen amigo.

–Yo le entretuve, amor mío...

Arieta apareció por uno de los extremos del pasillo de la planta superior.

–El deber del señor Werner es superior a los entretenimientos, querida mía –dijo Aleksander mientras la ofrecía una cariñosa mirada.

–Me halaga en demasía, conde –dijo orgullosamente.

–Pues así es, no lo dude. Y ya que está aquí... ¿Acepta unirse a nuestra mesa para la cena?

–Pues... la verdad, no veo por qué no –respondió alegremente.

–¡Pues queda todo dicho! –exclamó–. Florian, ¿quieres subir a cambiarte? Te esperaremos a la mesa.

Florian asintió sin decir palabra, aún con ciertas reservas por compartir mesa con Arieta. Solo esperaba que la velada fuera lo más rápida posible y sin complicaciones. En silencio tomó camino al carruaje a por su atuendo. “Todo va a salir bien”, se dijo a sí mismo.

La puerta del comedor estaba cerrada, pero aun así podía escuchar la animada conversación de Aleksander y Werner. Con un par de suaves golpecitos Florian anunció su llegada para la cena y despacio, pero sin pausa abrió la puerta. Arieta se sentaba al extremo opuesto de Aleksander, ambos presidiendo la velada, y Tonio y Werner en los laterales. La cara de asombro de todos al ver su nueva y elegante imagen fue su recibimiento. Arieta casi no reparó ni en su presencia ni en sus nueva ropa, pero el resto acabó agasajando el buen trabajo del dependiente por dar un aire nuevo a aquel desgreñado chico. Tonio, que no salía de su asombro, le ofreció asiento a su lado, entre

él y una impasible condesa. Sentados a la mesa, Florian guardó silencio durante casi toda cena; prestaba atención a las informales conversaciones que allí se originaban, pero procuraba no participar en ellas; hasta que Tonio decidió anunciarle a Werner que él sería el encargado del concierto de apertura en la fiesta de verano.

–Señor Werner, ¿sabe que Florian será quien interprete la pieza de inauguración de la fiesta de disfraces?

–¿¡En serio!? –exclamó–. ¡Es todo un privilegio!

Florian se puso rojo en cuestión de segundos.

–Exacto. Y me consta que será algo nunca visto –intervino Aleksander.

Todos le miraban, esperando a que pronunciara unas palabras.

–La vergüenza no le va a dejar decir nada... –añadió Tonio entre risitas.

–Es humilde hasta para eso –dijo Aleksander antes de meterse un trozo de pan en la boca.

–Pues es algo de un valor incalculable hoy día –valoró Werner mientras asentía con la cabeza.

–Ciertamente, querido amigo. Tal vez deberíamos alojarle en una habitación más acorde a su... clase –dejó caer sutilmente el conde.

–No podría, señor –objetó Florian–. La habitación que queda libre era de... –no pudo terminar el nombre cuando Arieta estalló a voces

–¡No oses a pronunciar su nombre! ¡No en mi casa, delante de mi presencia!

Todos miraron sobrecogidos el arrebato de furia de la condesa.

–¡No permitiré que usurpes el puesto de mi querido hijo! –añadió a gritos. – Aleksander se encontraba bloqueado ante aquella situación; jamás había visto así a su esposa. Tonio empezó a percatarse de que en los ojos de su madre se comenzaban a formar lágrimas, las cuales no se hicieron esperar para recorrer sus blancas mejillas. Arieta tomó con fuerza el cuchillo de su plato y, alzándolo contra Florian, continuó con sus descontrolados gritos–. ¡Tú no eres mi Albert! ¡Solo eres un... andrajoso y mugriento niño de campo, una mancha para el nombre de esta familia!

Florian, asustado, se reclinó contra Tonio en un intento por alejarse del cuchillo, que parecía estar intentando cortar el aire que había entre él y la condesa. –¡Deberías estar como él! –dijo momentos antes de romper a llorar desconsoladamente–. ¡Como él...! Mi pequeño...

Aleksander acabó reaccionando, abalanzándose sobre ella para apaciguarla y evitar así cualquier posible percance. Automáticamente, al calor del abrazo de su esposo, dejó caer el cuchillo sobre la mesa entre llantos y murmullos. La tensión había crecido en aquel comedor exponencialmente, habían pasado de una conversación animada a una bochornosa escena de ira y dolor no calmado.

–Discúlpenos, señor Werner. No...

–No hace falta que se disculpe, conde –respondió Werner intentándole quitar importancia al suceso.

–Discúlpenla... –repitió en voz baja mientras ayudaba a Arieta a levantarse. Con delicadeza, y manteniendo sus brazos alrededor de ella, Aleksander comenzó a guiar a su destrozada esposa hacia una de las puertas con el fin de llevarla a sus aposentos,

donde intentaría consolarla.

Minutos después de la salida de los anfitriones de la sala, el silencio parecía no querer marcharse. Werner miraba con pesadumbre a Florian y a Tonio, sin saber qué decir. Ciertamente, era lo mejor que podía hacer, ya que no existía palabra alguna con la que poder disipar la incomodidad que había generado aquella situación. Tonio no articulaba palabra, se mantenía en silencio con la mirada perdida, intentando buscar una explicación razonable para lo que acababa de suceder. Y Florian, aún asustado y tembloroso, buscaba con ahínco el consuelo y la protección en la mirada divagante de Tonio. Tal vez el silencio no borraría esa sensación de sobrecogimiento que se respiraba en el aire, pero al menos servía para no enfrentarse a la realidad. Allí permanecieron los tres, sumidos en un silencio sepulcral, entre miradas e impresiones ahogadas. Amargo postre para una cena tan cuidada.

Pasó el tiempo hasta el gran día de la fiesta. Durante los días previos no se mediaron palabras entre los miembros de la casa, ni siquiera entre Florian y Tonio, los cuales habían dejado de verse por las noches para evitar tener que enfrentarse a explicaciones u opiniones al respecto. Florian permaneció gran parte de su tiempo en su cuarto, al abrigo del piano; ese era su único aliento para aquellos días. No sabía si lo sucedido influiría de alguna manera durante la celebración, pero no le cabía la menor duda de que la señora Schaldi no le quitaría ojo de encima. Lo único que podía hacer era encomendarse a dios para que todo saliera bien. Y eso hizo.

Dos golpes en la puerta sonaron antes de que la voz de Tonio se escuchara del otro lado.

–¿Estás despierto? –preguntó.

Florian se acercó a la puerta y, sin abrirla, contestó.

–Sí.

–Hoy es el gran día. Lo sabes, ¿no?

Florian suspiró profundamente antes contestar.

–Sí, lo sé...

–Mi padre quiere hablar contigo, así que le diré que ya estás despierto.

–¿He de bajar? –preguntó.

–No. Subirá él.

–Vale –respondió secamente.

Se apoyó contra la puerta, y con las manos en la cabeza se dejó caer suavemente al suelo.

“Todo saldrá bien”, se repitió una y otra vez. “¿Qué puede salir mal?”.

Verano

9. Ludovico

No os avergoncéis, es normal que a estas alturas en la historia de nuestro portentoso músico hayáis desarrollado, como mínimo, un sentimiento de empatía y afecto. Hasta el momento, como habéis visto, su vida se ha forjado entre la continua amenaza de muerte, que sin descanso va pisándole los talones, y la perturbadora sombra de Arieta. Me siento en obligación de preveniros de lo que seguramente os acabe sucediendo al final de la vida de Florian. Pues si bien a muchos otros no avisé en su momento, hoy esas pobres almas aún se debaten con el duro juicio de su moralidad. Cuando todo esto acabe, descubrirán una, hasta entonces desconocida, empatía por la oscuridad. Pero vayamos con calma, pues aún nos queda gran parte del viaje. Dicho esto, no se queden en la puerta, entren y tomen asiento, por favor. Llegan en buen momento, los invitados están a punto de llegar.

○○○○○

–Florian, ¿se puede? –No contestó. Guardó silencio durante unos segundos mientras respiraba hondo.

–¿Florian? –insistió.

Lentamente, se levantó del taburete y se acercó a la puerta, cogió aire una vez más y, antes de que Aleksander volviera a preguntar por él, la abrió.

–¡Menos mal! –exclamó mientras entraba en la habitación. Florian se sorprendió al ver que el conde aún llevaba puesta la ropa de cama, algo que no había presenciado nunca, ya que el conde era una persona muy dada a las formalidades–. ¿Cómo... estás? – preguntó mientras tomaba asiento en la silla que había junto a la vieja mesa.

Florian se sentó en el taburete del piano con la mirada gacha, intentando disimular la sensación de soledad que sentía en aquellos momentos.

–Bien, Aleksander.

–Siento... no haberte pedido disculpas por lo de la cena. Fue... –suspiró al verse incapaz de definir con palabras lo que allí sucedió

–No se disculpe, entiendo perfectamente la reacción de la condesa –contestó.

Aleksander se quedó mirándole en silencio, sorprendido por su respuesta.

–¿Por qué...dices eso?

–Creo que tanto ustedes como yo sabemos sobradamente lo que se siente cuando te arrebatan lo que más quieres –Aleksander, que ya sospechaba la dirección que tomaría la conversación, asintió en silencio–. Nuestras vidas se mantienen en pie gracias a los

pilares de la gente que nos rodea. En mi caso eran mis padres; eran todo lo que tenía. – Sus palabras sonaban puramente a tristeza–. Ustedes, ella... perdió a su hijo, uno de sus pilares. Y ahora llego yo y ocupo su casa, su silla, su... vida.

–No digas tonterías... Florian. Aquí nadie está intentando ocupar el lugar de Albert.

–Tal vez usted no lo vea así, Aleksander. Pero la señora Schaldi... Su dolor muestra una perspectiva diferente a la suya. Protege el resto de pilares que siguen manteniendo su vida en pie, y estará de acuerdo conmigo en que usted, yo, y cualquiera, haríamos lo mismo.

–Tal vez, pero...

–El dolor no entiende de “peros”, Aleksander –le corrigió antes de que terminara la frase–. El tormento duele, y es continuo e imperecedero. El dolor es algo que... te transforma, te marchita.

Aleksander entendía las tristes palabras de Florian.

–Creía... No sé qué creía, para ser sincero –suspiró–. Supongo que inconscientemente me convencí ya hace tiempo de que todos habíamos superado la muerte de Albert, pero... creo que lo que he hecho todo este tiempo ha sido huir de la realidad.

–Estoy seguro de que sabrá retomar el camino correcto, Aleksander –le animó–. Para mí no está siendo fácil. Pero usted es un hombre con capacidades, no me cabe la menor duda de que estará a la altura.

Aleksander se sorprendió por la madurez con la que hablaba el muchacho, quien, desde su humilde postura, le estaba dando una valiosa lección. Podría esperar aquellas palabras de un anciano, de un hombre horadado por largos años de vida y experiencia, pero nunca imaginó que la mejor lección que recibiría provendría de un muchacho de quince años. Ambos guardaron silencio durante unos segundos mientras se miraban fijamente, intentando transmitirse el uno al otro una sincera porción de comprensión.

–Bueno. Supongo que será mejor dejar de lloriquear y que nos pongamos manos a la obra. Hoy es un gran día, ¿no? –acabó diciendo Florian para romper el hielo y dar por finalizada aquella delicada conversación.

–Cierto, muchacho. Hoy es un gran día, tu gran día. ¿Nervioso?

Florian se quedó pensativo unos instantes.

–No –sonrió–. ¿Debería?

–Si yo fuera tú... no hubiera dormido en toda la noche –contestó mientras esbozaba una sonrisa.

–Supongo que tiene razón.

–Será mejor que yo me vaya a arreglar. No sería muy elegante por mi parte recibir a los invitados así vestido, ¿no? ¿Crees que les gustaría mi originalidad?

Florian se rio al imaginar a Aleksander recibiendo a los invitados con la ropa de cama puesta.

–¡Desde luego que no! –exclamó alegremente.

–Eso mismo pensaba yo... Le pediré a Pabels que suba a ayudarte a vestirte –añadió mientras se levantaba de la silla y comenzaba a caminar hacia la puerta–. Por cierto...

–¿Sí, Aleksander?

–Gracias.

Florian le correspondió esbozando con una afectuosa sonrisa.

Realmente, Florian entendía solo parte del comportamiento de la señora Schaldi, pero no creía que fuera ni el momento ni el lugar para mantener una conversación así. Además, de haberlo hecho, seguramente hubiera puesto en peligro la confianza y su buena relación con Aleksander; a nadie le gusta escuchar opiniones desagradables sobre la gente a la que aprecia. Se acercó a la mesa y comenzó a pasar los dedos con suavidad sobre su ropa nueva. “Se nota que es de calidad”.

–¿Muchacho? –dijo Pabels desde el marco de la puerta.

Florian se dio la vuelta al escuchar su voz. Pabels cargaba un pesado espejo de cuerpo entero que, entre sudores y resoplidos, apoyó contra la pared.

–El señor Schaldi ha pensado que sería buena idea que contaras con un espejo en la habitación. Pero entre tú y yo, estoy seguro de que hubiera cambiado de idea si tuviera que haberlo subido él hasta aquí –añadió, guiñándole un ojo–. ¿Se puede saber por qué no te has cambiado a la habitación de abajo? ¡Me hubiera ahorrado una planta de esfuerzos!

Florian se rio al escuchar las declaraciones de su viejo compañero.

–Será mejor que me deje de tanta cháchara y nos pongamos manos a la obra.

No tuvo tiempo de responderle cuando las manos de Pabels empezaron a desabrocharle los botones del pijama.

Frente al espejo, y con una postura recta y forzada, Florian contemplaba su nuevo aspecto. La verdad era que, bajo la luz de la vela y en la intimidad de su habitación, parecía gustarle su nueva y refinada imagen. La camisa blanca brillaba bajo la pesada casaca verde, dejando a la vista desde el cuello hasta la botonera una retahíla de alegres y desenfadadas chorreras. Los pantalones blancos solo le llegaban hasta las rodillas, donde el relevo era tomado por unos calzones que se adentraban piel a través entre los pies y los estrechos zapatos negros.

–Perfecto... –murmuraba Pabels cada vez que se daba por satisfecho de la colocación de una prenda.

–Pabels... –dijo en voz baja.

–Dime, muchacho.

–¿Dónde aprendiste a...?

–¿A vestir a la gente?

Asintió con la cabeza.

–Eso es algo que le estaré agradecido eternamente al conde, porque fue él quien me enseñó.

–Pues hizo un buen trabajo.

Pabels no dijo nada al respecto sobre la buena observación del muchacho.

–Bueno. Ahora... el talco –continuó.

Florian se estremeció al escuchar la palabra “talco”.

–¿No sería mejor...?

Antes de que pudiera terminar la frase una esponjilla blanca y redonda impactó contra su cara, ahogando su voz en una nube de polvo.

Contó lo menos veinte golpes de esponja hasta que Pabels pareció darse por satisfecho. Cuando la volátil nube se empezó a disipar, el espejo le mostró el estrambótico resultado.

–¡Pero si parezco un fantasma! –exclamó al ver su cara

–Déjate de tonterías, chico. Estás perfecto –espetó.

Florian no dejaba de mirarse horrorizado en el espejo.

–Y ahora... la peluca.

–No, Pabels. Esa cosa todavía no.

–¿¡Cómo que no!? –exclamó.

–No. Esa me la puedo poner yo antes de bajar –añadió.

–¿Estás seguro de que sabrás ponértela tu solo? –preguntó con incredulidad. El muchacho era hábil, pero tenía sus reservas al respecto.

–Sí, sé ponérmela. Así que no se preocupe por ello.

Pabels se quedó pensativo unos segundos, valorando si era buena idea dejarle aquel detalle al chico. Finalmente, accedió a la petición.

–De acuerdo. Pero antes de que te vea nadie ve a buscarme, para que te... revise.

–Eso haré –contestó Florian alegremente, al ver que había ganado aquel pulso.

–Bueno. Me marcho, que los invitados están a punto de llegar y aún tengo parte de las cuadras patas arriba –dijo mientras emprendía camino hacia la puerta.

–¡Pabels! –exclamó justo antes de que este saliera de la habitación.

–¿Sí, muchacho?

Florian se acercó a él pensando rápidamente cual sería la mejor manera de formularle la pregunta.

–¿Recuerdas... cuando en la ciudad perdí el conocimiento?

–Sí, por supuesto.

–Había una mujer...

Pabels dejó escapar un suspiro.

–Allí no había nadie –atajó al entender por dónde iba la conversación.

–Pero... yo la vi. ¡Tú la viste!

–Mira, chico, estabas defallicido. Te habían intentado matar. Y casi lo consiguen. La falta de oxígeno nos puede... hacer ver cosas que no siempre son lo que parecen.

Florian se acercó más a Pabels, quien estaba intentando no verse doblegado por la mirada disconforme del muchacho.

–Allí había una mujer..., y sé que la viste.

Pabels, que no se encontraba cómodo al negarle la presencia de la mujer en aquella calle, sentía que le estaba llamando demente, y todo ello sin un motivo real.

–Aquella mujer que viste... –comenzó a decir en voz baja– Esa mujer que vistes es peligrosa, muchacho.

–¿Quién era? –preguntó emocionado ante la confesión de su compañero

–Desde luego no es a quien buscas. Y mejor que sea así –contestó secamente.

Florian, que no se sentía satisfecho con aquella respuesta, tomó fuertemente por el

brazo a Pabels justo antes de que intentara retomar su camino, dando así por finalizada aquella incómoda conversación.

–Dime quién era... –repitió con voz hueca y hostil.

–Esa mujer era Mirjeta. O la dama del callejón, como muchos la conocen.

“Mirjeta”, repitió Florian para sí mismo.

–Te aseguro que es a la última persona que te gustaría tener delante. Quien la conoce huye de ella como la peste, y poca gente osa a dirigirle la palabra; al menos quien le tiene aprecio a su vida. Es peligrosa –añadió.

–Pero tú parece conocerla... –contestó pensativamente.

–Esa mujer es la propietaria del mayor burdel de Praga. Y también el más peligroso. No es a quién buscas, ¡y no se hable más!

–¿Cómo estás tan seguro? –espetó

–¿Acaso no es pelirroja la mujer a la que buscas?

Florian se percató de la rotundez con la que Pabels había formulado aquella demoledora pregunta. Mirjeta tenía el pelo corto y negro, y lo que recordaba de su figura no encajaba en el recuerdo que tenía de ella.

–Ten por seguro cuando te digo que si Mirjeta quisiera verte muerto, ya lo estarías desde hace mucho tiempo. Además, ella nunca se mancha las manos de sangre, para eso tiene a la peor calaña del barrio a su servicio –continuó–. Así que olvídate de ella. Y deja de buscar fantasmas por la ciudad, o acabarás muerto a orillas del río. ¿He sido lo suficientemente claro? –añadió mientras le quitaba bruscamente la mano de su brazo. Florian asintió con la cabeza–. Repito, ¿he sido lo suficientemente claro?

–Sí... –murmuró

–Entonces no se hable más del asunto –sentenció mientras retomaba su camino–. Y no le hables a nadie de esa mujer; no si quieres que tu existencia sea lo más tranquila y apacible posible –le avisó justo ante de desaparecer por la puerta.

Florian se volvió al espejo para mirarse una vez más. Con suavidad se pasó los dedos por la cicatriz que, insistentemente, se negaba a desaparecer en su totalidad bajo la capa de talco que cubría su piel. “Mirjeta...”, susurró.

ooooo

Mientras tanto, en algún lugar de la casa...

–Pero mi señora, si me lo permite..., ¿no cree que esto es extralimitarse?

Al escuchar las palabras de Jaroslav, la fría mirada de Arieta se clavó en él.

–¿Estás cuestionando mis métodos? –espetó.

–De ninguna manera, señora. Solo digo que si quiere poner fin a la aventura del señorito Tonio con Florian hay otros métodos menos...

–¡Tonio no tiene ningún romance con ningún hombre, y mucho menos con ese... malnacido! –exclamó iracunda. Jaroslav tragó saliva ante la reacción de la condesa–. Harás lo que hemos hablado. Y no se diga más al respecto.

–Como usted mande, mi señora –dijo dándose por vencido.

Arieta se metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña bolsita de terciopelo negro. Con sumo cuidado sacó un pequeño frasco que contenía un líquido verde y, extendiendo la mano en el aire, se lo puso entre las manos.

–Ten mucho cuidado de no perderlo, me ha costado mucho conseguirlo.

–Entendido. Nadie sabrá de él –contestó Jaroslav mientras se lo guardaba con cuidado en el bolsillo de la casaca.

–Y recuerda: que no quede ni una gota en el frasco.

La paz que reinaba en el exterior de la mansión se disipó con la llegada de los primeros invitados. Ataviado con múltiples cintas de color azul, el imponente carruaje apareció por la desembocadura del camino arbolado, anunciando al personal de la casa su pronta, pero esperada, llegada a la celebración. Los abanderados oficiales salieron a toda prisa a su recibimiento, tomando posición en sus lugares asignados. A la voz de “arre”, los caballos avanzaban extasiados tras un largo trayecto, arrastrando la pesada estructura y a sus ocupantes. Las ruedas de este lucían una rica ornamenta en color dorado que, a pesar de haber atravesado numerosos tramos embarrados y de haberseles adherido pastosos pegotes de lodo, aún seguían luciendo brillantes y elegantes. Bajo la atenta mirada de las estatuas que franqueaban la entrada al patio central, el carruaje comenzó a aminorar la marcha hasta quedar completamente inmóvil frente a la puerta de la mansión. Las puertas de la casa se abrieron desde dentro lentamente, dejando paso a la imponente figura de la condesa Schaldi, quien, ataviada con un elegante vestido de fiesta, comenzó a caminar con expectación hacia las escaleras, parándose en el borde de estas con una sonrisa de júbilo. El cochero bajó del vehículo en silencio y, con suma elegancia, se inclinó cortésmente ante Arieta, quien, con un sutil gesto con la cabeza, aceptó su complaciente saludo. Acto seguido, se acercó a la puerta y, poniendo unas escalerillas de madera que iban ancladas bajo la estructura a los pies de la entrada, abrió su ornamentada puerta. Arieta, que no se había movido de su sitio, esperaba con impaciencia la aparición de su primer invitado, cuando un immaculado zapato blanco se apoyó sobre el primer peldaño.

Florian permanecía en silencio frente al espejo. Por más que se miraba no conseguía encontrarle el valor que la gente le daba al estatus que podía llegar ofrecer una peluca; no solo eran grandes y pesadas, por no hablar del ligero olor a rancio que desprendían, sino que además le hacían perder mucho tiempo al portador hasta que se la ajustaba correctamente. Da igual desde dónde, o cómo se mirara, la suya era horrenda y no le gustaba; le hacía sentirse un auténtico bufón. El silencio de la habitación se vio alterado por la algarabía de las voces y los pasos apresurados del personal de la casa, señal inconfundible de que algo estaba ocurriendo en el exterior. “La fiesta va a empezar”. Se miró una última vez al espejo y, cogiendo una gran bocanada de aire, pensó que ya estaba listo para enfrentarse al mayúsculo reto que se presentaba ante él aquel día. “Todo va a salir bien, tranquilo” se repitió una vez más aquella mañana.

La señora Sutermeister era una mujer bajita y delgada, pero a pesar de ello y de su frágil apariencia, había sido capaz de aguantar la contundencia de los chismorreos con

una estoicidad poco habitual en el círculo social en el que le había tocado vivir. Su marido, hombre de rasas expectativas, llevaba un ritmo de vida que ciertamente era mal visto por sus semejantes; sus problemas con el alcohol y las mujeres de “buen hacer” se habían convertido en su sello de presentación, y el principal motivo por el que casi siempre era el centro de atención allá donde fuera. Por otra parte, y no menos que a la altura de la fama del señor Sutermeister, los gustos de su esposa por los chicos jóvenes también habían creado a su alrededor una maraña de cotilleos; allá donde fueran ambos la polémica estaba servida. A pesar del casual rechazo que a veces provocaba ese adinerado matrimonio, para Arieta eran la fórmula perfecta para sus fiestas, ya que no solo garantizaba a un Sutermeister borracho y a otro incapaz de contenerse ante los asistentes más jóvenes, sino que aquel matrimonio siempre estaba al día de todo lo que ocurría en Praga, y los licores tenían la cualidad de soltar y aligerar sus lenguas. Una pequeña parte de Arieta sentía lástima por ellos, y era eso lo que hacía que no les tratara con su habitual falsa cordialidad. Con paso firme, y entre gritos extrovertidos y risas, los Sutermeister avanzaron entre alegres aspavientos hasta las escaleras de la mansión, donde la condesa Schaldi les esperaba. El ruido de caballos anunciaron nuevamente que más invitados estaban llegando ya a las puertas de las propiedades. Uno tras otro, los carruajes fueron apareciendo por el camino de entrada, cada uno más reluciente y adornado que el anterior.

En silencio, Florian bajo las escaleras esquivando al personal de la casa, que corría de un lado a otro en el esfuerzo de perfilar los últimos detalles; ellas corrían escaleras arriba, cargadas con voluminosos montones de toallas, y ellos, ya ataviados con su uniforme de abanderado, las seguían en silencio, repasando el trabajo de estas con una minuciosidad desmedida.

–¡A un lado, a un lado! –le indicó una de las sirvientas al tiempo que le esquivaba.

Todo le parecía totalmente diferente. Los adornos que habían sido meticulosamente colocados por los rincones hacían que la casa brillara con una luz diferente. Enormes candelabros de pie se extendían a lo largo de las paredes, que con sus decenas de velas encendidas hacían brillar a la casa con una luz etérea y mística. A lo largo de la barandilla de las escaleras se habían colocado cientos de pequeños centros florales de rosas blancas, las cuales liberaban en el aire una sutil y delicada fragancia que se filtraba por la nariz y acababa engatusando los sentidos. Florian se acercó a uno de ellos y, con cuidado de que no se le cayera la peluca por el hueco de la escalera, olió sus exuberantes flores; algo en aquel aroma le recordaba a su madre. Continuó bajando las escaleras camino a la planta baja, cuando un gran grupo de hombres y mujeres de buen vestir entraron por la puerta de la mansión y, sin frenar su paso, continuaron animadamente su camino hacia el salón principal. Con un nudo en la garganta, y el pánico azotando su cuerpo, Florian se giró en las escaleras con la intención de volver a su cuarto a esconderse, pero Tonio, alto y refinado, apareció tras él para frustrarle la huida.

–Hola, caballero. Creo no tener el placer de conocerle... –dijo pícaramente.

Florian se puso rojo al escuchar su disimulado coqueteo.

–Iba a...

–Estás... sorprendentemente atractivo –apuntó.

–Gracias. La verdad es que... –Florian comenzó a rascarse la cabeza metiendo los dedos por debajo de la peluca

–Lo sé... Es molesta

Florian asintió.

–No te preocupes. Supongo que a todos nos ha pasado la primera vez, pero te acostumbras –dijo señalando la que llevaba él.

Florian miró la peluca de Tonio pensando si la suya podría haber sido igual, de menor tamaño.

–Bueno, pues parece que los invitados han llegado. ¿Me acompañas? –le invitó cortésmente.

Florian, que no sabía qué excusa ponerle para no tener que bajar, hizo de tripas corazón y decidió aceptar la propuesta. Al fin y al cabo, ¿quién mejor que el amor de su vida para ayudarle a enfrentar el inicio de aquel inquietante día?

Tonio fue el primero en salir por la puerta al exterior, ya que Florian, a paso rezagado, dejaba que él marcara el ritmo. El sol brillaba flagrantemente sobre los numerosos carruajes, proporcionando calor y comodidad a los caballos, que, entretenidos con las grandes montañas de pasto, no prestaban atención a aquello que no fuera su pajiza recompensa a su duro esfuerzo. Jamás había visto tanto carruaje junto, y fue eso mismo lo que provocó que en su interior se desataran con furia los nervios. Si allí fuera había al menos cincuenta carruajes, quería decir que a la fiesta habrían asistido, al menos, cien invitados. Y eso en el mejor de los casos.

–Parece que ya están todos en el Gran Salón –apuntó Tonio–. Vamos para allá.

Aquellas palabras se anudaron alrededor de las tripas de Florian, estremeciéndole por dentro con intensidad. Sin tiempo para reaccionar, Tonio le tomó de la mano y tiró de él nuevamente, guiándole hasta el interior de la casa.

–Muchas gracias a todos por asistir a la fiesta de disfraces de verano –comenzó Aleksander su discurso–. Es para nosotros un orgullo poder contar con ustedes un año más en una celebración que, si bien ya es conocida en toda Praga por su originalidad, con las sorpresas que hemos organizado para este año la condesa y yo, esperamos que se haga un eco aún más profundo en toda la ciudad.

El clamor de la gente se abrió paso a través del silencio que había acompañado las primeras palabras del conde. Las mujeres asentían y murmuraban alegremente tras sus abanicos, que agitaban enérgicamente como señal de júbilo, y los hombres, elegantes y corteses, guardaban silencio con una sonrisa como ofrenda a la gran fama y cordialidad de los Schaldi. –¡No se agiten tan pronto, mis queridas amigas! –exclamó Aleksander en un intento de serenar a las excitadas mujeres–. Están nerviosas, y lo entiendo; cualquiera lo estaría en una fiesta que se presenta, como poco, prometedora, ¿no? –añadió con una sonrisa condescendiente

Aleksander hizo un disimulado gesto a uno de los abanderados que se encontraba en el lateral de la sala, el cual, al ver el gesto de este, salió disimuladamente por la puerta de

las cocinas.

–En nombre de la condesa y el mío queremos explicarles cómo se desarrollará este gran día. –La gente guardó nuevamente silencio, expectantes por saber qué sorpresas se presentarían durante la celebración–. En primer lugar, comenzaremos la velada en el exterior; hace un día perfecto para la ocasión –continuó–. Allí disfrutaremos de una sobremesa de deliciosos bocados, regados con un exquisito vino traído del este de Europa. Hemos preparado dos habitaciones de la casa –añadió–: una para las mujeres y otra para nosotros, con toda una variedad de disfraces para así poder divertirnos en el laberinto de rosales. –Las ahogadas risas de las mujeres se impusieron por encima de la voz de Aleksander al oír aquel anuncio, mientras Arieta agradecía con una sonrisa y asentimientos de cabeza la alegre reacción de sus invitadas–. Acto seguido, entraremos en la sala de celebraciones, la cual me he encargado personalmente de que disponga de todo lo necesario para que se encuentren plenamente cómodos. Allí podremos disfrutar del entretenimiento de un grupo de acróbatas, que estoy seguro de que aportarán una gran cantidad de cómicas representaciones que nos harán disfrutar. –Aguardó unos minutos de silencio para que los invitados dejaran de murmurar, y así poder anunciar la gran sorpresa que tenía reservada–. Pero lo mejor de todo llegará justo después, justo antes de la cena –continuó–. La última parte de la celebración la abrirá... –Las palabras de Aleksander se vieron interrumpidas por la ruidosa entrada al salón de Tonio y Florian, quienes, siendo conscientes de su interrupción, se quedaron petrificados en la puerta sin saber qué decir–. Él –dijo Aleksander mientras señalaba al sonrojado Florian.

Los asistentes se giraron sobre sí mismos para ver a quien señalaba el conde. En cuestión de segundos los murmullos se abrieron paso nuevamente en el del salón. Florian, abrumado por la cantidad de miradas que se habían posado sobre él, se acercó aún más a Tonio.

–Se preguntarán quien es, cómo se llama, y por qué ese joven va a ser el encargado de la apertura de la cena. Les diré que se sorprenderán gratamente llegado el momento –añadió–. Como les estaba anunciando, la apertura de la cena será nuestro ya habitual concierto de música. Solo que esta vez no contaremos con nuestro ilustre Pascal Giacometti, sino que será ese joven el encargado de hacer una vez más de la música nuestro mayor deleite.

Ahora los murmullos era un poco más fuertes, y Florian podía escuchar a algunos de ellos. Las mujeres se preguntaban las unas a las otras quién era aquel joven, cómo se llamaba, o si alguna vez alguien le había visto en algún concierto; todas las respuestas fueron negativas. Sobrepassado por la situación, sintió como si las piernas le fueran a fallar en cualquier momento.

–Nuestro querido conde, ¿nos puede revelar el nombre de... esta gran sorpresa? –acabó preguntando una curiosa invitada tras los flecos de su abanico.

–Pues... su nombre es... –Aleksander dudó–. No se lo voy a revelar aún, señores –terminó por decir.

Las palabras del conde levantaron un gran revuelo entre los asistentes.

–¿Y eso a qué se debe, nuestro querido anfitrión? –preguntó un hombre bajito y

regordete.

–¡Señores, no queramos romper la magia del momento! –respondió alegremente–. Dejemos que el misterio nos... embriague, ¿les parece?

Las excusas de Aleksander parecieron causar buen efecto entre los invitados, que entre murmullos y miradas escrutadoras levantaban sobre Florian un enigmático velo.

–¡Y ahora, para dar comienzo a este grandioso día, mis empleados les guiarán hasta las habitaciones que les indique! ¡Así podrán elegir sus atuendos para los juegos! – exclamó para dar por finalizado su discurso de apertura

Tonio tomó del brazo a Florian y le guio hasta a un lateral del salón para que los invitados pudieran ir saliendo. Según desfilaban entre animadas conversaciones y risas, algunos de ellos le miraban con gran curiosidad. “No le he visto en mi vida”, escuchó a más de uno. No entendía por qué Aleksander no había revelado su nombre en aquel momento; no tenía nada que ocultar. Podría haber pensado miles de excusas para no haberlo hecho, pero la que más le preocupaba era que el motivo de su esquiva respuesta hubiera tenido que ver con su procedencia. O tal vez su descendencia, la cual era la de una familia de vulgares campesinos. Fuera cual fuera el motivo, él siempre estaría orgullosos de sus raíces.

Ya casi no quedaban invitados por salir del salón cuando Aleksander le hizo un gesto para que se acercara a él. Con cierta inquietud comenzó a atravesar el salón, cuando Aleksander le hizo un nuevo gesto para que le siguiera mientras se metía por una puerta del fondo. Segundos después ambos se encontraban en la privacidad de una pequeña habitación, alejados de todo el mundo.

–Estás muy elegante.

–Gracias, Aleksander –respondió–. Aunque no se...

–No, en serio. Te sienta bien la ropa; prueba del buen gusto de nuestro querido Davensfer –añadió.

Florian se miró con ciertas dudas al respecto.

–Verás... No he dicho tu nombre ahí fuera porque...

–¿Se avergüenza de mí, señor? –intervino Florian.

Aleksander se sorprendió al escuchar la pregunta del muchacho.

–No, por dios... No digas tonterías, Florian.

–¿Entonces, señor?

–¿No lo entiendes, Florian? Tienes un talento sinigual, un talento que jamás he visto.

–Florian se sonrojó al escuchar aquellas palabras–. No podemos presentarte al mundo como Florian, eso sería desaprovechar ese don –continuó–. Los grandes de la música tienen nombres con fuerza, con... –se quedó en silencio, pensativo.

–Pero mi nombre es el que es, señor –intervino.

–Sí, sé que tu nombre es el que es. ¿Pero acaso no te has reinventado? ¿Acaso no es lo que has hecho desde el principio, día tras día?

Florian entendió rápidamente por dónde iba el conde.

–En cierto modo... sí –acabó respondiendo.

–Pues por eso mismo. Te has reinventado, has sabido caer y levantarte pese a todo.

Has creado de tus propias cenizas algo aún más grande e imponente. ¿Por qué no mostrarte al mundo como tal?

–¿Quiere... que me cambie el nombre? –preguntó desconcertado.

–¡Sí! ¿iPor qué no!? –exclamó–. Preséntate al mundo como el gran compositor que he descubierto que eres. Quiero decir, si te has reinventado hasta el punto de superar con creces cualquier desafortunado sino, ¿por qué no dar un nuevo nombre a esa renovada y poderosa persona que eres?

“Nueva y poderosa”, se repitió para sí mismo Florian.

–Tiene razón –dijo con decisión.

–Venga, piensa qué nombre quieres usar. Piensa en algo que te traiga buenos recuerdos, algo con lo que te sientas identificado y de consistencia y credibilidad al nombre.

Florian se quedó pensativo unos minutos.

–Ludovico Vesnitti.

–Ludovico Vesnitti... –repitió Aleksander en voz baja–. Suena bien..., posee fuerza... ¿Tiene algún significado para ti? –posó la mano sobre su hombro.

–Sí, señor. Ludovinko era el apellido de mi madre, y Vesnet era el de mi padre.

–Entiendo... Los has adaptado hábilmente. Suena muy bien. ¡El gran Ludovico Vesnitti! –exclamó teatralmente–. Me gusta, sí, señor. A partir de ahora serás el joven Ludovico. Y así serás presentado.

–Florian sonrió al ver la reacción del conde–. Pues no se hable más, Ludovico. ¡Es hora de que empiece la fiesta!

Con un cariñoso gesto, Aleksander le invitó a que saliera junto a él de la habitación y se unieran al resto de invitados; había llegado el momento de empezar con la celebración.

10. Causa et effectus

El exterior de la mansión se había transformado en un improvisado zoológico. Los invitados disfrutaban del apacible tiempo ataviados ya con sus disfraces, elegidos según sus gustos y preferencias. Tomaban refrescantes copas de vino y comían porciones de fruta fresca entre risas y animadas conversaciones. Con solo echar un vistazo, Florian pudo discernir el auténtico carnaval en el que se había transformado todo el mundo: cisnes, lobos, tigres, mariposas, e incluso un ángel. Con paso firme bajó las escaleras al exterior, aproximándose lentamente y en silencio al primer grupo de asistentes. Tonio le había dicho que iría disfrazado de lobo, el único de toda la fiesta, por lo que no tardó en localizarlo. Para sorpresa de Florian, Tonio no llamó su atención por el disfraz, sino porque a su alrededor se congregaban numerosas chicas que parecían estar coqueteando con su joven conde. Aquella visión levantó en él un instinto antes no descubierto; no solo le estaban intentando arrebatar a Tonio, que ya de por sí era insultante, sino que también él parecía estar disfrutando de aquella marea de piropos, algo que aún le dolía más. Dudó si sería buena idea acercarse para proteger lo que él consideraba suyo, pues una vez allí no podría quejarse de la actitud de las jóvenes muchachas, y menos todavía de la del propio Tonio. Pero acabó considerando que si no podía interferir en aquel proceso de cortejo, podría, al menos, controlar que ninguna le ofreciera su fruto carnal; de ser así, al menos sabría cuál era su respuesta. Comenzó a caminar entre los grupos de animales que se habían formado sobre el césped, percatándose de que la gente le observaba con detenimiento al pasar junto a ellos, teniendo que soportar sus murmullos. Cuando llegó al final de la explanada, Adeline, chica esbelta y desenfadada, fue la única en percatarse de su presencia, algo que a él le resultó imperdonable por parte de Tonio. El agasajado lobo estaba rodeado por una gacela, un cisne, dos pájaros, y por Renata, que iba disfrazada únicamente con un antifaz de plumas. Esta se acercó a él, interceptándolo antes de alcanzar a Tonio.

–¡Hola, chico sin nombre! –exclamó.

–Tengo nombre –protestó secamente.

Renata no se inmutó al escuchar el tono de su contestación, y continuó con su atrevido humor.

–¿De dónde sales tú? Quiero decir..., no eres hijo de los condes Schaldi, y tampoco eres un familiar. Así que...

–No salgo de ninguna parte... –respondió mientras se movía y miraba por encima de Renata buscando conexión visual con Tonio.

–¡Venga, de algún lugar tienes que salir! ¡Todos salimos de algún lado! –prosiguió mientras intentaba ponerse allá donde él moviera la cabeza.

–Que no salgo... –Florian empezó a irritarse por el comportamiento de la joven–. ¿¡Quieres estarte quieta de una vezi? –exclamó malhumoradamente al vérselo agotada su paciencia

–P-perdón... No quería...

Renata, asustada por la reacción de Florian, empezó a retroceder avergonzada, sintiendo cómo las miradas se posaban sobre ellos. Él, sin darle importancia, no apartó la mirada de Tonio, quien se había girado debido a los gritos de este y ahora era él quien le miraba, pero con una denotación de enfado. Ambos se quedaron mirando el uno al otro unos segundos, hasta que Tonio decidió que lo mejor sería hablar con él y ver el porqué de aquella desmedida reacción.

–Si me disculpan un momento, señoritas... –dijo cortésmente–. Florian, ¿podemos hablar un momento?

Él ni siquiera asintió del enfado que tenía. En silencio se acercó a Tonio, y ambos se apartaron unos metros de cualquier oído curioso.

–¿Se puede saber qué diablos te pasa? –preguntó con seriedad.

–¿Tú? ¿Precisamente tú me vas a preguntar a mí qué es lo que me pasa?

Florian, que no daba crédito a la pregunta de Tonio, puso los brazos en jarra indignadamente.

–Sí, a ti. ¿O no me he expresado lo suficientemente bien? –espetó.

–Esto es surrealista –pensó en voz alta–. ¿¡Acaso te piensas que no te he visto!?

–¿¡Ver el qué!? –exclamó en voz alta antes de darse cuenta de que estaban llamando la atención de la gente, quienes les observaban disimuladamente a lo lejos–. Mira... No sé qué habrás visto o qué se te habrá pasado por la cabeza, pero... sinceramente, no creo que tu reacción haya sido la más correcta.

–No intentes eludir la responsabilidad de tus actos, Tonio. Te he visto encantado rodeado de todas esas chicas jóvenes que te decían lo guapo que eres. ¡O vete tú a saber que te estarían diciendo! –le reprochó indignado–. Pero desde luego se te veía muy por la labor de corresponderles a todas ellas.

–¿En serio? ¿Ese es tu concepto de confianza? –le recriminó. –Florian apartó la vista con un resoplido–. Mira..., Florian. Deberías irte acostumbrando a estas situaciones. ¿Qué crees que significa ser el hijo soltero de unos condes? ¿Crees que a mí me gusta tener que aguantar a muchachas descaradas e interesadas? Porque entonces estarías muy equivocado –Florian, que empezaba a darse cuenta del grave error que había cometido al dejarse llevar por sus celos, guardó silencio, esperando que Tonio lo entendiera como arrepentimiento–. Eres joven, atractivo, y tocas excepcionalmente el piano, pero esas cualidades no te van a salvar de estas situaciones. Y mucho menos te van a servir para que yo desee estar a tu lado. Será mejor que pienses en ello. Pero procura no dejarme en evidencia hasta que termines de entender cuáles son las reglas que rigen la nueva vida que se te ha brindado.

Con aquellas palabras Florian se quedó solo allí de pie, mientras él se alejaba y se volvía a integrar entre los invitados. En aquel momento las ganas de romper a llorar alcanzaron su punto álgido, e inevitablemente, a causa del dolor que le habían provocado las palabras de Tonio, decidió marcharse de allí y buscar un lugar en el que se

podiera consolar en soledad.

Sentado en el banco, y sobre las aguas del lago, rompió a llorar. Ciertamente, se encontraba confundido, ya que por una parte se sentía indignado con el comportamiento de Tonio con aquellas muchachas, y por otra, las palabras de este habían roto la falsa burbuja en la que vivía su amor con él. Ciertamente era que Tonio le había dicho en la intimidad de su dormitorio que siempre sería suyo, y que por nada del mundo su amor sería para otro que no fuera él, pero había pasado por alto esas reglas que, según él, marcaban la trayectoria de una persona de poder. Tonio no podría acogerse en enlace con él, y esa era una realidad que había pasado por alto; una realidad que desde dentro de su idílica y engañosa burbuja no había podido contemplar. Tarde o temprano debería dar continuidad a su linaje, y, por mucho que él se aferrara a su clandestino amor, siempre estaría presente la amenaza de una mujer. ¿Sería capaz de anteponer al título de conde a su pasión hacia él? ¿Rechazaría la idea de abandonarle, a pesar de estar prohibida la relación entre hombres? Por un momento pensó que no. Pero el fuerte convencimiento de este, al decirle aquella noche sobre la cálida alfombra de su habitación que siempre sería de él y para él, se impuso sobre sus miedos. “Él jamás me haría algo así. Me lo prometió”.—Un caballero nunca debe llorar.

La voz de Jaroslav le sorprendió. Y secándose rápidamente las lágrimas de la cara se giró hacia él.

—No..., no estaba llorando. Solo es que...

—¿Me dirá que se le metió un insecto en el ojo? —dijo mientras se sentaba a su lado—. Sí... En esta época del año ciertamente hay demasiados —añadió con un suspiro. Florian permaneció en silencio—. No sé qué es lo que le ha motivado a venir aquí a llorar, pero estoy seguro de que no le parecerá tan grave mañana.

—¿Cómo sabía que estaba aquí? —quiso saber.

—Bueno, podríamos decir que no es el primero que viene aquí a ahogar sus penas —le confesó Jaroslav con un movimiento de hombros—. Supongo que vivir rodeado de mujeres te enseña... el lado melancólico de los lugares. Y ahora..., ¿querrá contarme qué le sucede?

Florian no podía entender por qué Jaroslav, aquel hombre que había ayudado a la señora Schaldi a organizar la quema del piano como castigo, se encontraba ahora ofreciéndole un hombro sobre el que llorar; acto seguido recordó que fue ese mismo hombre quien, contra todo pronóstico, le salvó la vida el día del altercado en la ciudad, por lo que, ante aquel detalle, reconsideró la idea de que Jaroslav realmente tuviera algo en su contra. No solo se había creado una falsa perspectiva de él, sino que además se había dejado llevar por su instinto de supervivencia alejándose de él todo lo posible, evitando así lo que debería haber hecho en su momento: darle las gracias.

—Yo quería... —comenzó a decir Florian.

—¿Sí?

—Quería darle las gracias, Jaroslav.

—¿A mí? —preguntó—. ¿Por qué debería darme las gracias?

—Por... salvarme aquel día.

Jaroslav suspiró al escuchar las palabras de agradecimiento del muchacho.

–No las merece, muchacho. Cualquiera en mi situación hubiera hecho lo mismo.

–No se confunda... Otro no hubiera puesto su vida en riesgo por un simple chico de campo.

–Entiendo. Supongo que en eso tiene razón, pero mi juicio y moral no me hubieran permitido descansar. Al menos tan plácidamente como lo hago ahora –respondió esbozando una escueta sonrisa–. Pues... viendo que no va a soltar prenda del porqué de este berrinche pasajero..., será mejor que volvamos a la fiesta, ¿le parece, señor Florian? –añadió.

Al escuchar el título por el que acababa de referirse a él, se sorprendió gratamente de la cercanía que parecía haber adquirido en ese momento su relación con Jaroslav.

–Ludovico, Jaroslav. Ahora soy el grandioso Ludovico Vesnitti –le corrigió con sorna.

–Así que ese es su nuevo nombre, ¿eh? –le golpeó suavemente el hombro con el puño–. Interesante...

Florian adquirió una postura erguida, y sacando pecho se mostró orgulloso de su nueva imagen.

–Pues así sea, señor... Ludovico Vesnitti. ¿Le gustaría acompañarme de regreso a la fiesta?

Florian asintió alegremente mientras se levantaba del banco.

–A su paso, señor Jaroslav –contestó.

Jaroslav se levantó del asiento y, pasando el brazo por el hombro de Florian, emprendieron el regreso a los jardines. Florian iba a preguntarle sobre los invitados, cuando Jaroslav paró en seco.

–¿Va todo bien? –le preguntó extrañado.

Tardó unos segundos en responderle.

–Sí..., solo ha... Solo ha sido un calambre. Venga, continuemos.

El pulso de Jaroslav se aceleró en el momento en el que metió la mano en el bolsillo de su casaca y tocó con la punta de los dedos el frasco que le había dado Arieta. No sabía qué podía tener la condesa en contra de aquel muchacho –aparte de lo sabido entre Tonio y él–, pero fuera lo que fuese no debía de ser como para merecer un final así; había sido clara y concisa, y no toleraría ningún error al respecto. Durante el trayecto de regreso, bajo las copas de los árboles, iba contemplando cómo aquel alegre muchacho se acercaba inconscientemente a su final. Ahora era él mismo quien se debatía en duelo con su propia moral, un duelo entre lo correcto y la obediencia, entre ser nuevamente la salvación para aquel muchacho o su verdugo; sin darse cuenta, se había convertido en el juez de uno de los casos más oscuros que se le habían presentado a lo largo de su vida. Y realmente la pregunta que le asaltaba la mente no era si debía hacer o no lo correcto, era la de si sería capaz de traicionarse a sí mismo y a qué precio.

Todos los invitados se reunieron alrededor de Arieta cuando esta comenzó a golpear el borde de su copa con una cucharilla de plata. A pesar de ser una mujer recta y muy dada a las formalidades, para aquel momento había elegido una vestimenta acorde al

momento. Durante la apertura de la celebración había llevado un elegante vestido a la francesa, que consistía en un ajustado corsé que se encargaba de estilizar su opulento busto, y, sobre este, un elegante un peto triangular de color azul con aguas en las mangas. Completaba su indumentaria con una falda y una sobrefalda del mismo color, pero con elegantes bordados en dorado. Sin embargo, para aquel momento había dejado de lado todo convencionalismo, había cambiado aquel elegante vestido por uno de menor envergadura y de color blanco que, adornado por doquier con cientos de plumas blancas que bailaban con la brisa del medio día, parecía simular el cuerpo emplumado de un cisne. Un antifaz íntegramente hecho de plumas blancas cubría su rostro, siendo este el broche final de su disfraz. Jaroslav y Florian llegaron justo antes de que la condesa comenzara a hablar.

–Gracias a todos por venir –comenzó a decir–. Me llena de orgullo poder contar con todos ustedes en un día como el de hoy.

Los invitados comenzaron a aplaudir suavemente al escuchar las palabras de agradecimiento de la condesa.

–Vamos a dar comienzo a los juegos –prosiguió–. Por lo tanto, y aunque muchos de ustedes ya conocen cuál es el procedimiento habitual, voy a explicarlo para aquellos que aún no lo conocen.

Florian, que se quedó al final de la aglomeración de gente, observaba con detenimiento a la condesa. “El lobo se ha disfrazado de cordero... Qué oportuno por su parte”, pensó.

–En estas bolsas –las alzó en el aire– están todos sus nombres apuntados en un papel. En la de color rojo están los de las damas, y en este otro de color negro, los de los caballeros. Procederé a sacar uno de ambas bolsas, y así sabremos qué caballero será el perseguidor, y qué dama será la perseguida. El caballero ha de dejar un margen a su... presa, para que se adentre en el laberinto, por lo que deberá contar hasta veinte antes de comenzar con su persecución. Cuando la presa sea capturada por el caballero que le ha sido asignado, ambos deberán salir del laberinto. La última pareja que salga será la ganadora –añadió.

Los invitados comenzaron a aplaudir emocionadamente al escuchar las reglas del juego.

Florian, que había escuchado con detenimiento las palabras de Arieta, sintió un escalofrío al saber que también Tonio tendría la misión de capturar a alguien; solo esperaba que no fuera una de esas muchachas que ya habían intentado con anterioridad seducir sus sentidos.

–¡Señora Albertina..., y señor Fülth! –comenzó a nombrar al tiempo que sacaba los papeles de las bolsas

La gente estallaba entre aplausos y vítores cada vez que la condesa sacaba un par de nombres de las bolsas.

–¡Señora Sutermeister..., y Werner! –prosiguió.

Florian se sobresaltó al escuchar el nombre de Werner; no sabía que había asistido a la fiesta, y tampoco le había visto en ningún momento. Con curiosidad miró a la muchedumbre para ver si se movían los recién nombrados, cuando, desde el margen

derecho, la figura de un hombre se acercó a la condesa y, con una reverencia, se reunió con su pareja, que iba disfrazada de gato. Afinó la vista todo lo que pudo para verificar que realmente se trataba del Señor Werner, pero este llevaba un gran abrigo oscuro, y su rostro, oculto tras un antifaz negro, no ofrecía demasiados rasgos con los que poder confirmar su identidad. Nombre tras nombre, e invitado tras invitado, el grupo de personas que se reunían frente a Arieta fue menguando, cuando llegó el momento que tanto estaba temiendo.

–¡Señorita Ritz... y Schaldi! –exclamó.

Los murmullos y vítores subieron de intensidad al escuchar el apellido de los condes. Florian miró por todas partes buscando al señor Aleksander. Sin embargo, fue Tonio, quien, a paso firme y aplaudiendo con los brazos en alto, se acercó a la que parecía ser su acompañante de juegos, quedando así confirmados sus temores.

–¡Es Renata Ritz!

–¡Qué suerte ha tenido! –exclamó una pareja de mujeres que había frente a él.

–¡Muy bien, señores! ¡Que las damas huyan de sus parejas! –exclamó Arieta.

Tras aquellas palabras, las mujeres salieron corriendo en estampida, perdiéndose entre los muros del laberinto entre risas picaronas. Poco después, los hombres se adentraban agazapados y en silencio. Inquieto por lo que pudiera suceder allí dentro, barajó la idea de entrar él también, a pesar de haber rechazado la oferta del señor Aleksander de participar activamente en el juego. Pero si Tonio le descubría, sabría que su propósito era el de espiarle, y eso no solo empeoraría el asunto, sino que podría terminar destruyendo todo lo que había construido con él: su confianza, su lealtad, y su amor. Ante el temor de poder perderlo todo decidió aguardar allí de pie, rogando que Tonio y Renata salieran de allí lo antes posible. Los gritos de las mujeres anunciaban que: o bien habían sido ya capturadas, o que su captor las había descubierto, y que estas corrían enérgicamente para ponerse a salvo; fuera cual fuese el motivo del grito, minutos después emergía la pareja por la salida del laberinto entre risas y camufladas intenciones. Florian veía cómo, una por una, las parejas iban saliendo de allí. No había rastro de Tonio.

–¿Has oído esos gemidos? –preguntó una mujer que acababa de salir con su acompañante.

–¡Parece ser que ahí dentro alguien se está divirtiendo... en todos los sentidos! –contestó el hombre

El miedo se apoderó de él al escuchar aquellas palabras, y, superado por sus temores, tomó la decisión de adentrarse en él por un lateral en busca de Tonio.

El sol aún no había alcanzado su altitud máxima, por lo que los silenciosos pasillos ofrecían un sinfín de juegos de sombras. Las paredes, altas y tupidas, impedían que el sonido las atravesara, reduciendo drásticamente el eco de los gritos y las risas hasta convertirlos en un frugal murmullo. Avanzaba corredor tras corredor, cruzándose raramente con alguna de las muchachas que aún quedaban allí dentro y que huían acaloradas de su propia sombra. Continuó en la búsqueda de Tonio mientras los nervios y el miedo se afianzaban más y más dentro de él, cuando el sonido de una voz llegó a sus

oídos. Parecía él, pero se escuchaba como si se encontrara a una distancia mayor de la que podían ofrecer aquellos verdes pasillos. Apurando el ritmo continuó su camino con la intención de girar hacia el norte, que era de donde creía que procedía aquella voz, cuando al girar la esquina se chocó con alguien.

–¡Disculpe! –exclamó el hombre de negro mientras continuaba con su persecución.

Florian, desplazado por el golpe, se quedó apoyado en el muro contra el que había impactado. Por unos intentos la sangre se le congeló, puesto que aquella situación le había recordado el día en el mercado cuando el misterioso encapuchado chocó con él y le dejó entre las manos el cuchillo con el que había asesinado al esposo de la vendedora. Por unos segundos pensó que aquel opulento hombre encapuchado era el mismo que el del día, algo en él le resultaba familiar; idea que desechó al momento al recordar que bajo ese disfraz seguramente se escondía el señor Werner. Inmerso en sus pensamientos, la voz llegó a él con más claridad, confirmando entonces que se trataba de Tonio, quien parecía tener una acalorada conversación con alguien. En silencio avanzó buscando el punto exacto del que provenían los murmullos y se detuvo en el centro del pasillo. Las voces provenían justo del otro lado del muro, el cual, al ser uno de los centrales y recibir menos luz que los situados más al exterior, las plantas presentaban agujeros y calvas en su robusta estructura. Conteniendo el aire, aprovechó los huecos de este para observar que estaba sucediendo al otro lado. Los muros formaban una pequeña pero espaciosa placita, donde un banco de piedra tallada ofrecía a sus exploradores un lugar donde descansar y expiar en la más absoluta intimidad sus pecados. Tonio se encontraba sentado en él en compañía de Renata, ambos se habían quitado sus máscaras, y, a pesar de llevar el rostro empolvado, podían apreciarse sus acaloradas mejillas. Sujetaba las manos de Renata entre risas y murmullos a corta distancia, y ella, entre suspiros ahogados, parecía estar disfrutando. Un sentimiento de traición creció dentro de él al ver a su amado enfrascado en aquel cortejo, cuando Tonio se levantó del banco, dejando al descubierto el rostro de Renata. Cuando Florian reparó en el aspecto de esta, el corazón le dio un vuelco, pues de todas las opciones que le había ofrecido su atormentada mente, no esperaba encontrarse una tan retorcida. Renata era una joven muchacha de rasgos finos y bien proporcionados, entre los que destacaban unos labios finos y melosos que invitaban a ser besados; la belleza de aquella muchacha era sin duda llamativa. Pero los fantasmas resucitaron en su mente al descubrir que, sobre aquella chica, se coronaba una larga y tupida melena pelirroja, tan roja como el alba. Al contemplar aquel rostro en su conjunto no pudo evitar que el desagradable recuerdo de su verdugo volviera a él, provocando que el rostro de Renata se transformara ilusoriamente en el de la mujer de rojo. Asustado por aquella malévola transformación, Florian, sin aliento, se apartó del agujero por el que los espiaba, dejándose caer de rodillas sobre en el suelo. Un miedo irracional creció dentro de él, haciéndole revivir, una y otra vez, la pesadilla que vivió junto a su familia; una pesadilla que no parecía que fuera a tener fin hasta que la mujer de rojo exhalara su último aliento. Respiró hondo varias veces hasta que se sintió con suficientes fuerzas como para volver a mirar por el agujero, y fue entonces, en aquel instante en el que su ojo se posaba en la abertura, fue cuando vio cómo Tonio besaba la mejilla de la muchacha.

–¡Oh..., Tonio! –gimió al sentir sus cálidos labios.

–¿Nos marchamos, flor mía?

–Sí –contestó abrumada.

Florian, con la sangre helada por lo que había visto, fue testigo de cómo ambos emprendían camino hacia la salida del laberinto para reunirse con el resto de invitados; si no había más parejas en el interior, Tonio y Renata serían, irremediablemente, los vencedores de aquel juego, uno del que, sin saberlo, él había formado parte ciegamente. Recuperando la serenidad, retrocedió sobre sus pasos hasta salir del laberinto por la misma entrada lateral por la que había accedido. Con disimulo se mezcló entre los exaltados invitados que, entre gritos de alegría y felicitaciones, coronaban a la pareja como vencedores.

La comida de medio día había discurrido relajadamente. Los invitados, sentados a sus mesas en el Gran Salón, intercambiaban animadas opiniones sobre diferentes temas y asuntos que se escapaban a la comprensión de Florian. A él le habían ubicado a en la gran mesa central entre Jaroslav y la señora Sutermeister, la cual, sobrecogida por su esbelta figura, se había tirado medio convite agasajándole descaradamente; Jaroslav, que estaba siendo testigo de los múltiples bombardeos de esta, le dedicaba miradas y guiños burlones. Según fueron avanzando las horas y las copas, los invitados rectos y formales que habían acudido a la celebración parecieron ser sustituidos por otros exactamente iguales, pero más desinhibidos. Las mujeres se despojaron de sus zapatos para estar más cómodas; algunas incluso se desabrocharon el nudo del corsé, liberando disimuladamente parte de sus imponentes bustos. Ellos, sin embargo, seguían manteniendo la integridad de sus atuendos, exceptuando a algunos, que también habían optado por desabrocharse los primeros botones de la camisa. A pesar de estar sentado a la mesa de los anfitriones, Florian no tenía visión directa sobre Tonio, quien había sido ubicado al otro extremo de la mesa junto a su madre. A pesar de los esfuerzos, y de que Jaroslav se levantaba cada poco tiempo para supervisar la sala, no había sido capaz de ver qué hacía o con quién hablaba; como mucho se había encontrado con la mirada fría y calculadora de Arieta, la cual parecía darle a entender que sabía qué estaba intentando hacer, y que no se lo iba a permitir. Realmente, sabía en qué se encontraba entretenido, ya que en la mesa que tenían delante se encontraba Renata, la cual parecía mirar constantemente en dirección a Tonio realizando gestos, miradas y juegos de abanico. Florian aceptó que aquello ya no era un secreto, sino una proclama.

Aleksander se levantó de la silla y quedó en pie frente a todos los invitados. Y, golpeando repetidas veces su copa con una cucharilla, solicitó la plena atención de todo el mundo.

–¡Mis querido amigos y amigas, espero que estén disfrutando de la velada! De no ser así no les devolveremos el dinero... –Arrancó una sonrisa a los comensales–. Espero que se encuentren cómodos en sus asientos, ya que en breves momentos abriremos la cena con el tan esperado recital de la mano de... –se giró hacia Florian, haciéndole muecas para que se levantara– ¡Ludovico Vesnitti!

Mientras se levantaba, muerto de vergüenza, un alud de aplausos colmaron la sala.

Allí de pie, frente a aquella desinhibida multitud, Florian tomó consciencia de que había llegado su gran momento, el que tanto había deseado y temido al mismo tiempo.

–¿Ludovico...? Por favor –dijo Aleksander, mientras le señalaba el piano que habían colocado cuidadosamente en la parte lateral del salón.

–S-sí –titubeo.

Caminando entre las mesas y los invitados hacia el piano, Florian sintió que se derrumbaba el suelo bajo sus pies; todo el mundo le miraba, y aquella sensación no le resultaba muy agradable. Con los nervios apoderándose de su pulso, se sentó en la mullida banqueta, y abriendo lentamente la tapa del piano dejó al descubierto la hilera de relucientes y pulidas teclas. “Tranquilo. Recuerda que todo va a salir bien”.

El silencio se hizo a su alrededor; ahora el único sonido que escuchaba era el de su propio corazón, que latía con una fuerza ensordecedora. Y en mitad de aquel silencio sepulcral posó sus temblorosos dedos sobre las teclas. Con el estupor de la situación, la cabeza comenzó a picarle insoportablemente, e inconscientemente comenzó a rascarse, cuando se percató de que la gente estaba empezando a murmurar al ver que no comenzaba a tocar.

–¡Ludovico! –exclamó Tonio.

Se giró al escuchar su nombre; era Tonio, que le estaba haciendo gestos para que se quitara la molesta peluca. Florian dudó unos instantes, hasta que finalmente tomó la decisión de quitársela y dejarla a un lado. Al hacerlo dejó al descubierto una desaliñada y alborotada melena negra, tan oscura como una noche cerrada; aquel inesperado gesto levantó una marea de murmullos entre los asistentes. Despojado de su principal distracción, tomó una bocanada de aire y, acto seguido, liberó el sonido de la primera nota. Una melodía desenfadada, pero profunda, inundó la sala, provocando con tan solo los primeros acordes una reacción de sobrecogimiento en algunas invitadas que, al escuchar la vibrante melodía, se deshicieron entre sus suspiros. Las notas escapaban grácilmente del interior del piano, catapultadas directamente al aire, donde, fundidas con la luz de las velas, provocaban en la gente el efecto para el que justamente había sido creada: liberar a las personas de su sufrimiento y sus atribulados designios. Poco a poco, tanto hombres como mujeres comenzaron a suspirar mientras las lágrimas corrían por sus rostros; se sentían libres, sin dolor. Florian continuaba tocando con los ojos en blanco, absorto de la realidad y de todo lo que le rodeaba en aquel momento. A diferencia del resto de personas, aquella mágica composición no surtía ningún tipo de efecto sobre él; su dolor era tan profundo y personal que había sido capaz de fundirse con su propio ser, rellenando así el hueco que había dejado la muerte de su familia, su razón de ser.

Cuando marcó el punto final a su interpretación la realidad reclamó su consciencia. Posando nuevamente su mirada sobre los invitados, vio lo que su don había provocado: las mujeres se abanicaban acaloradamente mientras sollozaban con cara de felicidad, y los hombres, contra todo pronóstico y formalidad, las acompañaban de la misma manera. Lentamente fueron saliendo de su estupor, mirándose los unos a los otros con cara de asombro y desconcierto; fueron necesarios unos minutos para que uno a uno comenzaran a levantarse entre aplausos y ovaciones. La sensación que le provocó a

Florian la imagen de decenas de personas vitoreándole marcó un antes y un después en la forma en la que afrontaría sentarse a un piano y tocar para un público exigente.

Sentado aún en la banqueta, vio cómo el propio Aleksander le aplaudía enérgicamente aún con las lágrimas corriéndole por las mejillas, y Tonio, que se deshacía entre suspiros, le aplaudía igualmente entre gritos de “¡Bravo!” y “¡Sublime!”. Orgulloso, se levantó y comenzó a caminar hacia su mesa, estrechándole la mano a los invitados que salían a su paso. Una vez tomó asiento, Aleksander volvió a golpear su copa con la cucharilla en un intento por captar la atención del agitado público.

–¡Ludovico Vesnitti, señores! –exclamó al tiempo que le señalaba.

La ovación del público no solo no cesó, sino que aumentó ante aquella presentación.

–Buen trabajo, muchacho –le susurró Jaroslav.

–Gracias –contestó.

Aleksander volvió a golpear un par de veces su copa.

–¡Con esta maravillosa y excepcional apertura queda inaugurada la fiesta nocturna! ¡Dicho esto..., que corra el licor!

Una hilera de abanderados se encargaron de apartar mesas y sillas a los márgenes exteriores del salón, permitiendo que los invitados utilizaran el espacio para hablar y bailar. Un grupo de violinistas se congregaron alrededor del piano y comenzaron a entonar alegres y divertidos minuetos que invitaban a ser bailados.

–¡Ludovico! –exclamó Aleksander desde su asiento.

Florian le miró desde el otro lado de la mesa y, al ver que este le hacía insinuaciones para que se sentara a su lado, se levantó y acudió a su llamada.

–¡Fantástico, chico! ¡Maravilloso! –exclamó, frotándose las manos.

–Gracias, señor. Me alegro de que le haya gustado.

–¿Gustado? ¡Santo dios! Bien sabe él que no me ha gustado, ¡me ha encantado! –contestó–. ¿Sabes qué? Esto hay que celebrarlo. ¡Por aquí, por favor! ¡Tráiganle una copa a nuestra joven promesa! –solicitó a voces.

–Señor, no he bebido nunca. Y no sé si..

–¡Pues hoy será tu primera vezi

–No sé si...

–¡Hasta Tonio bebe! Mira –le reprochó mientras señalaba a Tonio, que se encontraba en una mesa del lateral rodeado de chicas y tomándose un copa.

Florian se sintió indignado al verle coquetear bajo los soporíferos efectos del vino con aquellas muchachas, entre las que, para su desgracia, se encontraba Renata.

–¿Sabe qué? Creo que tiene razón, Aleksander. Tráigame esa copa, me la merezco –acabó contestando al tiempo que daba una palmada sobre la mesa.

Minutos después, un abanderado se acercó a él para entregarle una generosa copa de vino, cuando la mano de Arieta la interceptó y le hizo un gesto al engalanado sirviente para que se marchara mientras ella tomaba asiento a su otro lado.

–Estupenda actuación, señorito... Ludovico –comenzó a decir la condesa–. Sin duda, la mejor representación que he visto en mucho tiempo. He de confesarle que me ha hecho estremecer –añadió.

–G-gracias, señora Schaldi. Es todo un honor –respondió prudentemente.

Arieta alzó la copa de vino que le habían traído a Florian, como si intentara ver de alguna forma el futuro través en su oscuro contenido.

–Hoy es un gran día para ti... –seguía observando la copa a trasluz–. No podemos regarlo con un vino de esta calidad. Necesitamos algo que esté a la altura de la situación, ¿no cree? –continuó.

Florian se limitó a responderle con un gesto ambiguo, encogiéndose de hombros.

–Jaroslav...

–¿Sí, señora?

–Tráigale una copa del mejor licor que tengamos –le ordenó.

Jaroslav, que leyó entre líneas aquella orden, decidió encomendarse a la misericordia de Arieta.

–Señora, discúlpeme si parezco arrogante, pero... ¿no cree que sería desperdiciar un Gran Reserva con el inexperto paladar del muchacho?

Arieta afiló su mirada al máximo y la clavó en Jaroslav, quien notó cómo esta le atravesaba de forma sentenciosa.

–No es de su incumbencia con quién gasto mi Gran Reserva. Usted solo tráigame una copa bien colmada.

–Cómo guste, señora –respondió con un suspiro.

–¿Jaroslav? –dijo la condesa antes de que se marchara.

–¿Sí, mi señora?

–No le importe apurar la botella... Sería una pena desperdiciar un licor tan caro, ¿a que sí, Ludovico? –añadió esbozando una desconcertante sonrisa.

Los trajes que había elegido Aleksander para ellos superaban con creces cualquier expectativa. Llona se miraba con detenimiento el bordado de las mangas pensando en el trabajo y dedicación que había detrás de esos desenfadados y elegantes detalles.

–¿Sabéis? Me ha dado miedo hasta comerme un mendrugo de pan con este vestido puesto.

–¡Tu tendrías miedo hasta de respirar con él puesto, Llona! –exclamó una de las empleadas de limpieza, sonsacando una carcajada al resto de personal sentado a la mesa.

–¡Pero bueno, muchacha! –se exaltó la cocinera.

–¡Señora Clavelina, por favor! –intervino Pabels–. No se meta usted con la pobre Llona..., o acabará dándole reparo hasta esta conversación –agregó burlescamente.

–¿Tú también? –Llona le lanzó una mirada de reproche mientras la mesa reía al unísono.

–¡Santo dios! –exclamó Pabels mirando hacia la puerta de la cocina.

Anne, que se había quedado a finalizar el servicio mientras el resto de sus compañeros colgaba el delantal y subía a cambiarse, aparecía ahora por la puerta.

–¿¡Esa es... Anne!?! –preguntó Clavelina, asombrada.

–¡Calla, calla!, ya sabes lo vergonzosa que es.

–En eso tiene razón, Pabels.

Poco a poco, y con las manos rígidas a los lados del elegante vestido, Anne se acercó a la mesa de sus compañeros mientras algunos de los selectos invitados se giraban a su paso.

–¿Quién es esa muchacha? –preguntó un hombre al resto de la mesa

–No lo sé..., es la primera vez que la veo.

–Creo que nunca olvidaré esa cara... –dijo uno de ellos con un suspiro.

Anne estaba a punto de llegar a la mesa de sus compañeros cuando alguien la sujetó por el brazo. Sorprendida, se dio la vuelta.

–¡Señor Werner! –exclamó

–Estás... exuberante, mi pequeña Anne.

La muchacha se sonrojó al escuchar aquellas palabras.

–Gracias, mi... caballero de la dorada armadura –respondió embobada-. Es por este traje. –Anne contoneó la cintura un par de veces para hacer volantes con la falda-. Me lo ha regalado el señor Aleksander.

–Pues te queda... –la observó de arriba abajo.

–¡Pare, pare! O va a conseguir que me sonroje más...

–Creo que con este vestido... hasta roja seguiría estando preciosa.

Los pómulos de la muchacha comenzaron a tornarse aún más rosados.

–Me preguntaba si..., bueno. Si le gustaría dedicarme su primer baile –le propuso.

Anne, temblorosa y acalorada, se quedó pensativa. Se moría de ganas por bailar con él, pero sabía que su primer baile ya estaba reservado desde hacía días, y no quería faltar a su palabra.

–Estaré encantada de bailar con usted, señor Werner. Pero deberá ser un poco más tarde.

Werner hizo un gesto de tristeza al escuchar la respuesta.

–¿Y eso se debe a...?

–Ludovico, señor Werner.

–Entiendo –miró al suelo, cabizbajo.

–Se ofreció a ser mi acompañante durante la fiesta, y acepté. Como tal tengo que cumplir, ¿no cree?

–Por supuesto, mi querida Anne. Me parece ciertamente correcto. Por cierto, llevo desde hace un rato queriéndole felicitar por su actuación, pero siempre hay alguien hablando con él.

Anne miró a la mesa central.

–Pues ahora parece que es buen momento –apuntó.

–Tienes razón –convino al ver que Florian parecía estar únicamente en compañía de los condes-. Y será mejor que aproveche el momento. ¿Cuento contigo más tarde para un baile? –le preguntó, tomándola de la mano-. Anne se quedó mirándole en silencio con una sonrisa en la cara. –Venga..., por favor –le rogó.

–Pero solo uno, ¿eh?

Werner se acercó a Anne y le besó la mejilla.

–Estás preciosa –le susurró al oído.

En algún lugar de la mansión...

Jaroslav, con la mano temblorosa, sujetaba la copa con la mano mientras metía la otra en su bolsillo y sacaba el frasquito que le había dado la condesa. Durante unos segundos se quedó contemplándolo, pensando en el catastrófico final que le esperaba a Florian si ingería todo aquel brebaje. Con suavidad apoyó la copa de vino sobre la mesa y, con un suave giro, abrió el tapón del frasquito con los dedos. “Que no quede ni una gota”, recordó.

–Que ambos me perdonen... Que dios me perdone –dijo en voz baja.

Con cuidado vertió gran parte del contenido en una palangana, echando lo poco que había quedado en el reservorio del frasco en la copa de vino.

–Vaya noche, ¿eh? –dijo Werner al tiempo que se sentaba junto a Florian.

–Señor Werner, qué agradable sorpresa verle en la fiesta –respondió.

–Bueno, no quería perderme una celebración así. Esta fiesta solo se celebra una vez al año, así que...

–Lógico, señor.

–Por cierto, tu actuación ha sido... espectacular.

–Gracias. Lo hice lo mejor que pude.

–¿Lo mejor que pudiste, dices? ¡Pero mira cuánta gente ha venido a felicitarte después de la actuación! –Florian asintió sonrojado–. ¿Has conocido a mucha gente?

–La verdad es que sí, pero no sé quién es quién.

–Es normal. Aquí hay mucha gente, y la mitad no se deja ver durante todo el año –le respondió mientras señalaba con la mano al amplio abanico de invitados–. Mira, ¿ves a aquellos de allí? –Florian observó al enjuto y remilgado matrimonio que señalaba Werner–. Son los Pellegrini. Él se dedica a la exportación de arte, y también se encarga de los acuerdos bancarios de la mitad de los adinerados de Praga. Y la que está con él es su mujer, Francesca Pellegrini, es... una vividora. Pero que quede entre tú y yo, ¿eh? –le avisó con gesto burlón–. Tienen una hija; muy hermosa, todo hay que decirlo. Pero... parece que no ha asistido.

–¿Y aquellos, señor? ¿Sabe quiénes son? –preguntó al tiempo que señalaba a la pareja con la que hablaba Renata.

–Son los Ritz. Ambos se dedican a... malgastar su inmensa fortuna. La chica que está con ellos es su única hija, Renata Ritz. Es hermosa, ¿verdad?

Florian asintió.

–No vayas a enamorarte de esa perla pelirroja, muchacho. La riqueza de su familia atrae un sinfín de pretendientes, cada cual más apuesto que el anterior.

Florian observó con rabia a la chica que parecía haber cautivado a Tonio; ciertamente, era increíblemente bella, lo suficiente como para robarle sin esfuerzo a su razón de vivir.

–No creo que una chica así se fijara en mí.

–¿Señores? –intervino Jaroslav tras ellos.

–¡Señor Jaroslav, qué alegría verle! –exclamó–. ¡Veo que me trae un delicioso vino!

–Aleje sus dedos de ese “delicioso” vino, señor Werner –intervino Arieta cordialmente.

–¡Mi queridísima condesa manda! –respondió esbozando una sonrisa.

Golpeando una cucharilla contra una copa, Arieta reclamó la atención de los invitados.

–¡Señores y señoras, brindemos por esta fantástica velada! –exclamó. –Los asistentes tomaron sus copas y, alzándolas al aire, comenzaron a golpearlas con sus cucharillas, llenando el aire de sutiles repiqueteos. La condesa tomó la copa de vino de la mano de Jaroslav y se giró hacia Florian–. Tenga, Ludovico. Brinde con nosotros..., por favor.

Florian dudó.

–Venga, Ludovico. Brinda con nosotros –intervino Aleksander desde su asiento.

La cogió con ciertas reservas.

–¡Por una velada inolvidable, señores! –exclamó Arieta enérgicamente.

Todos alzaron sus copas, y en un cuestión de segundos el dulce contenido discurría por sus gargantas. Florian tomó un pequeño sorbo. Los vapores que manaban del brebaje le resultaron cargantes, pero, sin duda, el toque afrutado y dulce de aquel vino era refrescante y vivaracho.

–Tiene que tomárselo todo, Ludovico –apuntó Arieta–. En un brindis es de mala educación dejar algo de... vino en la copa.

Florian denotó cierto aire tétrico en su tono de voz, pero dejando a un lado sus miedos, y comenzando a sucumbir al soporífero efecto del alcohol, acercó nuevamente la copa a sus labios, vertiendo hasta la última gota del contenido en su boca. Jaroslav y Arieta se miraron el uno al otro, él con cara de tristeza, y ella como si diera a entender que su plan había salido a pedir de boca; Jaroslav sabía que no podía estar más equivocada.

–¡Muy bien, señores y señoras, hora de bailar! –anunció Aleksander.

Los invitados se congregaron en el centro del salón, bailando y moviendo el cuerpo desairadamente al ritmo de los violines. Aquellos músicos, que habían sido contratados por primera vez por Aleksander, contaban con un rico repertorio musical, desde sonatinas hasta elaborados andantes y minuetos; según le indicaron a Aleksander, el éxito estaba asegurado, y no tardaría mucho en verificarlo. Florian, que empezaba a sentirse afectado por el alcohol, decidió tomar asiento unos minutos; aquel brebaje no solo era dulce y sabroso, sino que también ofrecía una sensación de ligereza muy placentera a la que no estaba acostumbrado. Los comensales bailaron largo rato al ritmo de lo más novedoso de Joseph Haydn.

Tras unos minutos de descanso, empezó a tener la extraña sensación de que todo su alrededor se distorsionaba, como si estuviera viendo a través de un cristal curvo. Bajo la disimulada pero atenta mirada de Arieta, se comenzó a dar aire con una servilleta,

cuando la propia condesa le ofreció su abanico.

–Creo que te darás más aire con esto –extendió la mano con el abanico.

Sin pensárselo, lo tomó de sus frías manos y lo abrió, comenzando así con el agitado intento de sofocar el calor que le estaba sobreviniendo. “Ya ha empezado a hacer efecto”, pensó la condesa.

Florian se pasó el dedo por el cuello de la camisa en un intento por conseguir que el aire fluyera por dentro de esta.

–¡Músicos! –exclamó Aleksander–. ¡Hora del vals!

La gente comenzó a aplaudir al escuchar las órdenes del conde a los violinistas. El sudor empezaba a perlarle la frente cuando una alegre y elegante Anne apareció delante de él.

–¿Baila, señor Ludovico? –le propuso.

–No sé bailar, la verdad. Pero creo que... me vendrá bien –respondió al ver que Tonio salía a la pista de la mano de Renata.

Florian tomó de la mano a Anne y, entre pasos cruzados y pequeños tambaleos, tomaron posición en el centro del salón.

–Usted solo sígame el ritmo –le indicó mientras le ponía en posición.

–Sí, de acuerdo.

La música comenzó a sonar en el salón y Anne comenzó a moverse grácilmente, como si se deslizara por el reluciente suelo. Él, que intentaba seguir los pasos de su pareja, no apartaba la mirada de Tonio y Renata, quienes en una espiral de giros y vueltas se sonreían el uno al otro al compás de la melodía. A los pocos segundos de empezar el baile, su aturdimiento aumentó rápidamente; ahora no solo daban vueltas ellos, sino que toda la sala parecía estar sumida en una danza caótica y delirante donde los rostros y las siluetas se fundía unas contra otras. La sensación de estar viviendo tras un imperfecto y curvo cristal se afianzó.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó Anne sin dejar de girar.

–Sí. Es que no estoy acostumbrado al vino, nada más –respondió.

Intentaba seguir con la mirada a Tonio, pero cada vez que conseguía enfocar su borrosa imagen se le cruzaba alguna otra pareja, desequilibrando nuevamente la escasa nitidez con la que veía. Superado por el mareo y su imposibilidad de ver con claridad, se disculpó con Anne lo más cortés que pudo, y, entre sudores y tropiezos, tomó asiento en una de las sillas del lateral. Sofocado y abotargado, intentó reponerse del malestar, algo que no solo no consiguió, sino que muy a su pesar fue en aumento; ahora las imágenes se fundían unas con otras en una espesa pátina de colores y texturas; el delirio estaba a las puertas de su mente. Cuando el vals finalizó la gente se separó de sus parejas, y entre aplausos y gritos se disgregaron por el salón, interrumpiendo la escasa conexión visual con Tonio y Renata. Por más que los buscaba, solo veía figuras, entre las cuales creyó discernir a la pareja, que parecía estar saliendo disimuladamente por una de las puertas laterales. Con sus peores presentimientos se levantó de la silla con dificultad e, intentando mantener su paso lo más recto posible, se adentró segundos después por la misma puerta por la que habían salido estos.

La habitación, sumida en la penumbra provocada por las escasas velas que estaban encendidas, se abría ante sus ojos ocupada por varias parejas que, envueltas en un enjambre de caricias, gemidos y muslos al descubierto, hacían caso omiso a su presencia. Echó un fugaz vistazo a su alrededor, pero no había rastro alguno de Tonio. Cegado por sus instintos, encaminó sus pasos hacia la siguiente puerta, esquivando a los amantes que se encontraban repartidos por la habitación entregándose al deseo carnal. Cuando llegó a ella tuvo que aferrarse fuertemente al pomo, pues la vorágine de imágenes provocaron que casi se desvaneciera; fuera cual fuese el brebaje que había bebido durante el brindis, le estaba doblegando a pasos agigantados. Tras varios minutos de inspiraciones profundas Florian giró el pomo, adentrándose así en la siguiente sala. Esta, a diferencia de la anterior, almacenaba en sus sofás las montañas de disfraces que los invitados se habían quitado antes de la cena. Avanzó por la tenue atmósfera de la habitación en busca de la prófuga pareja, pero allí tampoco había rastro alguno de ellos. Con sus fuerzas diezmadas, Florian decidió hacer un alto en el camino para intentar reponerse, cuando, sin previo aviso, y sin haber reparado en su presencia, la señora Sutermeister, borracha y acalorada, se abalanzó sobre él, cayendo ambos sobre el montón de disfraces.

–Tan joven y apuesto... –comenzó a susurrarle la desaliñada mujer–. Tu música solo ha hecho que desee tu carne con más intensidad... –Florian, débil y enormemente aturdido, notó cómo la mujer agarraba con fuerza su durmiente miembro–. Deseo ardientemente tu semilla... –continuó mientras se desabrochaba el corsé con una mano, dejando al aire sus enormes pechos–. Tómame, Ludovico. Soy toda tuya...

La señora Sutermeister cogió las mano de Florian y se las puso sobre su busto, apretando sus manos con las suyas, clavando sus dedos en los suaves senos. Él, que había desistido de la ayuda de su fuerza, intentó disuadirla de que le dejara y se quitara de encima de él, pero lo único que consiguió fue proferir una serie de balbuceos más típicos de una persona sobrepasada por la bebida. Sutermeister, al ver que Florian no prestaba resistencia alguna, comenzó a desabrocharle el calzón con impaciencia; segundos después, su cálida y húmeda boca daban buena cuenta de su sexo. Envuelto en un carnaval de sensaciones y texturas, Florian terminó perdiendo el conocimiento, dejándose a la merced del apetito desmesurado de la mujer.

Poco a poco Florian empezó a despertar de su letargo. Con una fuerte jaqueca instalada en su cabeza, abrió los ojos. Sentía como si esta le fuera a estallar. Los fotogramas de lo que había sucedido comenzaron a bailar en su mente, como si de un maquiavélico puzzle se tratara. Se encontraba en el mismo sitio, sobre la montaña de disfraces que reposaban sobre el sofá. Miró a su alrededor en busca de la presencia de la señora Sutermeister, pero al ver que no se encontraba en la habitación dio por sentado que esta, al haber saciado con él su obcecado apetito, se había marchado, dejándole allí tumbado con los calzones bajados y el miembro al aire. Había perdido la noción del tiempo. Intentando recordar todo lo que había sucedido antes de aquel asalto, Florian cayó en la cuenta de que iba en busca de Tonio, que en un escarceo disimulado había huido del Gran Salón de la mano de Renata. Con dificultades, y una sensación de mareo aún en su cabeza, se

levantó del montón de ropa y encaminó a paso lento hacia la puerta de la sala. Entonces se percató de que si Tonio quería disfrutar de intimidad con Renata, tendría que haberla llevado a su propio dormitorio, al abrigo de todo ojo curioso. Con el regreso del mal augurio abrió la puerta de la habitación, saliendo al otro lado del corredor por el que, unos metros más adelante, encontraría la escalera para subir a la planta superior. Recuperando poco a poco el control de sus piernas enfiló escaleras arriba, avanzando inquietamente por estas hasta llegar a la puerta del dormitorio de Tonio. Desde el pasillo no se escuchaba más que silencio, lo cual en cierto modo suavizó sus temores. Alzando la mano se dispuso a golpear la puerta cuando esta, sin previo aviso, se abrió para dar paso a un Tonio acalorado, despeinado, y con la camisa desabrochada. Él, que no se esperaba encontrar allí a Florian, se vio sorprendido. A través del hueco de la puerta una despeinada Renata se ajustaba la sobrefalda del vestido.

–¿Q-qué has... hecho? –dijo Florian, afectado por aquella escena.

–¿A ti qué te parece... genio? –Su voz delataba que aún se encontraba bajo los efectos del alcohol.

Renata apareció tras Tonio, saliendo en silencio de la habitación entre ambos.

–¿Estás... borracho?

–¿Tú que crees, don Perfecto? –contestó con prepotencia.

Florian se apartó de él al oler su repulsivo aliento.

–Me..., ¡Me has traicionado! –exclamó impulsivamente mientras sentía cómo las lágrimas empezaban a aflorar en sus ojos. Sus miedos, muy a su pesar, se habían confirmado: había yacido en brazos de otra persona, una contra la que no podía competir.

–¿Traicionado? –repitió irónicamente–. Yo no te he traicionado; nadie lo ha hecho. Porque no había nada que traicionar –añadió con la voz embriagada.

Florian sintió cómo su ya de por sí reparado corazón se volvía a romper en miles de pedazos a manos de Tonio.

–¿Sabes qué? –continuó–. No me importas. Ni tú, ni tu música. No eres nada...

–Pero..., yo creí que... –titubeó Florian entre lágrimas.

–Yo creí..., yo... ¡Sandeces, Florian!, isandeces! –comenzó a exclamar a voces–. ¡Falsas ilusiones de un niño de campo!

–P-pero...

–No hay peros en esta historia, Florian. ¿O debería llamarte “El gran Ludovico Vesnitti”? Déjame que te diga una cosa –guardó silencio unos segundos al sentir que una arcada le sobrevinía–. Eres un simple campesino con renovados aires de grandeza. ¿Crees que eso es suficiente para una persona como yo? ¿Eh? No eres nada... Florian. Solo una gallina que juega a ser pavo real. ¿Acaso crees que porque te pongas un tocado y te vistas con estas ropas –le tiró del cuello de la camisa–, que mi padre ha pagado con nuestro dinero, puedes presentarte en mi dormitorio reclamando lo que nunca ha sido tuyo?

Florian, que en silencio escuchaba las dolorosas palabras de Tonio entre lágrimas, sintió que el infierno se había abierto una vez más, arrastrado cada pedazo de su corazón a las fraguas del báratro.

–Eres..., eres...

–¿Qué soy, “gran Ludovico”?, dime. ¿Qué soy para ti ahora?

Guardó silencio, hundiendo las uñas en las palmas de sus manos.

–Eres... un monstruo –acabó contestando con voz ahogada.

La rabia y la impotencia se apoderaron de él. Con la sentenciosa declaración de Tonio, Florian salió corriendo de allí en busca del abrigo y la privacidad de su dormitorio. En su huida por las escaleras, Arieta, quien contemplaba la escena oculta desde la esquina del pasillo, vio cómo Florian, inexplicablemente, y contra todo pronóstico, aún seguía vivo. Si Jaroslav había seguido sus indicaciones al pie de la letra, Florian debería yacer en algún lugar de la casa. Pero no era así, y no descansaría hasta que saber el porqué.

Bajo la mortecina luz de su dormitorio Florian lloraba desconsoladamente apoyado sobre el piano. Sus lágrimas caían sobre las esmaltadas teclas del que había demostrado ser su único y fiel compañero. No podía creer que Tonio, que hasta hace unos días le había entregado su cuerpo, su pasión y el calor de su cama, le hubiera confesado que realmente no era nada para él, únicamente un juguete con el que divertirse hasta que llegara otro más nuevo y diferente, uno que le ofreciera lo que él no tenía. Sus ilusiones habían quedado reducidas a cenizas, las cuales, además, habían sido pisoteadas y alzadas al viento para que se perdieran entre las corrientes de aire del reino del olvido. Su única fuente de esperanza, de ganas de vivir, y de existencia, se habían volatilizado, permitiendo que la poca luz que guardaba en su alma se apagara dolorosamente. Se secó las lágrimas y, acariciando la suave superficie del piano, comenzó a recordar todas las promesas que le había hecho Tonio: “siempre seré tuyo”, “nadie reemplazará el amor que siento por ti”. Una sombra oscura y siniestra comenzó a surgir de su interior, una que hasta aquel momento había permanecido latente y silenciosa en lo más profundo de su ser; era el monstruo que moraba en su interior, quien, liberado de su prisión, parecía reclamar el trono desde el cual poder gobernar cada poro de su cuerpo. Despedazado por aquella dolorosa realidad, cedió el sillón del reino que era su humillado ser a Hades, quien a partir de ahora guiaría su inexistente destino. “Algún día me deberías componer una pieza para recordar esta pasión. ¿Lo harás? ¿Pondrás toda tu alma en ello para hacer estremecer mi piel, mis huesos, y mi corazón?”, recordó.

–Lo haré –susurró–. Te tocará el alma como nunca nadie lo ha hecho... –añadió con voz siniestra.

La luna se alzaba sobre el cielo estrellado cuando casi todos los invitados habían abandonado la mansión al darse por concluida la exitosa fiesta. A diferencia del resto, tanto los señores Sutermeister, como los Ritz y Werner, habían optado por quedarse alojados en las dependencias de la casa. Los Sutermeister vivían demasiado lejos como para emprender tan largo trayecto a su casa a través de un inseguro bosque sumido en la oscuridad de la noche, y los Ritz habían sido invitados a dormir en la casa dada la gran aceptación que visiblemente habían tenido sus hijos. Werner se ofreció a quedarse para, al día siguiente, poder acompañar a Aleksander a la ciudad. Con todos los invitados

acomodados y descansando en sus habitaciones, la casa permanecía en un profundo silencio. Renata había sido ubicada en la cómoda habitación contigua a la de Tonio, y esta, que esperaba que él le hiciera una visita nocturna, permanecía despierta, envuelta entre las sábanas de algodón de su mullida cama. Con impaciencia, y con la mirada puesta sobre la puerta, esperaba la señal inequívoca de que Tonio se encontraba tras ella, cuando el sonido de unos pasos aceleró su corazón. Adecéntandose el pelo se acomodó sobre la cama, adoptando una postura seductora y relajada. La puerta no se abrió, ni tampoco llamaron a ella, sino que una nota cuidadosamente doblada se deslizó hasta el interior del dormitorio. Renata, confundida, se levantó de la cama y se acercó hasta la puerta, agachándose elegantemente y tomando esta del suelo, la abrió y comenzó a leerla.

“Para Renata, origen de mi locura.

Te espero en la plaza de los rosales, donde esta mañana tomé tu mano al calor de mis deseos.

No hagas ruido, no queremos que nos agüen la fiesta. ¿Verdad, amor mío?

Ardo en deseo de poseer cada centímetro de tu ser.

No tardes, por favor.

Nota: ven disfrazada, por favor. Y destruye esta nota, prueba de nuestra escapada.

Siempre tuyo... Tonio Schaldi”.

Renata cerró la nota entre suspiros; podía esperar cualquier cosa del atrevido Schaldi, pero con aquello se había superado a sí mismo. La idea de una velada privada bajo la luz de las estrellas la emocionó, y acercando la nota a la llama de la vela pensó en qué sorpresas más tendría preparadas para aquella noche. Devorada la nota por las llamas, Renata se puso las zapatillas, y con mucho cuidado de no hacer ruido, emprendió camino entre la oscuridad del pasillo rumbo a la habitación de la planta baja donde se almacenaban los disfraces.

El sonido de los grillos reinaba dentro del laberinto, que bajo la luz de la luna ofrecía cobijo y protección a los cantarines insectos. Disfrazada de gata, Renata se adentró en los corredores, caminando temerosa por lo que se pudiera ocultar tras las sombras. Una vez llegó a la pequeña placita donde le rezaba la nota miró con detenimiento a su alrededor, allí no había nadie.

–¿H-hola? –dijo en voz baja–. ¿Tonio?

Nadie respondió a su llamada.

–Sé que te escondes de mí. Venga, esto me pone nerviosa. Tonio, por favor... –añadió mirando a su alrededor

En aquel momento unas manos enguantadas acariciaron la suave piel de sus hombros. Renata intentó darse la vuelta, pero aquellas fuertes manos la mantenían inmóvil.

–Divino ser... –le susurró al cuello.

El cálido aliento de Tonio surcó su cuello, provocándole un estremecedor cosquilleo por la nuca.

–Oh..., Tonio... –gimió ella.

Las manos del enmascarado abordaron con suavidad el torso de la excitada muchacha, colándose por el cuello de su vestido y rozando sus pezones. El sentir sus suaves dedos acariciándola provocó en ella una cadena de sollozos pasionales. Al borde de rozar el clímax, se zafó de las manos de su opresor y se giró hacia él.

–Tonio..., bandido de corazones... –le susurró al ver que este llevaba puesta una capucha negra y un antifaz de oscuras plumas.

Las manos del encapuchado acariciaron nuevamente su escote, como si estuviera buscando la razón por la que aquello era capaz de doblegar al hombre más fuerte. Tras el antifaz, los ojos del seductor hombre observaban cada rasgo de aquel angelical rostro preguntándose por qué la belleza de una mujer siempre sería la perfecta expresión del verbo “amar”.

–Hazme tuya. Ahora, aquí mismo –dijo Renata.

–Mía serás... Por siempre, y para siempre –le respondió con un susurro pasional.

Renata empezó a sentir dificultades para respirar cuando las manos del encapuchado se posaron fuertemente sobre su cuello.

–Me... haces... –dijo Renata, que empezaba a notar cómo las palabras se ahogaban en su garganta.

Poco a poco la fuerza fue aumentando hasta el punto de que el rostro de la joven muchacha comenzó a tornarse rojizo. En un intento de liberarse del descontrolado Tonio, comenzó a agitarse y a revolverse en un desesperado intento de quitárselo de encima. Comenzó a propinarle manotazos, intentando disuadir así a su opresor. El hombre, que aguantaba en silencio los golpes de la muchacha, comenzó a inclinarla hacia un lateral, provocando que esta cayera al suelo, donde con más facilidad podría dominarla. Puso la rodilla encima de su brazo derecho, inmovilizándola parcialmente. Antes de que pudiera repetir el mismo proceso con el brazo izquierdo, Renata consiguió golpearle la cara, lo que provocó que el antifaz de su atacante cayera al suelo, dejando el rostro de Florian al descubierto. La expresión de Renata se tornó en sorpresa al ver la grotesca identidad del encapuchado, que, con el rostro enloquecido y la cicatriz cruzándole el rostro, parecía estar disfrutando de aquel momento.

–Por... favor..., no... –suplicó entrecortadamente, agotando las últimas reservas de oxígeno que había en sus pulmones.

Florian seguía sumido en un torbellino de odio y descontrol, cuando el rostro de la joven muchacha pelirroja empezó a adoptar el rostro de su némesis.

–¿Así pretendes acabar conmigo, mocososo? –le dijo el rostro de la mujer que había suplantado en aquel momento al de Renata–. Mírate, Ludovico. No tienes fuerza ni para apretar el cuello de una frágil muchacha... ¿Qué diría tu padre si se enterara? ¿Y tu madre? –continuó–. Yo sé qué podrían decir... Qué te parece... vergüenza, vergüenza, vergüenza...

Aquella palabra se repetía en la cabeza de Florian una vez tras otra... En una explosión de ira apretó con todas sus fuerzas el cuello de Renata, que, quien habiendo

recuperado a ojos de él su verdadero rostro, convulsionaba sobre la mullida hierba. Dos inaudibles expiraciones después, el cuerpo yacía sobre el húmedo suelo, inerte y sin vida. Florian soltó el cuello de la fallecida muchacha, levantando la cabeza e intentando calmar su agitado pulso.

–Mira lo que has hecho... ¿Te parece bonito aprovecharte de su fragilidad?

La voz de la mujer de rojo resonaba dentro de su cabeza, como si observara la escena oculta desde algún rincón de su memoria.

–¡Cállate! –exclamó, justo antes de que esta rompiera a reír–. ¡No existes! ¡Tú no existes!

–Ella tiene algo que jamás tendrás... –continuó diciendo la voz de su cabeza–. ¿No quieres saber qué es? –Florian, que parecía haber adquirido el gesto de un demente, guardó silencio, intentando saber qué era aquello que, según ella, él jamás podría tener–. Venga..., muchacho. Sé que lo estás deseando... Busca su secreto, su... tesoro –le animó.

Comenzó a desnudar el cuerpo de Renata. Apartó su ropa a un lateral, quedando frente a él el joven cuerpo de la muchacha. Acariciando cada centímetro de su piel, Florian recorrió todo su cuerpo, parando durante unos segundos sobre sus pequeños y turgentes pechos, sobre su rojizo y aromático pubis, hasta que, sobrepasado por su mística esencia, posó su rostro sobre él, inhalando enérgicamente su esencia, su aroma; aquel era el fruto, su gran secreto. “¿Pondrás toda tu alma para hacer estremecer mi piel, mis huesos, y mi corazón?”, le recordó la voz de su cabeza.

Sacó de su bolsillo el afilado cuchillo y, alzando en el aire y clavándolo con fuerza en el blando vientre de Renata, le respondió a la voz cómo si de Tonio se tratara.

–Lo haré. Pero como nadie lo ha hecho jamás, con el mismo dolor con el que tú has destruido lo que quedaba de mí.

Bajo el cielo estrellado quedó Florian, recortando y hundiendo una y otra vez el cuchillo en el inerte cuerpo. Aquella noche los grillos fueron testigos de las acertadas e inequívocas palabras de Aleksander: Se había reinventado a sí mismo, aunque no de la forma en la que todos esperaban. Dentro de él, su don había luchado por encontrar una puerta por la que huir de su confinamiento, por la que liberarse de la prisión y abrazar la libertad; y ciertamente lo logró. Pero si algo tienen las puertas abiertas es que por ellas no siempre escapa, únicamente, lo que esperamos.

11. Sé dónde te escondes

–¡Renata! ¡Renata! –gritaba Aleksander.

–¿Alguna novedad? –preguntó Werner abriéndose paso entre los matorrales.

Aleksander agachó la cabeza con un resoplido.

–El bosque es muy grande. Si se adentró en él en mitad de la noche..., y ella sola...

–¿Estamos seguros de que no estaba en las propiedades?

Werner negó en silencio.

–Debemos seguir buscándola.

–Señor Aleksander, si queremos ganar tiempo, debemos pedir ayuda, ¿lo entiende?

Cuanto más tardemos en encontrarla menos posibilidades hay de... –Werner calló antes dar la peor de las posibilidades.

Aleksander se acercó a él y le tomó con fuerza por el brazo.

–¡He dicho que debemos seguir buscándola! –vociferó—. Si le pasara algo..., sus padres... No me lo perdonaría –añadió con pesadez.

–Muy bien. Pues sigamos buscando –respondió Werner comprensivamente al ver cómo le estaba afectando todo aquello.

–¡Renata! ¿¡Dónde estás!?! –continuó gritando Aleksander en mitad del espeso bosque.

Cuando Florian despertó, Aleksander y Werner ya llevaban horas buscando a la joven muchacha. Absorto en sus pensamientos, permanecía sentado en su escritorio, observando en silencio el cajón cerrado. El recuerdo de él montado en el caballo con el cuerpo mutilado de Renata le provocó una extraña mezcla de repulso y satisfacción. Las noches en verano eran más cortas, pero a pesar de ello tuvo tiempo suficiente para cabalgar bosque a través y tirar el cadáver en un lugar más acorde a un asesinato que las propias tierras de los Schaldi. A orillas del río Moldava el cadáver de Renata, enterrado bajo una montaña de hojas, pasaría desapercibido hasta que alguien lo encontrara, y con algo de suerte, entre la desfiguración que le había provocado en el rostro y la que le provocarían los animales carroñeros, tenía casi segura una fallida identificación. Tanto a la hora de partir, como al regreso del bosque, nadie le había visto. Además, se había cuidado de salir de las propiedades por la parte trasera, al otro lado del lago, donde semanas antes había encontrado una brecha en el enorme muro de setos; no era la vía más rápida para llegar al bosque, pero al menos ofrecía total discreción. Con la mirada divagante sobre el tirador de cajón, Florian acercó la mano y, sujetándolo firmemente, tiró de él.

–¿Ahora juegas con recortes, muchachito? –dijo entre risas la voz de la mujer de rojo

en su cabeza.

Florian sacudió la cabeza para ahuyentar a la molesta voz, como si de una insistente mosca se tratara.

–Venga..., enséñamelo...

Florian se quedó observando la fina abertura que había dejado abierta, repasando mentalmente todo el proceso que debería seguir para conseguir que aquello funcionara. Con suavidad abrió el cajón y sacó el pliego de piel con cuidado. Renata era una muchacha de tez suave y aterciopelada, así que si aplicaba el tratamiento correcto y una buena técnica de curtido haría de aquello una excepcional lámina sobre la que poder trabajar. Había tenido suerte con la muchacha, ya que no presentaba ni pecas ni lunares, ni desperfectos o marcas de nacimiento; sin duda aquella inmaculada badana era perfecta para su obra.

Dos golpes resonaron en su puerta, y parsimoniosamente volvió a cerrar el cajón con una tranquilidad perturbadora.

–¡Adelante! –exclamó.

La puerta se abrió, apareciendo por ella un teniente Kurt visiblemente preocupado.

–Buenos días, Florian –saludó al tiempo que miraba el diáfano cuarto del muchacho. Se levantó de la silla y, girándose, corrigió las palabras del señor Kurt.

–Ya no habla con Florian, teniente. Puede dirigirse a mí como Ludovico.

–¿Y... ese cambio? –preguntó extrañado

Florian comenzó a caminar hacia él mirándolo fijamente.

–Toda persona tiene derecho a crecer y... a evolucionar, ¿no cree? Los caprichosos designios de esta vida no tienen por qué marcar a una persona. Pero en mi caso... he decidido marcar en la mía un antes y un después a raíz de ellos –respondió. –Kurt, al escuchar las palabras del muchacho, centró su mirada en la cicatriz que le surcaba el rostro–. ¿Y bien? ¿Qué le trae por mis aposentos, teniente? –atajó molesto por la curiosidad con la que el hombre le observaba.

–Pues... –tragó saliva–. Durante la noche ha desaparecido la señorita Renata. No hay rastro de ella por ninguna parte y, como comprenderá, necesito saber con detalle lo que hizo...

–Eso quiere decir que soy sospechoso, ¿no?

–No se sienta molesto. Es mi deber...

–Sí, sí, sí... Es mi deber..., mi obligación... Todo esto lo hago por la seguridad de los ciudadanos... –comenzó a decir–. Todo lo que me pueda argumentar está muy bien, teniente. Pero dígame, ¿dónde estaba el día que me asaltaron en el centro de la ciudad? ¿Cuánto ha avanzado con la investigación de la muerte de mis padres? –añadió ásperamente.

–Pues...

–Vale, vale... –intervino antes de que pudiera decir más–. Las respuestas no dependen de las preguntas, ¿cierto?, sino de quien las reclama.

Kurt, desconcertado, se quedó pensativo durante unos segundos.

–No... no le entiendo, Flor... Perdón, Ludovico.

–Para qué trabajar con ahínco en el caso del asesinato de un par de granjeros, ¿verdad? ¡Qué más da! ¿Acaso la mejor recompensa se obtiene cuando desaparece una chica de buena familia? –le reprochó

Kurt, a quien le habían molestado las pesquisas del joven, se acercó a él con gesto desafiante.

–Ni se le ocurra volver a dirigirse a mí en ese tono, por su propio beneficio –le advirtió–. Y tenga claro que no le permitiré, ni a usted ni a nadie, que pongan en duda mi imparcialidad a la hora de hacer mi trabajo –añadió.

Florian se acercó a él aún más, situándose a escasos centímetros.

–Pues dígame entonces..., ¿cuánto tardó en acudir a mí cuando me asaltaron en el mercado? ¿Minutos? ¿Horas? –le rebatió mirándole fijamente–. No..., no tardó eso, ¿verdad? No tardó eso... ¡Porque nunca me vino a preguntar, teniente! Mi caso no le interesaba tanto como el de la desaparición de una niña consentida de padres ricachones.

–¡Basta! –exclamó Kurt iracundo

–¡No basta, no! ¡Qué tiene ella para que esté por encima de mis padres! –comenzó a gritarle.

–¡He dicho que basta ya! –vociferó amenazantemente.

El rostro de Florian cambió radicalmente adoptando una mueca siniestra.

–Dígame..., teniente. ¿Qué tiene Renata que no tenga yo? –susurró entre dientes.

Kurt vio con horror el radical cambio en su comportamiento.

–¿Qué te ha pasado..., pobre muchacho?

Florian se dio la vuelta, dándole la espalda.

–Si no quiere terminar lo que empezó, dígalo, teniente. Pero no llame a mi puerta con la intención de acusarme del sino de una muchacha si parece haber delegado de sus obligaciones para con mi familia –Kurt se acercó unos pasos hacia él, arrepentido por haber reaccionado de tal manera; al fin y al cabo, había sufrido una serie de fatídicas desgracias, y aquello era motivo más que suficiente como para justificar en parte su reacción–. ¿Quiere saber qué hice anoche?, se lo diré –continuó antes de que Kurt dijera nada–. Anoche, durante la fiesta, y tras el brindis de la cena, me empecé a encontrar indispuerto. Recuerdo el vals, o al menos... parte de él. Tras aquello decidí buscar un sitio tranquilo sobre el que reponerme de mi malestar, y me quedé dormido sobre un montón de antifaces y absurdos disfraces –Kurt le escuchaba con atención–. Cuando me desperté, la fiesta estaba llegando a su fin y, aunque algo mejor, todavía no me encontraba en plenitud; decidí retirarme a mis aposentos –continuó–. Hasta hoy, que me he despertado arrojado en mi cama, tal como me acosté ayer, según recuerdo... –añadió mientras se daba la vuelta para mirar al teniente–. Y aquí estamos usted y yo, intentando encontrar al supuesto captor de Renata –extendió los brazos–. Dígame... teniente. ¿Ya la han encontrado?

–¿Tiene a alguien que pueda dar crédito a lo que me dice? –preguntó sin darle importancia al desafiante tono que Florian

–Yo, señor...

La voz de Anne les sorprendió, y tanto el teniente como Florian centraron su

atención en la muchacha, que estaba de pie en la puerta de la habitación.

–¿Dice usted que fue testigo de cómo Ludovico se metió en su cuarto? –preguntó.

–Bueno..., no exactamente –respondió con timidez.

–Explíquese –exigió.

–Es cierto que bailó el vals –comenzó a relatar mientras miraba a Florian–. Bueno, medio vals, para ser exacta –matizó–. Yo noté que no se encontraba bien, porque no paraba de... –se quedó callada.

–¿El qué no paraba, Anne? –afinó Kurt

–Se notaba que estaba borracho, señor. Intentaba mantenerse en pie, pero debía estar muy mareado, porque a pesar de sus esfuerzos no terminaba de enderezarse. Eso se lo puedo asegurar.

–¿Y después, volvió a verle? –Miró con reservas a Florian por encima del hombro.

–Esto..., bueno...

Dudó si contar lo que había visto por miedo a levantar una polémica.

–Señorita, omitir información a la justicia es delito. No creo que sea necesario recordárselo... –le avisó

Anne suspiró mientras miraba a Florian con tristeza.

–Vi a Florian y a... la señora Sutermeister.

Aquellas palabras le provocaron un escalofrío por el cuerpo.

–¿Y? ¿Qué hacían, Anne? –Kurt entrecerró los ojos, clavando una mirada interrogatoria en la muchacha.

–Él estaba tumbado sobre los disfraces como le ha indicado, y la señora Sutermeister...

Se resistía a dar más detalles, le parecía obstinado.

–Anne... –insistió algo molesto

–¡Ella estaba jugando con su miembro! –exclamó al tiempo que rompía a llorar por la presión.

Florian se cubrió la cara con la mano mientras susurraba “¡Dios mío!”.

–Entiendo –dijo al tiempo que se acercaba a la agitada muchacha y le ponía la mano sobre el hombro–. Ha hecho usted muy bien en contarlo, Anne. No le quepa la menor duda. ¿Algo más que justifique la versión del señor Ludovico?

–No, señor –contestó entre sollozos–. Pero sé que Florian no ha hecho nada; no en el estado en el que se encontraba. Usted sabe que yo nunca le mentaría...

–Lo sé, muchacha. Lo sé.

Florian agradeció la intervención de Anne, que desde luego había llegado en el momento más oportuno. A pesar de su incómoda confesión, él se sintió en deuda con ella, puesto que aquello proporcionaba solidez a su argumento; fuera o no desagradable la naturaleza de este.

Kurt guardó silencio durante unos minutos, valorando en silencio la plausibilidad de la semicoartada del muchacho.

–Bueno. Dada su explicación, y de que la señorita Anne ha corroborado desinteresadamente parte de ella, me encuentro en disposición de aceptarla sin pesquisas.

Los nervios que Florian sentía por dentro se esfumaron al escuchar aquellas palabras.

–Pero recuerde, Ludovico, que hasta que Renata aparezca todos somos sospechosos. Unos menos que otros, pero todos lo somos –aclaró–. Dicho esto, jóvenes...

Kurt se despidió de ellos y seguido salió de la habitación en silencio.

Florian se acercó a Anne, la cual seguía sollozando con las manos sobre la cara.

–G-gracias, Anne. No sé cómo... –le agradeció.

–No..., no hace falta, Florian. Yo sé que tú no serías capaz de hacerle nada malo a nadie –dijo al tiempo que se quitaba las manos de la cara y le miraba–. Siento mucho tener que haber contado...

–Vale..., tranquila... –intervino en tono comprensivo–. Era necesario. Y también tu deber con la ley. No hace falta que te disculpes –añadió ofreciéndole una sonrisa.

–¿Crees que la encontrarán? ¿Qué estará bien?

Florian alzó los hombros dando a entender su desconocimiento.

–No lo sé, Anne. No lo sé... –contestó mientras miraba fijamente el cajón del escritorio con una disimulada sonrisa.

Arieta se encontraba sentada en el sofá junto a una desconsolada Anika Ritz. La mujer, que había sido quien descubrió que su hija no se encontraba en su habitación, se había tirado toda la mañana llorando desconsoladamente y se le habían hinchado los párpados hasta el punto de que habían desfigurado sus amplios ojos. La condesa, que se sentía culpable porque la muchacha había desaparecido bajo la protección de su casa, intentaba consolarla de la mejor manera que podía, ofreciéndole todo tipo de augurios favorables para calmar a su atribulada amiga.

–Estoy segura de que estará bien, Anika.

–Ella nunca se alejaría de nosotros..., lo sé –sollozó.

–Puede que haya ido a la ciudad por su cuenta. O no sé..., tal vez quería volver a casa.

–Mi Renata..., sola en el bosque... –volvió a sollozar–. ¿Y si la han raptado?

–No debes ponerte en el peor de los escenarios, querida. Es bien sabido que eso no ayuda en nada –Arieta suspiró, cuando la puerta de la habitación se abrió enérgicamente y ambas se sobresaltaron.

–¡Aleksander! –exclamó Anika al verle aparecer por la puerta, haciendo el amago de levantarse–. ¿Sabe algo?

–Lamentablemente, no –contestó Kurt, que entraba tras el conde.

Anika volvió a romper a llorar al escuchar la negativa.

–¿Cómo se encuentra? –le susurró Aleksander a su esposa.

Arieta, apesadumbrada, meneó la cabeza en silencio.

–¿Y el señor Werner? –le preguntó

–Se marchó hace una hora a las dependencias para pedir refuerzos. El bosque es demasiado grande, y solo somos dos.

–Espero que no tarde... –miró a la desconsolada Anika.

–Y yo también, querida. Y yo.

–Señora Ritz.

–¿Sí, teniente?

–¿Recuerda algo que le llamara la atención anoche?

Se quedó pensativa unos segundos.

–No. La verdad es que no, señor Kurt. La noche pareció desarrollarse con normalidad; estuvo todo el tiempo con Tonio.

–Me consta –sentenció mientras miraba a los condes–. He hablado con él; fue el último en verla –continuó–. Parece ser que la señora Schaldi le arrojó anoche; se encontraba algo indispuerto por...

–Mi pobre Renata... –rompió a llorar

Aleksander se encontraba a punto de decir algo cuando Werner, acalorado y nervioso, apareció por la puerta. Todos se le quedaron mirando con la esperanza de que este trajera alguna nueva sobre el paradero de la muchacha.

–Señores, necesito que vengan conmigo. Cuanto antes –dijo con la voz agitada.

Aleksander y Kurt se miraron el uno al otro y asintieron.

–¿¡Es mi hija!? ¿¡La han encontrado!?! –preguntó con nerviosismo.

–Vosotras quedaos aquí. Nosotros vamos a ver qué sucede –le dijo Aleksander a su esposa.

–De acuerdo. Daos prisa, por favor.

Aleksander miró a Anika con un gesto tranquilizador.

–Volveremos pronto, señora Ritz. Volveremos con Renata.

Poco después, Aleksander, el teniente Kurt y Werner cabalgaban a toda prisa hacia la ciudad.

Ni las velas que iluminaban la morgue hacían que aquella subterránea dependencia fuera mínimamente acogedora. Con las cadenas y los ganchos colgando de las paredes y los cuerpos que se amontonaban en las esquinas de la sala, que aunque cubiertos con sus sudarios seguían imponiendo igual de respeto que como si no lo estuvieran, provocaban una continua sensación de repulsa e inquietud a los tres. El teniente Kurt estaba acostumbrado a aquella sala, y Werner también, aunque algo menos, pero Aleksander había pisado aquel lugar en tan contadas ocasiones que aún no había aprendido a dominar a su estómago. Reunidos en torno a la mesa se miraron los unos a los otros en silencio.

–Dese prisa, señor Werner. O creo que el suelo va a hacer buena cuenta de mi desayuno –dijo Aleksander, que sentía cómo se le empezaban a revolver las tripas.

Werner miró a Kurt y este le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

–Muy bien. Allá vamos... –dijo Werner retirando la sábana que cubría el cuerpo

–¡Santo dios! –Aleksander se cubrió la boca con la mano y volvió la vista para otra parte.

El pálido e hinchado cuerpo quedó al descubierto mostrando el ensañamiento al que había sido sometido.

–¿Dónde ha aparecido? –preguntó Kurt.

–En el bosque, a orillas del Moldavia.

–¿A qué altura? –intervino Aleksander, evitando mirar el cuerpo.

–Cerca de la puerta norte, señor.

Kurt se quedó pensativo unos segundos.

–Pero... –Aleksander no terminaba de encontrarle sentido a todo aquello.

–Es la entrada más cercana al camino que une la mansión con la ciudad... ¿Debería extrañarnos?

–No se refiere al lugar donde la encontraron, Werner, sino a las heridas que presenta –aclaró el teniente.

Aleksander hizo de tripas corazón y, aguantando la respiración y la compostura, volvió a posar su vista sobre el cuerpo de la joven.

–La han... destrozado. Pobre ángel... –susurró Aleksander mientras observaba a la demacrada muchacha.

Renata presentaba golpes y magulladuras por todas partes. La cabeza, abierta de par en par, había resistido las embestidas hasta que finalmente cedió a estas, dejando al descubierto parte del cerebro, que, triturado y desmembrado, dejaba caer una viscosa masa rojiza por el parietal derecho.

–Si no fuera porque sabemos que desapareció y que era pelirroja...

–¡Vaya, señor Werner! ¡Y nosotros intentando descubrir quien se escondía tras esta cara desfigurada! ¡Qué sería de nosotros sin su audaz capacidad de deducción! –exclamó Aleksander sarcásticamente poniendo los brazos en jarra.

–¿Se han dado cuenta, señores? –medió el teniente. Ambos miraron con detenimiento el cuerpo–. Es curioso que se hayan tomado las molestias de desfigurarlos a golpes... –añadió

–Supongo que buscaban eso mismo, señor. Que no lo pudiera reconocer nadie.

–¿Y cómo se explica que le falte la piel? –le preguntó a Werner señalando el vientre de la muchacha–. Es más, ¿qué interés en él como para cortarlo... tan hábilmente?

Aleksander y Werner se acercaron un poco más al cuerpo.

–¿Ven este corte?

Asintieron.

–Está hecho con algo afilado. Sus bordes no presentan desgarros. Quien lo hizo usó un objeto cuidadosamente afilado. Werner, acércame las pinzas “dientes de ratón” –parecía haber visto algo extraño.

Werner se acercó a la mesa de la pared, cogió una pequeña tenacilla y la depositó en su mano.

–Y será verdad que aún no has sido capaz de aprender algo de mí... –protestó Kurt al ver que le había dado unas pinzas de disección

–P-perdón, señor... Los nervios, que... –se excusó mientras volvía a la mesa y tomaba el otro juego de pinzas

–¿Ha visto algo, teniente? –preguntó Aleksander intrigado.

–Eso creo... –contestó mientras hurgaba el borde de la herida– Y..., ¡aquí está! –exclamó sacando del borde inferior de la herida un fino cordel marrón.

Sujetándolo en el aire, los tres se acercaron a él para examinarlo más de cerca; aguardaron mudos mientras intentaban encontrarle algún significado. Kurt fue el primero en romper aquel silencio.

–¿Les dice algo esto, señores?

–Um..., creo que no –Aleksander lo miró desde todas las perspectivas posibles.

–A mí tampoco, teniente.

–Entiendo –susurró Kurt, desalentado.

–¿Y a usted, teniente, le dice algo?

–Pues... es evidente que es un cordel fino... De fabricación casera por la apariencia de las fibras que lo conforman. Así que... –comenzó a frotarse la barbilla.

–Vamos. Que no tiene ni idea, quiere decir, ¿no? –intervino Werner

–Pues no, la verdad. Para que nos vamos a engañar. Es solo un simple trozo de cordel que puede haber llegado ahí de cualquier forma; bien sea durante, o después de que la mataran.

Aleksander se echó la mano a la cara al escuchar la confesión del teniente.

–Está claro, señores. Ni los tres juntos somos capaces de dar una simple explicación –dijo Werner alzando la mirada al techo con resignación.

–¡Para que vean, amigos! ¡Praga puede sentirse segura con nosotros tres al frente! –exclamó Aleksander mordazmente.

–A lo mejor como para eso no, conde. Pero aún tenemos la delicada misión de comunicárselo a sus padres. Y le puedo asegurar que eso sí que va a requerir de toda nuestra astucia.

–Sí..., es cierto. Debemos elegir minuciosamente bien nuestras palabras cuando les demos la noticia... –apoyó las palabras del teniente.

–Mejor será que regresemos a la mansión –Kurt cubrió nuevamente el cadáver de Renata.

–Menos mal que la mala noticia no hay que dársela a un cordel..., isi no estaríamos apañados! –exclamó Werner mientras subían las escaleras de la morgue.

–¡Al final te la vas a ganar, Werner!

–¡Qué poco sentido del humor tiene, teniente!

–¡Werner!

–Va... Va...

El apetito empezó a hacer mella en la concentración de Florian; no había desayunado aún, por lo que la exigencia con la que llevaba largo rato trabajando con el pliego de piel le tenía agotado. Con la ayuda del pequeño caballete que había construido, esta pendía de él, estirando sus bordes hasta los laterales que conformaban aquel curioso artefacto. Embestida arriba y abajo, Florian pasaba una y otra vez la afilada cuchilla sobre su superficie, deslizando un trozo de algodón que, dadas sus capacidades absorbentes, eliminaban el excedente de humedad que iba apareciendo. Dejando a un lado sus utensilios y guardando con cuidado su trabajo guardó nuevamente en el cajón todo el conjunto, haciendo así desaparecer toda evidencia que le pudiera relacionar directamente con Renata. Cerrando la puerta de su habitación con cuidado tras de sí, avanzó por el pasillo, enfilando decidido el camino hacia las cocinas, dispuesto a pegar bocado a cualquier cosa capaz de acallar su estómago. Cuando llegó a la planta baja, justo cuando pasaba frente al Gran Salón, las voces de Arieta y Anika llegaron a sus

oídos, y guardando silencio tras la puerta prestó atención a la conversación.

–La espera se está haciendo eterna...

–Si le ha pasado algo... nunca me lo perdonaré –susurró Anika Ritz.

Arieta no sabía qué más podía decir para consolar a su amiga; tras varias horas de comentarios esperanzadores, se le estaba agotando el repertorio. Para su suerte, Jaroslav entró en la sala por una de sus puertas auxiliares.

–¿Desean algo las señoras?

Anika negó con la cabeza, y Arieta le lanzó una mirada amenazante.

Florian escuchaba la conversación con atención cuando la voz de Tonio le sorprendió por la espalda.

–No deberías espiar a la gente.

Él, sobresaltado, se giró hacia su locutor.

–No era mi intención...

–¿Espiar conversaciones ajenas? –espetó al tiempo que miraba él también por la ranura de la puerta–. Me supongo que tú... no sabes nada del asunto, ¿no?

–¿Tú también? –contestó ofendido

Tonio le miró con extrañeza al oír su respuesta.

–No sé cómo tienes el valor de dirigirte a mí después de... –añadió secamente.

Tonio se disponía a contestarle cuando ambos se vieron sorprendidos por la condesa.

–O están dentro, o fuera. Pero no se queden en la puerta conversando alegremente tal como está el panorama. Entren –les ordenó malhumorada.

Ambos se adentraron en la habitación y tomaron asiento en el sillón, justo enfrente de la señora Ritz.

–Querida, ¿le importa si nos ausentamos mi empleado y yo un momento? Tenemos un asunto que tratar –dijo mientras echaba una sentenciosa mirada a Jaroslav.

–Adelante... Yo esperaré aquí por si vuelven.

–Tonio y... Ludovico se quedarán con usted. No se quedará sola.

Ambos muchachos se miraron incómodamente el uno al otro, en silencio. Florian hubiera preferido antes quedarse a solas con una jauría de lobos que con Tonio, pero poco podía hacer al respecto más que aguantar la tensa situación. Jaroslav y Arieta desaparecieron en silencio por la puerta, adentrándose en la habitación contigua.

–Muy bien, mi leal... sirviente –se palpaba la ironía en sus palabras–. ¿Ha notado como yo que en esa habitación hay algo que no cuadra? –añadió.

Jaroslav, que sabía a qué se estaba refiriendo, intentó hacerse el despistado.

–Una auténtica desgracia, señora. Lo tiene que estar pasando mal...

–¡No me venga de ese palo! ¡Sabe perfectamente de lo que hablo! –exclamó iracunda.

Jaroslav, exaltado por la reacción de la condesa, tragó saliva.

–Sabes quién está ahí sentado, ¿eh? –continuó–. ¡Sentado en mi sofá, como si no hubiera pasado nada! ¿¡Tienes alguna explicación para eso!?

–Yo...

–Dime... ¡Venga, vamos!, ¡dime!

–Le concedí mi lealtad, mi dedicación y mi vida, condesa. Lo di todo por ustedes,

ipor usted!, el día que entré por la puerta de esta casa. Pero por nada del mundo condenaría mi alma por cumplir sus deseos de ver muerto a ese muchacho –respondió con decisión.

–¿¡Muerto!?! –exclamó incrédula.

–¡Me pidió que envenenara al pobre muchacho!

–¿Envenenarle? –profirió una carcajada burlona–. No era veneno, sino un concentrado de adormidera. ¡Lejos de matarle, debería estar durmiendo durante días! –suspiró–. Sí, le odio. Pero jamás me mancharía las manos, ni siquiera con terceras personas...

Jaroslav se quedó helado. Acababa de acusar de un delito grave a la condesa, y seguramente tendría las peores de las consecuencias. –Me equivocaba con usted... Todo este tiempo me he equivocado...

Jaroslav se quedó en silencio, escuchando la falsa apreciación que parecía tener la condesa sobre su servilismo.

–Sabe de sobra que no es así... –reprochó.

–¡Cállese! –alzó la mano a escasos centímetros de su cara–. ¡No ose a darme lecciones de valoración! –Florian y Tonio se miraron el uno al otro al escuchar el grito de Arieta–. Está claro que debo tomar medidas con usted. Unas medidas acordes a su... fidelidad –añadió pensativa.

Anika seguía en silencio, tapándose la nariz con un pequeño pañuelo de tela, y Tonio miraba continuamente a Florian esperando alguna palabra por su parte. Y como no parecía que este fuera a decir nada, decidió romper el hielo.

–Esto...

–¿Sabes? Me alegro mucho por ti y por Renata. Espero que aparezca pronto; me muero por volver a veros junto. Formáis una pareja envidiable –le interrumpió.

Anika, al oír el nombre de su hija, rompió a llorar.

–Venga, señora Ritz... –Tonio se acercó a ella y le pasó la mano por los hombros mientras miraba a Florian con mala cara, dándole a entender que se había extralimitado con aquel comentario.

–No se preocupe, señora Anika. Su hija debe estar ardiendo en deseos por regresar y caer en los brazos de nuestro mujeriego Tonio...

–¡Florian, basta ya! –exclamó Tonio, cabreado.

–Lo siento. Lamento decirte que ese al que nombras murió anoche... ¿Recuerdas cómo? –dijo entre dientes–. Tal vez necesitas que te lo recuerde.

Tonio, iracundo por el comportamiento de Florian, se acercó a él y, levantando la mano con determinación, le propinó una bofetada.

–¿¡Se puede saber que está ocurriendo aquí!?! –gruñó una potente voz.

Aleksander, Werner, y Kurt aparecieron por la puerta en el momento en el que la mano de este impactaba sobre la mejilla de Florian.

–¡Tonio! ¿¡Se puede saber qué significa esto!?! –

–Lo... lo siento, padre. Yo... –titubeó

Werner y Kurt observaban sorprendidos la escena.

–Quiero que te marches a tu cuarto. Y tú también, Ludovico. ¡Los dos a vuestros cuartos! ¡Ahora! –les ordenó indignado.

Ambos salieron por la puerta sin mediar palabra. Atrás quedaron los tres, que, rodeando a Anika, le dieron la tan temida nueva con la que habían regresado. Florian aún no había llegado a la puerta de su dormitorio cuando los gritos desesperados de la señora Ritz se oyeron por toda la casa. “La han encontrado”.

Durante los siguientes días la casa se sumió en un silencio sepulcral; el sonido de los caballos, los provenientes de la cocina y el exterior, fue lo único que se escuchó. Los empleados no hablaban. Tonio había suspendido sus clases de música, y tanto Arieta como Aleksander se dedicaban a realizar sus rutinas diarias inmersos en una eterna procesión de ánimas. La muerte de Renata había afectado con dureza a todos; aun así le procuraron un funeral por todo lo alto: grandes centros florales, el mejor grupo de violinistas, un panteón de grandes proporciones...; todo un derroche de dinero para la pobre Renata. Hasta la fecha Florian había reusado de seguir sentándose a la mesa con los Schaldi, ya fuera para comer o cenar, prefería hacerlo en las cocinas cuando todo el mundo había terminado. O como ya empezaba a ser habitual: se llevaba la comida a su habitación y daba cuenta de ella en soledad, sin distracciones. Lejos del final de aquella situación, pasaron tres semanas hasta que, bajo demanda expresa de Aleksander, Florian tuvo que sentarse a la mesa con ellos. Entre el menú de esa noche se camuflaba una ración de... “aderezada proposición”.

–Gracias, Marcel. Estaba todo muy bueno –dijo Aleksander al empleado, que comenzaba a retirar los platos del postre.

–Creo que voy a explotar... –Tonio se dio unas palmadas en el inflado estómago.

–Ludovico, no has dicho palabra durante toda la cena... ¿Sucede algo?

–Ciertamente no, señor Aleksander; estaba todo buenísimo. Gracias por la invitación –le respondió secamente.

Arieta le miraba de reojo.

–Mañana por la mañana tendremos visita. El famoso coro de los siete ha llegado a la ciudad; se quedarán una temporada. Así que hemos preparado un almuerzo y les hemos invitado –anunció.

–Recuerda prepararte la ropa para las ocasiones especiales antes de acostarte, hijo mío –le recordó Arieta a su hijo.

Florian solo hizo un gesto con los hombros dando a entender que le parecía bien, pero que con él no iba el asunto.

–No los conocemos..., pero su fama en toda Europa es, como poco, bien conocida.

–Y como nosotros tenemos que comprobarlo todo... –intervino Tonio.

–¡Tonio, reserva tus sarcasmos para otro momento! –gruñó Arieta

–Bueno, en cierto modo es verdad, sentimos predilección por la buena música. Por lo que aprovechamos las buenas oportunidades cuando se nos presentan –apuntó Aleksander –. ¿Crees que podrías componer una pequeña pieza para la ocasión, Ludovico?

Florian no se sorprendió por la petición del conde.

–Creo que sí, señor. Supongo que ponerle letra a una pieza no debe ser muy complicado –contestó.

–Ten presente que solo cuentas con esta noche para componerla. Si ves que no es posible... solo tienes que decírmelo.

–No se preocupe –tomó su servilleta y se limpió la comisura de los labios.

Aleksander sonrió al escuchar la tranquilidad con la que Florian aceptaba el encargo.

–Perfecto..., Perfecto. ¡Y antes de que se me olvide...! –se levantó de la silla y se acercó al mueble que había tras él–. Creo que esto te pertenece –dijo al tiempo que depositaba sobre la mesa una pesada bolsita de terciopelo roja.

–¿Qué es, señor? –la miraba con curiosidad.

–Ábrela...

Florian desabrochó el cordel que la mantenía cerrada y volcó su contenido sobre la mesa, dejando al descubierto su contenido.

–¿Esto... es mío, señor? –las monedas relucían esplendorosas a la luz de las velas.

–Todo tuyo, Ludovico.

–Pero...

–Tras toda actuación, un músico que se precie ha de recibir los honorarios por su trabajo. Y parece ser que al público de esa noche le fascinó el tuyo.

Arieta dejó escapar un disimulado bufido al ver cómo Florian observaba embobado el dinero.

–¿Me lo han dado ellos? –jamás había visto tanto dinero junto–. De hecho, jamás había visto una sola moneda.

–Eso es. Y a partir de ahora cualquier recaudación que proceda de una actuación tuya ira directamente a tu bolsillo, como debe ser.

–G-gracias, señor... Muchas gracias –respondió abrumado.

–¡Pues ya está! Ahora, si quieres, puedes retirarte a tus aposentos a trabajar en esa pieza. ¡El tiempo es oro!

Florian se tiró hasta pasada la medianoche trabajando en la composición para el supuesto gran coro de los siete. Realmente no le hacía mucha gracia tenerse que inmiscuir en absurdas celebraciones, pero era cierto que ese grupo de niños había levantado en él una enorme curiosidad. Agotado por el acelerado ritmo al que había trabajado, suspiró al marcar con la pluma la última corchea del pentagrama; su trabajo había finalizado con éxito, por lo que ahora solo le quedaba meterse en su cómoda cama y descansar. El día siguiente parecía presentarse prometedor.

Florian aguardaba expectante en el interior del Gran Salón cuando una fila de niños empezó a entrar por la puerta. En silencio, uno tras otro, comenzaron a tomar asiento frente a él en un largo sofá que había hecho trasladar la señora Schaldi desde una habitación contigua. Bajo su minuciosa observación, aquellos niños no parecían tener nada especial a simple vista; de hecho, su comportamiento parecía ser el de unos jovencitos rebeldes, algo típico en esa edad, y no el de unas grandes promesas para su tiempo que mal logrando sus aires de grandeza mantenían la compostura y las

apariencias a cualquier precio. Tal vez lo más llamativo era que todos, sospechosamente, eran rubios, un rubio intenso y cegador a la luz de las velas, y que del primero al último tenían los ojos de un color azul raramente visto. Los siete muchachos lo miraban con curiosidad. Sin haber tenido tiempo –ni ganas– de empolvase la cara quedaba a la vista su llamativa cicatriz; tal fue la curiosidad que esta levantó en ellos que al final uno acabó formulando la gran pregunta:

–¿Qué te ha pasado en la cara?

Florian, a quien le había molestado la descarada pregunta, lanzo una fría mirada al muchacho mientras el resto murmuraban entre sí.

–¿Qué pasa? ¿Te ha mordido la lengua el gato? –añadió el niño.

–¡Arrym, querrás decir la cara, ¿no?! –intervino otro.

Los seis comenzaron a reír al unísono al oír la mordaz observación.

–¡Basta ya, niños!

La voz de Lady Popi provocó una reacción en cadena: todos, y cada uno de los niños, se quedaron en completo silencio y con la mirada al frente.

–Discúlpeles, señor...

–Ludovico. Ludovico Vesnitti, señora. A su servicio –se levantó para besarle la mano.

–Encantada, señor Ludovico. Soy Lady Popi, pero puede llamarme Popi a secas. Pero siéntese, por favor. Siéntese.

–Un placer, señora... Popi.

–Pido disculpas por el comportamiento de mis diablillos, están en una mala edad y...

–dijo al tiempo que se hacía hueco entre los niños y se sentaba en el sofá.

Florian recorrió con la mirada a los muchachos como si pasara lista.

–No se preocupe. Todos hemos pasado por esa edad, supongo.

–De esa edad uno puede esperar cualquier cosa –intervino Aleksander, que apareció por la puerta acompañado de su esposa y su hijo.

–Palpitante niñez... Qué valioso regalo –añadió la condesa.

–¿Le apetece tomar algo? Tal vez esos encantadores chicos quieran tomar un vaso de leche...

–Gracias por su cordialidad, conde, pero han desayunado hace poco –contestó Popi.

Florian disfrutó al ver la cara de fastidio que pusieron los niños al escucharla.

–Como podrá imaginar nuestra agenda está bastante... –añadió

–Entiendo, señora Popi. Siendo así no lo demoremos más; no es nuestra intención complicarle sus compromisos con retrasos innecesarios –Aleksander supo leer entre líneas el aviso de la educada mujer–. Ludovico, ¿tienes preparada la obra?

Florian asintió con la cabeza en silencio.

–¡Pues no se hable más! ¡Procedamos! –exclamó.

Se disponía a sentarse al piano cuando...

–No, Ludovico –dijo Arieta secamente.

Florian se quedó parado en el aire antes de llegar a posar las nalgas en el taburete.

–Ludovico, hoy no tocarás tú –intervino Aleksander. Tonio se acercó al piano en silencio–. Hoy quiero que disfrutes de la gran oportunidad que nos brindan estos... –Aleksander volvía a contar mentalmente a los niños– siete querubines.

–Pero señor Aleksander... Es mi... –titubeó Florian ofendido por que fuera a ser Tonio quien tocara su pieza.

–No temas, Ludovico. No necesita estudiarse la partitura, la podrá representar al tiempo.

Florian y Tonio se miraron durante unos instantes; la tensión que se había generado entre ellos se podía cortar en el aire.

–Tonio toca como los ángeles, ya lo verá – le dijo orgullosa Arieta a Lady Popi.

Florian se levantó visiblemente molesto por aquella nueva, y enfilando en silencio hacia los asientos tomó posición junto al conde. Frente a él un pequeño grupo de niños rubios se arremolinaban papel en mano junto al piano que, de la mano de Tonio, les iba a brindar los primeros compases. Tras unos minutos de silencio, la interpretación comenzó. La voz de aquellos siete niños era sin duda excepcional. Sus voces parecían elevarse al cielo con una suavidad asombrosa realizando giros de voz y cambios de registro vocal nunca vistos hasta la fecha. Sintió un escalofrío al escucharlos. La obra que había preparado era fresca y alegre, pues pensó que sería lo más apropiado para la voz de unos niños, pero aquellos excepcionales muchachos sobrepasaban sus expectativas, agregándole un cariz elegante e inexplicable a su obra. Fascinado por su talento, lamentó no haber compuesto una obra más seria y profunda.

Tonio tocó la última nota de la desenfada pieza, y los niños mantuvieron el do mayor [Do*] en sus gargantas hasta donde el compás de la partitura marcaba. Y reduciendo la potencia de sus voces, y perdiéndose sus entonaciones en el aire, la obra llegó a su grandioso final. El salón quedó en silencio unos minutos, hasta que Aleksander lo profanó con sus enérgicos aplausos.

–¡Fantástico, sublime! –exclamó poniéndose de pie.

Arieta y Lady Popi se levantaron entre aplausos también.

–Son sublimes... –confesó Arieta

–Ahora entienden la demanda, ¿no?

–Sin lugar a dudas, Lady Popi. Sin duda... –contesto Arieta aún sorprendida–. ¿Podría acompañarnos un momento a un lugar más íntimo? A mi esposo y a mí nos gustaría proponerle algo –añadió.

Florian, que no sabía de qué iba el asunto, observó cómo Lady Popi aceptaba su propuesta con un brillo interesado en los ojos.

–¿Y los niños? –preguntó esta.

–Le diré a Jaroslav que los acompañe fuera. Estoy seguro de que disfrutarán de esta cálida mañana –intervino Aleksander.

–Será de los que quedan, teniendo en cuenta que estamos a las puertas del otoño – apuntó Lady Popi.

–Por eso mismo, querida, por eso mismo –dijo Arieta alegremente.

–Tonio, ¿podrías ir a decirle a Jaroslav que se encargue de supervisar a los chicos mientras se divierten en el jardín?

–De acuerdo, padre.

–Si me disculpan... Me gustaría regresar a mi habitación –dijo Florian, que veía

como le mantenían al margen de la conversación.

–Por mi parte no hay impedimento, señor Ludovico –dijo Lady Popi.

Aleksander y Arieta asintieron con la cabeza.

–Pues con su permiso... –se disculpó justo antes de emprender camino hacia la salida del Gran Salón.

–¿Señor Ludovico?

–¿Sí, Lady Popi? –se dio la vuelta antes de atravesar la puerta

–Buen trabajo –le felicitó–. De lo mejor que he escuchado en muchísimo tiempo.

Florian le contestó con una delicada sonrisa. Acto seguido, salió por la puerta camino a su dormitorio. “Habría sonado mejor si me hubieran permitido representarla a mí y no a él”.

Ante el piano, Florian miraba en la distancia el cajón del viejo escritorio, preguntándose cuál sería la mejor forma de expresar y potenciar la esencia más pura de lo que había conformado su nueva vida, sus esperanzas perdidas y, en definitiva, todo lo que sentía en su atribulada alma. No solo estaba frente a su mayor reto como compositor, sino que él mismo se había puesto un listón tan alto como el grado de desolación que había originado en él su amado Tonio, siendo este el más ambicioso y complicado al que se enfrentaba. Si bien antes contaba con el razonable juicio de su conciencia, tras los últimos sucesos y la oscura transformación que había sufrido, esa necesaria valoración de sus actos sobre si era correcto no trabajar en una obra así se habían esfumado. Con el dolor como alas, y la pluma como espada, estaba dispuesto a asestar golpe mortal al corazón de Tonio; un golpe aún mayor.

–¿Todavía te lo estás pensando? –dijo en su cabeza la voz de la mujer de rojo–. Ha reducido a cenizas lo poco que quedaba en ti... ¿Necesitas que te lo recuerde?

No se molestó en contestarle; se quedó sentado, pensando que, por primera vez, aquella molesta voz tenía razón.

–Hazlo..., muchacho. Hazlo –le susurró.

–Lo haré –contestó él en voz baja–. Pero todavía no –añadió mientras se levantaba del taburete y salía por la puerta; necesitaba tomar aire fresco y poner sus agitados pensamientos en orden.

En el exterior los siete niños rodeaban a Jaroslav, quien, de pie, aguantaba las fuertes patadas que le estaban propinando en la espinilla. Jaroslav, al que habían ordenado supervisar a los críos, aguantaba en silencio el comportamiento de estos, tomándose la única diligencia de maldecirlos entre murmullos. “Malditos niños malcriados”.

Florian, que se encontraba al pie de la escalera exterior observando la escena, no entendía cómo Jaroslav no se defendía de ellos propinándoles una cachetada para corregirlos, o aunque solo fuera una reprimenda.

–Niños, por favor... Parad ya... –dijo conteniendo sus ganas por abofetearlos.

–¡Súbdito! ¡Calientacamás! –le gritó uno de los niños al tiempo que le daba una dolorosa patada.

–¡Somos importantes, y tú solo eres un simple sirviente! –gritó otro–. ¡Tienes que

hacer todo lo que te ordenemos, plebeyo! –añadió

–Por favor..., niños. Estaos quietos ya –rogó pacientemente.

Una esfera de barro impactó sobre su pecho, manchándole la impoluta casaca.

–Se acabó –dijo Florian en voz baja al tiempo que empezaba a caminar hacia ellos.

“¡Plebeyo!”, le gritaban al unísono. “¡Ahora eres más plebeyo que antes”, gritó uno de los muchachos justo antes de que la mano de Florian le cogiera con fuerza del brazo.

–Odioso niño malcriado... –gruñó.

Jaroslav, sorprendido, observó en silencio cómo a Florian se le abotargaba la cara.

–¡M-me... hace daño! –exclamó asustado.

–No tienes ni idea de cómo es el auténtico dolor –le contestó siniestramente.

El niño comenzó a llorar. Inconscientemente, Florian apretó con más fuerza.

–¡Aaaaah! –gritó el muchacho.

–Ludovico..., para. Le estás haciendo daño –le dijo en voz baja Jaroslav acercándose a él.

Florian, cegado por su ira, apretaba cada vez con más rabia.

–¡Aaaaaaaaah! –gritó con más fuerza el niño.

–¡Basta, Ludovico! –exclamó quitándole bruscamente la mano del brazo del muchacho.

Florian pareció salir de su distorsionada realidad con la misma expresión en el rostro como cuando alguien está desorientado. Los niños, al ver que liberaba a su compañero, se alejaron un poco más de él.

–¿Se puede saber qué te pasa? –le preguntó Jaroslav

–Yo... no... –titubeó–. No lo sé... –miró desconcertado a cada uno de los allí presentes.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó Jaroslav al niño acercándose a él.

–Me... ha hecho daño –contestó entre sollozos.

–Solo quería jugar...; pero es muy fuerte. No quería hacerte daño, ¿lo entiendes?

–Pues me lo ha hecho...

–¡Es verdad, todos lo hemos visto! –exclamó uno de los niños que se encontraba más alejado.

–Vamos a hacer una cosa; si os parece –esbozó una amigable sonrisa–. ¿Qué os parece si olvidamos todo esto y vamos a pedirle a la cocinera algún dulce? ¿Os parece?

Los niños se miraron en silencio los unos a los otros.

–¿Queréis? ¿Os apetece un buñuelo de nata? –intentó disuadirles.

Finalmente, los niños asintieron en silencio sin apartar la mirada de Florian.

–¡Perfecto, entonces! –exclamó aliviado–. Id a las cocinas y esperadme allí, ahora voy yo.

Los muchachos rodearon a su dolorido compañero y, entre preguntas y consuelos, emprendieron camino a las cocinas.

–Deberías controlar ese nuevo genio tuyo, Ludovico –le aconsejó.

–Lo siento, Jaroslav. Es solo que vi lo que te estaba haciendo y...

–Es cierto que esos niños son... algo complicados –suspiró.

–T-te han... –titubeó apenado mientras le miraba la sucia casaca.

–No te preocupes, necesitaba darle un agua de todas formas –respondió al tiempo que se sacudía la mancha.

–¿Cómo es que te han ordenado a ti cuidar de los niños y no a Anne o a algún otro?

–Bueno... –suspiró–. Podríamos decir que he sido relegado de los beneficios que implica la confianza de la condesa.

–¿Y eso? –preguntó extrañado– Más leal que tú no hay nadie...

“Mejor no quieras saber más sobre el asunto, muchacho. No por tu bien...” pensó avergonzado.

–Te voy a dar el mejor consejo que te podrán dar en esta vida, Ludovico. Nunca muerdas la mano de quien te da de comer. Pero tampoco permitas que esa misma mano te retire el plato.

–No sé si te entiendo, Jaroslav –contestó desconcertado.

–Da lo mismo, chico. Límitate a ser lo más fiel que puedas a ti mismo y a tus convicciones, por encima de todo. Y si alguna vez te encuentras con un problema, no esperes que nadie venga a solucionarlo por ti; hazlo por ti mismo. La confianza es algo que cuesta mucho conseguir, y poco perder.

Florian escuchó con atención las palabras de Jaroslav.

–¡Otra cosa más que está sobrevalorada hoy día! –exclamó–. Bien... Será mejor que vaya a las cocinas antes de que esos monstruitos también saquen de quicio a Llona; ella sí que tiene poca paciencia... –añadió con un gesto de reverencia al tiempo que Florian le correspondía con otro.

La mañana discurrió rápido y sin más incidentes que el ocurrido con el niño. Antes de la hora de la comida, ya finalizada la misteriosa conversación entre Lady Popi y los condes, el carruaje del coro de los siete había enfilado rumbo a su residencia provisional, por lo que la casa había recuperado nuevamente su serenidad habitual. Durante la tarde Florian había aprovechado a dar un paseo por los márgenes del lago, disfrutando así de los últimos rayos de sol del verano, poniendo orden en su cabeza. Y ahora, al abrigo de la luz de una vela y la compañía del piano, intentaba poner la otra parte de su ser en su sitio: sus sentimientos. El recuerdo de sus padres seguía en su cabeza tan fresco y vivo como el primer día que, a pesar del paso del tiempo y el efecto que este poseía para desgastar las reminiscencias, habían conseguido perdurar en un rincón de su memoria. Supuso que aquel era el mayor y mejor ejemplo para entender las palabras que le había dedicado Jaroslav; sus recuerdos le eran fiel de igual manera como lo era él con ellos. Sentado, como ya era habitual, continuó repasando mentalmente cada suceso en su juventud, prestando especial atención a los sentimientos que esos habían desencadenado en él. Y fue eso mismo lo que provocó que las lágrimas comenzaran a descender por sus mejillas, tomando así el preciado pañuelo que le había regalado Werner para secárselas. Florian se quedó contemplándolo en silencio.

–Te gustaría ser como él, ¿verdad? –resonó la ya conocida voz de su cabeza.

–Déjame en paz... –contestó en voz alta a su invisible compañera.

–¿Yo también?

–En especial tú.

–Dime, muchacho... ¿Cuántos te han retirado la palabra ya? ¿Dos, tres?

–No sé a qué te refieres... –espetó

–Claro... Como aún mantienes acaloradas conversaciones con Tonio...

–No se te ocurra nombrarle. No tienes ningún derecho.

–¿Ahora va de derechos la cosa? Eso me sorprendería viniendo de ti... ¡Chico valiente donde lo haya!

–¿Por qué dices eso? –preguntó molesto Florian, que parecía seguir sin tomar consciencia de que la voz provenía del interior de su propia cabeza

–¿Acaso tenías tú algún derecho a coger a aquel indefenso niño del brazo?

–Se lo estaba buscando...

–Oh..., sí... ¡Qué valiente por tu parte! ¡Aprovecharte de tu fuerza y disfrazar el error con traje de valentía! –exclamó la voz–. ¿Sabes qué...?

–Qué –contestó Florian secamente

–Que me das pena. Esa es la palabra, pena. Tú, que vas por el mundo con aires valerosos, no eres capaz de afrontar por ti mismo los problemas que minan tu triste existencia.

–¿Tú me vas a dar lecciones a mí de atrevimiento? Precisamente tú, que te escondes de mí y no das la cara...

–¿Cómo voy a dar la cara si solo soy una voz en tu cabeza? –le aclaró la voz–. Con quien tienes que enfrentarte sigue ahí fuera, riéndose..., follando...; ¡viviendo y celebrando día tras día el momento en el que segó la vida de tus adorables padres!

Comenzó a apretar los puños, clavándose las uñas en la carne.

“Y si alguna vez te encuentras con un problema, no esperes que nadie venga a solucionártelo. Hazlo por ti mismo”, le susurró la voz las palabras que Jaroslav le había dicho esa misma mañana.

Florian permaneció en silencio y pensativo tras aquel recordatorio.

–Sé lo que estás pensando..., muchacho. Y me parece buena idea –añadió la voz.

–Acabaré contigo. Da igual donde te ocultes, ¿me oyes? Te encontraré y acabaré contigo; les vengaré.

–Claro que sí..., mi dulce muchacho. Y yo te esperaré..., deseosa. Esta vez no cometeré errores –le animó.

Florian, sumido en un extraño trance, se puso en pie; había tomado la decisión de terminar él mismo con sus problemas. Si no lo iba a hacer Kurt, él debía tomar las riendas del asunto. Esperaría, y en noche cerrada montaría su caballo y volvería al callejón donde había visto a Mirjeta; si tras aquella voz se encontraba la asesina de sus padres, podría poner fecha al fin de su tortura. Se acercó al armario donde guardaba la ropa y, en completo silencio, sacó el abrigo negro que había usado el día que escondió el cuerpo de Renata, y depositándolo con cuidado sobre la mesa esperó a que la noche avanzara un poco más.

–Buen atuendo para la ocasión..., mi adorable redentor. Se avecina tormenta... –rezó la voz.

El viento soplaba con fuerza, y las estrellas, cubiertas por oscuras y esponjosas nubes,

eran testigo de la inminente borrasca. El caballo galopaba rápidamente a través de las arboledas sorteando con audacia las rocas y socavones que se escondían a los ojos de Florian. Cuando partió de la mansión todo el mundo se había retirado a sus aposentos antes de lo habitual, por lo que pudo adelantar su partida un poco; con algo de suerte regresaría antes del amanecer. Cuando Praga ya empezaba a ser visible en la lejanía, la tormenta estalló con virulencia, llegando a las puertas de la durmiente ciudad con las primeras gotas de lluvia. Aparcó el caballo en la entrada y avanzó por sus solitarias calles envuelto en la capa, manteniendo oculta su identidad con la capucha. Con la única compañía de sus pisadas en el barro, atravesó la, ahora, solitaria plaza del mercado, que se veía grande y espaciosa al estar desalojada de puestos, vendedores y compradores. Sin ser plenamente consciente del peligro al que se sometía al volver, solo y desarmado a aquel lugar, se adentró en la pequeña calle y, avanzando rápidamente, llegó en poco tiempo a la entrada del callejón donde todo había ocurrido.

Aquella parte de la ciudad, al pertenecer a los suburbios, estaba rebosante de vida. Los hombres caminaban embriagados por el alcohol, dando tumbos y traspiés, mientras algunas mujeres libertinas usaban sus pechos a modo de canto de sirena para atraer a los desorientados hombres y sus bolsillos llenos de dinero. Caminó callejón arriba ignorando y apartándose de las mujeres que le rogaban un par de monedas por dejarse acariciar los senos, cuando finalmente llegó a la ventana por la que aquel fatídico día creyó escuchar la voz de su verdugo. Acercándose en silencio, prestó atención por si la podía escuchar nuevamente. Debido al ruido que hacían tanto prostitutas como borrachos, Florian no conseguía escuchar con nitidez; la propietaria de aquella voz parecía estar dentro de la casa, pero no conseguía oírla con la misma claridad que la última vez. Exasperado por el infortunio, movió un par de barriles cercanos bajo la ventana y se subió a ellos, esperando así poder llegar a ver algo por la ventana.

–¿Y dices que ese muchacho tenía una marca en la cara?

–Sí. Pero no le dije nada –respondió el niño.

Florian no podía ver quién se ocultaba tras la voz de aquella mujer, ya que se encontraba de espaldas a la ventana; estaba casi convencido de que era la mujer de rojo, pero sin verle la cara no podía confirmarlo. En cuando a la voz del niño, al que por la ajustada altura de los barriles no llegaba a ver, sabía sobradamente de quién se trataba; el niño de la casa Vladenko se encontraba allí dentro, y de eso no le cabía la menor duda. En silencio continuó escuchando la conversación.

–Esto no me da buena espina... –dijo Mirjeta mientras se movía por la habitación sin terminar de darse la vuelta–. ¿Él lo sabe? ¿Se lo has contado?

–No... No he vuelto a verle desde hace un par de días.

–¿Desde que pasó no le has vuelto a ver? –preguntó extrañada.

–No... –confesó el niño–. ¡Pero he estado muy ocupado! ¡Ese hombre no me deja tranquilo ni un momento!

–Ese maldito vejstorio...

–No sé por qué tengo que seguir ahí... No me gusta nada, ¡y huele a rancio! –protestó Mirjeta se quedó pensativa haciendo caso omiso a las quejas del muchacho.

–Márchate. Y procura quedarte dentro de casa hasta que él te lo diga, ¿me has

entendido? –dijo mientras se agachaba para estar a su altura.

Florian, desesperado por no poder ver con más detalle lo que ocurría dentro, se bajó del barril y, colocando encima de este una caja de madera, volvió a subirse, ahora con una visión más completa del interior. Cuando volvió a asomarse a la ventana la puerta se cerraba, quedando únicamente en el interior de la habitación una Mirjeta visiblemente preocupada. En ese momento el sonido de las bisagras del portón exterior que había al otro lado de los barriles rechinó, y agazapándose hábilmente aguardó en silencio, esperando no ser descubierto; gracias a dios la escasa altura del niño desempeñó un papel fundamental en su ocultación, ya que pasó por delante de él sin reparar en su presencia. Al observar al muchacho desde lo alto, Florian dio por confirmada la clara sospecha de que aquel niño era, ni más ni menos, Markus Vladenko. El sonido proveniente de la ventana provocó que volviera a su principal objetivo: verificar la identidad de Mirjeta. “Ya habrá tiempo para preguntas menores”.

Aún de espaldas a la ventana, la misteriosa mujer permanecía en silencio frente a un destrozado mueble del que coronaba un gran espejo, en el que, debido a su inclinación y ubicación, no conseguía ver en su reflejo la cara de la mujer. En silencio, Mirjeta se desabrochó el tosco vestido que llevaba puesto y, dejando que este se deslizara por su cuerpo hasta el suelo, se quedó desnuda frente al espejo. Centró automáticamente su atención en la marca que esta tenía en mitad de la espalda; el símbolo parecía haber sido grabado en su piel hacía tiempo, porque sus relieves y contornos estaban conformados por una profunda y seca cicatriz carente de costra. La circunferencia que describía se veía atravesada con una especie de cruz. Florian no había visto nunca ese símbolo como para saber qué significado podía tener, así que no perdió el tiempo y volvió a centrarse en su portador. La mujer que tenía frente a él no encajaba en el recuerdo que tenía de su verdugo. Aquella mujer era visiblemente más ancha y regordeta que la que le había asaltado en el bosque. Además, aquella tenía el pelo rojizo y largo, y la mujer que tenía delante lo tenía corto y tan negro como la noche cerrada. Aun así, permaneció un buen rato observándola, bien fuera porque su voz le recordaba a ella o porque no quería aceptar la idea de que aquella rechoncha mujer no era a quien buscaba. Mirjeta tomó un camisón que pendía justo del lateral del espejo, ajena a la mirada indiscreta que controlaba todos sus movimientos. Con un suave vaivén de brazos se puso el camisón y se dio la vuelta hacia la ventana mientras se abrochaba el cordel alrededor de la cintura. El corazón de Florian dio un vuelco al descubrir que aquella mujer, la cual había descartado por falta de pruebas visuales, era realmente la mano ejecutora que había dado muerte a sus padres. La observaba sin dar crédito al cambio que había sufrido en aquel tiempo; aquella mujer parecía totalmente diferente. Mirjeta se acercó una palangana al escritorio e, inclinando la cabeza sobre este, comenzó a echarse agua por el pelo al tiempo que se la frotaba enérgicamente, volviendo el agua negra.

–Es engrudo... –susurró al ver que esta había usado algún tipo de unguento para cambiarse el color del pelo.

Cuando Mirjeta alzó nuevamente la cabeza dejó a la vista su cabello original: un rojo más intenso que el mismísimo averno. Florian pudo discernir en su rostro la leve marca que le había quedado tras el arañazo que le propinó el día en el que sus padres

exhalaban su último aliento; una marca que la sentenciaba inequívocamente como culpable de sus actos. En aquel momento tuvo que debatirse en un duro duelo interno: por una parte deseaba más que nunca saltar por aquella ventana y acabar con ella de la forma más horrenda que se le ocurriera. O como acabó decidiendo: regresar en silencio a la mansión de los Schaldi y planear con detenimiento cómo hacerlo sin ponerse en riesgo, disfrutándolo. Con la vista y las ideas puestas en el esperado final a su encomienda por clamar venganza, regresó al lugar donde había dejado al caballo y, una vez montado en él, cabalgó de regreso a la mansión. Solo esperaba que nadie hubiera advertido su ausencia.

Tumbado ya en su mullida cama, las preguntas comenzaron a asaltarle la mente: ¿qué relación tenía Mirjeta con Markus Vladenko? ¿A qué se refería cuando dijo que no le daba buena espina?; Si la condesa tenía puestas sus miras de alguna manera en los terrenos de los Vladenko, posiblemente se encontraría con un participante en el juego con el que no contaba: una de las piezas de ese tablero era una despiadada mujer con cierta facilidad para atajar cualquier problema con la ayuda de un afilado cuchillo. En cierto modo, y a pesar de sus reticencias hacia la condesa por su comportamiento para con él, sentía lástima por ella; si la muerte debía acecharla, mejor que no fuera bajo la mejor representación de la muerte, Mirjeta. O como era conocida: “La dama de Alley”.

Tras varias horas en la cama sin poder conciliar el sueño, Florian comenzó a sentir el cálido abrazo de Morfeo, quien con delicado abrazo le sumió en un necesario sueño. Lejos quedaba ya la pregunta principal: ¿quién le ordenó a Mirjeta su muerte? Los parpados comenzaron a cerrársele, adentrándose, inevitablemente, en una oscuridad total, una que pareció recibirle con su mejor traje de gala.

–Muy bien..., muchacho. Ya era hora de que me encontraras...

Florian balbució unas palabras ya difícilmente descifrables.

–Ahora dime... ¿Esta oscuridad es un sueño... o es el interior de tu alma?

Él volvió a gemir.

–Tranquilo..., muchacho. No hace falta que me contestes ahora... Tu solo... disfrútala.

Otoño

12. El secreto de Vülstein y una alta traición

La risa del niño llegó a sus durmientes oídos. Poco a poco fue abriendo los ojos intentando vislumbrar quién se ocultaba tras la silueta danzante; fuera quien fuera aquel muchacho, parecía estar jugando con él. Primero se escondió tras el piano, y después de unos segundos en silencio salió corriendo con una carcajada juguetona hacia la esquina más oscura y alejada de la habitación. Florian no era capaz de mantener el contacto visual con él, ya que este se movía inusualmente rápido, perdiéndose entre la oscuridad con gran habilidad.

–¿Q-quié eres...? –titubeó. Solo obtuvo como respuesta otra jocosa carcajada—. Deja de moverte y dime quién te ha dado permiso para entrar en mi habitación... – volvió a preguntar mientras se frotaba los ojos con los puños

La silueta se rio de nuevo. Ahora, más despierto y consciente, cayó en la cuenta de que en la casa no había ningún niño, y los pequeños diablos del coro de los siete no habían pernoctado en la mansión, por lo que no tenía ningún sentido la presencia de este, y mucho menos en su dormitorio. Florian, decidido a saber de una vez para siempre quién se escondía tras aquella inquietante sombra, se sentó en la cama con la intención de levantarse, cuando, sin darse cuenta, el niño salió entre risas de la habitación dejando la puerta abierta de par en par. Dispuesto a descubrir quién era, se levantó de la cama y salió al pasillo, encontrándose con que solo algunas de las pocas velas de los grandes apliques del pasillo estaban encendidas. Percibió en el ambiente un ligero olor a madera quemada. Desconcertado, avanzó por el silencioso corredor buscando algún rastro que le indicara por dónde se había escabullido la misteriosa figura, pero lo único que encontró fue un silencio sepulcral y una extraña sensación de soledad, como si no hubiera nadie más en toda la casa aparte de él.

–¿Hola? –preguntó. –Nada-. ¿Hay alguien? –avanzó unos pasos más.

Silencio. Por el rabillo del ojo pareció percibir que, por el hueco de la escalera, empezaba a subir una fina columna de humo, haciendo que el olor a madera quemada impregnara más el aire. Se acercó con cuidado a la barandilla para mirar de dónde provenía, cuando vio cómo la misteriosa figura salía corriendo entre risas hacia los salones; fuera quien fuera, parecía no haberse dado cuenta de que en la planta baja debía de haber fuego. Aun con la extraña sensación de que no hubiera nadie más, y con creciente inquietud, comenzó a descender por las escaleras observando la inquietante actitud de la casa: pasillos vacíos, velas encendidas, silencio absoluto...; mirara donde mirara solo había silencio, “la nada”. Ya en el recibidor, la traslúcida nube de humo se extendía por el techo de toda la planta como una marea grisácea, haciéndole imposible detectar de qué punto procedía. Girando sobre sus pies, observó el gran recibidor,

centrando su vista en las puertas abiertas de las habitaciones que salían de él.

–¿iHay alguien!? –preguntó. Silencio–. ¿iAlguien me escucha!? ¡Creo que hay fuego en alguna parte! – Más silencio–. ¿iSeñor Aleksander!? ¿iJaroslav!?

En aquel momento la figura del niño pasó frente a la entrada de una de las habitaciones emitiendo una risilla burlona, haciéndolo tan rápidamente que solo pudo seguirlo con el rabillo del ojo.

–¡Chico, espera! –exclamó al tiempo que se giraba rápidamente hacia una de las habitaciones.

Nuevamente, la carcajada del niño volvió a resonar, esta vez tras él. Florian se giró rápidamente. Casi había posado la mirada en la puerta cuando el escurridizo muchacho desapareció por ella. Atisbó que el humo había adquirido un color más lechoso e intenso, informándole de que, fuera lo que fuera, lo que estaba ardiendo ahora lo hacía con más intensidad. Al margen de la identidad del misterioso niño, debía encontrarlo y ponerse a salvo antes de que el fuego se descontrolara, así que avanzó por el recibidor hasta entrar en la habitación por la que había huido. Y fue al entrar en esta cuando la sangre de todo el cuerpo se le heló en cuestión de segundos. A lo largo de las paredes, sendos desgarros al rojo vivo se abrían paso en su resistente superficie. Incrédulo de lo que estaba ante sus ojos, se acercó un poco a una de ellas, examinándola con detenimiento. Los zarpazos parecían haber sido hechos por un animal, el cual había cercenado las velas de los apliques a su paso, quedando estas esparcidas por el suelo y aún encendidas. No conocía ser –al menos terrenal– capaz de penetrar en un espeso muro dejando tras de sí semejante desgarro candente. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Regresó la vista al frente, cuando se dio cuenta de que el misterioso niño le observaba atentamente desde la puerta del otro extremo de la habitación. Con solo unas pocas velas cercenadas y esparcidas por el suelo, Florian no podía ver con claridad, así que comenzó a caminar lentamente hacia él con las manos al frente.

–Espera..., chico –dijo con suavidad para no ahuyentarlo. –El niño permaneció en silencio, sin moverse–. No me importa que estuvieras en mi habitación. No estoy enfadado, ¿entiendes? Pero hay fuego, y debemos salir de aquí cuanto antes.

El niño levantó el brazo en silencio señalando con el dedo hacia Florian, quien, instintivamente, giró la cabeza un instante para mirar tras de sí. Justo en el momento en el que perdía de vista al muchacho este salió corriendo hacia el interior de la habitación profiriendo una carcajada.

–Maldito crío... –gruñó al ver que el niño seguía con su juego.

Con la paciencia ya agotada, avanzó hasta entrar en la siguiente sala, cuando un alarido se escapó de su garganta al ver que el muchacho ya no se encontraba solo, sino que contaba con la peor compañía que se podía tener. Petrificado e incapaz de reaccionar, observó cómo Mirjeta, que se encontraba a su lado, le daba la bienvenida con una maquiavélica sonrisa. Ambos permanecían de pie frente a él, uno al lado del otro, como si no ocurriera nada, como si Florian fuera invisible a sus ojos. Con paso lento y tembloroso avanzó hasta detenerse delante de la gran mesa central; a escasos metros de ella podía escuchar incluso su respiración. Y fue eso mismo lo que se le cortó a él cuando descubrió quién era el esquivo niño al que había estado persiguiendo. Con

una alegre mueca, Markus mantenía la mirada al vacío; ambos parecían no percibir la presencia el uno del otro.

–Q-qué... ¿Qué haces aquí...? –preguntó con voz temblorosa.

El único que reaccionó a sus palabras fue Mirjeta, que centró su mirada en él; eso provocó que se le revolviera el estómago.

–¿Qué haces con él...?

Mirjeta esbozó una amplia sonrisa, dejando a la vista una hilera de pútridos dientes mientras alzaba la mano y la ponía en el cuello del pequeño Markus. El rostro de Florian se iluminó por la luz candente que emitían sus largas y afiladas garras; había decidido mostrarle su verdadera naturaleza. Imaginando el propósito que se ocultaba tras aquel gesto, echó un vistazo a su alrededor con la intención de tomar cualquier cosa con la que amenazarla, y así disuadirla de aquella idea. Rápidamente, oteó la superficie de la mesa que le separaba de ellos; no recordaba haber visto nada en ella cuando entró, pero ahora un pequeño cuchillo de plata yacía sobre su superficie. Sin darle importancia, tomó con fuerza su empuñadura y lo alzó hacia Mirjeta, quien parecía no temerle. El humo, ahora espeso, comenzó a rodearlos rellenando el espacio que había entre ambos, nublando el aire.

–¡Aléjate del él! ¡No te atrevas a tocarlo! –ordenó con un grito.

Mirjeta comenzó a hundir las abrasadoras garras en el cuello del muchacho, quemando su piel lentamente.

–¡Basta! ¡No sigas! –dijo un paso al frente.

Markus no solo parecía no reaccionar al ataque, sino que seguía con el mismo gesto alegre y juguetón. Mirjeta abrió lentamente la boca, exhalando una oscura bruma que comenzó a hacerle difícil ver con claridad, y fue entonces cuando sus garras comenzaron a cercenar el cuello de Markus, emanando de su interior tan intensa y cegadora luz que provocó que Florian cerrara los ojos.

–¡Maldita seas! ¡Te mataré! –gritó mientras lanzaba cuchilladas al aire en un intento por alcanzarla–. ¡Acabaré contigo, malnacida!

Poco a poco, la intensidad de la luz fue descendiendo, mostrándole al descontrolado Florian la verdadera realidad que le rodeaba: frente a él, arrinconada en el sillón y escasos centímetros del filo del cuchillo, Arieta gritaba despavorida. Ella, que había permanecido allí sentada desde que él entró en la sala, no cabía en sí misma de la histeria, provocando con sus gritos que el personal de la acudiera alarmado a la estancia. Florian, ya consciente de su alrededor, bajó lentamente el cuchillo, y dejándolo caer sobre la alfombra empezó a mirar a su alrededor; no sabía cómo había llegado hasta allí.

–¡Ayúdenme, me quiere matar! –gritaba desesperadamente.

Se encontraba desorientado, y los empleados le miraban con cara de asombro; varios se acercaban a él lentamente, con las manos en alto.

–L-lo... siento. Yo... –empezó a decir

–Tranquilo... Aléjese de ella, por favor... –intentó disuadirle un abanderado.

–¿Qué significa todo este jaleo? –intervino Aleksander entrando por la puerta, alarmado por los gritos de su esposa

–¡Me lo ha intentado clavar! ¡Me ha intentado asesinar! ¡A mí, tu esposa! –le

contestó la condesa.

Aleksander miró a Florian y seguido desvió la mirada hacia el cuchillo que había a sus pies.

–Ludovico... ¿Es verdad eso? –estaba visiblemente sobrecogido.

–Yo..., yo no quería hacer... –Las palabras se ahogaron en su garganta; quería explicar lo sucedido, pero ni él era capaz de entender lo que acababa de pasar–. Lo... siento –añadió mientras salía huyendo hacia su habitación.

Varios abanderados intentaron cortarle el paso, pero solo bastó un gesto de Aleksander para que lo dejaran marchar; él sabía a donde huía, y era mejor que se mantuviera allí, en la seguridad de su dormitorio, donde no podía hacer daño a nadie.

Por más que intentaba encontrar una explicación a lo sucedido no era capaz de atisbar luz que arrojara algo de sentido común a lo que creía haber vivido: el niño en su dormitorio, el olor del humo, Mirjeta...; todo parecía tan innegable a sus ojos y a la realidad que le rodeaba en aquel momento... Pero, contra todo pronóstico, su preocupación no se centraba en el mero hecho de haber sufrido una macabra ilusión, sino la extraña sensación de que en aquella representación del asesinato de Markus cupiera la posibilidad de volverse real; Mirjeta ya había sesgado suficientes vidas inocentes; más las que seguramente ya se habría cobrado y él desconocía. Después de lo que había vivido en la planta baja de aquella mansión, no quería dejar al libre albedrío tal fatídica posibilidad, la misma que en su día cayó sobre su familia, la misma que podía, en cierto modo, volver a repetirse. Él ya había sufrido el dolor de la pérdida, y no permitiría que el señor Werner, de ser realmente Markus su hermano, experimentara el dolor al que a él le habían hecho someterse. Acurrucado en la cama, y abrazando sus rodillas, tomó la decisión de ponerle fecha a la muerte de Mirjeta: el 13 de enero de 1785; el día de su cumpleaños, el mismo día en el que Mirjeta y él se cruzaron por primera vez. “No volverás a cobrarte ninguna vida... Serás fin de toda pesadilla”.

Dos golpecitos anunciaron la llegada de Kurt a la casa. Aleksander se levantó del sillón y caminó hasta la puerta.

–Gracias por acudir tan rápido, mi buen amigo –le invitó a pasar.

–Es mi deber acudir al auxilio de un amigo, Aleksander. He de reconocerle que me tiene en ascuas, y eso solo hace más que avivar mi curiosidad. ¿Ha sucedido algo?

Aleksander asintió mientras le ofrecía tomar asiento.

–Muy a nuestro pesar, querido amigo. Muy a nuestro pesar...

–Pues usted dirá.

–Se trata de Ludovico... Ya habíamos reparado en su cambio de actitud desde hace de tiempo, pero lo que ha ocurrido hoy... –suspiró–. Creo que necesito de su sabio consejo para saber qué medidas tomar.

–Le haré lo mejor que pueda entonces. Comience.

Tonio golpeó la puerta con los nudillos; había escuchado la conversación de un grupo de abanderados que se habían agrupado junto a la puerta de su dormitorio, y necesitaba

saber si era verdad. Al otro lado de la puerta no pareció responderle nadie. Volvió a golpear.

–¿¡Quién es!?! –contestaron finalmente desde el otro.

–Soy Tonio...

–¿Y qué quieres?

Pensativo, suspiró al oír la pregunta.

–Quiero... Necesito hablar contigo.

–¿Y quién te ha dicho que yo sí quiero hablar contigo? –contestó arrogantemente.

–Florian..., no quiero hablar de ti y de mí. Quiero que me digas qué ha sucedido esta mañana.

–¡Si tantas ganas tienes de saberlo ¿por qué no se lo preguntas tú mismo?!

Tonio suspiró al escuchar la respuesta de Florian, dándose por vencido; en silencio volvió sobre sus pasos. Tenía la sensación de haberle perdido en todos los sentidos, y parecía ser que para siempre; solo esperaba que cuando se enterara de la nueva no cometiera alguna locura. El Florian al que él conocía se habría alegrado, pero en la persona en la que se había convertido... no lo tenía tan claro.

–Nuevamente, muchas gracias por su consejo, mi buen amigo.

–Ha sido todo un placer poderle ayudar, Aleksander –contestó Kurt desde el marco de la puerta–. Solo ha de tener un poco de paciencia con él.

–Eso haré, teniente. Eso haré... –dijo con un suspiro mientras comenzaba a cerrar la puerta.

–¿Aleksander? –apuró a decir antes de que se cerrara la puerta.

–¿Sí, teniente?

–No..., no sea muy duro con el muchacho. No ha tenido una infancia fácil; quién sabe cómo hubiéramos afrontado nosotros su situación...

Aleksander asintió en silencio, y seguido cerró la puerta.

Florian seguía en la misma posición sobre la cama. La inesperada visita de Tonio no había hecho más que ahondar moleestamente en la herida; cualquier cosa que proviniera de él le producía un ardor insoportable, provocando que su rencor creciera como una hiedra, una que se iba enroscando lentamente en su ser asfixiándolo casi hasta el borde de la muerte. Había jugado con él y con sus sentimientos, y la consecuencia había sido peor que devastadora: “la nada” había recuperado su trono y ahora gobernaba en las vastas tierras de su calcinado cuerpo. “Por qué tú...”, pensó.

–¿Aún te lo preguntas, mi dulce muchacho?

–Quién te ha pedido explicaciones... –le contestó a la voz de Mirjeta, que parecía haber cogido la costumbre de pronunciarse en los peores momentos

–Es lo bueno de este sitio: acceso ilimitado a... ti –respondió.

Florian se volteó en la cama dándole la espalda a la silla del escritorio, como si de alguna manera la propietaria de aquella odiosa voz estuviera allí sentada.

–¿Algún insidioso guisante bajo el colchón, mi príncipe? –se burló.

–No soy tu príncipe... Déjame solo, por favor...

–Oh..., sí que eres mi príncipe... ¡Todos sois mis pequeños príncipes!

–¿Él también? –preguntó.

–Vaya... Parece ser que no te lo quitas de la cabeza, ¿eh? –contestó– ¿iA que hacemos buena pareja!?

–¿Por qué él...? –susurró.

–Tu siempre tan ciego... ¡Siempre mirando el problema, incapaz de discernir la causa!

–¡Tú eres el problema, y tú eres la causa! ¡No intentes confundirme! –gruñó.

–Me entristece oírte decir eso, muchachito... –se lamentó la voz–. Las cosas están ligadas por lazos invisibles; ¡problema y causa! Supongo que no se puede arrancar una flor sin molestar a sus raíces, ¿verdad?

–Sus raíces... –susurró justo antes de que la puerta de su habitación sonara.

–¿Sí?

–Soy Aleksander...

–Adelante... –respondió con un suspiro.

Bajo la atenta mirada de Florian, Aleksander entró en la habitación en silencio; podía ver la preocupación en su rostro. Cogió la silla y la puso al otro lado de la cama, sentándose en silencio frente a él.

–No... Quiero que sepas que no estoy cabreado contigo... –comenzó a decir–. Aún no entiendo muy bien qué sucedió, pero...

–Yo no quería hacerle daño a la condesa, señor Aleksander. Tiene que creerme –intervino.

–Lo sé, lo sé... Pero si me cuentas lo que sucedió, o al menos lo intentas, podré entenderlo. Tal vez pueda... ayudarte, si es lo que necesitas.

Florian no se sorprendió por su actitud, Aleksander era un hombre con buen uso de razón, un hombre al que no le gustaba dar sentencia sin conocer antes todos los antecedentes; lo mejor era contarle lo sucedido, aunque por seguridad tuviera que omitir información.

–Recuerdo que estaba durmiendo y que un fuerte olor a humo me despertó. –Aleksander se acomodó en la silla al oír sus palabras–. Yo... bajé a la primera planta y..., había humo por todas partes...; grité tan fuerte como pude, pero nadie contestaba. Es como si la propia casa se hubiera tragado a todo el mundo. Avancé por las habitaciones buscando el origen de aquella humareda, pero... lo único que encontré fue a la mujer de rojo...

–¿Estaba ella allí? Quiero decir, ¿en la casa? –preguntó intrigado

–Sí, Aleksander –afirmó con rotundidad–. Estaba en mitad del comedor, al otro lado de la mesa.

–¿Y qué hacía aquí? ¿Qué crees que quería? –preguntó en un intento por ahondar un poco más en el asunto

–No lo sé..., Aleksander. No lo sé... –movió negativamente la cabeza–. Solo sé que cogí un cuchillo de la mesa e intenté defenderme de ella... El resto ya lo sabe.

Aleksander hizo su característico gesto de poner las manos bajo el mentón con la mirada al cielo, algo que hacía siempre que tenía que analizar a fondo una situación.

–Es evidente... –dijo en voz baja–. La cosa es cómo hacerlo...

Florian lo miró con curiosidad.

–Es evidente que el problema es esa mujer, indiscutible –comenzó a decir.

Florian asintió.

–El teniente Kurt sigue trabajando para encontrarla, pero has de entender que, aunque eso ocurra, no va a cambiar el pasado; tampoco lo que le sucedió a tus padres. Sí que es cierto que es algo con peso, por lo que no debe de ser tarea fácil vivir el día a día como si no hubiera ocurrido nada.

–No lo es... –contestó con ojos vidriosos.

–Aún recuerdo a tu padre...; sin duda tenía un don para la jardinería.

Un destello surcó los ojos de Florian al escuchar las palabras del conde.

–Déjeme salir, Aleksander.

–¿Cómo? –preguntó desconcertado

–Estas propiedades me recuerdan a mis padres; mire donde mire. Ya sea cuando voy a trabajar a los rosales que él mismo cuidaba, o a exterminar los conejos que él también perseguía –Aleksander escuchaba en silencio, pensativo–. ¿Cómo pretendemos que olvide si no puedo salir del continuo recuerdo que estas tierras me evocan? Sé que tiene miedo de que me ocurra algo ahí fuera, pero necesito que comprenda que es imposible olvidar si no se rompen las cadenas que te mantienen atado al pasado.

–¿Eso... es lo que crees que necesitas? ¿Libertad?

Florian asintió; estaba a punto de conseguir su cometido.

–Déjeme salir con el caballo; déjeme galopar por el bosque, déjeme visitar la ciudad con libertad.

–Te recuerdo que te han intentado asesinar dos veces, Florian... No puedo dejarte hacer eso si con ello te pongo en peligro –le reprochó.

“Ya eres mío...” , se dijo a sí mismo.

–¿¡Poner en peligro mi vida, señor!?! –exclamó–. ¿Qué importancia tiene si no puedo disfrutarla? Dígame..., ¿acaso vale tanto como para protegerla si con ello se pone en riesgo la de los que viven bajo este techo? –alzó las manos–. Mire lo que ha sucedido esta mañana...

–Entiendo... –Aleksander se revolvió en la silla.

–Ni yo merezco vivir bajo los grilletes de la protección ni ustedes bajo el temor de que yo... –añadió–. Necesito libertad, conde. Libertad para olvidar, para superarlo.

–¿Y si te sucede algo ahí fuera? –intervino–. Dime, ¿cómo le explico yo a Kurt que te han matado por dejarte campar a tus anchas por Praga?

–No puede protegerme de lo que no se ve..., Aleksander. Por eso tampoco les puedo proteger de mí si las pesadillas y las visiones continúan...

–Y qué crees que encontrarás ahí fuera, ¿eh?

–Libertad. Vivir...

Aleksander guardó silencio durante unos minutos, valorando su requerimiento.

–Haremos un trato entonces...

Florian, expectante, se sentó en el borde la cama.

–Podrás coger el caballo y visitar la ciudad cuando te plazca, siempre y cuando estés

aquí antes de la puesta del sol. Y nada de adentrarte en el bosque, aunque sea de día; mira lo que le pasó a la pobre Renata...

–G-gracias..., Aleksander –contestó intentando ocultar sus ganas de sonreír.

–De todas maneras... le comunicaré la nueva al teniente Kurt y al señor Werner, para que estén al tanto de ello –dijo al tiempo que se levantaba de la silla–. Confío en ti, Ludovico. No hagas que me arrepienta de ello.

Aleksander cerró la puerta de su habitación.

Sentado sobre el borde de la cama se sentía en la cumbre del cielo, como si hubiera coronado la montaña más alta y, desde allí, pudiera contemplar todo bajo sus pies. Había conseguido disuadir a Aleksander para poder salir de las tierras a sus anchas sin tener que ocultarse al abrigo de la noche. Ahora podría ir a la ciudad sin tener que dar explicaciones a nadie; tenía carta blanca para salir en busca de las respuestas que tanto ansiaba.

Con aquella misma sensación de victoria se acercó al polvoriento espejo de la esquina de la habitación; sabía que algo en él había cambiado, pero fuera lo que fuera le hacía sentirse fuerte y poderoso.

–He de reconocer que tu perspicacia me sorprende –dijo la voz de Mirjeta.

–No será lo único con lo que te sorprenderé, querida amiga.

–¿Ah, sí? Y dime, ¿qué tienes pensado hacer con tu conseguida libertad?

–Primero saber si Markus se trata realmente del hermano del señor Werner, porque de ser así deberé prevenirle sobre tus acercamientos a él.

–Le hiciste daño en el brazo el día que le viste, ¿recuerdas? Dudo mucho que puedas acercarte a él, y menos sacarle algo de información.

Florian le dedicó una sonrisa a su reflejo del espejo.

–No le necesito para nada... No gracias a ti.

–¿Y qué planes tienes, muchacho? –quiso saber Mirjeta.

–Buscar en sus raíces. Buscar en las raíces del rosal –respondió al tiempo que se apartaba del espejo y se acercaba al armario para sacar algo de ropa limpia.

–¿Vas a amedrentar al pobre viejo que vive con él? ¿Acaso crees que esas viejas y putrefactas raíces te van a dar lo que tanto ansías?

–No, Mirjeta. Esas no –contestó mientras se abrochaba la casaca–. Las que reposan bajo el origen; las que guardan recelosamente la verdad del todo: Vülstein –añadió mientras salía de la habitación.

Había puesto fecha a su venganza, pero antes de que aquello ocurriera necesitaba saber si Markus Vladenko era realmente el hermano secreto de Werner; de ser así, hasta que acabara con la vida de Mirjeta, Markus corría peligro, y se sentía en la obligación para con el señor Werner de avisarle de aquel peligro. Con paso firme y decidido bajó las escaleras camino a las cuerdas. Su intención era la de ir a la Casa de las Flores a destapar el misterioso velo que cubría el pasado de Werner; aún no sabía qué diría o qué haría una vez estuviera allí, pero algo se le ocurriría llegado el momento. Frente a la puerta exterior, llegó a sus oídos el rumor de una conversación acalorada entre Arieta y el propio Aleksander. Movidio por la curiosidad se acercó en silencio al marco de la puerta del Gran Salón.

–¿Y él está de acuerdo con esto? –le preguntó Aleksander.

–¿¡Cómo no va a estar de acuerdo!?! –exclamó alegremente

–Es que... algo me dice que aún no es el momento. ¿No sería mejor esperar un par de años más?

–Amor mío... –el tono de Arieta se volvió empalagoso–. Deja que su vida fluya... Piensa en las puertas que se le abrirán a su paso. ¿No quieres eso?

–Sí... Bien sabe dios que sí.

–Pues déjalo todo en mis manos, querido. Va a ser grandioso... –dijo mientras abría enérgicamente el abanico y comenzaba a darse suaves brisas de aire.

Florian se alejó del marco de la puerta con el mismo silencio con el que se había acercado. Si la condesa tramaba algo, no podía ser bueno, le pareciera bien o no a Aleksander. Arieta era una mujer con una moral de doble filo, por lo que se podía esperar cualquier cosa de ella. Ya en las escaleras de la puerta de entrada respiró profundamente, llenando sus pulmones de aire fresco y húmedo. Sobre el cielo un voluptuoso manto de nubes negras y esponjosas sumían a Praga en una penumbra amenazadora; el otoño se había instalado en Europa acompañado por voraces tormentas capaces de diezmar campos enteros, asolando terrenos y calles, dejando un rastro de animales muertos y casas destrozadas allá por donde pasara. Podría haber esperado a que esta abandonara la región, pero si algo podía ofrecerle aquel temporal era una excusa perfecta para presentarse a las puertas Vülstëin en busca de refugio. Sin duda, era la tormenta perfecta; todo parecía ser perfecto en ese momento.

A lomos del caballo, Florian se acercaba a gran velocidad a la puerta suroeste de la ciudad. El temporal había estallado con fuerza, por lo que debía darse prisa para salir de la zona comprendida entre los afluentes del Veronka y el Vltava; si sus caudales crecían demasiado podían desbordarse, dejándole atrapado entre dos torrentes de agua capaces de sesgar todo a su paso. A pesar del peligro que suponía quedarse atrapado entre dos corrientes, el hecho de que aún no hubiera pasado solo podía significar una cosa: el Moldava debía de estar a punto de hacerlo. Y eso significaba que aquellos que no tuvieran hogar buscarían socorro en cualquier sitio, incluido Vülstëin. “Tengo que pensar otra cosa que no sea buscar refugio; no seré el único a las puertas de la Casa de las Flores”, se dijo a sí mismo. Ya frente a las puertas de Praga, la imagen que se presentó ante él fue la peor de las escenas que se podían dar: calles anegadas, carros a la deriva por las fuertes ráfagas de viento y familias enteras echadas a la calle por la necesidad de buscar cobijo en cualquier lugar que no fueran sus precarios hogares; sin duda, aquella tormenta, que parecía ser la excusa perfecta, se había convertido en un impedimento de proporciones insospechables. Dejando atrás su caballo, avanzó por las calles embarradas abriéndose paso entre el gentío e intentando no resbalar.

–¿Puede ayudarme, señor? Se ha caído el techo de mi casa, y necesito un lugar donde cobijarme –le rogó un niño al tiempo que le cortaba el paso.

–Lo... siento. Yo también estoy buscando un lugar donde resguardarme... –respondió.

–Pero señor..., usted viste bien... Tiene ropa cara –puntualizó mientras rozaba con

los dedos su casaca.

–Aun así, muchacho. Créeme, yo también busco refugio... No puedo ayudarte –atajó.

–Señor, por favor. Yo sé que es un hombre de bien...

Florian sentía cómo la insistencia del muchacho diezmaba su paciencia.

–No engañe a un pobre muchacho, señor... Si tan siquiera me regalara su chaqueta...

–continuó diciendo mientras le agarraba la casaca

–¡He dicho que no! –exclamó al tiempo que, de un empujón, se quitaba al niño de encima y este caía al embarrado suelo. “Maldito...” pensó.

–Me... ha... –titubeó

–Será mejor que uses tu labia para buscar un sitio donde resguardarte; mendigar chaquetas no te salvará –dijo secamente.

Con paso firme, y dejando al niño atrás, Florian avanzó calle arriba. Las rachas de viento hacían silbar ventanas y puertas y, aunque refugiado tras el cuello de su chaqueta, estas, que venían de frente a él, le hacían muy difícil ver por dónde iba caminando. Optó por preguntar por dónde se encontraba Vülstein.

–Disculpe, buen hombre. Busco...

No pudo terminar de formular la pregunta cuándo el mal humorado hombre le respondió exaltadamente.

–¡Qué pasa!, ¿ies que tengo pinta de tener una posada!?

–Yo solo... –titubeó.

–¡Yo, yo, y solo yo! –exclamó—. ¡Solo sabéis pensar en vosotros, ¿no?! ¡Qué más da si el viejo Klort vive con lo puesto! ¡A quién le importa si casi no tiene un triste mendrugo de pan que llevarse a la boca! ¡Aquí todos queréis la ayuda del viejo Klort!

Florian hurgó en su bolsillo al escuchar las palabras de alterado hombre. “La educación abre puertas, Florian. Nunca lo olvides” recordó las palabras de Aleksander.

–Buen señor, tenga unas monedas con las que poder buscar consuelo a su apetito –dijo cortésmente mientras le ponía unas monedas en la mano.

Klort se quedó callado con los ojos abiertos de par en par, observando las relucientes monedas que le estaba ofreciendo.

–Gracias..., muchacho. No... me esperaba algo así. Siento haber sido tan grosero, pero es que...

–No hace falta que se disculpe, mi buen Klort. Entiendo su reacción, dadas las circunstancias.

–Dime, muchacho. ¿Qué necesitas?

–Vülstein, Klort. Busco dónde está Vülstein.

–¿La casa de las flores? ¿Eso buscas? –preguntó extrañado.

Florian asintió con la cabeza sin mediar palabra.

–Allí no encontrarás más que ruinas y una famélica casa, muchacho. Si lo que buscas es un refugio, yo...

–Soy consciente de ello, mi buen amigo. Ahora si no le importa decirme... –atajó

Klort levantó los hombros a modo de respuesta.

–Avanza hacia el final de la calle hasta que una pequeña plaza se presente ante ti. Una vez allí, atraviésala y sal por la puerta norte; continuando por esa calle deberías

poder verla en lo alto de la colina.

–Gracias por su inestimable ayuda, Klort. Sabido ya, espero que la vida le traiga buenaventuras –le agradeció cortésmente al tiempo que retomaba su camino.

–¡Muchacho!

Florian se giró nuevamente hacia el hombre, que ya se encontraba a unos metros de él.

–¿Sí?

–Si buscas salvarte de este temporal... allí solo vas a encontrar la guarida de la carpa –le avisó el enjuto hombre.

–La muerte habita en otro lugar, mi buen amigo. Y tiene forma de mujer... – respondió esbozando una tétrica sonrisa, volviendo a retomar su camino.

Había seguido meticulosamente las indicaciones; frente a él, la Casa de las Flores ofrecía una imagen fiel y exacta de lo que se decía de ella: era imponente, majestuosa. Pero en ruinas, al fin y al cabo. Ciertamente era que, en otras circunstancias, Vülstëin daría el aspecto de una gran institución ya en declive, pero, envuelta en el abrazo de una tormenta de tales proporciones como la que se estaba desatando, Klort tenía toda la razón del mundo al decir que aquella era la morada de la muerte. El edificio dejaba a luces vistas que antaño contaba con tres gigantescos torreones, los cuales, posiblemente, albergaban las habitaciones de los monjes. Pero ahora de ellos solo quedaba una mínima parte de su estructura, dejando a la vista las grandes vigas de madera que las daban soporte; bajo ellas, un anexo de dos plantas apenas habitable se mantenía en pie, resistiendo al tiempo y al feroz temporal. Avanzó por las escaleras de acceso hasta que una dolorida puerta le dio la bienvenida, anunciándole que entre él y la verdad solo estaba ella. Con dos suaves golpes avisó de su presencia a sus moradores.

–¡He dicho que se marchen! –exclamó una voz desde el interior.

Florian, al que no le sorprendió tal respuesta dadas las circunstancias, volvió a golpear la puerta.

–¡No sé cómo voy a tener que repetirlo! –volvió a rezar la voz al tiempo que su locutor abría la puerta y se dejaba ver.

–Disculpe las molestias, señor...

El hombre miró de arriba abajo a Florian en silencio; a diferencia de sus últimos invitados este denotaba por su vestimenta que era alguien de bien, por lo que decidió modular su tono de voz.

–Denis, Denis Colfhëim. Propietario y responsable de este lugar –respondió con reservas–. ¿Y usted es...?

–Ludovico Vesnitti, buen señor.

Denis volvió a mirarle de arriba abajo.

–¿Qué le lleva a las puertas de Vülstëin, señor... Ludovico? Antes de que me responda he de decirle que no podemos ofrecer alojamiento.

–Entiendo, señor Denis. Y como tal alojamiento no busco. Únicamente necesito un lugar donde coger algo de calor y poder así seguir con mi camino.

–No se lo tome como algo personal, Ludovico, pero en esta santa casa no aceptamos

la entrada de aquellos que no guardan el voto de nuestro señor. No quiero decir con ello que usted sea de los que se den al pecado, pero...

Florian afiló la mirada al ver la oportunidad.

–Estoy totalmente de acuerdo con usted en que el mal habita en cada rincón de esta ciudad; eso es innegable. Pues siendo ese nuestro mayor miedo creo que debemos protegernos de él a toda costa como nos enseñó con su buen ejemplo el señor Hope.

Denis se quedó estupefacto al escuchar de la boca de Florian el nombre del regente de Vülstëin.

–¿De qué conoce usted a...? –preguntó recelosamente

–¿Al ilustrísimo Hope?

–Sí...

–¿Conoce usted al conde Aleksander Schaldi?

–He oído hablar mucho de él... No es que lo conozca en persona, claro. Pero el señor Hope me habló de él; eran muy buenos amigos.

–Nuestro buen amigo Hope... Tan recelosos con el voto de silencio y luego tan... libertino para algunas cosas –respondió.

–De igual manera, señor Ludovico, no puedo ofrecerle alojamiento. Pero tampoco puedo dejarme al pecado de la deslealtad hacia los valores de la casa Vülstëin; los amigos del señor Hope son amigos de esta institución. Y por lo cual he de responder a las humildes necesidades de estos –dijo Denis al tiempo que se apartaba a un lado de la puerta y le ofrecía entrar.

Por dentro, la vieja casa ofrecía una gran sala central ataviada con todo lo necesario para una mínima comodidad; algo que era más que suficiente para los requerimientos que demandaba un acérrimo voto de austeridad. Denis pasó tras Florian, que, sentándose junto a la humeante chimenea en un escueto sillón con la tapicería ajironada, consideró prudentemente saber más sobre aquel desconocido muchacho.

–Tome asiento, por favor –dijo el hombre. –Florian miró a su alrededor con la esperanza de encontrar algo más cómodo que la banqueta de madera que había en el salón-. No encontrará otra cosa que no sea esa banqueta, señor... Ludovico –añadió al ver cómo el muchacho miraba a su alrededor.

–Para ser esta la única parte de la institución que queda en pie la encuentro muy... acogedora –convino mientras se sentaba en el duro asiento.

–Bueno... Supongo que usted estará acostumbrado a otro tipo de comodidades – Denis miró a su alrededor-. Entienda que aquí, por muy en declive que se encuentre esta... gloriosa casa, seguimos manteniendo la esencia de aquellos días, la de nuestros votos.

–Totalmente respetable, señor Denis. Intuyo que no vive aquí solo, sino con más... monjes.

–¿Qué le hace pensar eso? –preguntó extrañado

–Acaba de decir que siguen manteniendo los votos, por lo que...

Denis suspiró posando la mirada en el infinito. En ese momento Florian se percató de que algo no iba bien.

–¿Sucede... algo, señor? –preguntó.

–No..., es solo que...

–¿He dicho algo inapropiado? Porque si es así...

–No es culpa suya, señor Ludovico –intervino–. Es solo que yo..., esta casa ha sufrido un duro golpe recientemente, y aún no ha habido tiempo para reponerse de él.

Florian notó la melancolía en sus palabras.

–La vida puede ser muy cruel, señor Denis; lo sé de buena tinta. Suerte que cuenta con la ávida experiencia del señor Hope.

–Ese es el problema, señor Ludovico. Hope...

Florian apretó disimuladamente los puños al imaginar cuál iba a ser el desenlace de aquel anunciamento.

–¿Se encuentra bien el señor Hope?

Denis negó con la cabeza mientras posaba la mirada en el fuego de la chimenea.

–El señor Hope... falleció hace un par de días, señor Ludovico –acabó diciendo.

Florian maldijo aquellas palabras ante el derrumbe que suponía para sus planes la muerte de Hope; él era la única persona a la que sabía de debía recurrir si quería conocer la verdadera identidad de Markus Vladenko. Si Hope había muerto, el secreto se había ido con él.

–La Gloria del Señor sea con él... –dijo con un suspiro.

–Y Nuestra Señora esté con él –añadió Denis.

–”Si algo malo me ocurriera, nuestro secreto siempre permanecerá a salvo en el calor familiar de nuestra señora, la Virgen María” –le susurró la voz de Mirjeta.

–La Virgen María... –repitió en voz baja

–¿Cómo dice? –preguntó extrañado Denis, que había oído el murmullo.

–No..., nada. Es solo que...

–Vamos, mi dulce niño... Dile a este vejstorio qué es lo que quieres..., pregúntale qué esconde María en sus enaguas... Dile que te hable de esa libertina mujer... –intervino Mirjeta.

–¡Maldita seas! –exclamó Florian, maldiciendo a la inexistente mujer.

–¿S-se... encuentra bien, señor Ludovico? –preguntó sobresaltado.

Florian, que acababa de darse cuenta de su paranoica reacción, respiró hondo antes de excusarse.

–Sí..., señor Denis. Ruego me disculpe, la noticia de la muerte del señor Hope ha sido un duro golpe. No me lo esperaba.

–No se preocupe... Yo aún estoy intentando reponerme. Estamos ultimando los detalles de su funeral, así que, como podrá imaginar...

–¿Aún no ha sido... enterrado? –preguntó extrañado.

Denis negó con la cabeza.

–Su última voluntad fue la de ser enterrado en el Kostnice de Sedlec; su cuerpo va de camino al osario.

–¿Kostnice de Sedlec? –preguntó, desubicado.

–¿Ha oído hablar usted de la capilla de todos los santos?

–Si le soy sincero..., no.

–Sedlec es el cementerio de Kutná Hora, el cual alberga tierra del mismísimo

Golgotha, traída por el señor Enrique, abad de la orden del Císter. El señor Hope era nativo de allí.

–Dato curioso... No obstante, entiendo que el ilustrísimo deseará paz eterna en la cuna de su infancia; allí están sus raíces.

–Pues siendo sinceros..., no le voy a negar que esa petición suya me sorprendió.

–No veo el motivo...

–Hope luchó por la fe de los ciudadanos de esta ciudad hasta que las fuerzas le abandonaron; la devoción que corría por sus venas para con este pueblo... –intervino Denis.

–Cualquiera diría que está rotundamente en desacuerdo con sus últimos deseos, mi buen amigo.

–¡Por supuesto que lo estoy! –exclamó–, idudo mucho que fuera ese su más sincero deseo!

Florian se extrañó ante la reacción de este.

–¿Por qué...?

–Aquella decisión fue comunicada por el ilustrísimo después de una serie de visitas del Císter Sabédre. Y si usted conociera tan bien como yo al señor Hope sabría que él jamás abandonaría a su rebaño; no lo hizo ni siquiera cuando... –guardó silencio

–¿Se refiere al amotinamiento?

Denis asintió en silencio.

–Él luchó con todas sus fuerzas por hacer lo que creía correcto, señor Ludovico. Y sé perfectamente que él era hombre de imparciales pensamientos; podríamos decir que para él, y hasta que se dijera lo contrario, nada era verdad. Por ello mismo creo que la decisión de llevar el cuerpo de Hope a Sedlec iba en contra de sus deseos.

–¿Quiere decir... que cree que hay algún interés oculto en ello? –preguntó Florian.

–Sí... –murmuró acomodándose en el sillón–. La fe te impone una norma moral... que todos debemos respetar. Y eso incluye nuestros últimos deseos.

–Tal como me lo plantea, cualquiera pensaría que son, en cierto modo, nuestras propias leyes –apuntó.

–¡Exacto! –exclamó Denis–. ¡Eso es! Son nuestras leyes, que rigen el ocaso de nuestra carne. Y creo que entre las de Hope no estaba la de encontrar descanso en Sedlec. La verdad parece ser otra menos romántica, pues sospecho que para ellos todo está permitido; y queda demostrado.

Florian, que ya se había enfrascado suficiente tiempo en una charla que se alejaba mucho de su misión, decidió disimuladamente guiar el tema de conversación a lo que le interesaba.

–Señor Denis..., me ha sido imposible pasar por alto que no... hay muchas representaciones de nuestro señor en la casa.

–Lo sé..., lo sé. En los últimos días de Hope subí todo a su dormitorio; no es que fuera idea mía, sino que fue una petición del ilustrísimo al sospechar que sus días llegaban a su fin. Supongo que quería estar más cerca que nunca de dios...

–Tal vez le suene extraño. Pero me gustaría poder rezar unas palabras por el buen alma de nuestro gran ilustrísimo; es lo mínimo que se merece –rogó.

–Valoro mucho ese detalle. ¿Quiere que le deje a solas?

–No se ofenda, pero mi devoción me obliga a hacerlo en presencia de algún punto de referencia; no llevo al señor tan adentro como ustedes...

–Podría bajarle un cuadro o un crucifijo del dormitorio, si así lo desea. Todo sea por su humilde intención.

–La verdad es que preferiría hacerlo en los aposentos del señor Hope... –intervino hábilmente.

Denis se quedó en silencio, valorando la curiosa petición—. Creo que es la mejor forma de ofrecer mis más sinceras condolencias; todo es poco por nuestro Hope...

–Supongo que es lo ideal, puesto que ya no disponemos en esta santa casa de una capilla acorde a estas situaciones... –sonrió escuetamente—. Le acompaño.

La habitación, aunque pequeña, al no poseer más enseres que una antigua cama, un escritorio y un sillón, parecía amplia. A lo largo de las paredes, múltiples cuadros con representaciones de Jesucristo daban la bienvenida a Florian, que sobrecogido por aquella fanática visión se estremeció.

–El dormitorio del señor Hope, señor Ludovico. Disculpe el desorden, pero...

–No se preocupe, mi buen amigo. Mis oraciones servirán de igual manera.

–Le dejo a solas. Si necesita algo... solo tiene que avisarme, estaré abajo.

Florian asintió en silencio.

La puerta se cerró tras él, quedándose a solas y rodeado de cientos de cuadros y cruces; se sentía observado por cada uno de ellos. Comenzó por acercarse al escritorio, donde, abriendo con cuidado los cajones, esperaba encontrar algo que le diera algún indicio sobre lo que andaba buscando. Lamentablemente, sus esperanzas se vieron truncadas cuando vio que todos estaban vacíos. Lejos de darse por vencido, y movido por su ciega necesidad de saber qué se ocultaba tras el supuesto rumor sobre hermano de Werner, se acercó a la cama, dándole la vuelta al colchón para cerciorarse de que no había nada debajo. “Nada... maldito vejestorio...”, susurró.

–¿Decepcionado, mi niño? –irrumpió la voz de Mirjeta.

–Sí... Esto es un callejón sin salida –respondió con un resoplido

–¿No se te olvida algo..., Ludovico? –dijo condescendentemente

–¿Qué quieres decir...?

–Veo que te empieza fallar la memoria... ¿Será que te haces mayor como el viejo Hope? Creo que deberías sentarte unos minutos...; tal vez sea eso lo que necesitas.

Florian, que no sabía dónde más podía buscar información, y siguiendo el consejo de la incorpórea voz, tomó asiento en el viejo sillón. “¿Tenías que morirte ahora? ¿No podías haber esperado unos días más?” susurró.

Maldiciendo en el sillón, alzó la vista. La sangre se le heló al percatarse de que, entre todos los cuadros colgados en la pared, había uno que llamaba la atención y difería en algo fundamental del resto. Lentamente, se levantó del sillón y se acercó al cuadro, observando con detenimiento cada uno de sus detalles. “María...”, dijo en voz baja.

–¡Muy bien, mi pequeño! ¡La has encontrado! –exclamó con júbilo la voz—. Ahora pasaremos por alto que te lo recordé yo misma ahí abajo...

–Ya sabes que procuro ignorarte... –le respondió.

–No obstante..., ¿hace falta que te lo vuelva a recordar?

“Nuestro secreto... La Virgen María...”, dijo en voz baja.

Florian pasó los dedos por el cuadro como si intentara encontrar el secreto oculto tras sus capas de pintura, cuando unos golpes en la puerta de la habitación le sobresaltaron, provocando que golpeará suavemente el cuadro y que de la parte trasera de este cayera una hoja cuidadosamente doblada.

–¿Se encuentra bien, señor Ludovico? –preguntó Denis desde el otro lado de la puerta.

–S-sí... Solo unos minutos más, por favor –le rogó.

–No tarde mucho..., la tormenta se está intensificando y podría ser peligroso.

Suspiró aliviado al escuchar que los pasos de Denis se alejaban de allí. Con cuidado comenzó a desplegar la misteriosa página, cuando Mirjeta intervino.

–¿Estás seguro de querer saber qué se oculta tras Markus Vladenko, muchacho?

–Necesito saberlo... –contestó mientras seguía desplegando la hoja.

–Qué determinación la tuya...

Fijó la mirada en la hoja, dándose cuenta entonces de que no era un documento, sino una, aparentemente, carta de disculpas.

A mi más apreciado Hope.

Lamento profundamente lo que me he visto obligado a hacer, pero no podía permitir tal atentado contra la casa que, con tanto fervor, ha cuidado de mí y de Markus. No solo me han procurado usted y esta santa institución una educación y unos valores difícilmente cuestionables, sino que han hecho que me sienta orgulloso de mí y de mis actos. A pesar de esta imprecisa confesión, ruego a dios tenga misericordia de mí por mis actos, que lejos de ser éticos...

Créame que lamento más que nadie lo que me vi obligado a hacerle para evitar que sus decisiones sentenciaran a La casa de las flores; nunca podré olvidar el día en el que le arrebaté el habla.

¡Usted era consciente de que si hacía pública dicha información, tanto Vülstëin como Markus y yo estaríamos abocados al infierno, al ocaso. Jamás me lo perdonaré. Pero espero que dios, y usted, me indulten algún día; Markus es todo lo que tengo.

Mis más sinceras disculpas, Werner Lucent.

Estupefacto, Florian plegó nuevamente la carta. Aquella nota era reveladora, había dejado al descubierto dos detalles de un valor incuestionable.

–¿Sorprendido? –dijo Mirjeta.

–Werner es el hermano de Markus... –susurró

–Y también quien le cortó la lengua al viejo Hope, no lo olvides.

–Sí... Él era esa rosa con espinas de la que hablaba la carta del ilustrísimo. Pero, ¿por qué cortarle la lengua, si lo que buscaba el señor Hope era evitar el acuerdo francés?

–¿No será que Markus Vlandenko tiene algo que ver en todo esto? –intervino Mirjeta

–No... Qué importancia tiene si es su hermano o no; a él le dejarían en la puerta, igual que hicieron con Werner. Hope debía referirse a otra cosa... Lo lógico sería pensar que si Hope sabía que Werner tenía conocimiento de los planes de este por interferir en el tratado, él se lo hubiera contado todo. Al fin y al cabo, lo iban a hacer por salvar la institución; algo que Werner hubiera apoyado indiscutiblemente.

–¿Será que nuestro querido Werner oculta algo más que una lengua cortada?

–No lo sé, pero aquí hay algo que no me cuadra...

Dos golpes en la puerta anunciaron nuevamente la presencia de Denis.

–¿Señor Ludovico?

Florian cogió la nota y la escondió tan rápido cómo pudo tras el mismo cuadro donde, años atrás, había sido depositada. Con prisa se acercó a la puerta.

–¿Ha terminado ya?

–Sí, disculpe –dijo abriendo la puerta, encontrándose frente a frente con el enjuto hombre.

–Qué... devoción la suya. Jamás había visto a alguien orar con tanto fervor.

–Sí..., disculpe –respondió con una sonrisa–. Cuando uno conecta con dios..., ya sabe lo que pasa.

–Qué me va a contar, señor Ludovico. No quiero ser grosero, pero el temporal está cogiendo fuerza y no quiero que le ocurra nada durante su regreso...

–Tiene razón, querido amigo. Será mejor que retome mi camino.

Denis le correspondió con una sonrisa mientras le hacía un ademán para que enfilara hacia las escaleras.

–¿Sabe..., señor Denis? –dijo dándose la vuelta en la puerta exterior de Vülstëin.

–¿Sí, señor Ludovico?

–Le confieso que comparto con usted esa inquietante sospecha de que tras la sepultura del ilustrísimo hay algún interés oculto por parte del Císter.

–¿¡Lo ve usted también!?! –exclamó al tiempo que se arremangaba la camisa

–Ajá...

Florian abrió los ojos de par en par al reparar en qué Denis, en una de las muñecas, portaba un símbolo idéntico al que tenía Mirjeta en la espalda.

–Señor... –continuó con voz queda–. ¿Puedo hacerle una pregunta? Si no es mucha intromisión, claro.

–Por supuesto, dígame.

–No he podido evitar darme cuenta en el curioso símbolo que lleva en la muñeca...

Denis bajo la cabeza y la miró con orgullo.

–Es la marca de la abstención. Se hacían cuando un hermano era oficialmente ordenado como monje; representa el valor de la renuncia a cualquier figura femenina que no fuera la Virgen María.

–Vülstëin solo era una institución para hombres, ¿me equivoco?

Denis se consagró estremecido ante tal pregunta.

–¡Desde luego, señor Ludovico, desde luego! Es más, uno de los requerimientos para ser monje es el de renunciar al apellido materno. Así que llegados a ese punto,

imagínese usted.

–Entiendo... Bueno, señor Denis. Nuevamente mi pésame por la pérdida de nuestro excelentísimo Hope. Espero que mis oraciones hayan sido escuchadas por Nuestro Señor.

–Así sea; y así lo espero –respondió mientras le dibujaba con el pulgar una cruz en la frente.

–Gracias por todo, mi buen amigo –añadió Florian mientras empezaba a descender por las escaleras camino a la ciudad.

Bajo el destello de los relámpagos, el caballo aguardaba paciente. Aleksander había sido especialmente claro con las reglas que debía cumplir si quería ir a la ciudad a su antojo; especialmente con una de ellas: no regresar, ni hacerlo, de noche. Pero lo que no se había tratado en aquel momento era si debido a un temporal, y si él se encontraba con dificultades para regresar, lo hiciera entrada ya la noche. La mitad de los caminos estaban cortados, y el resto habían sido inundados por la crecida del río, por lo que, tras el rodeo que se había visto obligado a dar para poder coger el camino que conducía a las tierras de los Schaldi, la noche se había cernido sobre él inevitablemente.

Una vez hubo dejado a buen recaudo a su caballo en las cuadras, procedió a entrar en la casa, cuando se encontró con que todo el personal se dirigía al Gran Salón; parecía ser que Aleksander los había reclamado a todos para dar algún tipo de noticia. Solo esperaba que no fuera por motivo de su ausencia. Fundiéndose disimuladamente con el resto de empleados avanzó al interior de la sala.

–¡Estimados míos, gracias a todos por acudir! –exclamó Aleksander

–¡Y más teniendo en cuenta las horas que son! –añadió Arieta

Florian, sorprendido por la actitud alegre y desenfadada de la condesa, se temió que tras aquel ilusorio comportamiento se escondiera algo de una naturaleza retorcida.

–Os hemos reunido a todos para daros una excepcional noticia –continuó Aleksander. Una cacofonía de murmullos se apoderó de la sala cuando Tonio, elegantemente vestido, se alzó de su asiento–. Es un orgullo para la casa Schaldi anunciar que mi querido y amado Tonio –añadió Arieta–, contraerá matrimonio con una de las mejores mujeres que puede haber: ¡Bianca Pellegrini!

Florian se quedó congelado al oír aquellas palabras. Tonio, su Tonio, iba a contraer matrimonio, y para él solo significaba una cosa: alta traición. Los empleados aplaudían alegremente, vitoreando el nuevo camino que se había abierto en la vida del joven conde, cuando las palabras de Arieta provocaron en la sala un silencio sepulcral:

–Y he pensado: ¿i quién mejor que Ludovico, amigo y... compañero de Tonio, para hacer un poco más mágico tal momento!? –exclamó enérgicamente mientras posaba la mirada sobre él. Una vez más las palabras de Arieta le fulminaron por dentro–. Adelante, Ludovico. Acércate –rogó alegremente Aleksander.

Los empleados le abrían camino directo por el Gran Salón hasta que, incómodamente, se puso junto a Aleksander.

–Ludovico, quien todos sabemos que marcó un antes y un después con su llegada en Tonio, formará un papel importantísimo en esta gran celebración –continuó la condesa

con su discurso—. ¿Recuerdas el día que llegaste a esta casa? –le preguntó mientras le miraba con perverso brillo en los ojos.

–S-sí, señora, condesa. Fue el 13 de enero, día en el que cumpla años –respondió con reservas.

–¡Pues anuncio que será ese mismo día cuando se lleve a cabo la celebración! –Todos los presentes comenzaron a aplaudir desenfrenadamente—. Todo un honor, ¿eh, Ludovico? –le dijo Aleksander en voz baja propinándole un amigable codazo.

Florian no podía creer lo que estaba escuchando. No solo se trataba de la traición de Tonio hacia su amor secreto, sino que además se iba a celebrar el día de su propio cumpleaños, el día en el que sus padres les fueron arrebatados, día en el que, además, había planificado el ocaso de Mirjeta.

Tonio se acercó a él con una sonrisa.

–Es por ello, Ludovico, que quiero que seas tú quien componga una pieza para la ocasión –le rogó.

Florian no podía disimular su incredulidad ante aquella desconsiderada proposición. “¿Cómo tiene el valor de...?”, pensó.

–Además, Ludovico, esta vez tendrás la oportunidad de crear una pieza con todos los recursos que necesites –intervino Aleksander—. La condesa ha conseguido que sea el coro de los siete quien la interprete, así que podrás componer una opereta. Algo que muchos desean y no tienen oportunidad de hacer.

–¿También estará... el coro de los siete? –preguntó sorprendido

–Sí, Ludovico –intervino Tonio—. Y me consta lo maravillado que acabaste el día que cantaron para nosotros. Así que dime..., ¿querrás componer para mi boda una de las mejores obras que jamás hayas hecho?

Florian aguardó en silencio unos segundos, observando estremecido cómo las miradas de todo el mundo se posaban sobre él.

–Yo... –titubeó

–¿Y bien, Ludovico? –dijo la condesa con tono desafiante

–Yo...

No pudo terminar la frase. Superado por la situación y sus sentimientos, salió corriendo a su habitación con la incipiente amenaza de las lágrimas en sus ojos. Atrás quedaban todos, que entre murmullos y miradas se preguntaban cuál era la naturaleza de la reacción del joven compositor. En aquel momento nadie sabía qué pensar al respecto excepto Arieta, que disfrutó cada segundo del dolor que le supuso aquel duro golpe.

Ya en su habitación, y alejado de un tumultuoso y agitado personal, se tumbó en la cama entre sollozos con la esperanza de que todo aquello solo fuera una pesadilla, una broma de mal gusto.

–Pobre... ¿Se puede saber que te han hecho? –dijo la voz de Mirjeta.

–M-me... ha... traicionado... –sollozó

–Qué despropósito..., ¿verdad? –añadió sarcásticamente

Florian rompió a llorar.

–No te preocupes, mi niño... Yo estoy contigo, ¿lo sabes, no?

–Tú no existes... Estoy... solo. No sé qué voy a hacer... –la desesperación impregnaba sus palabras.

–No te preocupes, mi dulce criatura. Tú guarda silencio y escucha, déjame que te diga qué es lo que vas a hacer... –dijo acompañando sus palabras con una infantil carcajada.

Inverno

13. Muerte a la reina

La voz de Jaroslav le despertó de su atribulado sueño...

–Ludovico..., despierta.

Florian abrió los ojos, protegiéndose con las manos de la flagrante luz de la vela.

–¿Ja... Jaroslav? –murmuró.

–Despierta, Ludovico.

Aún con el cuerpo entumecido, se sentó en la cama.

–¿Qué... hora es?

–Temprano...

–¿Alguien me ha hecho llamar? –preguntó extrañado.

–No..., no –suspiró mientras tomaba asiento en la silla junto al escritorio–. He subido por iniciativa propia, quería hablar contigo.

–¿Conmigo?

Jaroslav asintió afectuosamente con la cabeza.

–Verás..., he de confesarte que ayer me preocupé bastante por tu reacción en el anunciamento de la boda de... –calló antes de pronunciar el nombre de Tonio, a sabiendas de que no era oportuno hurgar en la herida más de lo necesario. Florian suspiró al descubrir el motivo de aquella visita.

–Yo... –titubeó

–No hace falta que te justifiques, muchacho –intervino acomodándose en la dura silla–. Siendo sinceros..., creo que la decisión no ha podido ser menos oportuna. Me refiero a la de la condesa, claro, no a la de las nupcias del señorito.

–No ha sido justo –dijo apesadumbrado.

–Lo sé... Has de saber que la condesa sabe lo de tu romance con Tonio, por lo que ahora encontrarás varias respuestas a tus preguntas –le confesó bajando el tono de voz.

–¿Por eso...?

–Eso es –intervino mirando a su alrededor como si tuviera la sensación de que alguien les observaba y escuchaba–. Que haya elegido de tan buen agrado que la boda se celebre el día de tu cumpleaños no ha sido más que una lanza cargada de veneno. De ahí que haya orquestado todo para que tu implicación durante el acto...

–Sea máxima, ¿verdad? –intervino–. Ya me parecía a mí que la condesa tendría algo reservado para tal momento.

Jaroslav asintió.

–Solo quiero que sepas que... tienes mi apoyo. Jamás me imaginé hasta qué punto sería capaz de llegar.

–No te preocupes, Jaroslav. Sé sobradamente que tú no eres como ella, a pesar de...,

bueno.

–Necesito que entiendas que cualquier cosa pasada..., actué bajo sus órdenes. Pero he llegado a un punto en el que, moralmente, no me siento en disposición de formar parte de un juego concebido para hacer daño. Lamento tanto todo lo ocurrido...

Florian, que había aprendido a ver a Jaroslav con ojos imparciales, sabía que, lejos de ser una maquiavélica marioneta del odio de Arieta, era un hombre de buen corazón.

–Hace tiempo que dejé de juzgar a las personas, Jaroslav. Y créeme cuando te digo que tú no eres como ella. Puedes estar tranquilo –le confesó.

Jaroslav esbozó una amigable sonrisa dándole a entender que aquellas palabras le habían quitado un gran peso de encima.

–Expiados nuestros pecados..., he de informarte de que hablé con Llona. Supuse que sería mejor para usted estar distraído en las cocinas que andar deambulando por la casa; tarde o temprano se acabaría cruzando con Tonio.

Florian aceptó de buen grado la iniciativa de Jaroslav; lo único que necesitaba era mantenerse alejado de Tonio.

–Gracias... Te lo agradezco.

–Ha de saber que hoy esperamos la visita de los Pellegrini –le avisó–. Fuerza, Ludovico. Fuerza y sangre fría –añadió mientras se levantaba y salía por la puerta.

Cuando entró por la puerta de la cocina, tanto Llona como Anne se le quedaron mirando en silencio; algo que le provocó una oleada de vergüenza.

–H-hola..., Ludovico –dijo Anne acercándose a él.

Florian le respondió únicamente con una escueta sonrisa.

–Llona, Jaroslav me ha dicho...

–Llegas en buen momento, chico. Ayuda a Anne con esas bandejas –dijo apuradamente.

Florian se acercó a la mesa, donde un montón de humeantes bizcochos reposaban aún calientes.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó Anne en voz baja.

–Sí, por supuesto –respondió esbozando una sonrisa.

–Quiero que sepas que has sido la comidilla de la casa. Yo no he dicho nada, por supuesto.

–Eres correcta hasta para eso... –le contestó afectuosamente

Anne. Orgullosa ante las palabras de Florian, sacó pecho.

–¡Ya han llegado, están entrando por la puerta! –exclamó Clavelina entrando por la puerta, alterada.

Florian, Anne y Llona se miraron los unos a los otros en silencio. “Maldita sea, mil y una vez”, pensó.

–¡Vamos, Anne, date prisa con eso! –exclamó Llona saliendo de su ensimismamiento.

–Sí.

Florian se unió rápidamente a la labor de Anne cuando Jaroslav apareció por la puerta. Parecía estar buscando a alguien con la mirada.

–Ludovico.

–¿Sí, Jaroslav?

Se acercó a Florian en silencio, acortando distancia disimuladamente.

–Verás, la señora ha solicitado tu presencia en el salón –dijo en voz baja para que nadie pudiera escucharle–. Creo que quieren presentarte a los Pellegrini.

Aquella información cayó sobre él como un cubo de agua helada.

–¿Ha sido idea de ella? –preguntó

Jaroslav le respondió asintiendo con la cabeza.

–Recuerde: sangre fría –le susurró.

–Sí. Gracias, Jaroslav.

–Yo estaré a su lado –intentó tranquilizarle.

Cuando entró por la puerta de la cocina, tanto Llona como Anne se le quedaron mirando en silencio; algo que le provocó una oleada de vergüenza.

–H-hola..., Ludovico –dijo Anne acercándose a él.

Florian le respondió únicamente con una escueta sonrisa.

–Llona, Jaroslav me ha dicho...

–Llegas en buen momento, chico. Ayuda a Anne con esas bandejas –dijo apuradamente.

Florian se acercó a la mesa, donde un montón de humeantes bizcochos reposaban aún calientes.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó Anne en voz baja.

–Sí, por supuesto –respondió esbozando una sonrisa.

–Quiero que sepas que has sido la comidilla de la casa. Yo no he dicho nada, por supuesto.

–Eres correcta hasta para eso... –le contestó afectuosamente

Anne. Orgullosa ante las palabras de Florian, sacó pecho.

–¡Ya han llegado, están entrando por la puerta! –exclamó Clavelina entrando por la puerta, alterada.

Florian, Anne y Llona se miraron los unos a los otros en silencio. “Maldita sea, mil y una vez”, pensó.

–¡Vamos, Anne, date prisa con eso! –exclamó Llona saliendo de su ensimismamiento.

–Sí.

Florian se unió rápidamente a la labor de Anne cuando Jaroslav apareció por la puerta. Parecía estar buscando a alguien con la mirada.

–Ludovico.

–¿Sí, Jaroslav?

Se acercó a Florian en silencio, acortando distancia disimuladamente.

–Verás, la señora ha solicitado tu presencia en el salón –dijo en voz baja para que nadie pudiera escucharle–. Creo que quieren presentarte a los Pellegrini.

Aquella información cayó sobre él como un cubo de agua helada.

–¿Ha sido idea de ella? –preguntó

Jaroslav le respondió asintiendo con la cabeza.

–Recuerde: sangre fría –le susurró.

–Sí. Gracias, Jaroslav.

–Yo estaré a su lado –intentó tranquilizarle.

La familia de invitados habían pasado prácticamente todo el día en la casa de los Schaldi, viendo la casa y sus habitaciones, incluso la de Florian. A pesar del sentimiento de repulsa que estos le provocaban, prefirió que fuera así; aquello le dio la oportunidad de estudiar a su enemigo, quien había osado usurparle el trono en el corazón de Tonio. La visita a Vülstëin había sido más que reveladora, presentándose ante él una cuestión difícilmente eludible: si la Casa de las Flores era una institución exclusivamente para hombres, ¿por qué Mirjeta portaba la marca de la abstención? Muy a su pesar, cuantas más piezas encontraba, menos casaban estas en el marco de aquel peligroso puzle.

Agotado por la presión del día, decidió cenar temprano y en las cocinas, alejado de cualquier Schaldi. Ya apurado su humilde plato de pan con queso, se levantó de la mesa y emprendió camino hacia su habitación, cuando una acalorada conversación que se estaba produciendo en el Gran Salón llamó su atención; su nombre apareció en ella:

–¿No crees que te estás extralimitando con Ludovico? –preguntó Aleksander.

–¿Ahora tengo que dar cuenta de todo lo que hago?

–Arieta, no me niegues que tienes una obsesión de naturaleza insana contra él –le reprochó. Arieta se sentó en el sofá y abrió malhumorada el abanico–. ¡No oses indignarte conmigo por algo que es evidente! Y mira que decir que es...

–¿Qué es, Aleksander? Dime, ¿qué es? –preguntó malhumorada.

–Inmoral.

–¿¡Que es inmoral!?! –exclamó ofendida haciendo caso omiso a la visible decepción de su esposo–. Te recuerdo que ese... campesino no solo come de nuestra despensa, duerme en nuestra casa y recibe tu... ¡beneplácito! sin aportar absolutamente nada.

–¡Se lo debemos a su padre! –respondió exaltado

–¿¡A su padre!?! ¿¡A un granjero!?!

Aleksander se acercó a su esposa, tomando asiento junto a ella.

–Dada tu educación puedo entender esa... cierta reticencia tuya hacia su bajo estatus social, pero ¿privarle de dar conciertos? ¿De hacernos grandes junto a él y no con él?

–¿De qué me estás acusando, querido? –Se giró hacia él, indignada.

–¿Qué crees, que no sé que Ludovico ha recibido innumerables peticiones para tocar en diversos eventos, y que tú, y sabrá dios por qué, te has encargado personalmente de ocultárselo? –Arieta se ladeó indignada, dándole la espalda al escuchar su acusación–. ¿Pensabas que no me enteraría? –añadió.

–No pienso delegar nuestra imagen, ¡la imagen de los condes de Schaldi!, a un niño que ni siquiera es mi...

–¿Tu hijo, Arieta? ¿Eso querías decir? –intervino

–¡Y nunca lo será! –exclamó altivamente

–En eso tienes razón, Arieta. Pero no por ello has de arruinarle el futuro al

muchacho –dijo con voz más calma–. Pensé que no diría esto, pero... –Arieta miró con cierta preocupación a su esposo–. Creo... –suspiró–. Hace tiempo que no te reconozco... –Arieta no respondió, se limitó a mirar a Aleksander con los ojos vidriosos–. Necesito que vuelva mi esposa. Aquella dulce y pasional mujer que se desvivía por la música, fuera cual fuera su procedencia o naturaleza...

–Soportaría cualquier castigo de Nuestro Señor si así fuera su decisión, amor mío –respondió sobrecogida–. Pero antes me arrancaría la vida si tu amor por mí se desvanece... –añadió entre lágrimas.

Aleksander, apenado, se acercó a ella y, tomándola en un abrazo, le suplicó.

–Deja a Ludovico vivir, mi amor. Deja que el futuro se abra a él como a todo ser humano. ¿Lo harás? ¿Lo harás por mí, mi dulce esposa?

–Sí... –respondió entre sollozos desconsolados.

–Bien..., amor mío. Quiero que cuando la boda se haya celebrado, Ludovico responda a todas las solicitudes. A cada una de las que le ocultaste y a las que estén por llegar –Arieta asintió en silencio–. ¿Me lo prometes? –insistió Aleksander

–De acuerdo, amor mío –mintió.

Florian no daba crédito a lo que había escuchado, no solo había recibido invitaciones para tocar sus composiciones, sino que Arieta se había cuidado, y muy bien, de ocultárselas a todos; sin lugar a dudas, la naturaleza de la condesa era más retorcida de lo que cabría esperar.

Con una mezcla de tristeza y sobrecogimiento por los eventos que rodeaban su vida, se sentó al piano en la intimidad de su habitación. Sabía que tenía que ponerse a trabajar en la obra para la boda de Tonio, pero después de la confesión de la condesa y de lo de Vülstëin no era capaz de concentrarse.

–¿Distraído, muchacho? –dijo la voz de Mirjeta.

–Sí... No sé por dónde empezar... –confesó.

–Podrías empezar por sacar eso que ocultas en tu cajón... –su voz se tornó oscura y profunda–. Sería una pena desperdiciar una piel tan... única.

–No sé si...

–¿Ahora dudas? ¿Te recuerdo lo que te ha hecho ese caprichoso... Tonio tuyo?

Florian se quedó pensativo, cuando alguien llamó a su puerta.

–¿Sí? –preguntó

–Soy Tonio, Ludovico. Me gustaría hablar contigo

Florian suspiró al tiempo que bajaba la tapa del piano.

–Pasa.

Entró en silencio y tomó la silla, poniéndola junto a él.

–¿Qué tal... estás?

Florian asintió en silencio dándole a entender que bien, aunque no fuera así.

–No sabía... cómo te tomarías lo de...

–¿Tu boda? –intervino

–Quería decírtelo personalmente antes de que te enteraras por otros..., pero no me diste la oportunidad.

–Oportunidades... –repitió apenado–. Parece ser que soy el único que ni las tiene ni las aprovecha.

–Bianca es una mujer excepcional, Florian. Estoy seguro de que cuando la conozcas pensarás como todos, como yo.

Florian dejó escapar un escueto suspiro de indignación.

–Creo que no estoy en disposición, dada mi posición en todo esto, de componer nada para tu enlace.

–Pero... no puedes hacer eso, Ludovico. No puedes hacernos eso.

–Pues lamento decirte que así será –atajó secamente.

–Pero Ludovico..., eres uno de los mejores compositores que he visto hasta ahora, no puedes hacerme eso. No puedes hacernos eso.

–Da igual cuánto me agasajes, Tonio. La decisión está tomada.

Tras las inamovibles palabras de Florian el rostro de Tonio comenzó a tornarse defensivo.

–¿Sabes? Antes de la fiesta de verano, mientras paseaba a orillas del lago, encontré algo que te pertenece...

Florian alzó la cabeza y le miró con preocupación.

–¿Sabes que el algodón se pudre rápidamente? Igual que la carne...

–¿A dónde... pretendes llegar?

–A que sé que fuiste tú quien mató al gato de mi madre, Ludovico.

Aquella acusación, lejos de ser falsa, le dejó sin aliento.

–A orillas del lago, entre la vegetación, encontré el cuerpo del gato. Y no solo sabía que era el de mi madre porque le faltara la cabeza y estuviera despellejado, sino porque estaba enredado en un cordel de lana; detalle en el que ya reparé el día que te encontramos temblando en la cama, cuando yo mismo aparté la ropa mojada de tu habitación.

Florian se quedó perplejo al escuchar la confesión de Tonio.

–¿Vas... a delatarme? –preguntó con un hilillo de voz.

–Te diré lo que vas a hacer, Ludovico –continuó, mientras se levantaba de la silla–. Compondrás, como se acordó, una de las mejores obras jamás escuchadas para mi boda.

–¿Y si me niego? –intervino.

–Me encargaré de sacar la información a la luz. Y créeme, nadie pondrá en tela de juicio mi palabra. Sin embargo..., sobre ti caerá todo el peso de la justicia de los Schaldi –continuó–. Espero todo lo mejor de ti en esa obra, Ludovico. Sería una pena tirar por los suelos todo lo que te has forjado por una simple partitura... –añadió mientras salía de la habitación.

Florian, que tardó unos minutos en asimilar aquella amenaza, se levantó hacia el escritorio y, abriendo con determinación el cajón, sacó la delicada hoja de piel. Con cuidado la apoyó sobre el porta partituras del viejo piano y, levantando la tapa y dejando al descubierto las teclas, reconsideró la idea de ofrecerle lo mejor de él.

–¿De verdad pensaste que merecía tu indulgencia, muchacho? –dijo la voz.

–Cómo ha podido... ¡Cómo tiene el valor! –exclamó con rabia.

–¡Eso mismo pensamos nosotros, muchacho! –añadió Mirjeta.

–¿Vosotros? –pregunto extrañado

La voz de Mirjeta profirió una risa demoniaca en las paredes de su mente.

–Mira quién ha venido a verte..., muchacho.

De repente la voz de su madre se hizo hueco.

–Mi niño... Mi dulce niño... ¿Qué te ha hecho ese bandido...? –preguntó Adeline.

–¿M-madre?

–Sí, mi dulce ni niño. Soy mamá.

–Madre... –susurró

Florian rompió a llorar al escuchar nuevamente su voz.

–No llores, Florian. He venido a ayudarte...

–Me ha hecho daño, madre. Mucho daño... –sollozó.

–Lo sé, hijo mío. Lo sé. Y por ello has de defenderte, debes castigar a todos aquellos que nos han hecho daño, que están intentando hacerlo.

–Pero... no sé por dónde empezar...

–No te preocupes por eso. Tú solo coge la pluma y deja que ella te guíe, deja que ella se ocupe...

Florian tomó temblorosamente la pluma que reposaba sobre el piano y la hundió en el tintero.

–Eso es, mi tesoro. Ahora cierra los ojos y deja que Mirjeta se ocupe del resto –añadió la voz de Adeline.

Para Florian el tiempo perdió su esencia. Una profunda oscuridad proveniente de su interior se apoderó de cada poro de su cuerpo, de cada ápice de humanidad que había resistido en él a lo largo de su demoledora vida. Sumido en el infernal éxtasis de su esencia original, nuestro joven compositor comenzó a dibujar sobre la lámina de piel las notas de su gran obra maestra.

∞∞∞∞∞

Lamento comunicaros que esto significa dos cosas: que por fin nuestro joven compositor delegó su don al monstruo que llevaba dentro, el cual se encargaría de explotarlo hasta su máximo potencial, y que, muy a mi pesar, por otra se acerca el momento de vuestro duelo final. ¿Florian no debería haber sobrevivido aquel día en el campo? ¿El fin justificó los medios? Por mucho que intentéis meditar bien vuestra respuesta, será quien ocupa el privilegiado trono de vuestro lado más oscuro quién tome el más sincero dictamen. Todos poseemos un lado oscuro y vengativo, así que, llegado el momento, no os avergoncéis de vosotros mismos; hasta la luz más pura emite sombras.

∞∞∞∞∞

Los meses en la casa de los condes de Schaldi discurrieron entre nervios y preparativos; aquel mismo día, con el ocaso, se celebraría el mayor evento de Praga: el enlace entre Tonio Schaldi y Bianca Pellegrini. Durante las últimas semanas la casa había ido cambiando progresivamente su normal apariencia: paredes cubiertas de brillantes apliques, exuberantes ramos de flores por doquier, y el Gran Salón de color crema y azul se había ordenado pintar y decorar completamente de blanco. Curiosamente, y pese a los gustos de la condesa por los colores vivos y llamativos, había planeado tal enlace como “la boda en blanco”, debido a que las primeras nevadas del invierno habían sepultado a Praga bajo un esponjoso y gélido manto blanco. Por ello, cualquier asistente a la misma debería hacerlo vestido, enteramente, de blanco. Ese día los nervios se apoderaron de todo el mundo, personal incluido.

–¡Vamos, vamos, vamos! –exclamaba Llona altivamente por toda la cocina.

–¿Alguna vez la ha visto así, Pabels?

–¿Sabe cuántas veces se ha casado alguien en esta casa, Anne? –respondió incrédulamente.

–Ay, dios mío... No nos va a dar tiempo. ¡No nos va a dar tiempo! –continuó vociferando Llona.

–Tranquílcese, mujer. ¡Que se vuelva loca la única cocinera que tenemos para la boda es lo que menos nos hace falta ahora! –exclamó Pabels al ver a la histérica mujer.

Florian se encontraba sentado a solas en la orilla del lago, cuando Aleksander sentó a su lado.

–¿Nervioso, muchacho?

–¿Por qué debería estarlo? –respondió sin apartar la mirada de las ondulantes aguas.

–No sé, ¿tal vez porque es tu gran debut?

–El mío no, Aleksander. Será el de los novios... –respondió mientras levantaba los hombros, dando a entender que el motivo era evidente

–Pero tu obra es el broche final, no lo olvides. ¿Ya has entregado las copias de tu obra a todos? –quiso saber.

–Sí. Les he solicitado expresamente que la ensayen por separado.

Aleksander se extrañó ante tal exigencia.

–¿Y eso?

–Mi obra ha de ser representada en conjunto, como debe ser. Hasta entonces, y hasta el último momento, no quiero que vean cuál es el resultado final –Aleksander seguía sin encontrarle sentido a aquello–. No se preocupe. Me consta que tanto el coro de los siete como Bianca poseen las facultades necesarias para tan nimio reto. En lo referente a Tonio... Bueno, la he hecho expresamente para él, así que he tenido en cuenta su forma de pensar y su estilo musical; creo que la encontrará fácil.

–Bueno... A estas alturas no vamos a escandalizarnos si digo que confío en ti –dijo Aleksander–. Y dime, ¿ya tienes preparada tu vestimenta para la ocasión?

Florian negó con la cabeza.

–Estaba a punto de ir a la ciudad, a la tienda del señor Davensfer. Seguramente tenga algo digno para el evento.

–Excelente elección. Veo que aprecia tanto como yo el buen gusto de nuestro extravagante dependiente.

–¿A dónde ir si no?

–Pues no se hable más. ¡No voy a ser yo quien te haga perder el valioso tiempo que nos falta en un día como el de hoy! –exclamó mientras se levantaba y emprendía el camino de regreso a la mansión–. ¡Acuérdate de que ha de ser blanco! –añadió.

–Blanco... –susurró Florian

–¿En vas a ir de blanco, muchacho? –intervino la voz de Mirjeta.

–Eso parece...

–Pues yo le propongo al grandiosos Ludovico Vesnitti otra opción.

–¿Ah, sí? ¿Y cuál es?

–Que vayas con un traje acorde con tu grandiosa obra; un color que refleje el gran día que es hoy para ti.

Florian se quedó pensativo. Mirjeta parecía haberle dado una opción totalmente válida y acorde a la situación.

–Vamos a ver qué tiene el señor Davensfer para mí. ¿Me acompañas?

–Tras de ti, mi valioso muchacho. Tras de ti –dijo cortésmente–. Antes de nada, que no se nos olvide: feliz cumpleaños.

–Gracias...

–Además, ¿sabes qué día es hoy?

–Sí.

–¿¡Entonces espero tu visita!? –exclamó alegremente la voz.

–Primero el traje –respondió mientras sacaba del bolsillo el pañuelo de Werner y jugaba con él entre sus dedos.

–Pues no perdamos tiempo entonces...

–Sí –susurró mientras se levantaba.

La ciudad había recuperado la normalidad tras las riadas que meses atrás habían azotado sus calles, pero la nieve y el hielo que lo cubría todo hacían que caminar fuera un suplicio; caballo incluido. A pesar de haber dejado al caballo en el mismo lugar que cuando fue a visitar Vülstëin, a Florian se le hizo el camino más largo y pesado. Este era el motivo por el que la impaciencia parecía crecer dentro de él a una velocidad vertiginosa. Ya frente a tienda del señor Davensfer, Florian repasó mentalmente cada detalle del plan, el cual le había robado durante mucho tiempo más horas de sueño de las deseadas. Asíó con fuerza el pomo de la puerta de la tienda cuando, girándose y posando la mirada en las propiedades de los Vladenko, juró poner fin al peligro que se cernía sobre el pequeño Markus. “En unas horas estará a salvo. Te lo prometo, Werner”.

Al abrir la puerta la pequeña campanilla anunció al señor Davensfer que tenía clientes, y solo bastaron unos segundos para que el extravagante hombre apareciera teatralmente entre las cortinas de la trastienda.

–¡Pero a quién tenemos aquí! –exclamó–. ¡Ni más ni menos que al señorito Florian!

–Buenos días, señor Davensfer. Puede usted dirigirse a mí como Ludovico –respondió

–¡Bien...! Sí..., eso suena tan... sutil y elegante al mismo tiempo... Y dígame, ¿en qué puedo ayudar al señorito Ludovico? –Florian intentó no reírse al ver los aspavientos que hacía con las manos al hablar–. ¿Tal vez necesita una peluca más elaborada? ¿Unas chorreras de algún color en concreto?

–A decir verdad...

–¡Espere, espere! ¡No me lo diga...!

Suspiró al ver que el hombre no le dejaba explicarse.

–¡Un perfume!, ¿ino es así!? –continuó–. Sí... Creo que tengo por aquí uno que sin duda... –añadió mientras se ponía a hurgar por los cajones del mostrador.

–¡Señor Davensfer! –exclamó Florian, al que la actitud del hombre le estaba poniendo nervioso. El hombre, sobrecogido por su reacción, alzó la vista–. Señor Davensfer... Mi buen amigo... –dijo acercándose aún más al borde del mostrador– Necesito un traje. Uno que sea especial, ¿entiende?

–Un traje especial... –repitió en voz baja

–Eso es... Un traje especial.

–¿Qué le parece este? –dijo acercándose a un montón de atuendos, tomando uno azul por la manga y mostrándoselo

Florian negó automáticamente con la cabeza al verlo.

–¿No tiene algo más aparte de los que veo?

–Um... En la trastienda tengo alguno más, ¿quiere verlos?

–Si es tan amable...

El dependiente le ofreció paso con el brazo echando a un lado la cortina de la trastienda.

Florian se sorprendió al ver aquel oscuro y desordenado lugar, algo que más tarde consideraría que era lo más propio de un taller de costura que de un lugar apropiado para visitas ajenas.

Davensfer, que evidentemente conocía cada rincón de la trastienda, desapareció entre unas estanterías del fondo, lo que le hizo pensar que allí había otra puerta que, lejos de miradas curiosas, iba a dar a otra sala o almacén. Sobre la mesa central yacían planos que, entre algodones, a modo de porta alfileres, revelaban cuáles iban a ser las tendencias de la próxima temporada. “Praga no está preparada para esta estilosa... revolución,” pensó.

–Eh..., muchacho –dijo la voz de Mirjeta.

–¿Qué quieres? –respondió secamente

–Creo que he encontrado lo que necesitamos. Lo que necesitas.

–¿Dónde?

–Sí... Mira allí, en aquella vitrina.

Florian posó su atención en ella, y en silencio se acercó.

–Es... perfecto... –susurró

–Un color acorde al... trono, ¿verdad?

–Jamás he visto nada igual...

–Lobos disfrazados de cordero..., todos de blanco...

Había encontrado la pieza perfecta para aquella oscura celebración, y, fuera cual fuera el precio, sería con ese traje con el que disfrutaría de su venganza.

–¿Qué le parece...? –preguntó Davensfer al tiempo que salía de la oculta sala con una ingente cantidad de trajes.

–Ya lo he encontrado.

El hombre se acercó en silencio a Florian, que se encontraba frente a la vitrina observando aquel majestuoso atuendo.

–¿Ese, señor? Pero este traje no está a la...

–He dicho que quiero este –atajó

–Pero señor, escúcheme... Ese traje es una pieza única y..., no sé. Sabiendo que es para la boda de...

–Entonces... ya sabe del evento, ¿no? –no le sorprendió.

–Bueno..., señor Ludovico. La tienda del magistral Davensfer es un punto de referencia, siempre acuden a mí por... mi buen gusto –explicó orgulloso–. He vestido a la mitad de los invitados, y tengo entendido que la etiqueta es el color blanco...

–Me da igual. Quiero este y no se hable más del asunto –intervino dejando caer sobre la mesa una generosa bolsita llena de dinero.

El dependiente se quedó en silencio unos instantes valorando si debía mirar a otro lado y tomar la generosa aportación de su cliente o no.

–Estoy más que seguro que encontrará la cantidad de esta bolsa... acorde a mi deseo –añadió.

Davensfer murmuró algo que Florian no pudo escuchar.

–¿Y bien..., señor Davensfer?

–Deme unos minutos para preparárselo, señor –respondió con una sonrisa mientras cogía la bolsa de dinero y se la guardaba a buen recaudo en el bolsillo interior de su casaca.

–No se preocupe, mi buen amigo. Vendré a recogerlo dentro de un rato, ahora tengo un asunto de máxima urgencia que tratar, unos para los que debo...

–¿Tener las dos manos libres? –intervino la voz

–Sí... Las dos manos libres... –susurró–. ¡Sea así entonces, Davensfer! Más tarde vengo a por él.

El extravagante dependiente se quedó de pie y en silencio, extrañado por las últimas palabras del muchacho.

–Solo una última cosa, señor Davensfer –dijo mientras abría la puerta de la tienda.

–¿Sí, señor Ludovico?

–No... No le diga a nadie que he venido a comprar. Quiero que sea una sorpresa, ¿entiende?

Davensfer asintió en silencio, evitando así saber más de lo que debiese.

–Estoy tan orgullosa de ti, hijo... –dijo en su cabeza la voz de su madre, que había suplantado a la de Mirjeta.

Florian, en silencio, se protegió la cabeza del frío, esbozando una malévola sonrisa

mientras se ponía la capucha.

El burdel El Secreto era uno de los lugares por excelencia cuando se hablaba de buenas mujeres y buenos... “trabajos”. Desde hacía muchos años aquel prolífico oasis de lujuria almizclada se había encargado de satisfacer las necesidades más carnales de los hombres que, a la deriva, se dejaban guiar por su canto de sirena hasta su puerta. Una vez dentro, los dejarían tan satisfechos como tiosos. Aquel edificio no solo albergaba una de las actividades laborales más antiguas –y peor vista, a ojos de la mayoría de los ciudadanos–, sino también la habitación en la que, subido a unas cajas, había descubierto a Mirjeta. Aquella perversa mujer no solo vivía allí, sino que también era, como ya le había dicho Pabels en su momento, la meretriz de aquel infame lugar. Sentado a una mesa, oculto en las sombras de aquel lugar, esperaba ansioso que la propuesta que le había transmitido a la camarera fuera suficiente cebo para tal pretenciosa pesca; si picaba el anzuelo... pronto estarían a solas.

Dos escuetos toques en la puerta alertaron a Mirjeta de que alguna de sus muchachas la reclamaba. Abrió la puerta solo un par de dedos, lo suficiente para ver quién era.

–Qué quieres...

La famélica muchacha miró en silencio a ambos lados, verificando así que nadie la escuchaba.

–Señora, traigo un mensaje para usted.

–¿Para mí? –preguntó extrañada

La muchacha afirmó en silencio.

–¡Vamos, chica! ¿Acaso crees que estoy para adivinanzas? ¡Habla ya! –Exasperada, abrió la puerta del todo.

–Verá, señora... –susurró

–¿¡Te ha comido la lengua un gato!? ¿¡O es que por fin has aprendido lo que es un buen miembro!?

La muchacha, que no se había sorprendido por la reacción de esta, se acercó a escasos centímetros del oído de su meretriz y, con un hilillo de voz, le dio el mensaje. Mirjeta, a la que al principio le sonó ciertamente extraña, acabó accediendo a la petición ante tan succulenta recompensa.

–He de reconocer que no estoy en condiciones de hacer trabajo alguno. Pero dada la simplicidad en los gustos nuestro misterioso cliente, y del precio que ha ofrecido por ello..., creo que sería tan tonta como vosotras si no lo aceptara –respondió en voz alta.

–¿Le digo que pase, señora?

–Por dios, muchacha. Que espere unos minutos..., ahora las cosas me cuestan el doble.

–Como ordene mi señora.

–¡Por cierto, niña! –exclamó antes de la que la muchacha desapareciera entre las cortinas del pasillo

–¿Sí, mi señora?

–Le ha informado de... –dijo mientras se señalaba el vestido

–No, señora. Al oír la cantidad de dinero que ofrecía y el banal servicio que reclamaba he optado por omitir el detalle...

Mirjeta se encogió de hombros al escuchar la respuesta de la joven.

–Está bien. Tampoco creo que le importe en demasía... Si ha venido hasta aquí con la única intención de estar conmigo, tampoco le molestará algo así. Diez minutos. Diez minutos y que pase –le ordenó.

La chica asintió en silencio, para seguidamente desaparecer entre las aterciopeladas cortinas rojas.

–¿Preparado, muchacho? –dijo la voz desde los recovecos de su mente

Florian, que se encontraba frente a la puerta de la habitación donde se encontraba Mirjeta esperándole, asintió en silencio.

–Recuerdas lo que me hizo, ¿no? –añadió ahora la voz de su madre.

–Tanta sangre... Un abismo rojo, de carne y tendones... –susurró Florian

–Tres palabras..., hijo. Tres... –la voz volvió a cambiar, presentándose ante él con la de su padre.

–Y tres serán...–volvió a susurrar

La puerta se abrió lentamente; primero un hilillo, suficiente para que, de manera clandestina, pudiera observar a su presa. Allí estaba, tal y como había pedido, como había exigido. Bajo la temblorosa luz de una única vela, Mirjeta, la reina de los condenados, permanecía desnuda y sentada en una silla de espaldas a la puerta como él había solicitado. Reprimiendo las ganas de saltar sobre ella ferozmente, cerró la puerta. El sonido de esta le indicó a Mirjeta que su misterioso y fetichista cliente ya había llegado.

–He de reconocer que su interés sobre mí me... halaga, señor...

–Ludovico –respondió lúgubrementemente.

Durante aquel largo año su voz había cambiado, volviéndose más grave debido a los caprichos de la pubertad, algo que sin duda rompió una lanza a su favor, ya que por ella no le reconocería.

–Ludovico... –repitió Mirjeta con cierto misticismo en la voz-. Un nombre tan... imponente y misterioso... Sus padres no podrían haber elegido otro mejor para usted –añadió.

Florian se acercó a ella en silencio, sumergiendo todos sus sentidos en la rítmica respiración de la mujer; nunca había estado a tan poca distancia de ella.

–No es un hombre dado al arte de la palabra, por lo que... –Las palabras de Mirjeta se vieron interrumpidas cuando las manos de Florian se posaron suavemente sobre sus desnudos hombros. Lentamente la empezaron a recorrer los antebrazos, su nuca... –. He de reconocer que su... curioso fetiche me ha sorprendido –susurró, dejándose a la deriva en aquel mar de caricias.

–Y... a mí... –susurró él, posando sus manos sobre el cuello de la mujer

–Ojalá todos tuvieran sus mismos... –sus palabras se ahogaron cuando las manos de Florian, que ahora posadas sobre su desnuda garganta, comenzaron a apretársela con fuerza haciéndole imposible articular palabra.

Mientras tanto en la Mansión Schaldi...

–¿Y dices que no le has visto por ninguna parte? –preguntó extrañado Aleksander. Jaroslav negó con la cabeza—. Falta poco para que comience la boda... –murmuró—. ¿Dónde se habrá metido...?

–En su dormitorio no está, señor.

La cara de preocupación de Aleksander era evidente. Si la ceremonia empezaba y Florian no estaba para presenciarla, Tonio se llevaría un disgusto.

–¿Desea que vuelva a mirar fuera? –propuso Jaroslav.

–Por favor. Y pregunta a Llona, tal vez ella sepa dónde se ha metido.

–No se preocupe, señor. Seguro que necesitaba un rato a solas –añadió a sabiendas de que aquel enlace significaba un duro golpe para el chico.

–Sí... Debe de ser eso –Aleksander esbozó una leve sonrisa empapada de inquietud—. Iba a ir a la ciudad, pero de eso hace ya unas horas..., debería haber vuelto ya.

Jaroslav se encogió de hombros

–Voy a subir a su cuarto. Si ha salido ha de haber cogido abrigo...

La habitación se encontraba en completa oscuridad. Aleksander, porta vela en mano, la recorrió con la mirada con la esperanza de encontrar el abrigo de Florian. Pero no fue así, no había rastro de él.

–Florian..., ¿dónde te metes...? –murmuró desazonado.

Dispuesto a visitar a Tonio para preguntarle, cosa que había evitado hasta el momento para no sumar más nervios al futuro novio, paró en seco al ver el caballete de madera que Florian había dejado sobre su escritorio. Intrigado, se acercó a él, iluminando levemente su alrededor con la vela.

∞∞∞∞

He de confesaros que, lejos de ser un desliz por parte de nuestro querido compositor, fue algo que hizo a sabiendas de que, tarde o temprano, alguien lo encontraría. Y es que este fue su mayor y más sincero grito de auxilio.

∞∞∞∞

Aleksander tomó la cuchilla con cuidado, preguntándose cómo un instrumento tan rudimentario podía dar como resultado un bien tanpreciado por muchos: la piel. Y fue cuando, dejando nuevamente la cuchilla sobre la mesa, se quedó helado al ver con más detenimiento el pequeño caballete. Acercando la vela a este se percató de que mantenía unida su estructura; aquello ya lo había visto antes. Con la sombra de la sospecha

sobrevolando su mente, volvió a mirar la cuchilla, acentuándose así sus miedos; por separado, aquellos instrumentos no tenían un significado en las temblorosas líneas del tiempo, pero juntas revelaban el lado oscuro de una persona.

–¿Qué has hecho, Ludovico...? –murmuró atónito.

Mirjeta comenzó a recuperar la consciencia poco a poco.

–Qué... –murmuró dolorida

–Un año... Hace un año que se fueron..., que me lo arrebataste todo... –comenzó a decir con la mirada perdida en el desgastado suelo.

–¿Qué significa esto...? –preguntó Mirjeta mirando a su alrededor-. ¿Y qué hago desnuda y atada a esta silla...?

–He soñado tanto tiempo con este momento... No te lo imaginas... –continuó, haciendo caso omiso a las palabras de la mujer

–¡Dime quién eres! –exclamó-. ¡Qué quieres de mí!

–¿Aún no lo ves? –respondió alzando la cabeza

Mirjeta a se quedó sin habla al ver la cara de tu captor.

–Tú... –murmuró con un hilillo de voz

–Hay marcas que son... difíciles de olvidar, ¿verdad?

–¡Suéltame, maldito niño! –gritó mientras se removía en la silla, intentándose zafar de sus ataduras.

Florian se giró sobre sí mismo, tomando algo del tocador que había tras él y dejándolo sobre las desnudas piernas de la mujer.

–¿Lo reconoces?

Mirjeta agachó la cabeza y lo miró.

–Me ha costado encontrarlo; lo tenías bien guardado... –continuó-. Aún recuerdo el día que mi padre se lo regaló a mi madre... La decía que estaría preciosa con él puesto..., como las princesas... –añadió melancólicamente. Mirjeta guardaba silencio, mientras continuaba con sus intentos por liberarse de las cuerdas. Florian se abalanzó sobre ella a gran velocidad, levantándole la cabeza y obligándola a que le mirara a los ojos-. ¡Hoy me presento ante ti para traerte el mismo sino al que condenaste a mis padres! –gritó con rabia-. ¡Y da igual cuánto grites, porque, pase lo que pase, ese es mi deseo, tu sino!

Mirjeta, sobrecogida, y experimentado por primera vez el miedo en su cuerpo, abogó a la misericordia.

–No puedes hacerle daño..., a él no... –le rogó mientras señalaba con la mirada su imponente barriga.

Florian, haciendo caso omiso a las señas de esta, tomó el colgante rojo de sus piernas y se lo guardó en su bolsillo.

–El primer día que te vi en la ciudad pensé que eras otra, que mi imaginación estaba jugando conmigo. Cómo pude estar tan ciego... Cortarte el pelo y teñírtelo de negro fue una estrategia magistral, pero esto... –clavó la mirada en su abultada tripa.

Mirjeta, doblegada por el pánico, comenzó a llorar.

–Mátame..., pero deja que él conozca la luz del día. Te lo ruego, él no tiene culpa de...

–¿De que su madre sea una asesina sin escrúpulos? ¿De que su madre tenga las

manos manchadas de sangre? –intervino.

–Te lo ruego... –sollozó

–Quiero que me digas qué tenías planeado hacer con Markus...

–¿C-cómo...?

–Ya me has oído. ¿Qué tenías pensado hacerle al hermano de Werner Lucent, Mirjeta? ¿Qué tramabas? –volvió a preguntar.

–¿Markus? ¿Hermano de Werner? –preguntó sorprendida al escuchar las palabras de Florian.

–¡Ya me has oído!, ¡confiesa! ¡Hazlo ahora que estás a tiempo de expiar tus pecados!

–Markus... –tragó saliva–. Markus no es el hermano de Werner... –respondió–. Es..., es...

–¡Contesta! –le golpeó la mejilla con fuerza, provocando que un hilo de sangre recorriera la comisura de sus labios.

–¡Markus no es el hermano de Werner, es nuestro hijo! –exclamó dolorida.

Florian se quedó petrificado al escuchar su confesión.

–Tú y Werner... –murmuró dando unos pasos atrás.

–¿En serio pensabas que tenía en mente matar a mi propio hijo?

Con aquella revelación, Florian vio cómo su teoría, su castillo de naipes, caiga fulminado. Todo lo que creía saber hasta el momento quedó reducido a cenizas, a escombros. Ahora todas las respuestas que había creído encontrar para algunas de sus preguntas carecían de sentido alguno; ninguna de las piezas encajaban.

–¡Mientes! –exclamó–. Markus no puede ser hijo suyo, porque Werner vivía en... –guardó silencio cuando en su mente, y de forma clara, las piezas de aquel tétrico puzzle se reorganizaron, provocando con ello que la carta del ilustrísimo Hope que había encontrado en los archivos de Aleksander cobró sentido.

–El escándalo... Werner era él escándalo del que hablaba Hope... –dijo en voz baja–. Por eso Werner le cortó la lengua... –Mirjeta asintió dejando escapar una risilla ahogada.

–Werner sabía que Hope conocía, no solo la existencia de Markus, sino que también era su hijo, y por eso le cortó la lengua antes de que pudiera hacerlo público... Werner y yo nos enamoramos cuando él ya formaba parte de la institución –se limpió la sangre del labio con la lengua–. Yo trabajaba aquí, era una simple... –avergonzada, no pronunció el nombre–. Mis ingresos no eran suficientes como para proporcionarle a Markus todo el alimento que demandaría más adelante, una vez destetado. Fue cuando decidimos dejarle a las puertas de la institución, donde, bajo la atenta supervisión de sus padres, Markus crecería con todo lo necesario. Pero ese vejestorio de Hope... ¡No podíamos consentirlo! –gruñó.

–Entonces Werner le cortó la lengua... –murmuró Florian–. Os procurasteis que Hope no hablara.

–Yo... propuse cortarle las manos también, pero Werner se negó. Aún quedaba la amenaza de que redactara los hechos... –añadió–. ¡Ese hombre quería utilizarnos para que Francia se retractara de su acuerdo! ¡Quería provocar la decadencia de la institución que tanto significaba para la gente más vulnerable de Praga! ¡Iba a sentenciarlos a

todos!

–¡No! –volvió a darla una bofetada.

–¡Si Francia se marchaba con su acuerdo, Vülstëin acabaría tarde o temprano cerrando sus puertas para siempre!

–Qué equivocados estabais... –respondió acercándose a la ventana, posando la vista en el exterior.

Mirjeta, sorprendida por la seguridad con la que Florian le contestaba, guardó silencio.

–Aquel tratado era una trampa para toda Praga, para todos –continuó Florian–. Tras aquel tratado se escondía la exigencia de no aceptar a más niños de clase baja. Por lo que, si se llegaba a firmar, ni tú ni nadie de esta ciudad podría volver a dejar a sus hijos bajo su protección. Hope y Aleksander Schaldi eran los únicos de la cámara que se oponían a ello. Y vosotros erais lo que necesitaban para evitarlo...

–¡Mientes! –exclamó.

–No... Pero ahora que sabes la verdad te alegrará saber qué, de una forma u otra, vuestros actos ayudaron para salvar a Praga del tratado. Pero qué importa ya, ¿verdad? Vülstëin fue asediada y destruida –se dio la vuelta para mirarla a la cara con una sonrisa.

Mirjeta no podía dar crédito a lo que el muchacho le estaba relatando.

–¿Quién fue? –Dio dos pasos hacia ella–. ¿Quién se encargó de enervar al pueblo con su ilusoria teoría? ¿Fuiste tú?

–Pensábamos... Pensábamos que si los franceses veían a una Praga enfurecida regresarían por donde habían venido...

–Pero no se puede controlar a una ciudad enfurecida, ¿verdad? –la interrumpió–. Sin daros cuenta, dejasteis lo que queríais proteger merced a la condición humana; que no es más que odio y temor... Vosotros fuisteis el verdugo de la Casa de las Flores –sentenció dando otros dos pasos al frente–. A pesar de ello, parece que a Markus no le fue tan mal, ¿no?

–Le buscamos un hogar.

–Los Vladenko

Mirjeta asintió en silencio.

–Ese matrimonio había perdido recientemente a su hijo, y ella había dejado de sangrar definitivamente...

–Y se lo ofrecisteis, ¿no? He tenido el placer de ver a dicho hombre...

–Y solo le habrás visto a él; ella falleció al poco de que Markus llegara.

Florian caminó lentamente, poniéndose detrás de ella y observando durante unos segundos la marca de su espalda.

–El símbolo de la abstención... –susurró pasando los dedos por ella.

La mujer guardó silencio.

–Ahora lo veo... –dijo con cierto romanticismo en sus palabras–. Es tu ofrenda hacia él, ¿no es cierto? ¿Esta es tu prueba de amor hacia él? ¿Portar la marca del voto que violó por ti?

–¡Cállate, cerdo! –exclamó, llena de ira–. ¡Debería haberte matado cuando tuvo la

ocasión! ¡Werner tendría que haberte clavado el cuchillo aquel día! –Tras aquellas explosivas palabras, a Florian le sobrevino el recuerdo de la plaza, momento en el que aquel misterioso encapuchado le dejó el arma entre las manos. “Cómo no lo quise ver antes...”, pensó. El hombre encapuchado con el que se cruzó en el laberinto de las rosas era el mismo que el del día del altercado en la plaza. “Werner...” susurró-. ¡Tendrías que estar muerto! –continuó gritando.

–Quién... –Se agachó hasta estar a escasos centímetros de ella-. ¿iQuién os dijo que me matarais!? ¿iQuién os ordenó la muerte de mis padres y la mía!?

–¿Aún no lo ves, chico? –respondió con una carcajada–. Sigo sin saber qué amenaza ha visto en ti esa mujer...

Florian sacó del bolsillo de su abrigo un cuchillo y, poniéndoselo sobre el vientre, exigió una respuesta.

–iQuién es ella!

–iEspera! –se apresuró a decir al ver que el cuchillo se posaba sobre su tripa–. ¡Te lo diré!, te lo diré... Pero no le hagas daño a...

–iHabla!

–La condesa. La condesa Schaldi, ella solicitó tu muerte –confesó.

Una pesada y dolorosa nube se cernió sobre él al escucharlo. Era consciente de que Arieta le repudiaba, pero ¿cómo para ordenar su muerte?

–Por qué... ¡Dime por qué! –le exigió, hundiendo un poco más el cuchillo en la carne.

–iNo lo sé!

–iHabla!

–iNo lo sé! –repitió entre sollozos–. ¡Solo sé que ella quería que su hijo fuera el más grande compositor de Praga! ¡Y estaba convencida de que tú suponías un impedimento!

Florian no necesitó más argumentos para saber que, dadas las altas miras que esperaba para Tonio en el mundo de la música, aquel era un motivo de peso para quererle quitar de en medio.

–¿Cuánto os pagó por asesinarme? –preguntó

–No había dinero de por medio.

–¿Y qué había entonces? ¿iCuál era el trato!?

–Nosotros le dábamos el emplazamiento Vladenko. Y ella, a cambio, adoptaría a Markus como un hijo suyo, dándole el apellido Schaldi.

–La cámara de música... –susurró.

–La idea era acabar con Tosén Vladenko; así Markus pasaría a ser el propietario de la finca. Pero la condesa, aprovechándose de su interés por apartarte de en medio, nos exigió tu muerte como garantía de que seríamos capaces de llevar a cabo el asesinato del viejo Vladenko. Así Markus pasaría de tener el cincuenta por ciento de las tierras a tenerlas en su totalidad.

–Pero algo salió mal, ¿verdad?

–Sobreviviste. Eso fue lo que salió mal...

–Pero... ¡Esa sucia y cruel mujer me acogió en su casa! –exclamó.

–Werner la disuadió. Después de aquel fracaso quiso romper con el acuerdo; algo que no podíamos permitir. Ya que no te habíamos conseguido liquidar, ¿qué mejor que

estar bajo su atenta tutela?

–Vuestra insistencia ha significado varios intentos por verme muerto. ¡Me lo arrebatasteis todo! ¡Y no contentos con ello, seguisteis aderezando mi vida con más y más sufrimiento!

–Si hubieras muerto aquel día... nada de esto hubiera sucedido.

–¿Y una vez que Markus hubiera obtenido el título de conde? –Mirjeta rompió a reír–. Una mente tan retorcida como la vuestra siempre ansía más. La calaña como vosotros nunca ponéis todas las cartas sobre la mesa...

–Yo me negué, pero Werner tenía la intención de acabar con cada uno de ellos cuando eso sucediera; luego solo quedaría reclamar la paternidad de Markus...

–Una lujosa vida llena de pretenciosos caprichos...

Florian se metió instintivamente la mano en el bolsillo donde se había guardado el colgante rojo y, acariciándolo con los dedos, la voz de Adeline despertó en su atribulada mente.

–Termina con ella, mi dulce hijo... Acaba con tu pesadilla –le rezó.

Pegándose un poco más a la espalda de Mirjeta, acercó sus labios a escasos centímetros de ella.

–Este hijo tuyo no merece una madre así...–le susurró.

–Qué vas a hacer... Por dios, ten misericordia de mi bebé...

–Reza cuanto quieras si con ello crees que dios te salvará. A mi parecer no creo que te perdone...

–Piensa en Werner..., en Markus...

–Ahora solo puedo pensar en que eres, y serás, una mala madre. Vergüenza de ti... Vergüenza de madre... Vergüenza.

Al compás de aquellas palabras Florian hundió el cuchillo en su vientre, abriendo una profunda raja que, en poco tiempo, ya había cruzado de lado a lado su cuerpo, dejando paso a un amasijo de carne y vísceras; tras unos minutos entre convulsiones y espasmos, Mirjeta quedó inerte.

–Justicia –dijo la voz de Adeline.

–Justicia –susurró él mientras miraba impasible cómo el bebé de Mirjeta pendía de su estómago por el cordón umbilical.

Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó el pañuelo de Werner, con el que, tras limpiarse la sangre de la mano, selló la boca de la mujer.

–De aquí no volverán a salir más sombras... –dijo mientras observaba la punta del pañuelo que quedaba fuera, donde se podía leer: W. L.

–¿Y ahora, muchacho? –dijo la voz de Mirjeta en su cabeza.

–Una boda... roja como la sangre –susurró mientras se acercaba al tocador y, tomando pluma y papel, se ponía a escribir.

14. Réquiem

Una hora más tarde, en la mansión Schaldi...

–¡Ludovico! –gritaba Jaroslav en el exterior.

–¡Jaroslav! –dijo Aleksander acercándose a toda prisa al motivado hombre–. Jaroslav... –cogió aire–, ¿le ha encontrado?

–No, señor. No sé dónde...

–¿Llona le dijo algo? –le interrumpió.

–Nada, señor. No sabe dónde puede estar.

Aleksander parecía encontrarse muy alterado, algo que no pasó desapercibido a los ojos de su ávido empleado.

–Se..., ¿se encuentra bien, señor?

–No..., no tenemos tiempo para hablar. ¿Ha hablado con el resto de personal?

–Pues... no, señor.

–¡Pabels! ¡Es quien pasa más tiempo con Ludovico! ¡Puede que sepa algo! –exclamó mientras salía corriendo hacia la casa. Jaroslav, ajeno al motivo por el que Aleksander se comportaba de aquella manera, salió corriendo tras él.

Pabels se encontraba adecentando los floreros de la entrada cuando los gritos de Aleksander le sobresaltaron.

–¡Pabels!

–¿Sí, señor?

–Ludovico, ¿sabe dónde está?

Pabels negó con la cabeza.

–¿Habrá ido a la ciudad, señor? –dijo Jaroslav.

–¡Aleksander! –los gritos del teniente Kurt, que se acercaba a toda prisa por la entrada de las propiedades, alertaron a estos.

–Dios mío..., Kurt. No puede haber venido en mejor momento... –susurró Aleksander mientras echaba a correr hacia él.

–¡Kurt, Ludovico no aparece, y...! –exclamó cuando estaba a punto de llegar hasta él

–Aleksander, debe venir conmigo. Es urgente –le interrumpió.

–Pero Ludovico... Debo mostrarle algo

–Déjelo para luego, Aleksander. Venga conmigo, se lo explicaré todo por el camino.

–Pero la boda... –dijo mirando hacia la casa.

–¿Werner está dentro?

–Sí. Está con los invitados. ¿Quiere que le...?

–¡No! –respondió alterado–. No... No quiero que sepa que he venido, ni que nos

hemos marchado.

–¿Qué sucede, teniente?

–Que la boda siga su curso, Aleksander. Venga conmigo y encontrará explicaciones.

Pero es importante que Werner no sepa nada.

–¿Werner? –preguntó extrañado.

–Sí.

–De..., de acuerdo.

Aleksander, abordado por sus peores miedos y sospechas, hizo caso a Kurt, albergando la esperanza de llegar a tiempo para la celebración.

Tras unos matorrales en la entrada de la mansión...

Florian observaba con detenimiento cómo el teniente Kurt y Aleksander galopaban a toda velocidad por el camino que conducía a la ciudad. Cuando aún estaba en el burdel, le había informado a una de las prostitutas de que Mirjeta yacía sin vida en la habitación, amenazándole a esta con que, si no quería acabar como ella, debía avisar, *in situ*, al teniente Kurt. Sabía que era cuestión de tiempo que el teniente acudiera a la mansión reclamando la presencia de Aleksander; y así había sido.

–Bien pensado..., muchacho –dijo la voz de Mirjeta–. ¿Cuál es el siguiente paso?

–Vestirme –respondió mirando el cuidadosamente doblado paquete de Davensfer.

Una vez ataviado con su nuevo traje, Florian avanzó por el lateral de la casa, asomándose con cuidado por la ventana del Gran Salón para ver en qué momento se encontraba la celebración. Los invitados, sentados ya en sus sitios, parecían estar atentos a la pareja, la cual estaba preparada para comenzar su interpretación; no le pasó desapercibido que, tanto Werner como la condesa, estaban sentados juntos. Se apartó de la ventana y avanzó hasta llegar a la puerta de las cocinas, donde los murmullos de Llona, Anne y demás empleados parecían revelar su agitado estado de nervios. Con cuidado, se aseguró de bloquear parcialmente la puerta.

–¿A ellos no, muchacho? –le preguntó la voz de su cabeza.

–No. A ellos no –respondió.

–¿Ludovico?

La voz de Jaroslav le sorprendió tras él. Sin temor alguno a que este le hubiera visto bloquear la puerta se giró lentamente.

–¿Jaroslav?

–¿Dónde se metía? Aleksander le ha estado buscando toda la mañana –le informó mientras le miraba de arriba abajo.

–Estaba comprándome el traje, ¿te gusta? –se miró el mismo, esbozando una sonrisa más acorde a un niño con un juguete nuevo

–Pues... la verdad es que...

–Bueno, no es momento para valoraciones. Lléveme ante el conde.

Jaroslav asintió sin más, dándose la vuelta. Todo ocurrió muy rápido. Un fuerte golpe en la sien provocó que a Jaroslav se le fundiera la vista en negro, cayendo desfallecido en el frío suelo. Florian lo cogió por los brazos y lo arrastró hasta las cuadras, depositándolo con cuidado entre los fardos de heno. “Ahora estamos en paz...”

tu vida por la mía”, murmuró recordando el día en el que Jaroslav le rescató de las garras de la muerte.

Mientras tanto...

–Díales lo que me dijo –dijo Kurt.

La muchacha no era capaz de dejar de temblar ante aquel sobrecogedor escenario.

–No se preocupe, señorita. Le procuraré vigilancia si así se encuentra más segura.

–El chico tenía el pelo negro, y tenía una... cicatriz, una marca.

–¿La tenía en la cara? –preguntó Aleksander, aunque sabía el final de toda aquella mala ventura.

La muchacha, temblorosa, asintió.

–Parece ser que la encontró... –dijo Kurt mientras posaba la mirada sobre el cuerpo de Mirjeta–. Y como indicó... ha impartido su propia justicia.

–Creo que no ha sido la única, Kurt.

–¿Está usted seguro de lo que ha visto?

–Después de esto... ya no me cabe la menor duda, teniente –respondió Aleksander.

–Lo que no me explico es por qué dejaría el pañuelo de Werner ahí...

–Eso deberá esperar, Kurt. Ahora está a punto de celebrarse la boda de mi hijo. Y le recuerdo que desconocemos el paradero de Ludovico...

–No quiero preocuparle más de la cuenta, señor Aleksander, pero Werner está en la casa. Y si tiene algo que ver con todo esto, cosa que desafortunadamente creo... –confesó Kurt.

–No se hable más. Debemos llegar cuanto antes –dijo Aleksander al tiempo que salía corriendo por la puerta.

En ese mismo instante, en la Mansión...

El sonido de los primeros acordes comenzaron a sonar cuando Florian se encontraba frente a las puertas del Gran Salón. Con los ojos cerrados y prestando atención a las primeras notas de su partitura tomó una bocanada de aire y abrió las puertas de par en par, provocando con ello un silencio sepulcral en la sala. Con las miradas de todo el mundo puestas sobre él, avanzó lentamente por la hilera central que conformaba el pasillo nupcial, el cual estaba destinado al desfile final de los novios; a los lados, cientos de invitados murmuraban al ver su atuendo. El traje que había elegido para la ocasión era enteramente negro como la noche, la casaca portaba sobre sus hombreras una enrevesada chorrera entrelazada de color rojo y negro. Así mismo, los pantalones dejaban ver en sus reflejos y juegos de luces y sombras un elegante bordado del mismo color; su desgarrado pelo negro ponía el broche final a aquella majestuosa oda a la oscuridad. Bajo la atenta mirada de todos y el severo escrutinio de Arieta, avanzó hasta ponerse a la altura de Werner. Metiendo la mano en su bolsillo cogió el colgante rojo que había recuperado de las garras de Mirjeta, dejándoselo a este en el regazo; algo que provocó que Werner y Arieta se miraran sobrecogidos por aquel acusador presente. “Lo sé todo...”, pensó. Sin dar tiempo a sus verdugos a que reaccionaran cogió una silla libre y la dispuso en el centro del corredor, a escasa distancia de los novios.

–¿Preparado para la gran función? –dijo la voz de Mirjeta.

Florian sonrió cínicamente a modo de respuesta y, alzando los brazos, le indicó a Tonio que comenzara con la representación. Las primeras notas impregnaron el aire con sus delicadas vibraciones, generando en los asistentes los primeros efectos de los que había sido dotado aquel diabólico Réquiem. Las entonaciones del coro de los siete no tardaron en hacer su aparición. Con sus profundos giros de voz quebraron la dura corteza que protegía el corazón de los invitados, provocando que sus vulnerables almas quedaran merced a tan caprichosa como oscura melodía. Paralizados en sus asientos y despojados de todo control sobre sus propios actos, un cruel sentimiento se apoderó de todos ellos haciéndoles partícipes del sufrimiento que por tan largo tiempo había azotado la frágil juventud de su creador. Florian, que observaba con detenimiento cómo Tonio resplandecía ataviado con su traje de nupcias, deseó en aquel momento que todo hubiera sido diferente; ansiaba, por encima de todo, haber sido él quien ocupara el puesto de la exuberante Bianca Pellegrini. La voz de la joven muchacha se unió a la del coro, completando y potenciando el devastador efecto de aquel Réquiem.

–Un último regalo, mi dulce niño –dijo Mirjeta–, Mi regalo de cumpleaños, observa con nuevos ojos la magnitud de tu gran obra final. Contempla ahora tu obra.

Florian se giró para observar la antesala de su gran final. La música se había convertido a sus ojos en una multitud de volátiles tentáculos de humo negro que atravesaban a los atribulados invitados. En sus asientos, entre lágrimas y sollozos e incapaces de ejercer voluntad sobre sus cuerpos, sufrían los efectos del espeso humo cada vez que este les envolvía y les traspasaba; aquella visión era el reflejo del tormento al que Arieta le había condenado, y en el que Tonio, de tan buena fe, había contribuido a su manera. “Mi obra..., vuestro castigo...”, se dijo a sí mismo. Con el público a manos del dolor Tonio dejó de tocar y, con el rostro surcado de lágrimas, se levantó del taburete y se acercó a la paralizada Bianca, posando sus manos alrededor del cuello. Aun conscientes todos de la tragedia que se iba a producir, ninguno de los allí presentes, ni la propia Bianca, que miraba a Tonio con desesperación, fueron capaces de reaccionar; la melodía que envolvía el Gran Salón les dominaba. Poco a poco, entre una marea de sollozos y lamentos, sus manos comenzaron a apretar con fuerza el cuello de la muchacha, que tras unos intentos fallidos por coger aire acabó experimentando la extinción de su propia existencia. “Ahora sabes lo que se siente cuando pierdes lo que más amas, mi dulce Tonio...”, susurró. Con el cuerpo de Bianca yaciendo sobre el suelo, ante él se presentaba un destrozado Tonio, que bajo la influencia del Réquiem y el desolador sentimiento provocado por la muerte de su futura esposa, sintió cómo su corazón se consumía lentamente por la oscuridad, por “la nada”. Con la imagen de los cuerpos inertes de Tonio y Bianca sobre el escenario, Florian se levantó acompañado por el angelical canto de los niños del coro que, irremediablemente, aún seguían entonando el malévolo cantic. Durante unos instantes, posó su mirada sobre Arieta, disfrutando cada lágrima y cada grito que esta profería; había presenciado la muerte de su último progenitor sin tener, tan siquiera, la oportunidad de acudir en su auxilio. Florian le dedicó una escueta y satisfactoria sonrisa. Con la mirada perdida en la puerta del Gran Salón, avanzó hacia ella sumido en un trance que le hacía invulnerable a la invisible

fuerza que se cernía sobre los asistentes. Y parándose junto a uno de los candelabros del pasillo central tomó una de sus velas y regresó al escenario. Con los gritos de auxilio del personal de cocina al otro lado de la puerta de acceso, acercó la llama a las cortinas y, yendo una por una, el intenso fuego comenzó a iluminar infernalmente la sala confiriéndole un cariz dantesco al final de su gran representación. Lentamente, y ajeno al peligro que corría si las llamas bloqueaban la salida, caminó hacia la puerta.

–Te felicito, muchacho. Ni yo hubiera sido capaz de algo tan... magistral –dijo la voz de Mirjeta.

Florian salió del Gran Salón y cerró las puertas a su paso, bloqueándolas con un pesado jarrón por si alguien las intentaba abrir antes del que el fuego lo engullera todo. Caminó por el recibidor de la mansión hacia la puerta exterior, donde los gritos de la gente se amplificaban hasta hacerse casi ensordecedores.

–Estoy tan orgullosa de ti..., mi dulce niño –rezó la voz de Adeline.

–Gracias, madre –respondió mientras abría las puertas de la gran mansión.

–¿Te gusta la nieve, chico? –intervino nuevamente la voz de Mirjeta

En silencio, aguardó unos segundos en las escaleras de la gran mansión, observando el delicado paisaje cubierto de nieve que se abría ante sus ojos. Tras él, espesas columnas de humo se alzaban al cielo por las ventanas del salón; aun podía escuchar los gritos.

Aleksander y Kurt galopaban desesperados hacia la mansión, la cual, sin ser visible aún desde su posición, delataba su ubicación con una fantasmal luz rojiza. Ambos pararon en seco al ver las sendas columnas de humo.

–Dios mío... –susurró Aleksander.

–¡Démonos prisa! –ordenó el teniente mientras golpeaba con fuerza las riendas.

Tras unos minutos de trayecto, los tres entraron a lomos de sus caballos por la entrada exterior de las propiedades con la esperanza de que todas las personas de la casa estuvieran a salvo. Pero ninguno estaba preparado para lo que allí sucedía. Bajando entre gritos de auxilio, Aleksander comenzó a correr hacia la bola de fuego en la que se había convertido su casa, El teniente Kurt le sujetó para evitar que el desesperado conde se dirigiese a una muerte segura; las llamas lo habían consumido todo en su totalidad, la mansión entera era una bola de fuego.

–¡Tonio! ¡Arieta! –gritaba desesperadamente.

–¡Aleksander, para! –gritaba Kurt mientras intentaba mantenerle alejado–. ¡No podemos hacer nada!, ¿ime oye!?

Atónito, Aleksander observaba el infierno en que se había convertido lo que, horas antes, había sido su hogar, cuando una silueta en la lejanía centró toda su atención. Incapaz de articular palabra, Florian se presentó en la distancia ante él como una visión fantasmal, para seguidamente desaparecer entre la blanca y espesa vegetación.

–Por qué..., Florian. Por qué... –susurró.

15. Tierra Santa

El viento soplaba con fuerza y el frío penetraba en Florian como nunca antes lo había experimentado. Sentía como si miles de agujas se clavaran en su carne, provocándole un dolor difícilmente soportable. En la lejanía, la ciudad se erguía imponente ante él, ofreciéndole aquella salvación que tanto había estado buscando; su peregrinaje llegaba a su fin después de tres largos días de duro viaje. Se paró en lo alto de la colina, guardando silencio sepulcral mientras la observaba.

–¿A dónde me has traído, mi dulce niño? –preguntó la voz de Mirjeta.

–Kutná Hora... –susurró.

–¿Hemos venido a velar por el viejo de Hope?

–Aún queda lo más importante...

–¿Aquí, en Sedlec? –preguntó extrañada—. ¿Acaso crees que un puñado de tierra santa va a arreglar algo?

–Tú y yo no podemos seguir juntos... Debo... darte descanso –respondió.

–¿Y qué tienes pensado, muchacho? ¿Rebozarte por la tierra? –se burló—. ¿Aún no has entendido que tú y yo somos uno?

–Ya lo sé... Y por eso mismo voy a...

–No serás capaz...

Florian asintió apesadumbrado mientras volvía a retomar su camino.

–Solo una cosa..., Ludovico.

–¿Sí?

–¿Aún... la llevas?

Florian palpó el forro de su casaca.

–Sí. Aún la llevo –contestó.

–Bien, bien... Tal vez podamos hacer una interpretación más de camino. ¡Quién sabe, lo mismo alguien sabe apreciar tu don!

Florian esbozó una sonrisa mientras se adentraba en el bosque.

–Quién sabe, Mirjeta... Quién sabe...

∞∞∞∞

He aquí el final de nuestro magistral compositor. Sabidos los acontecimientos que marcaron su juventud, cabría esperar por parte de ustedes un mínimo de compasión por él. Pero... ¿serán capaces de hacerlo a sabiendas de que segó con su venganza la

vida de tantas personas inocentes? Ciertamente es que Llona, Anne, Pabels y Jaroslav se salvaron, pero tantos otros perecieron... No se preocupen si no se encuentran en disposición de dar una respuesta ahora, porque, quien más o quien menos, necesita tiempo para valorar si actuó de forma correcta o no. Les aconsejo que cierren los ojos y se dejen llevar... Dejen que sea la voz que preside el trono de su reino interior quien les dé la respuesta. Al fin y al cabo..., todos llevamos dentro a nuestra propia Mirjeta. En lo que respecta a la vida de Florian..., nadie sabe qué sucedió después. Pero algo sí que les puedo garantizar: que Réquiem, su última gran obra, desencadenó la puesta en marcha de unos oscuros engranajes para los que la humanidad no estaría preparada. Tal vez ahora no entiendan nada de lo que les estoy diciendo, pero si me acompañan... descubrirán que Réquiem perduró a lo largo del tiempo, creando a los peores monstruos de la historia. Dicho esto..., ¿comenzamos?

Epílogo

Londres, 1888

Evans entró agotado por la puerta de su casa, dejando caer con un resoplido el pesado maletín sobre la mesa de la cocina.

–¿Evans? –dijo una voz desde algún punto del salón

–¡Ya he llegado! –exclamó–. Y ha sido un día agotador... –se dijo a sí mismo en voz baja

Clair apareció por la puerta con su habitual sonrisa.

–¿Estás cansado? –preguntó mientras le daba un afectuoso abrazo.

–Esta humedad me va a acabar matando...

–Yo me encargo de prepararte algo caliente. Tal vez así recobres tu color original... – bromeó mientras le pellizcaba las mejillas

Evans sonrió y tomó a Clair entre sus brazos, profiriéndole un largo y pasional beso.

–No tengo mucho apetito, mi amor. Creo que necesito descansar más que otra cosa.

Clair asintió preocupada.

–No creo que sea lo que más te convenga..., pero bueno.

Él la besó con ternura y se dirigió hacia su despacho.

–¡Por cierto, cariño!

–¿Sí? –se giró en las escaleras

–Han traído esta mañana un paquete para ti. Creo que tu buen amigo te ha vuelto a mandar una... reliquia de esas –le informó asomando la cabeza por el marco de la puerta.

Evans se encogió de hombros mientras ponía cómicamente los ojos en blanco.

Tras una reconfortante ducha caliente, se sentó en el sillón de su estudio a descansar; la jornada le había dejado agotado, por lo que aquello era lo mejor que podía ofrecerse a sí mismo. Sobre la mesa un fino paquete reposaba a la espera de ser abierto. Con cuidado, Evans lo tomó y, movido por su curiosidad, lo abrió, sacando de su interior una fina lámina de piel curtida.

–Vaya, vaya... Esta vez sí que te has esforzado, Holfman... –murmuró mientras leía la escueta nota que la acompañaba:

A mi buen amigo Evans

Mi investigación en Sedlec está siendo productiva, estimado amigo. ¡Qué espectáculo más tétrico! Mientras exhumaba unas tumbas sin nombre he encontrado algo que seguramente calme tu sed de curiosidad. Esta será, sin

duda, una buena pieza para tu colección.

Alex.H.

Aparentemente, el documento parecía antiguo, muy antiguo. Pero conociendo a su buen amigo..., nada que pudiera tener un valor superior al de unos buenos zapatos entraría por la puerta de su casa. “Y a pesar de tu tacañería... aún me sigues sorprendiendo”, pensó.

–Vamos a ver qué me revelas... –murmuró mientras acercaba el opaco pliego a la luz del farol.

Evans se sorprendió al verlo a contra luz.

–Una partitura... –susurró

Movido por su innata curiosidad echó un rápido vistazo sobre su mesa y, acercándose a ella con el pliego, se sentó.

–Y si... –se quedó pensativo unos minutos considerando si era demasiado tarde para hacer algo así–. ¡Qué demonios, veamos qué escondes entre tus notas! –exclamó–. Tal vez hasta me sorprenda...

Tras una hora de interrupciones por parte de Clair, Evans terminó de grabar en el cilindro de cera todas las notas de la partitura. Con suma delicadeza lo colocó en el soporte del fonógrafo y accionó el botón de encendido y se recostó en el sillón. Con la excusa de poder descasar y relajarse, le solicitó a Clair que no le molestara; sobrada excusa para poder sacar su desgastada pipa y disfrutar de la búsqueda del dragón. Poco a poco, y de forma gradual, la música comenzó a salir de la campana, penetrando por cada poro de su cuerpo e induciéndole en un tipo de estado mental difícilmente explicable. El humo comenzó a rodearlo, impregnando el ambiente con su soporífera fragancia.

–Evans... –susurró una voz. Evans abrió los ojos y, sin salir de la extraña ensoñación en la que había caído, se levantó de sillón y miró a su alrededor. Inexplicablemente, y sin saber cómo había llegado hasta allí, se encontró que estaba en las oscuras calles de Whitechapel. Comenzó a caminar calle arriba, adentrándose en la espesa bruma–. Hora de jugar... Evans. Hora de jugar... –volvió a susurrar la voz

–¿Tienes nombre? –preguntó mientras caminaba por el desértico callejón.

–Tengo muchos nombres, mi querido y nuevo amigo... Unos me llamaron Mirjeta, otros la nada... Pero tú..., tú me puedes llamar Jack.

–¿Por qué me has traído aquí?

–Vamos a jugar a un juego... Con la próxima luna llena extinguiré la vida de una mujer. ¿Podrás impedirlo?

–¿Eso quieres, que lo evite? –preguntó extrañado mientras un espeso banco de niebla le rodeaba.

–¿Te crees capaz?

–No... no lo sé

–¿Y eso? ¿Tan poco confías en tu intuición policial, Evans?

–No puedo capturar algo que no veo... No eres... real –Sabía que se encontraba bajo los efectos dragón.

–¿Estás seguro de que solo soy una voz, mi querido amigo?

Sobresaltado por la cercanía con la que había sonado esta vez, se giró sobre sí mismo. Una silueta oscura emergió de entre la niebla emitiendo una sádica carcajada.

–¿Tan seguro estás de ello...?

En silencio, Evans retrocedió unos pasos; jamás había sufrido una visión tan corpórea y real estando bajo los efectos del opio.

–No... no eres real... –titubeó.

–No me dejas elección, Evans... –respondió la silueta mientras volvía a desvanecerse entre la niebla–. Corre..., corre tan rápido como puedas. Pero has de saber que para Clair fui tan real como el cuchillo que la atravesó...

–¿iClair!? –exclamó asustado– ¿iQué le has hecho!?

–Corre, Evans, corre... –rezó la misteriosa voz con una carcajada desde algún punto de la espesa niebla.

–iNo eres real!, ¿ime oyes!? –gritó mientras giraba sobre sí mismo en un intento por encontrarla–. iNo eres real!

Índice

Cubierta	2
Portadilla	4
1. Un viaje sin retorno.	10
Primavera	19
2. Un lobo entre el rebaño	20
3. Un escondite para el alma	27
4. La venganza no arde	38
5. Un rostro para la demencia	46
6. Ciudad de muerte y espejismos	59
7. El preludio de una traición	71
8. Secretos e intenciones ocultas	89
Verano	109
9. Ludovico	110
10. Causa et effectus	121
11. Sé dónde te escondes	142
Otoño	163
12. El secreto de Vülstein y una alta traición	164
Invierno	184
13. Muerte a la reina	185
14. Réquiem	204
15. Tierra Santa	209
Epílogo	211